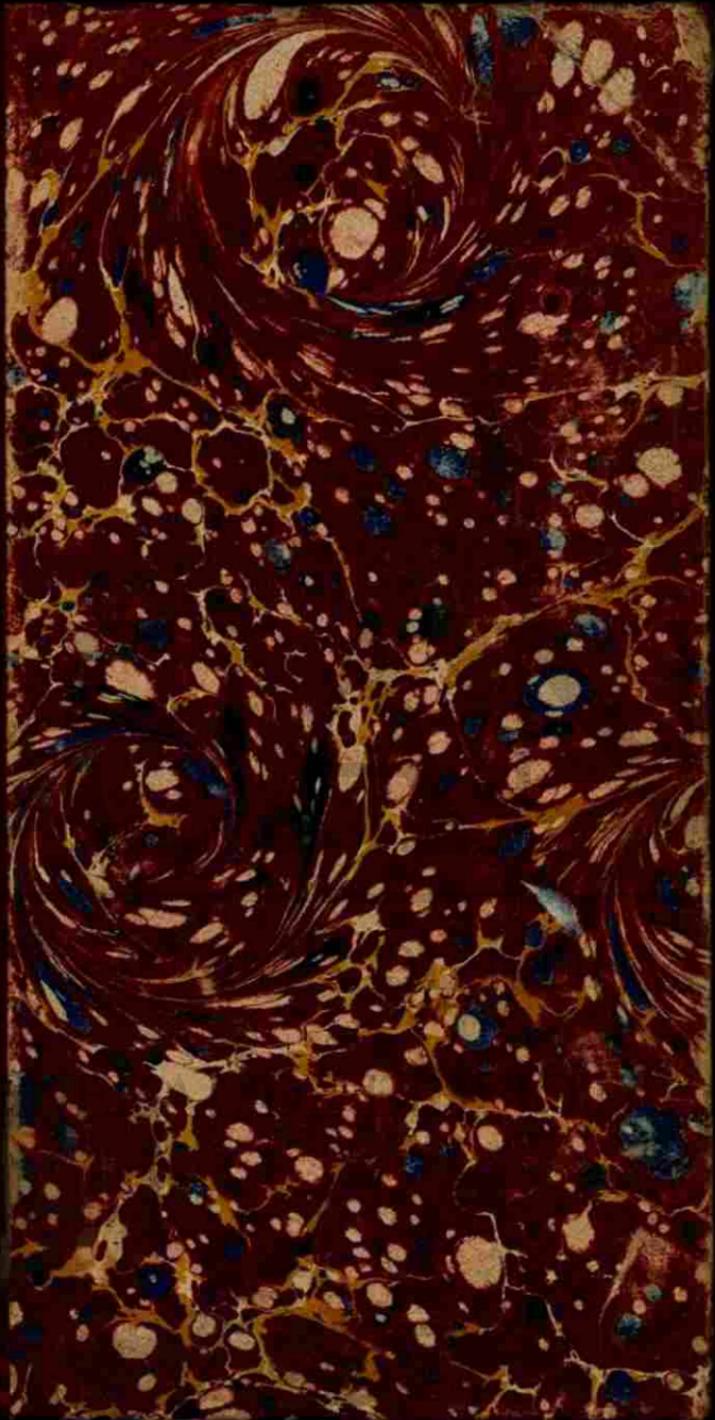


16



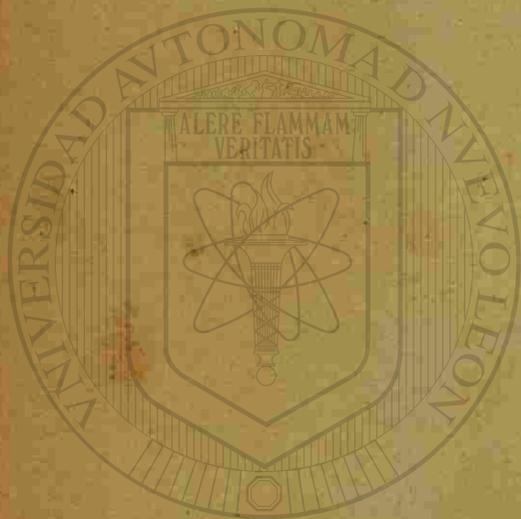
DAUBET

LA CAPILLA
DEL PERDON

PQ2216
.P5
S6



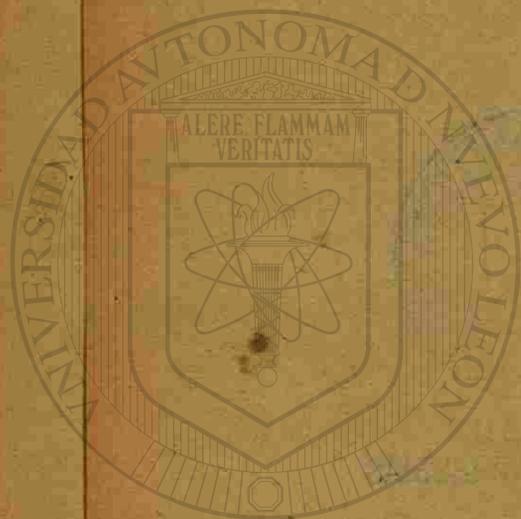
1020026235



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA

CAPILLA DEL PERDÓN

COSTUMBRES CONYUGALES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor. D 23814
Núm. Adq. 29906
Procedencia -8- (R)
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catálogo _____

ALFONSO DAUDET

LA

CAPILLA DEL PERDÓN

COSTUMBRES CONYUGALES

*Para el celoso no hay paz.
(Proverbio antiguo.)*

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

FRANCISCO GUTIÉRREZ BRITO



098483

29906

LIBRERÍA DE LA V^{da} DE CH. BOURET

PARÍS

MÉXICO

23, Rue Visconti, 23

14, Cinco de Mayo, 14

1895

Propiedad del editor.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

París. Librería e Imprenta de la V^{da} de Ch. Bouret.

843 PA 2216
9. P5
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA CAPILLA DEL PERDÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1 Apdo. 1626 MONTERREY, MEXICO

Ricardo Fónigan, pescador y cazador renombrado de las cercanías de París, que pasaba todo el año en el campo con su madre y su joven señora, acababa de recoger sus redes en el trozo de río Sena sembrado de verdosos islotes que se extiende entre las esclusas de Evry y de Athis, y en el cual había arrendado el derecho exclusivo de pescar. Era una mañana de Julio, pesada y ardorosa; el sol, blanco como metal fundido, cubría de plateados reflejos todo el cielo, mientras abajo el río, inmóvil y silencioso, despedía nubes de vapores, sin que se oyera el acostumbrado gorjeo de las collalbas, las currucas y las golondrinas de la ribera; en cambio la cálida neblina avivaba el fuerte aroma de las plantas

acuáticas y el color de las cantáridas, que formaban manchas de esmeralda en los fresnos. Hasta Fénigan, no obstante ser un robusto mozo de treinta y cinco años, subido de color, de poblada barba negra, sentía el abatimiento propio de tal atmósfera, y cuando llegó á la caleta donde se extendían sus amarillentas redes sobre el verde claro de la orilla, delante de las barcazas amarradas, quedóse unos cuantos minutos en el fondo de su lancha medio adormecido en su traje de lienzo verde, que el agua había cubierto de manchas oscuras. Oyóse en lo alto, á un lado del Sena, el sonido de una campana. Ricardo se estremeció.

— ¿Has oído, Chuchín?

El guarda-pesca, sumido en la cuenta y contemplación de los sollos, tencas y anguilas cogidos, alzó su rostro curtido y más rugoso que el río cuando sopla viento del este.

— De seguro es en la quinta (1), contestó.

— No puede ser que llamen para el almuerzo; si apenas son las once.

(1) Aunque generalmente se traduce hoy *château* por *castillo* nosotros usamos la palabra *quinta*, que es la realmente apropiada. Castillo no es *château* sino *château fort*; y en cambio el *château* se reduce á una quinta, una posesión de recreo, que ya es un palacio, verdadera morada señorial, ya una modesta casa con su jardín.

— Tal vez una visita... alguien de Granburgo... justamente he visto hace poco su victoria, que volvía por el puente.

Otra vez se oyó el tañido de la campana, extraño por su viveza en aquella inmensa calma.

— Arregla y pon todo en orden, Chuchín; me voy á ver qué pasa.

Ricardo tomó por la vereda de la orilla, con el paso tranquilo que da la vida del campo, hasta llegar á una alameda de chopos que sube con áspera pendiente al camino de Corbeil, donde se extienden la pequeña aldea de Uzelles y la propiedad de este nombre. Á la vez que andaba iba pensando en alta voz, curioso por saber la causa de aquel llamamiento, pero sin presentir nada malo.... Una visita de Granburgo no era probable... ¿Quién habría podido venir? El general y la duquesa su mujer estaban en el Tirol tomando baños; su hijo en el colegio parisiense de Stanislas, preparando los exámenes de entrada en la escuela militar de Saint-Cyr, que no iban á tardar. Más bien algún drama de cocina ó de corral que exigía la presencia del amo. Ó tal vez una disputa entre su madre y su mujer.... Sin embargo, no, hacía años ya que tuvo término esta atroz lucha doméstica que entristeció los primeros tiempos de su matrimonio... ¿Qué podía ser?

Un « buenos días, D. Ricardo », obsequioso y zalamero, que le dieron desde el otro lado del camino, le sacó de sus reflexiones. Volviéndose, vió cuatro ó cinco personas reunidas debajo de un chopo, el peón caminero Robín, el cartero Roger, que se había bajado de su velocípedo, una lavandera sentada en uno de los brazos de su carretilla, pesada y repleta de ropa lavada que chorreaba agua, oyendo todos con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos la historia que les refería Alejandro, un antiguo mozo de comedor de Granburgo, alto, afeitado, tieso, vestido con un traje de franela blanca y que tenía en la mano un bastón de bambú negro con aro de plata. ¿Qué charla era aquella, interrumpida bruscamente por la llegada de Fénigan? ¿Por qué cierta ironía en el saludo del lacayo retirado, de costumbre tan servil en su respeto? Más adelante vendrán á su memoria con feroz precisión los menores detalles de aquella mañana y podrá explicarse los hechos que ahora le impresionan apenas, pues carecen de significación.

Delante de la iglesia, blanca como un sepulcro nuevecito, junto al polvoroso camino, otra voz le llamó; era el vejete Merivet, con un sombrero alto y una larga blusa gris, un pincel en la mano y en la otra un balde de pintura negra, muy ocu-

pado en refrescar, según decía, el letrero de su escaparate.

— Mire V. vecino; ahora se puede leer desde una legua.

Y se apartó para que Ricardo pudiera admirar las líneas pintadas de nuevo sobre el encalado de la pared, á la derecha del pórtico :

NAPOLEÓN MERIVET

CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE.

EDIFICÓ ESTA IGLESIA

EN MEMORIA DE SU ESPOSA IRENE

Y

LA REGALÓ AL MUNICIPIO DE UZELLES.

Este epígrafe resumía un drama de familia que nadie conocía bien en el país. Sabíase únicamente que M. Merivet, al morir su mujer que amaba con delirio, construyó aquella iglesia frente á su propiedad y que cuidaba de ella con su criada como campanera y su ayuda de cámara como sacristán; cifrando su orgullo en verla llena de gente los domingos, cuando el teniente cura de Draveil, localidad de que Uzelles depende, iba á decir la misa. Precisamente con motivo de estas ceremonias paró á Fénigan para quejarse de los habitantes de la quinta. ¿Era comprensible que

aquellas señoras fueran á oír su misa en Draveil ó en el hospicio de Soisy cuando allí, á dos pasos....

— No está bien, vecino, repetía Napoleón revolviendo con la brocha su balde de pintura negra; ninguna de esas iglesias puede compararse con la mía. Cuantos aquí entran tienen suerte. ¡ Si supiera V. quién es su patrona y qué naturaleza de oro tenía mi Irene!.... La República escribe en sus monumentos: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*; en el frontis de la mía debería escribir yo: *Piedad, Caridad, Perdón*.... Nos llaman la Pequeña Capilla; pero nuestro verdadero nombre debería ser la Buena Capilla, pues cuando vienen á rezar en ella, todas las personas casadas consiguen dicha para sus familias.

Ricardo se disculpaba, y disculpaba á su madre y á su mujer; la misma proximidad de la iglesia era un obstáculo á su simpatía. Ambas salían tan pocas veces que el paseo de todos los domingos á Draveil ó al hospicio les servía de ejercicio y sacudían un poco á los caballos, que estaban demasiado gordos. Pero prometía hablar del caso con su madre y tanto ésta como su nuera tendrían muy pronto sus sillas en la Buena Parroquia. Esta última frase le hizo sonreírse, recordando el nombre que daban en la región á la iglesia del anciano Merivet, calificativo poco á propósito para

atraer maridos, cuando una tercera campanada, violenta, vibrante, lo puso de nuevo en marcha y ahora de prisa.

La quinta de Uzelles, que estaba situada en lo más lejano de la aldea, se dividía en dos casas: la principal, de construcción reciente, cubierta de pizarra, con balcón corrido y varios pequeños, donde vivía la Sra. de Fénigan madre, y que un largo pasadizo de rejas tapizadas de verdura separaba del pabellón, destartada mansión del siglo último, en que habitaba el joven matrimonio. Una pequeña puerta practicada en la pared daba entrada á esta parte de la propiedad. Allí es donde Rosa Chuchín, la hija del guarda-pesca, que servía como su padre á los Fénigan, observaba el camino, con las manos delante de la vista para evitar el deslumbrador reflejo. Apenas divisó á Ricardo le gritó:

— ¿No está con V. la señora?

Era efectivamente común que en las mañanas de visita á las redes llevara Ricardo consigo á su mujer. Gustaba ésta de introducir los brazos hasta el hombro en el agua fría y sentir el peso del líquido que impulsaba, viendo los plateados reflejos del fondo. Pero aquel día Lidia se declaró cansada y á cuantas proposiciones de salir le hizo su marido contestó con un pequeño bostezo

de sueño mientras volvía en la almohada su deliciosa cabeza, rosada y sudorosa, dejando pasar un momento á través de sus pestañas apenas abiertas el brillo de su mirada entre gris y azul, gris de perla. Ricardo, inmóvil en medio del anchuroso camino, saboreó un instante aquella visión de marido enamorado, mientras la doncella repetía consternada : « ¿No ha ido con V. la señora? »

— No, ¿por qué esta pregunta?

— Porque la señora ha desaparecido desde esta mañana.

— Desaparecido... ¡qué locura!

Tuvo Fénigan la fuerza de subir los dos escalones de la puerta, pero en seguida cayó sobre el banco de piedra, á la entrada del pasadizo de verdura. Su malestar de por la mañana, el vahido que tuvo en el río, empezó con mayor violencia. No podía moverse ni hablar y oía zumbar la charla de Rosa sin apenas comprenderla. Habían registrado todo, el parque, el huerto, la orilla del Sena... y por fin, un momento antes, el tío Jorge, el conocido vagabundo, al volver de una visita al bosque, avisó al jardinero de que una de las rejas que daban al mismo estaba abierta y le entregó una carta para la señora de Fénigan-madre. « Allí viene su mamá, añadió, tal vez tiene noticias... »

La madre de Ricardo, altanera y muy tiesa, con la cabeza siempre descubierta, la cabellera subida ó más bien estirada, lacia y negra, se acercaba por el pasadizo, haciendo moverse á cada paso las masas de luz viva que salpicaban el sombrío fondo. Comprendíase en lo violento de su andar que estaba colérica y que sabía á qué atenerse. Ricardo quiso levantarse é ir á su encuentro; pero, clavado en su banco, apenas pudo decirle con sus angustiados ojos y la voz de cuando era niño.

— ¿Lidia? ¿Dónde está Lidia, mamá?

Ella contestó en tono brutal y casi triunfante.

— Tu mujer se ha huído, y esta es la única alegría que nos ha dado.

— ¿Huído?

— Y no sola, según puedes comprender... Pero adivina con quien..., no... adivina.

En vez de adivinar, Ricardo lanzó un gemido, su cuerpo se estremeció y cayó en el banco con la cabeza congestionada, mientras sus brazos yertos tocaban la arena del jardín.

de París, donde ponemos en salmuera todas las condecoraciones de la familia, está lleno hasta los bordes. ¿Qué hacer pues? Nada, y á esto me encuentro firmemente resuelto. Á los diez y ocho años, siendo hijo único, heredero de un gran nombre, de la cuantiosa fortuna y probablemente también de la mala salud de papá, la sabiduría me aconseja disfrutar lo antes posible de lo que la existencia me ofrece de bueno. Hoy empiezo.

Una de las dos cartas misteriosas que me vió V. escribir el otro día durante la lección de trigonometría, era para el capitán Nuitt, de Cardiff y le daba cita en el pequeño puerto de Cassis, cerca de Marsella, con el yatch AZUL-BLANCO-ROJO, provisto de sus ocho hombres de tripulación, cocineros y mozo de comedor, á razón de diez mil francos al mes. La otra avisaba á la persona que me acompaña en mi expedición, pues ya puede V. pensar que no me embarco solo. Esta señora le es desconocida, ó por lo menos no figura en el cajón de corbatas donde hemos examinado muchas veces juntos las cartas y retratos de mis favoritas. Puedo decir á V. que es casada, nuestra vecina, en frente de Granburgo, al otro lado del Sena. Tiene treinta años apenas, grandes ojos claros siempre velados que, al abrirse, iluminan su rostro con los reflejos de un collar de perlas;

II

DIARIO DEL PRÍNCIPE

Granburgo, 6 abril de 1886.

Mi querido Valongo: esta mañana, y las mañanas que seguirán, mi puesto de la clase preparatoria del colegio Stanislas, junto al de V., quedará sin ocupar. Esto se acabó, pues renunció á Saint-Cyr y á la gloria guerrera de que me parece haber abundante provisión en mi casa. Desde mi abuelo Carlos de Auvernia, que el primer Imperio hizo capitán general, duque de Alcántara y príncipe de Olmutz, hasta mi pobre diablo de padre, Alejo de Auvernia, que la parálisis acaba de postrar á los 47 años, siendo general comandante en jefe del 3^{er} cuerpo de ejército, mis muy gloriosos ascendientes no me han dejado ninguna distinción por conquistar. El tazón ruso que está en el centro del salón principal de nuestro palacio

aspecto tímido, grandes manos blancas de pianista envueltas en mitenas de otro tiempo. Sin hijos, un marido que la adora y el respeto de toda la región. Pues me ha bastado escribirle: « Venga V. » para que me conteste: « Allá voy, » y hétela ahí dejándolo todo, esposo, casa, familia, para embarcarse con un compañero tan joven y tan inscontante como su amigo. ¡ Cuando le digo que las mujeres son unos avechuchos extraordinarios!

Por lo que es de mí, tanto me da ésta como otra, pues me gustan demasiado todas para preferir ninguna. Así que he mordido uno de esos deliciosos dulces, me dan ganas de escupirlo y poner á saco toda la caja á fin de ver si puedo encontrar ese sabor exquisito que en vano busco. Deséeme V. buena suerte esta vez, mi querido Valongo.

Cuando esta carta llegue á sus manos, navegaré á toda vela, mientras subirán al cielo las maldiciones de mis padres. Tanto peor, pues ellos tienen la culpa. En vez de internarme primero en Granburgo y después en Stanislas, si me hubieran dejado libre en París, es seguro que no me habría entrado esta brusca comezón de correr tierras. Pero la duquesa, mi madre, muy contenta de estar sola lejos de sus hombres, según

nos llama, había considerado muy ingenioso obligarme al trabajo y á la cordura convirtiéndome en enfermero del general. No se le ocurrió que la soledad es mala consejera y que á fuerza de contemplar la colina de Uzelles con su pequeña iglesia de piedra blanca y su campanario donde se albergan todas las palomas del bosque, me asaltarían tal vez reflexiones melancólicas y la necesidad de darme aire. Por su parte, el general al encerrarme en Stanislas ha determinado mi huida. Ya le contaré algún día el drama íntimo que hemos representado este ilustre inválido y yo durante mi residencia en la quinta.

¡ Ay Valongo, cuántos asuntos he examinado cada noche al encontrarme solo en este inmenso Granburgo, vagando por el fondo del parque ó el terraplén que cae sobre el río! ¡ Allí he mirado la vida frente á frente, estudiando á los demás y á mí mismo, el más complicado de todos! El resultado de estos exámenes ha sido encontrarme á los diez y ocho años viejo y cansado, sin ninguna ambición, no queriendo nada, no interesándome por nada, viendo de antemano el fin de todos los placeres. ¿ Por qué soy así? ¿ Á qué debo esta precoz experiencia, este hastío de todo y las arrugas que me siento hasta en las puntas de los dedos? ¿ Será acaso común á mi generación, á

los que llaman « los niños de la conquista », porque nacieron como yo allá por el año de la guerra y de la invasión, ó sólo propio de mi familia, de este terreno exhausto á fuerza de abundantes cosechas y que ahora necesita largo período de barbecho? Voto á sanes, que del barbecho yo me encargo.

Para empezar, siendo la mujer y los barcos conforme á mi gusto las únicas distracciones apetecibles, ambas me las procuro y con abundancia. Hasta hoy no había dado como amante y marinero sino viajecillos de cabotaje; esta vez me lanzo á uno de altura y, si mis confidencias le interesan, me comprometo, mi querido Valongo, á llevar para V. un registro exacto de las expediciones y aventuras de un alma, que desde hace mucho tiempo el general y duque mi padre ha declarado lóbrega y peligrosa como un combate nocturno.

CARLEJO.

III

El cuarto de Ricardo, donde lo instalaron después de su síncope, daba, como todas las habitaciones del pabellón, al camino de Corbeil, que se extiende á manera de cornisa sobre el río y que es uno de las más alegres de la comarca. Treinta y cinco años antes, una mañana de Octubre de 1851 iban por aquella misma carretera, en medio de fina lluvia de otoño que los cogió de improviso, el Sr. Fénigan, notario en Draveil y propietario en Uzelles, y su vecino de Granburgo, el anciano duque de Alcántara, para inscribir en el registro civil al niño nacido la noche antes. El duque, que fué por casualidad aquella mañana á casa de su notario, quiso servirle de testigo en prueba de simpatía; y aquella larga caminata, bajo un paraguas prestado, del modesto notario de campo y del ilustre soldado de Napoleón, cogidos amis-

los que llaman « los niños de la conquista », porque nacieron como yo allá por el año de la guerra y de la invasión, ó sólo propio de mi familia, de este terreno exhausto á fuerza de abundantes cosechas y que ahora necesita largo período de barbecho? Voto á sanes, que del barbecho yo me encargo.

Para empezar, siendo la mujer y los barcos conforme á mi gusto las únicas distracciones apetecibles, ambas me las procuro y con abundancia. Hasta hoy no había dado como amante y marinero sino viajecillos de cabotaje; esta vez me lanzo á uno de altura y, si mis confidencias le interesan, me comprometo, mi querido Valongo, á llevar para V. un registro exacto de las expediciones y aventuras de un alma, que desde hace mucho tiempo el general y duque mi padre ha declarado lóbrega y peligrosa como un combate nocturno.

CARLEJO.

III

El cuarto de Ricardo, donde lo instalaron después de su síncope, daba, como todas las habitaciones del pabellón, al camino de Corbeil, que se extiende á manera de cornisa sobre el río y que es uno de las más alegres de la comarca. Treinta y cinco años antes, una mañana de Octubre de 1851 iban por aquella misma carretera, en medio de fina lluvia de otoño que los cogió de improviso, el Sr. Fénigan, notario en Draveil y propietario en Uzelles, y su vecino de Granburgo, el anciano duque de Alcántara, para inscribir en el registro civil al niño nacido la noche antes. El duque, que fué por casualidad aquella mañana á casa de su notario, quiso servirle de testigo en prueba de simpatía; y aquella larga caminata, bajo un paraguas prestado, del modesto notario de campo y del ilustre soldado de Napoleón, cogidos amis-

tosamente del brazo, dejó en los fastos de la casa de Fénigan recuerdo no menos glorioso que la firma del gran general en los libros de la municipalidad.

La madre padeció mucho tiempo á consecuencia de esta tardía llegada del niño Ricardo. Durante varios años tuvo que permanecer tendida en una butaca, y como el notario pasaba el día fuera por causa de sus ocupaciones, el pequeño, única distracción de la enferma, creció á su lado, solitario, encerrado, sumido desde la primera edad en el silencio y los ensueños, en aquel cuarto donde no tenía para entretenerse más que el espectáculo del camino con su tránsito de carretas, coches, hombres y animales, peones, pastores, hortelanos y mercaderes ambulantes. Así es que conocía perfectamente la blanca carretera, verdadero panorama donde sus constantes y pacientes ojuelos sabían descubrir mil detalles que los demás no sospechaban. El camino le decía la hora mejor que el reloj de sol instalado en mitad del jardín. Cuando en verano el caminero Robin colocaba su carretilla contra la pared de enfrente, junto al manantial, el niño se decía: « Robin almuerza... es la una. » Y su alegría era ver al hombre y á sus dos hijitos sentarse á orillas del camino, sirviéndose de la ca-

rretilla como de mesa; terminada la comida, la mesa se transformaba en sillón, ancha butaca algo dura donde el peón caminero se sentaba á dormir la siesta, mientras los chiquillos se entretenían dos pasos más allá haciendo montoncitos de piedras parecidos á los de su padre. Y cuando las mujeres volvían de lavar su ropa, cuando el ganado desaparecía por el gran pórtico de la vecina granja, ó cuando los niños, que regresaban de la escuela de Draveil, se dividían en varios grupos en la esquina de la fuente, Ricardo sabía que eran las cuatro.... las cinco.... las seis.

El camino era su almanaque á más de servirle de reloj. El lunes, los pobres, un desfile interminable de andrajos y de muletas que aparecían sin que se supiera cómo y siempre los mismos rostros macilentos y negruzcos que acudían al ventanillo de la puerta principal para recibir de manos de la jardinera dos cuartos y un pedazo de pan. El sábado las bodas á la moda de la antigua Francia, con el violinista al frente, descaderándose para marcar el paso, y poniendo en movimiento toda la aldea con su *crin-crin*. Luego la novia vestida de blanco, encendida de color y sudando bajo su corona de flores de azahar, el novio que recoge el polvo ardiente del camino en la seda de su sombrero alto y el paño negro de

su levita; después los amigos convidados, dos á dos, las mujeres muy orgullosas de arrastrar los flecos de sus pañolones, y los hombres medio cortados de presentarse en público un día de trabajo con los brazos parados y sus vestidos dominigueros. Los martes y jueves, víspera de mercado en Corbeil, pasaban grandes rebaños de bueyes y las casuchas-coches de los vendedores de ferias, que en ocasiones se paraban delante de la quinta para ofrecer sus mercancías. Los domingos de verano, las asociaciones orfeónicas paseaban con música sus banderas resplandecientes de medallas ganadas en certámenes y hacían el ejercicio los bomberos. Con el otoño venían los tránsitos de tropas, de cañones que sacudían con la trepidación las casas, y siempre, en torno de la fuente, los soldados sudorosos que se precipitaban y luchaban unos con otros para beber, no obstante los gritos furiosos del comandante. Otras veces, grandes *breaks* de caza llevaban hacia el bosque que linda con el camino los invitados de los palacios-quintas inmediatos, Granburgo, La Granja, Merogis, carretadas de morrales nuevos y de armas que hacía brillar el rojizo sol.

Pero el día preferido por Ricardo, el que con mayor ansia esperaba, era el jueves, cuando á eso de las tres de la tarde resonaba debajo de las

ventanas un enjambre de voceillas infantiles, extendiéndose por toda la anchura del camino con sus sombreros de paja adornados de cintas azules y sus largas esclavinas, las huérfanas de Soisy, que se paseaban al cuidado de dos ó tres tocas blancas de hermanas de la caridad. Casi siempre las hacían entrar en la quinta, para jugar y merendar en el césped del jardín. ¡Qué regocijo para Ricardo, que no conocía más niños que aquellas pobrecitas ante las cuales aparecía como un rey en aquella atmósfera de florido lujo; y con qué miradas de desolación las veía marcharse, después de los juegos, de las carreras y risotadas en las alamedas, siguiéndolas con la vista hasta la vuelta del camino, en que mariposeaban con sus alas blancas las tocas de las hermanas, agitadas por el viento fresco del río!

¡ Oh, cuán grande era el espacio que ocupaba en sus recuerdos aquel camino de Corbeil! Su infancia y su juventud parecían como cruzadas por una ancha carretera polvorosa, donde se desarrollaban los grandes acontecimientos de su vida. ¿ No fué por ventura allí, en un ángulo marcado más tarde por una alta cruz de hierro, donde el Sr. Fénigan, que volvía de Draveil, cayó herido repentinamente por la apoplejía? Ricardo tenía entonces diez y seis años y llamado en seguida

del liceo Luis el Grande, donde seguía con dificultad sus estudios, el pesar que le causó esta trágica muerte tuvo una compensación en la esperanza de no volver al colegio. Ese destierro del pequeño Fénigan fué causa de violentas discusiones en casa del notario, pues la madre quería conservar junto á sí el niño dándole un maestro, mientras el padre era partidario de la educación y la disciplina universitarias, temiendo que la vida exclusiva del campo hiciera á Ricardo tan rústico y salvaje como los hijos del peón caminero. Aunque por costumbre era muy débil ante su mujer, á quien llamaba su buen tirano, el Sr. Fénigan se mantuvo firme esta vez; sordo á su llanto y sus imprecaciones, llevó en persona á Ricardo y lo encerró como interno en los negruscos paredones del liceo parisiense, de donde no habría salido más que al fin de sus estudios, á no ser el fúnebre telegrama que le anunciaba su orfandad y lo llamaba á Uzelles.

¡Cuán bello le parecía su camino mientras seguía el féretro, al frente de enorme y silenciosa multitud! Los pastos estaban ya crecidos y las oleadas de los trigos brillaban al sol. Á cada paso surgían los recuerdos de su infancia pasando ante sus ojos: los bosques y el río le enviaban aromas que lo aturdíán y se hacía el reproche de sentir

detrás de sus lágrimas cierto bienestar, una suave alegría en encontrarse con aquella naturaleza familiar que amaba con todos sus instintos y de la cual le había costado tanto separarse. Y decir que no volvería á abandonarla, de acuerdo en esto con su madre que pensaba, viendo desfilar oculta por una vidriera el largo séquito: « ¿ Qué iría á hacer en París? ¿ Para qué continuar estudios mal comenzados y sin brillo? ¿ Para qué aspirar á que suceda en la notaría á su padre, puesto que somos ricos, privándome de mi único hijo? »

Al día siguiente de volver á Uzelles, Ricardo puso todos sus libros de estudio en una caja que cerró febrilmente y la hizo subir al granero, resuelto á no abrirla nunca, lo mismo que los repugnantes libracos que tanto tiempo lo habían atormentado. Era, como casi todos los jóvenes de la clase media educados en el campo, de temperamento indolente y contemplativo, tímido hasta parecer huraño, de pocas palabras, y que sólo se interesaba por los ejercicios al aire libre, la pesca, el caballo, de que abusaba, no leyendo nunca un libro ni un periódico, excepto *La Caza Ilustrada* y alguna que otra entrega de *La Vuelta al Mundo*. Levantábase temprano y su madre no le veía sino á las horas de comer; pero de noche salía poco y hacía con ella dos partidas de ajedrez que duraban

hasta las diez, el irrevocable cubre-fuego de todas las luces de la quinta y sus dependencias. Pocas visitas. La larga enfermedad de la Sra. de Fénigan había alejado á los amigos de Draveil y de Soisy; y aunque ahora tenía la viuda cabal salud, encontrábase demasiado dichosa en compañía de su hijo para reanudar las interrumpidas relaciones.

Pasaron diez años de esta existencia uniforme, sin agitaciones. Algunos convites de los aristocráticos vecinos de Granburgo al abrirse la caza, un viaje al Havre para comprar un pequeño *sloop* que se le antojó á Ricardo, fueron los acontecimientos notables de su vida en aquel período. También hubo, dos veranos seguidos, la visita á la quinta de Uzelles de unos parientes que los Fénigan tenían en Lorient, el padre, la madre y una jovencita, que siempre andaba á caballo con un sombrerillo hongó en la cabeza, trotando sola en compañía de su primo. En toda la comarca, donde los Fénigan eran conocidos por causa de su gran fortuna, corrieron rumores de que Ricardo iba á casarse; pero después, cuando se desvaneció de pronto la familia de Lorient, las mismas personas que habían propalado la noticia fueron las primeras en desmentirla. Aquel robusto mozo de cuello de toro y barba que le llegaba á los ojos, era un ánimo débil y pacífico,

enteramente sometido á la influencia de su madre; y la Sra. de Fénigan lo quería demasiado para permitir que otra mujer fuera á instalarse en la casa. La prueba es que el día que la joven amazona de Lorient se creía más segura del éxito, al volver de una de sus cabalgatas, que por lo silenciosa y soñadora le había parecido decisiva, bastó que la Sra. de Fénigan dijera una palabra y lanzara una mirada á su hijo: « ¿La quieres? — No mucho, » contestó el joven sacudiendo sobre su bota de montar la ceniza de su pipa inglesa á la vez que sus inclinaciones amorosas. Al día siguiente se marchó la muchacha, sin que nunca más se volviera á hablar de ese tácito noviazgo. Sin embargo, poco tiempo después Ricardo Fénigan se casaba sin que su madre opusiera esta vez ninguna dificultad.

Las huérfanas del hospicio de Soisy iban todos los jueves á merendar en Uzelles, siguiendo antigua costumbre que databa de los primeros años de Ricardo. La Sra. de Fénigan se sometía á esta obligación menos por las muchachas, que habrían preferido comerse sus bizcochos fuera, en medio del polvo del camino, que por el placer de encontrarse con las religiosas, personas casi todas de mucha distinción y delicadeza de sentimientos. Un jueves que Ricardo, que se había quedado por

casualidad en la quinta, asitía á esta visita de las huérfanas, preguntó á su madre durante la comida :

— ¿Quién es esa muchacha alta, delgada y pálida, con ojos de color gris plateado, aterciopelado... que estaba junto á Sor Marta, la irlandesa?

— Pues Lidia, la pequeña Lidia.

— ¿Cómo, la horrible pordioserilla?...

Y de pronto, en la colección de chicuelos legañosos, escrofulosos, cabezas de miseria y de vicio, por encima de aquellas pequeñas hospicianas, surgieron ante su vista, debajo de la rizada y fina cabellera que se desbordaba del triste sombrero de paja, las arrogantes y melancólicas facciones.... ¡Aquella la pequeña Lidia! ¡Esa hija del camino, del foso, recogida en un montón de andrajos sin marca alguna, quince años atrás, se había convertido en tan preciosa criatura!

— Y si la oyerás el domingo en el órgano de la capilla... ¡Ah, la irlandesa puede estar orgullosa de su obra; esta pequeña Lidia es una perfección!... Digo pequeña, cuando es tan alta como yo.

Al domingo siguiente, Ricardo acompañó por primera vez á su madre á la misa del hospicio; y durante todo el servicio divino, sus ojos no se apartaron del delicado perfil inclinado sobre e

órgano en el fondo del coro. ¡Oh, no, aquella no podía ser una hospiciana como las otras, su nacimiento no podía tener el mismo origen impuro. ¿Cómo explicarse, en caso contrario aquellos instintos aristocráticos, aquella aptitud para la música que maravillaba á Sor Marta?

Varias veces asistió Ricardo á la misa de Soisy; el jueves se quedaba en la quinta para asistir á la merienda de las huérfanas. La Sra. de Fénigan pudo obtener un día que la irlandesa tocara con su discípula una sonata á cuatro manos en el piano del salón, casi inservible ya, y cuyas teclas tenían sonidos aflautados de caramillo. Ricardo salió antes de que terminara el trozo. « Tenía demasiado calor », contestó brutalmente cuando quisieron hacerle confesar su emoción. Y sin embargo, desde aquel día el pobre muchacho no cesó de tararear esta sonata, tratando de reproducirla en el piano que tocaba con mano torpe. Por lo demás, continuaba su vida activa, cazando, yendo á las redes en compañía de su guardapesca, pero más silencioso que nunca, con la boca cerrada para el secreto que su madre presentía y que no tardó en arrancarle.

— Adivina quien vendrá á comer la semana próxima, le dijo una noche entre dos partidas de ajedrez.

Y como él, que seguía rumiando sus ensueños no contestara, ella añadió :

— El obispo de Versalles.... Viene á decir la misa en el hospicio el día que Lidia tome el velo.

— ¿Va á hacerse religiosa?

— ¿Qué quieres que haga sin fortuna y sin familia? Aun tiene la suerte de que las hermanas no le pidan dote....

Ricardo cambió de color y abandonando el juego, se perdió en la oscuridad del jardín. La Sra. de Fénigan lo encontró en una pequeña caseta que servía de sala de armas y depósito para los utensilios del jardinero, en pie y con la frente pegada á una vidriera á que la clara luna daba reflejos de moaré.

— ¡Niño ruin!...¿ por qué no decías que la quieres?

— Ah, mamá.... mamá....

Estas dos palabras, únicas que pudo contestar, salían violentamente de su boca hinchada, calenturienta, mientras que las lágrimas que brotaban de sus ojos corrían á lo largo del vidrio en gotas gruesas como la lluvia de tempestad y que todo su robusto cuerpo temblaba. ¡Si la quería, Dios mío! Pero jamás se hubiera atrevido á decirlo por temor á una negativa.

— Tonto, tonto, reprendía suavemente la madre

como si tu dicha no fuera mi única ambición. La idea de que su hijo prefería aquella pobre, aquella huérfana, contribuía también mucho á la indulgencia maternal; pues al fin y al cabo, una muchacha que les iba á deber todo, no se atrevería á llevar consigo nueva autoridad, una voluntad contraria á la de la Sra. Fénigan, reina única desde tanto tiempo hacía.

Lidia aceptó en seguida la proposición de matrimonio. ¿Acaso con alegría? ¿Ó sintió que no fuera el marido soñado? Nadie lo supo. En la primera visita de Ricardo, cuando fué á hacerle la corte en el locutorio de cortinillas blancas, como las paredes, donde la imagen de la Virgen, adornada con un largo rosario pendiente, y la de un San Vicente de Paúl de madera dorada protegían los dos testeros, ella le recibió con sonrisa afectuosa y sencilla, sin ninguna cortedad debajo de su gorrito de miseria y su horrible esclavina, como si hubiera sido la novia más rica y mejor aparentada. Era, lo mismo que Fénigan, concentrada y silenciosa; pero la timidez de la mujer más pacata no se parece á la del hombre, porque siempre conserva el sentimiento, la seguridad de su encanto. Por otra parte, de aquellas dos personas, una no amaba aún, mientras que la otra, paralizada por la pasión, no podía pronunciar una

palabra. Turbación tan profunda, tan sincera, que hasta participó de ella la joven, de manera que permanecieron un momento inmóviles, sin poder pronunciar una palabra.

Por fortuna, el camino de Corbeil, que pasa delante de las ventanas del locutorio, vino á sacarlos de esta situación. La huérfana lo conocía en sus menores detalles, pues había pasado como Ricardo horas y más horas mirando detrás de los vidrios. Hablaron, pues, de él como de una función teatral á que hubieran asistido ambos y cuyas peripecias y personajes describían. ¡Oh! la carretilla de Robín; y los chicuelos del peón caminero, ya grandes, pero reemplazados siempre por otros pequeños Robín que gastaban los pantalones viejos y los codos remendados de los mayores. ¡Oh! el jorobadillo vendedor de zapatos; y el turco cubierto de pieles raídas que pasaba todos los otoños con su oso, que tanto miedo daba á Lidia cuando niña, aunque sin embargo menos que el tío Jorge y su largo bastón. ¿Puede imaginarse la fantasía de aquel siniestro vagabundo, que se empeñaba en seguir á las huérfanas en sus paseos sólo cuando Lidia iba entre ellas? La chiquilla soñaba con él por las noches y el jueves no se atrevía á salir. Al fin, para impedir la persistencia de aquel viejo chi-

flado hubo que amenazarlo con los gendarmes.

— ¿Sabe V. que el tío Jorge vive todavía? preguntó Ricardo á la muchacha.

— Lo sé, contestó ella, pero ya no me da miedo aunque siga llevando su palo y á pesar de que cuando pasa cerca de mí murmura no sé qué cosas en su dialecto de Alsacia.

Una á quien ya no se veía era la pastelera de Soisy, buena vieja encorvada y muy limpia que trotaba por el camino los domingos á la hora de visperas con un gran delantal blanco llevando debajo del brazo un cesto tapado con una servilleta blanca, á través de la cual pasaba un excelente olor de pastas todavía calientes. No obstante su edad, proveía á todo Soisy, Uzelles y aun Draveil, y llena de orgullo por tener en su clientela á los Fé-nigan, decía en tono respetuoso á las huérfanas que registraban su cesto y querían llegar demasiado al fondo: « cuidado, niñita, que esos tienen vainilla y son para el señorito Ricardo. » La historia de esos pasteles con vainilla, que Lidia recordaba con chiste imitando el vetusto saludo de la vendedora, les hacía morir de risa; pero la chica se guardaba de confesar que en aquella época participaba también de la veneración de la anciana por Ricardito, sus pasteles y los habitantes todos de la quinta. Otra cosa que tampoco

decía (la mujer, aun siendo muy joven, guarda con discreción ó desconfianza sus sentimientos íntimos, sobre todo los más profundos) era la impresión que dejaron en su alma infantil las visitas de los jueves á la quinta, cuyas frondosas arboledas y el lujoso verde del césped llenaban de encanto á sus ojos, tanto como los cortinajes entrevistos en el piso bajo á través de las ventanas.

¿De dónde la venía á la infeliz ese gusto, ese instinto precoz de riqueza y de aristocracia? ¿Por qué ninguno de los espectáculos que ante ella ostentaba el camino le interesaba tanto como los coches blasonados y brillantes que iban á la estación tirados por cuatro caballos y guiados por cocheros y lacayos de peluca? ¿Debía creerse lo que pensaban las religiosas, que Lidia había nacido en algún palacio de las cercanías y que no tardaría en descubrirse el secreto de la vida, una hermosa y aristocrática novela? Por lo menos las bondadosas hermanas explicaban de este modo el sí radioso con que la joven novicia acogió la proposición de Ricardo en vísperas de tomar el velo, renunciando de pronto, por la peligrosa agitación del mundo á la toca blanca de las servidoras de Dios que tan bien debía sentar á su claro mirar y á su frente pura.

El casamiento se celebró en la capilla del con-

vento, un sábado, según es costumbre en el campo. Pero el camino de Corbeil no había visto, de memoria de Robín, boda semejante. Todos los antiguos clientes de la notaría Fénigan, desde el arrendatario de las Pastoradas hasta el propietario de Granburgo asistieron á ella, tributando este homenaje póstumo á un tipo que se ha hecho raro, el de notario de campo honrado. Delante de la hilera de coches que precedía al de la desposada, abríase el camino, igual, ancho, bajo un hermoso sol de Junio; en la vuelta de Soisy, antes de llegar al hospicio donde el obispo esperaba á los jóvenes, la carretera subía y subía, perdiéndose en el cielo, un cielo de interminable seda azul, sin un pliegue, sin una nube.

« De esta haré yo lo que quiera... » se había dicho la suegra; y así se explicaba como admitió en su casa aquella niña sin dote, sin familia, aquella bobalicona de manos largas, siempre colgantes. La que el Sr. Fénigan llamó durante su vida « el buen tirano » era el tipo de mujer absolutamente contrario. Activa, enérgica, sacudiendo en el movimiento de su traje un manojo de llaves tan numerosas como las cerraduras de la quinta, á los cincuenta y cinco años, en el momento del matrimonio de su hijo, la Sra. de Fénigan no representaba más de cuarenta. Sus

cabellos negros siempre descubiertos, rebeldes á todo peinado, parecían tan jóvenes como sus ojos del mismo color, ojos pequeños vivos y buenos, pero de una bondad fría, faltos de calor y de ternura. Para que diera un beso á su hijo, no obstante adorarle, se necesitaban circunstancias extraordinarias. « En la familia, decía con frecuencia, no nos gustan las zalamerías. » Además, había en ella deseo de autoridad, la costumbre de hacer su gusto por causa de su larga viudez y, en la franqueza de este despotismo, desde el primer momento se condujo torpemente con su nuera.

Empezó por oponerse al viaje de novios. Ricardo no lo deseaba, pues lo que quería era estar con su mujer, verla á toda hora. Su excesiva timidez se asustaba también ante la idea de andar en fondas, con las comidas, la obligación de hablar á personas desconocidas, en sitios donde nunca había estado. Por el contrario, para Lidia el viaje representaba el ideal de la dicha licita, puesto que en la existencia sedentaria del convento nunca había deseado otra cosa, ver tierras, irse lejos, muy lejos, mucho más que la colina de enfrente y bajar una cuesta y después otra, hasta perderse de vista.

— Debo esto á haber mirado tanto el camino, decía á Ricardo durante sus entrevistas de novios;

y le confesaba que su tentación llegaba al punto de que envidiaba las carretas-casas más miserables de los saltimbanquis, sus comidas nocturnas á orillas del camino, sus paradas del mediodía á la sombra de los olmos cubiertos de polvo. Arrebatado al verla encendida de entusiasmo, le prometía « viajaremos, Lidia », ¿ qué no hubiera ofrecido en aquel minuto? Ahora no decía nada, pareciendo hallar completamente naturales las repetidas objeciones de su madre... ¿ Acaso era ya moda dar viajes de novios? Nada más peligroso: cuántas infelices jóvenes habían pagado con la vida esta estúpida tradición. « Y si supiera V. querida niña, qué prueba para una recién casada, para su pudor y delicadeza... créame, déjese de esa idea. » Lidia no insistía, pero su comprimido deseo se convirtió en duradero resentimiento. Agradecida hasta entonces á su suegra, de pronto se sintió prisionera en aquella casa y no pensó más que en evadirse; cuanto á su marido, que se encontraba enteramente dispuesta á amar, viéndole siempre con la cabeza baja, evitando las miradas, tan flojo, tan niño detrás de su poblada barba, acabó por despreciarle y se acostumbró á no confiar en él.

Los jóvenes comían en el alojamiento de la Señora, como llamaban á la madre, aunque tenían sus habitaciones propias en el antiguo pabellón.

La suegra se sentaba en la extremidad de la mesa, y servía á la antigua usanza, distribuyendo el té, el café, el azúcar, los licores. Terminado el almuerzo, los jóvenes desaparecían. Al principio la Sra. de Fénigan trató de retener á su nuera, para iniciarla en las obligaciones de una mujer de su casa, tan complicadas en el campo, donde reina por todas partes el robo, en el jardín, en la cocina, en el corral, envolviendo la propiedad entera en una red de trampa y de mentira. Pero Lidia se aburría de tal modo al oír el relato de las aventuras domésticas, la espalda de Ricardo se encorbaba tan harto de aquello al parecer, que la madre los despedía resignándose á contar sola sus peras, á recoger la fruta caída, á acechar el paso de los cestos traidores y los extragos de los lirones, de los terribles lirones, menos pillos sin embargo que el jardinero que los acusaba. Y, á la vez que iba y venía, pensaba en cuanto se había equivocado sobre la larguirucha é indolente criatura que esperaba dirigir á su antojo. Bajo su metamorfosis aparente, Lidia seguía siendo la endiablada bohemia de otro tiempo, un alma de desorden y de independencia. Acompañar á su marido en la caza y en la pesca, ayudarle á fabricar sus cartuchos, le interesaba mucho más que la costura y el bordado.

— Sin embargo, le decía su suegra, es preciso que aprenda V. á dirigir su casa.

— ¡ Y para qué si no la tengo y que aquí se encarga V. de todo ?

— Pero yo no seré eterna.

Esta discusión, frecuente entre ambas, ocurría sobre todo en el coche que las llevaba á Corbeil una vez por semana, y hacía más fastidiosa todavía para Lidia el interminable paseo á través de la antigua localidad, y las paradas en el mercado, donde la Sra. de Fénigan se empeñaba en reconocer las legumbres y frutas de su huerta.

— Mire V. y diga si no son nuestros melones.... ¡ Y esas berenjenas ! ¡ No las hay más que en Granburgo y en casa !... Estoy segura de que todo es robado.

Y repetía la historia sempiterna de los cestos que le pasaban por delante llenos de fruta y que no obstante su vigilancia saltaban por encima de las paredes de la quinta. Afortunadamente la muchacha tenía para distraerse, durante la ida y el regreso, los recuerdos que recogía en el camino mientras daban las ruedas esas vueltas que no la cansaban nunca. Veíase pequeñuela, corriendo en el polvo con su esclavina, el sombrero de cintas azules, y cuando el coche pasaba por la calle principal de Soisy, la huérfana sentía siempre el mismo

escalofrío de vanidoso regocijo en pasar debajo de las ventanas de su antiguo convento.

Por la noche después de comer se iban al salón, donde Ricardo jugaba como en otro tiempo al ajedrez con su madre; pero el piano de Lidia lo distraía á menudo. Aquel salvaje tenía casualmente pasión por la música, y como nunca había oído tocar sino á la mujer que adoraba, estos dos arrebatos se confundían en uno solo que lo volvía loco. Á cada momento iba su mirada desde el tablero al delicado perfil de la pianista y al movimiento de sus largas manos, más blancas que las teclas; y cuando un gesto, un llamamiento de celosa impaciencia lo volvía al juego, impulsaba distraídamente las piezas, acompañando con su voz profunda y torpe los bajos de la sonata que tocaba Lidia.. pum... pum... pum...

— Cállate Ricardo, gritaba su madre, me atacas lo nervios.

Pero ¡cuántas veces repetía sus « pum, pum » hasta la hora de acostarse, las diez, el inflexible cubre fuego del castillo!

Esta era otra obligación á que el joven matrimonio no se resignaba sin dificultad. Hubiérale gustado tanto pasearse en el caminito bañado por la luna, ó en los bosques, entre los plantíos de abedules que la luz convierte en plateados fan-

plateados fantasmas. Pero no, todas las puertas y rejas estaban cerradas, todas las llaves colgaban en la cabecera del lecho de la señora; y cuando Ricardo y su mujer se entretenían en pasear por el parque, dos enormes perros de guardia, Atos y Portos, ladraban tanto y tan fuerte que Ricardo y Lidia preferían volver á su cuarto.

Una de las ventanas de su pabellón, la del tocador, miraba á las llanuras de Villeneuve-Saint-Georges, en la dirección de París, cuyo sitio estaba marcado en el aire por un enorme halo de luz cenicienta. Todas las noches pasaba Lidia largo rato, magnetizada por el lejano y llamativo resplandor. Oh, aquel París, tan cerca de ella, siete, ocho leguas no más y á donde nunca la llevaban. He aquí otra de las tiranías de la Sra. de Fénigan. « ¿ Qué iría V. á hacer en París, querida niña, le decía? ¿ Acaso voy yo? ¿ Iba por ventura mi hijo antes de casarse? La joven no contestaba, y ya ni siquiera sentía ira ante aquella autocracia que la privaba de todos los placeres que hubieran deseado sus pocos años y su buena salud. Pero Ricardo hubiera debido temblar ante las miradas que su mujer dirigía hacia aquel volcánico resplandor, durante las melancólicas estancias en la ventana abierta.

Sin embargo, una vez cedió en sus manías la

Sra. de Fénigan á instancia de sus vecinos de Granburgo. Los Alcántara, que eran propietarios de la caza en el bosque de Senard, á lo largo del cual se extiende la aldea de Uzelles, no dejaban nunca de invitar el día de apertura á Ricardo, excelente tirador, que conocía el bosque tan bien como un cazador en vedado. Bastábale al joven atravesar su parque y abrir su verja para estar antes que nadie en el lugar de la cifa. El año que siguió al casamiento de Lidia, la mañana de la inauguración, el general y sus convidados divisaron á Fénigan, que los esperaba en compañía de un elegante cazador vestido de terciopelo azul, con sus polainas y un sombrero tirolés sobre una masa de cabellos finos cenicientos.

— Mi mujer... general, dijo Ricardo presentándola.

Lidia estaba tan deliciosamente hermosa, tan graciosa y esbelta, que el general no se separó de ella durante toda la cacería y la hizo sentar á su lado mientras almorzaban en el bosque; y después, cuando se despidieron, insistió mucho para que Ricardo llevara á Granburgo su mujer. La madre se opuso á semejante visita. Desde la muerte del notario las dos casas no se trataban; el general estaba casado con la hija única del barón Silva, ricobanquero de Viena, cuya enorme

dote llegó á punto para salvar Granburgo y librar de la ruina á aquellos pródigos De Auvernia, perdidos y jugadores de padre á hijo. La orgullosa austriaca encontraba á los Fénigan demasiado poca cosa para ella, « sobre todo desde el casamiento de Ricardo », añadía la madre, que nunca perdonaba ocasión de recordar los orígenes de su nuera, para poner coto á sus pujos de independencia.

De repente, en los primeros días del invierno llegó á la quinta de Uzelles una carta del general duque, invitando en nombre de su mujer á la suegra y los jóvenes esposos para pasar la velada en el palco de los De Auvernia en la Ópera, con motivo de un estreno anunciado para quince días más tarde. La Sra. de Fénigan, muy lisonjeada esta vez, aconsejó á sus hijos que aceptaran.

— Eso ya no es de mi edad, dijo, pero ustedes deben ir. Lidia, costeo su traje.

— Gracias, mamá, contestó encendida de contento la muchacha, que desde hacía mucho tiempo la llamaba Señora como los criados.

Durante quince días vivió en un encanto. Su vestido, encargado á una costurera de París, necesitó viajes y la presencia en la quinta de una oficiala de aspecto elegante, de facciones sopladas y marchitas por las noches de orgía, que se dormía al sentarse en las sillas como si hubiera

tenido atrasos irreparables de sueño. Esta problemática persona conocía á fondo la sociedad parisiense y contaba en las pruebas del vestido los secretos escandalosos de Granburgo, el general encaprichado de todas las mujeres, la duquesa que apenas tenía celos, pues sólo quería con pasión á su hijo y su dinero. Después de la costurera llegó el peluquero, y no el de Corbeil con que Lidia se había contentado para su matrimonio, sino uno de París, recomendado por la otra.

¡ Ah! cuando al cabo de tantos cuidados y trabajos se sentó junto al antepecho del inmenso palco, desnudos los brazos, con los hombros surgiendo de su traje de estilo Imperio, frente á aquella sala deslumbradora, ella, la pobre hospiciiana que hasta los veinticuatro años no había visto nunca un teatro, fué una impresión incomparable, una locura de todo su sistema nervioso. Sus ojos le hacían daño á fuerza de sentirlos brillantes y suspensos de lo que veían. La ópera, el canto de un tenor regordete, estrecho en sus gregüescos y de gesto pobre, las voces de la orquesta que se hinchaban ó disminuían en sonora marea, todo se perdía para Lidia en los latidos de su corazón y de sus sienas. Ni siquiera oía el impertinente saludo de la duquesa, pequeña austriaca de tez pecosa y pelo amarillento, perfil

acarnerado y cuello demasiado largo, que rodeaban tres hilos de perlas, las más gruesas que la huérfana había visto hasta entonces.

De pronto salió de ese incierto vaivén en que flotaba como una de las medusas cuyos reflejos se apagan fuera del agua. El general, colocado detrás de ella, había rozado ya varias veces con las gudejas rubias de sus largos bigotes los lindos hombros de su vecina, cuando se inclinaba para mirar fuera del paleo; pero luego sintió cogida su mano, que apretaba un guante de hierro y de fuego.

Ofendida al principio, trató de soltarse, mas el guante resistía, manteniendo la manecilla suave, ya al fin sin fuerzas contra aquel apretón ardiente y brutal. Lidia se abandonó « ¡ Qué audacia, como me aprieta, como me quema!.. Pero van á vernos... la duquesa... mi marido!.. » Y lo que mayor espanto le causaba era la tranquila impudencia del general que hablaba de cosas indiferentes. Por primera vez se manifestó ante su vista la hipocresía mundana, sublevando los escrúpulos de su naturaleza leal todavía. ¿ Por qué, á la primera señal de la duquesa que se levantó mucho antes de terminar la función, diciendo « me aburro, vámonos », por qué el duque se puso inmediatamente en pie á mitad del acto, dejando atónita é

29906

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

irritada la mano, que soltó con la misma desfachatez que tuvo al cogerla? « ¡ Ah, bueno... que vuelva el Sr. Duque de Alcántara á machucarme los dedos toda una primanoche... verá como le recibo! » Y en el ruido de los coros y de la orquesta, sola con Ricardo aletargado en el fondo del palco, Lidia se exaltaba, combinando la dura contestación que daría al general, pues pensaba con razón que no se pararía á mitad del camino.

Al subir en el coche para marcharse, Lidia, muy excitada, muy nerviosa por efecto de su aventura — sin duda también de la concurrencia, las luces eléctricas y la animación de una velada parisiense á la salida de los teatros, — dijo á su marido: « ¿ Si fuéramos á cenar? » Él la miró, estupefacto. ¿ De donde podía venirle semejante idea? ¿ Y su tren, el único tren de las doce y cincuenta que debían tomar en la estación de Lyon,.... si apenas quedaba tiempo..? « Al diablo el tren, replicó ella... dormiremos en la fonda. » En el mismo instante le echó al cuello sus brazos, tan cariñosos, y le dió en la boca un beso de sabor tan desconocido, que el pobre marido le ahorró el « ¿ qué dirá mamá? » esperado, pues contestó sencillamente: « Vamos á cenar. »

Á fin de que todo fuera imprevisto aquella noche para la joven, su compañero, tímido por

costumbre hasta el punto de no atreverse á entrar solo en una tienda, ni hablar con un dependiente, estuvo asombroso de soltura y alegría, tuteando á los mozos, sirviendo á torrentes el champagne, un marido que Lidia no había conocido hasta entonces, que jamás volvería á ver, decidior, expansivo, jurando que volverían á repetir todos los meses aquella jarana y que si su madre se oponía, la mandaría á ocuparse de su jardín, sin pelillos en la lengua. Á las dos de la mañana, el matrimonio vagaba en un coche buscando alojamiento por las calles inundadas de agua que las convertía en espejos. Varios hoteles se lo negaron, tomándolos por un casar sospechoso, lo cual les hacía reír mucho. Al fin encallaron en uno, donde les dieron un inmenso cuarto, cuyo piso de ladrillos sin color y alfombra sin pelo dejó en su memoria inolvidable recuerdo. Cuando Lidia se encontró, una vez retirado el vestido, casi desnuda en aquella habitación sin fuego, dijo « tengo frío » y subía las sábanas; pero éstas volvían á caer. Ricardo empezó por atarle las tohallas en torno de los brazos y sobre los hombros á manera de camisa de noche; pero nada le gustaba, por ser todo demasiado áspero para su delicado cutis. Así es que reía dando pequeños gritos: « Eso me raspa... eso me raspa... » Entonces él acabó por

comprender y quitando todo, sábanas, tohallas, encajes, la cogió con furia con los dos brazos, como nunca se había atrevido á hacerlo por tierno respeto y temor apasionado. Y fué su primera noche de amantes.

Pero al día siguiente, regreso á la quinta. Los criados se hablaban bajo, con el rostro consternado. La Señora estaba en cama, enferma, después de esperar hasta la mañana. En ocho días no bajó al salón y si bien perdonó á Ricardo su aventura, no hubo reconciliación entre ella y su nuera. Sin embargo, ésta se atrevió á recordar una ó dos veces á su marido la promesa de volver á las andadas; pero el pobre mozo tomaba aires tales de consternación para murmurar « sería la muerte de mamá », que, por lástima á su debilidad y también por desprecio, la joven renunció á su expedición como al marido brillante, enamorado, lleno de audacia y de voluntad que tuvo en sus brazos una noche, solo una.

No volvió á saberse del general ni de sus aventuras galantes. Ni carta ni visita; y la idea de que aquel soldadote de grandes ojos claros y pómulos violáceos se había divertido con ella toda una velada sin creer que mereciera más, parecía á Lidia tan ofensiva que hubiera querido vengarse ó poderlo decir. ¿ Pero qué hacer con un bobalicón

de marido como el suyo? Un desengaño más que añadir á los otros, en medio de tantos recuerdos amillantes ó tristes, con el vestido de la gran costurera doblado en el fondo de una caja, aquel vestido de teatro que no volvió á ponerse y que no quería ni mirar, pues le daba pena.

— ¿ La señora no sabe la desgracia que ha ocurrido en Granburgo? le preguntó Rosa una noche que la descalzaba.

El general, que había estado muy enfermo de resultas de una caída de caballo que no se divulgó, acababa de ser transportado á su quinta completamente paralizado. Rosa lo supo por el Sr. Alejandro, antiguo despensero de Granburgo, que vivía de sus rentas en la aldea de Uzelles y que, muy cuidado y muy planchado, volvía locas, no obstante su edad y sus patillas teñidas, á todas las chicas del país. Ante esta lúgubre noticia que explicaba todo, Lidia no tuvo ya sino piedad para el héroe castigado en su orgullo y en su fuerza, en pleno vuelo de gloria y de ambición.

Un día que exploraban el bosque ella y su marido, encontraron en un camino estrecho, donde apenas había ancho para sus ruedas, un coche medio cerrado en que parecía soñar un anciano alto, enteramente cano, absorto, al lado de un joven con anteojos y de larga cabellera

3.

rizada. «¿Has visto al general?» preguntó muy quedo á su mujer Ricardo que tenía la segura vista del cazador. ¡El general, con sus bigotes de nieve, su color de cera y aquellas manos inertes! Lidia no podía ereerlo. Pero ¿cómo dudar cuando divisó veinte pasos más lejos el coche de la duquesa que seguía la misma alameda dando el brazo á su hijo, el príncipe de Olmutz, lindo rubito imberbe de catorce á diez y siete años? También ella había cambiado mucho, por lo menos de tono y maneras desde la velada en la Ópera. Presentó á sus queridos vecinos el príncipe su hijo, que llamaban Carlejo, por contracción de los nombres de su abuelo y su padre, Carlos, Alejo; y como el preceptor, que iba en el coche, llamara al joven, la madre aprovechó ese instante para hablar más libremente. El pobre muchacho no se distraía en Granburgo, ahora que la enfermedad del general obligaba á toda la familia á pasar allí el verano. Por una triste coincidencia, su propio padre había caído enfermo en Viena y necesitaba marchar á verle. Así es que rogaba á todos sus amigos y vecinos que fueran con frecuencia á Granburgo para animar un poco la existencia del enfermo y distraer á Carlejo, muy triste entre su mesa de estudio y el sillón del tullido. Sería por cierto obra de caridad que Ri-

cardo y su encantadora esposa lo llevaran consigo en sus correrías á caballo y bote, pues aquel ser querido adoraba esos placeres, que ni su preceptor ni ¡ay! su padre podían proporcionarle.

— ¿Lo llevarán ustedes alguna vez, no es verdad?

El príncipe volvía hacia ellos por el musgo verde del camino, elegante y flexible, levantando su cabecita rizada, de color rubio leonado, como las que tiñen con henné oriental, y la sonrisa de los tres decía:

— ¡Qué gracioso es!

Desde lejos dijo á la duquesa:

— Buenas noticias, mamá... Al ver pasar á la Sra. cerca del coche, el general ha pronunciado claramente su nombre. Son las primeras palabras con sentido que articula. Mi maestro me llamaba para decírmelo.

Lidia Fénigan se sintió invadida por rubor que la puso resplandeciente de juventud y de vida; y la duquesa decía apretándole las manos:

— Ya ve V.; su presencia hace milagros. Cuento con ustedes.

Á partir de ese momento, Carlejo fué el lazo entre Granburgo y Uzelles. Singular muchacho, que lo mismo sabía interesarse en las historias de la Sra. Fénigan sobre los estragos de los lirones

y los robos de los jardineros que en las coqueterías de Lidia, á quien daba consejos acerca de sus vestidos, sombreros y ropa blanca. Al mismo tiempo, un frenético, un endemoniado, que adoraba y buscaba el peligro, llenando de inquietud á Ricardo con sus imprudencias, en que se notaba la misma resolución tranquila, su misma mirada de piedra dura brillante é impenetrable. ¿ Bueno ó malo? No se sabía. « No me lo explico, » decía su preceptor. Bien es verdad que Juan Metzger, ex-catedrático en la universidad de Lausanne, que dejó por causa de una enfermedad de laringe, era un mediano conocedor de la humanidad, pues había ojeado menos personas que libros. Restablecía su salud en aquel preceptorado de campo, cortado por largos pascos en coche y ahora por sesiones musicales en que acompañaba á Lidia pues el maestro era un violoncelo de primera fuerza.

¡ Cuidado si oyeron conciertos y sonatas Granburgo y Uzelles! La caja del violoncelo pasaba el agua en la barca de Chuchín casi tan á menudo como el joven príncipe. De noche, durante las interminables partidas de ajedrez entre Ricardo y su madre, el notario de Draveil, sucesor del Sr. Fénigan, Napoleón Merivet, propietario de la iglesia que estaba en la orilla del camino, y en

ocasiones el cura y un juez de Corbeil, formaban el auditorio acostumbrado de Lidia y del preceptor. La velada terminaba con una taza de tila, bebida que prefería la Reina madre para dar calor á las visitas antes de su despedida en la noche oscura. Hubiérase creído uno á cien leguas de París, en las provincias de costumbres modestas y regulares.

¡ Qué diferencia para Lidia respecto de las sesiones musicales en Granburgo! Era por la tarde, en una de las inmensas y elevadas salas de recibo del piso bajo, tendidas de lampas de rayos dorados y verdes, revestimientos de madera que databan de Luis XIII como el palacio, con puertas-ventanas que daban á una ancha escalinata, frente á un magnífico jardín á la francesa, majestuoso, luminoso, donde palpitaba y vibraba bajo el sol la piedra blanca de las estatuas, de los vasos, de las balaustradas, un jardín que terminaba en inacabables enrejados sostenidos por árboles cortados en forma de candelabros. Desde la enfermedad de su marido y la muerte de su padre que signió á poco, la duquesa no vivía casi en Granburgo, pues pasaba el tiempo en Viena y Budapest, ocupada por cuestiones de la herencia del barón Silva; así es que todo el palacio respiraba tristeza y abandono.

Apenas resonaban los primeros acordes del piano y del violoncelo, vigorosos en el desierto

de las salas, se oía el rodar de una silla de manos por las alfombras. El general, que había recobrado la memoria, la palabra y toda su vida pensante, pero que parecía condenado á perpetua inmovilidad, se hacía acercar al piano y estaba allí horas enteras oyendo á Bach, Beethoven y Schumann. Frecuentemente, en medio de una tocata, Lidia veía por el rabo del ojo al enfermo, cuyos nervios se calmaban por la acción de la música, echada hacia atrás la cabeza en su sillón, tratando de contener las gruesas lágrimas que desbordaban de sus enflaquecidos párpados, y cada vez, el espectáculo de aquella desesperación muda, de aquella grandiosa miseria que se lloraba á sí misma silenciosamente en aquel escenario pomposo y melancólico, henchía de tierna angustia el corazón de la joven.

Jamás hubo una palabra ni siquiera una alusión entre ellos sobre lo ocurrido en la Ópera. Á veces, cuando ambos estaban delante del piano, el general le cogía la mano y la conservaba un minuto entre las suyas temblorosas; esta caricia sin vigor, tan distinta del apretón brutal con que la persiguiera toda una velada, la llenaba de suave desolación. Así estuvo, engañada mucho tiempo, abandonándose sin desconfianza á un sentimiento del todo platónico; y cuando acompañaba á su

marido en las visitas á Granburgo, pudo creer que iba por el herido. Éste fué el primero en ver claro y un día la advirtió iracundo.

— ¿No está celoso su marido? le dijo.

Lidia sonrió con coquetería y repuso.

— ¿Celoso? ¿De quién?

— Del niño, vive Dios. ¿No le ve V. dándole vueltas alrededor, acechando sus pasos en la arena de las avenidas y el rozar de su traje en las vueltas de las alamedas?

El general hablaba con violencia, tartamudeando sus frases, pues en aquel arrebatado de celos le volvió un poco de afasia. Lidia trató de tomarlo á risa. ¡Si era un niño! ¿Acaso se piensa en mujeres á los diez y siete años? De seguro que ella debía parecerle una hermana ó prima de su madre. Pero el duque persistía, movía la cabeza con las manos crispadas, sobre sus rodillas sin movimiento.

— Ándese V. con cuidado; el chico ha quemado ya más de un cartucho en esas batallas.... En su cuarto tiene un cajón lleno de cartas de mujeres. Diga V. á su marido que se las haga enseñar... ¡Ah, el monstruo ha empezado joven y entiende de robar corazones... Por lo demás, como dice su profesor, tiene la *cavata*.

Tener la *cavata* en el lenguaje de los violonce-

listas, se dice del arco seductor que comunica el escalofrío de las notas profundas, agitando igualmente las cuerdas y las fibras. En español se dice vulgarmente *tener gancho*. Sobrábale razón al general; Lidia experimentaba inconscientemente la misteriosa seducción. Una vez advertida, trató de defenderse; ¿pero cómo, tratándose de aquel niño cariñoso y zalamero siempre presente? Iban á pescar juntos, pescar con redes, en que sus brazos desnudos se confundían en las mojadas mallas. Pasaban horas en acecho, marchando á tientas uno junto á otro en el bosque. Hablaban bajo, mientras una menuda lluvia de otoño acribillaba las hojas. El niño tenía frío y ella le daba la mitad de su gran abrigo. Para acabar de tranquilizarla, Ricardo no estaba nunca lejos y decía hablando de Carlejo « es nuestro hijo... » sin notar que cada vez esa frase avivaba el pesar secreto de su mujer, la carencia de maternidad. El pobre mozo tenía el secreto de estas torpezas y era el primero en ponderar la gracia heroica del príncipe; otra de sus frases era: « todo lo hace bien. » Sin embargo, en el fondo de la naturaleza de Lidia había cierta franqueza y orgullo que la preservaban de la vulgar traición. Fué preciso una sorpresa, ese imprevisto contra el cual se defiende mal la mujer, por no tener tiempo para vacilar ni razonar.

Un domingo por la noche, á fines de Septiembre, los fieles de las sesiones musicales se asombraban de ver al maestro Juan, que llegaba sin su violoncelo ni su discípulo, más afono que de costumbre y tan conmovido.... Carlejo se marchaba, pues debía entrar al día siguiente en Stanislas para preparar los exámenes de Saint-Cyr. El general había tomado de pronto esta resolución, y el joven, después de un corto y violento diálogo con su padre, venía á decir adiós á sus amigos Fénigan, cuando de pronto, á diez pasos de su casa, se separó de su preceptor pues según decía su corazón desbordaba de pena, encargando á su preceptor de expresar á todos su tristeza y su buena amistad. Hubo en el salón al oír esto un concierto de pésames y de palabras tiernas, pues todos adoraban al principito. La Sra. Fénigan se irritaba de que el general hubiera tomado una resolución semejante en ausencia de la duquesa.

— Esa buena señora siempre está ausente, gritaba Ricardo furioso dando un empujón al tablero de ajedrez.

— ¿Y el maestro Juan, preguntó Merivet que con esto olvidaba de echar azúcar en su taza de tila, se va también?

El preceptor contestó con su voz extinguida

que le ofrecían permanecer en Granburgo como... como....

— ¿Maestro de capilla? le apuntó Merivet.

— Precisamente, repuso el pobre hombre avergonzado de su asalariada miseriay acepto con la esperanza de ver á mi querido discípulo los domingos que salgá, una vez al mes.

Todos volvieron á exclamar en coro :

— ¿Nada más que una vez al mes? ¡Qué crueldad!

Lidia oía sin pronunciar una palabra, no obstante ser la más afligida por esa marcha, pues pensaba con razón tener alguna culpa, y si bien los celos apasionados del general inflamaban su orgullo, la opresión que la separación produjo en su pecho le deba motivo para sorprenderse. ¿Sería verdad que amaba al niño? Pero y entonces ¿sus coqueterías con el padre?... Mientras trataba de poner en claro tan complejos sentimientos, la velada transcurrió melancólica. Á las diez, cuando todo el mundo se preparaba á marcharse, Ricardo le preguntó mientras encendía una linterna :

— ¡Vienes á acompañar al maestro, Lidia?

Hacia viento y la noche estaba muy oscura. Una persiana mal sujeta daba golpes contra la pared. ¿Por qué Lidia, que en toda ocasión aná-

loga aceptaba con gusto la idea de pasar el Sena en medio de las borrascas de otoño, resistió á la proposición de su marido? ¿Fué instinto, presentimiento ó el simple deseo de tener una hora de soledad para pensar en aquel pesar imprevisto? Bajó la escalinata de entrada con sus amigos, los acompañó hasta la verja que daba al camino, y después tomó por la opaca sombra del pasadizo en cuya extremidad brillaba con mancha amarilla la luz de una lámpara, puesta en el piso bajo del pabellón. Lidia andaba lentamente como soñando, y el viento que le arrollaba en torno del cuerpo su ligero traje, mezclaba en sus vueltas torbellinos de hojas secas, cuyo ruido le hacía pensar en una persecución debajo de los árboles, de un paso detrás del suyo. Dos ó tres veces se volvió, oyendo su nombre :

— Lidia... Lidia...

Sin miedo ninguno, tendiendo hacia delante las manos, fuése derecha al banco de donde salía una voz muy conocida.

— Carlos... usted....

Allí estaba desde hacía dos horas, esperándola, queriendo decirle adiós á ella sola. ¡Cómo temblaba el pobre niño! El llanto ahogaba sus quejas, sofocándole los sollozos, verdaderos sollozos de niño que Lidia trataba de contener cerrándole la

boca con su mano ó con la pequeña mantilla que se había puesto en la cabeza. Por fin, temiendo que desde el pabellón oyeran, se lo llevó hacia las alamedas sombrías del parque; mas los perros ya sueltos empezaron su terrible concierto.

— Vamos á la *isba*, dijo el principito en voz baja.

La *isba* era la antigua casucha para guardar utensilios de jardinería, que Ricardo arregló como sala de armas, haciendo pulimentar y pintar las vigas del techo y los revestimientos de madera de las paredes, lo cual daba al local, con sus esterillas y sus asientos orientales el aspecto ruso. ¡ Ah, si Lidia hubiera podido ver la sonrisa de Carlos cuando entraron en la *isba*, hacia la cual la arrastraba traidoramente hacia cinco minutos! Pero no pensando más que en consolarle, en calmarlo ¿ cómo podía tener idea de tan profunda maldad? Rechinó la puerta; las hojas secas, impulsadas por el viento, entraron con ellos en la sombra, llegando hasta el ancho diván del fondo, debajo de un trofeo de espadas de relucientes empuñaduras. Los perros, que ya no oían ruido de pasos, se callaron.

Mientras Carlejo estuvo en el colegio de Stanislas, las citas se dieron en la *isba*, citas peli-

grosas y raras, una vez al mes, en la noche del sábado que el joven salía. Cuando todo el mundo dormía en Granburgo, el príncipe pasaba el río, saltaba la pared de la quinta de Uzelles, y se deslizaba hasta la sala de armas, de donde no salía sino al amanecer, volviéndose entonces por el mismo camino. Cada vez arriesgaba su vida; pero Lidia, que debía abandonar el lecho y el cuarto nupcial para ir al encuentro de su amante corría aún más peligro. Cuando regresaba siempre jadeante con su bata cubierta de hielo ó de rocío, todas la mañanas esperaba encontrarse con su marido en la puerta del Pabellón con la atroz pregunta en los labios: ¿ de dónde vienes? Este peligro no le desagradaba, porque compensaba para ella la bajeza del adulterio, cuyo aspecto hipócrita la sublevaba.

Una noche de cita en la *isba*, quiso que Carlejo, convidado á comer en la quinta al día siguiente, acabara la noche en el diván; y por la mañana, antes de salir para misa, le llevó una camisa de su marido á fin de que no se presentara con la de la víspera. Era un milagro que no los hubieran sorprendido cien veces, tanto más cuanto que los criados, exceptuando á Rosa, la hija de Chuchín, aborrecían á aquella mendiga convertida en esposa del amo. ¡ Cuánto hubieran dado por sor-

prenderla en delito de adulterio.... No, nadie había visto nada, nadie se figuraba nada. Quizás los perros de guardia, pero su testimonio era ininteligible. Únicamente el general había adivinado todo desde su sillón de paralítico. Cuando ahora iba Lidia á Granburgo los días de concierto, esperábala una sonrisa burlona y á la vez dolorosa, tranquila, que la envolvía y que la molestaba, sobre todo en presencia del maestro Juan, á quien podía inspirar sospechas. Durante los pocos instantes en que ni el preceptor ni Ricardo estaban presentes, el enfermo, con la caricia de sus grandes manos temblorosas, la reprendía en voz queda y con ternura :

— Sin embargo, se lo dije á V... no la quiere... no la querrá nunca. Pero... ahí está todo... tiene la *cavata*... la *cavata*....

Lidia hacía la que no comprende, abría los ojos fingiendo inocencia; pero él seguía afirmando sin vacilar. En cuanto á su propia pasión, sólo hablaba de ella en tono de lástima, como de una cosa lejana y perdida.

Una vez le dijo :

— De cuánto he tenido que sacrificar, de tantas ambiciones desvanecidas, lo que lloro... es V. Y cuando pienso que es V. de mi hijo.... ; Oh !

Otra vez exclamó :

— Cuando viene de casa de V., aunque me lo oculta, lo adivino en su andar y en el perfume que trae, que es su olor... ¡Qué angustia, qué tortura !... Entonces lamento que mi enfermedad no me haga padecer más, pues al menos me ocuparía el dolor y no pensaría en esta cosa atroz, no tendría estos celos que me enloquecen.

En los primeros días de la primavera, la duquesa se presentó á buscar á su marido para llevarlo á baños del Tirol, que le habían recomendado como infalibles. El enfermo debía hacer dos curas, y dando á sus celos el pretexto de los exámenes y del trabajo, resolvió que Carlejo pasaría todo ese tiempo en el colegio sin salir, no obstante el ofrecimiento de Ricardo de alojarlo en su quinta durante las vacaciones. El príncipe se sometió sin murmurar. Como desde hacía mucho tiempo estaba proyectando un viaje en yacht alrededor del mundo, recurrió al antiguo mozo de comedor de su madre para reunir los fondos necesarios en esta aventura. Y resuelto á no navegar solo, bastáronle para decidir á Lidia unas cuantas cartas alambicadas y algunas pulsaciones de tal ó cual cuerda de aquel instrumento femenino que tan bien conocía. Para halagar los instintos ambulantes y bohemios de la huérfana, le hablaba de las peripecias de una larga travesía,

abriéndole cielos y horizontes desconocidos; para lisonjear su vanidad de hospiciana servíase de la novela que ella se había forjado acerca de su misterioso origen: «¿No se subleva tu sangre aristocrática en ese medio de vulgar burguesía, de avaricia ordinaria?» No obstante, Lidia desconfiaba de él, de su juventud, y pensaba en la desesperación de la madre, en la sonrisa triste y débil del general; pero al fin un detalle ínfimo la hizo resolverse.

—¿Quién te ha entregado esto? preguntó á Rosa el día en que la doncella le presentó la primera carta del príncipe. La criada se ruborizó: «Es Alejandro... para la señora... para la señora sola...» Desde ese momento se sintió á merced de sus servidores. El antiguo lacayo tomaba cada vez que la veía aires discretos y misteriosos; vióse en consecuencia obligada á hacer que ignoraba sus relaciones con Rosa, puesto que ambos conocían su secreto. Cualquiera día iba á estallar el escándalo, por indiscreción ó por maldad; tanto valía no esperararlo. Así es que escribió á su amante: «Cuando quieras.» Contestación: «Mañana á las cinco de la mañana en la verja que da al bosque.»

El último día fué en la quinta análogo á todos los demás. Por la noche ajedrez y música, vuelta

á las diez en punto al Pabellón, donde Lidia escribió en su tocador algunas líneas á su suegra, mientras Ricardo se acostaba, para hacer constar que se iba sin dinero, sin caja ni maleta alguna, con solo la ropa que tenía encima. «V. me tomó sin nada, lo mismo me marchó... Estaba presa y me evado...» Y entregó á Rosa el peinador que se quitó, enteramente nuevo, de seda azul y encajes.

—¿Me lo da la señora? preguntó la sirvienta con asombro.

—Sí, guárdalo.

Después se acostó muy tranquila, durmió hasta el alba, momento en que salió su marido para ir de pesca, y á las cinco en punto llegaba á la verja del fondo del parque que encontró abierta delante, no del coche esperado, sino de una carreta de hortelano donde los jardineros cargaban cestos de legumbres y fruta. ¡Ah, los lirones!...

La aparición de Lidia fué un golpe teatral. La carreta desapareció en el bosque y los jardineros en el parque; sólo quedó un cesto, olvidado en la hierba, junto á la reja. ¡Qué ganas de reír si el instante hubiera sido menos dramático para la fugitiva! Pero ella se daba prisa en llegar á una victoria, cuyas ruedas y librea distinguió medio oculta detrás de un grupo de árboles, cuando un

anciano vagabundo surgió del foso y se le puso delante. En aquel ente andrajoso y sucio, de barba cubierta de musgo reconoció al tío Jorge, al espanto de sus primeros años, y pensó en entregarle la carta para su suegra: « Lleva eso á casa. »

Con la carta en la mano, él no se movía, inclinada la cabeza y cerrando el paso á aquella hermosa criatura que miraba con sus ojos vacilantes, rosada de color en los tonos rosados de la aurora. Ella creyó que esperaba el precio de su encargo: « No tengo dinero, le dijo, allá te pagarán. » Pero él no parecía comprender, y permanecía inmóvil delante de ella, murmurando sus labios palabras que no podían salir. Y únicamente cuando la joven lo separó con un gesto brusco para pasar y desapareció en la vuelta de un matorral, fué cuando el viejo echó á andar en sentido inverso lanzando un ronquido sordo, una queja inarticulada que le salió del fondo de la garganta.

IV

Frente al Pabellón, en el ángulo del camino de Corbeil y de una callejuela campestre que baja hacia el Sena por entre las vides, hállase apoyada contra la pared de un antiguo parque una fuente muy conocida por los caminantes, con su taza de hojalata mantenida por una cadena. El primer sonido que distinguió Ricardo cuando salió de su letargo cuya duración no podía apreciar, fué el choque de esa taza, que el transeunte deja caer después que bebe en ella. Sonrió ante ese ruido que conocía desde la infancia, abrió los ojos y desde su cama, en la media luz del cuarto con las cortinillas cerradas, distinguió reflejada en lo blanco del techo, como sobre la pantalla de una linterna mágica, la sombra microscópica de un caminante que examinaba su morral después de un descanso en la fuente de la esquina.

anciano vagabundo surgió del foso y se le puso delante. En aquel ente andrajoso y sucio, de barba cubierta de musgo reconoció al tío Jorge, al espanto de sus primeros años, y pensó en entregarle la carta para su suegra: « Lleva eso á casa. »

Con la carta en la mano, él no se movía, inclinada la cabeza y cerrando el paso á aquella hermosa criatura que miraba con sus ojos vacilantes, rosada de color en los tonos rosados de la aurora. Ella creyó que esperaba el precio de su encargo: « No tengo dinero, le dijo, allá te pagarán. » Pero él no parecía comprender, y permanecía inmóvil delante de ella, murmurando sus labios palabras que no podían salir. Y únicamente cuando la joven lo separó con un gesto brusco para pasar y desapareció en la vuelta de un matorral, fué cuando el viejo echó á andar en sentido inverso lanzando un ronquido sordo, una queja inarticulada que le salió del fondo de la garganta.

IV

Frente al Pabellón, en el ángulo del camino de Corbeil y de una callejuela campestre que baja hacia el Sena por entre las vides, hállase apoyada contra la pared de un antiguo parque una fuente muy conocida por los caminantes, con su taza de hojalata mantenida por una cadena. El primer sonido que distinguió Ricardo cuando salió de su letargo cuya duración no podía apreciar, fué el choque de esa taza, que el transeunte deja caer después que bebe en ella. Sonrió ante ese ruido que conocía desde la infancia, abrió los ojos y desde su cama, en la media luz del cuarto con las cortinillas cerradas, distinguió reflejada en lo blanco del techo, como sobre la pantalla de una linterna mágica, la sombra microscópica de un caminante que examinaba su morral después de un descanso en la fuente de la esquina.

— Oh, el camino..., exclamó en alta voz, dichoso de haber hallado este recuerdo. Pero al mismo tiempo le volvió el recuerdo de su desastre. Tuvo frío, tuvo miedo, y con movimiento pueril volvió á cerrar los ojos como para sumirse otra vez en el anonadamiento, en el olvido de todo. Mas sus ojos cerrados veían, sus oídos percibían los sonidos, y siempre la misma cosa, la imagen y las palabras de su madre cuando á la entrada del pasadizo le gritaba:

— ¡ Tu mujer ha huído!

Por una extraña anomalía, en esta naturaleza muy sencilla y suave pero enteramente instintiva, los celos de que tanto debía sufrir andando los días, hasta el punto de hacerle servir de tipo á este estudio pasional, no le hicieron sentir inmediatamente sus garras y su pico acerado de Quimera cruel. Cuando supo que su mujer se había marchado con Carlos, su marinero, según el joven se llamaba á sí mismo, con el amigo que más quería, el golpe le pareció sin duda muy duro; herida de vientre, traidora, de abajo arriba, pero que por lo inesperada era menos dolorosa. « Con él... es con él... » Un rubor fugitivo sobre la palidez de su calentura, una nubecilla que veló sus ojos de perro fiel, y esto fué todo. El mal de los celos vino más adelante, le hirió por retroceso y entonces hasta

el delirio. Por el momento todo desaparecía en el grande y oscuro abismo abierto á sus pies, y á cuyo fondo miraba sin comprender... ¿ Huída... por qué?... ¿ Qué le habían hecho?... ¿ De modo que ella no le quería, cuando él la amaba tanto?

Sentado cerca de su ventana, ante aquel horizonte familiar en que todo le recordaba á Lidia, el único pensamiento de su convalecencia fué este: « ¿ Qué ha ocurrido? » Hubiera querido leer la carta que ella escribió al marcharse, pero su madre la guardaba, diciéndole que se la enseñaría más adelante cuando estuviera curado, pues había allí cosas capaces de hacerle mucho daño y hasta de provocar un nuevo ataque. ¡ Cuidado si la miserable se pondría contenta!

En realidad, la carta de Lidia acusaba con tanto rigor á la suegra, con tal acento de rebelión y sinceridad, que ésta retrocedía ante la desesperación y tal vez de la ira de su hijo, enamorado como el primer día después de ocho años de matrimonio. La constancia de este amor era lo que asustaba sobre todo á la buena mujer.

Para ella, lo mismo que para otras muchas francesas, más bien madres que esposas, que consagran al hijo la ternura desdeñada que el marido no ha querido ó sabido aprovechar, la pasión le parecía únicamente un accesorio de novela ó de

teatro, y la vida matrimonial una asociación sin relieve. ¿Cómo hubiera podido explicarse la violencia de este deseo que leía en la mirada de su hijo, tan indomable al cabo de los años como el día en que su llanto de fuego corría por las vidrieras de la *isba*?

— La verdad es que no comprendo á los hombres, decía á Ricardo, mientras le acompañaba y sostenía en su primer paseo por el parque una tarde radiosa de Agosto... Ustedes pueden amar y despreciar al mismo tiempo... Así, tú piensas todavía en esa pérdida que te ha engañado, que vive con otro y que te convirtió en hazmerreir de la comarca.

La madre sentía temblar el brazo que descansaba en el suyo, pero continuaba con voz dura y ojos de operador implacable.

— Toda su historia se sabe. Figúrate que se daban cita en nuestra casa... Él venía de noche saltando las paredes.

— Entremos ahí, mamá, no puedo más, murmuró Ricardo empujando la puerta de la pequeña casita de madera. Y al dejarse caer sobre el diván con todo su peso, desalentado, los muelles cansados rechinaron, y el mismo pensamiento hizo ponerse encendidos de un golpe á la madre y al hijo.

— Por tu orgullo, por tu nombre, mi querido hijo, no pienses más en esa mujer, prométemelo.

Movió un cojín para sentarse junto á él y le cayeron en la mano alfileres de pelo allí olvidados. Recogiólos y los tiró fuera con asco. Después siguió un silencio pesado, durante el cual penetró en el recinto una golondrina, rozó las vigas del techo con un *frrt* de abanico abierto y desapareció, como capricho de mujer.

— Prométemelo..., repetía la madre muy conmovida. Ricardo contestó:

— Pues bien, sí, te lo prometo; pero con una condición... quiero saber... quiero que me digas dónde están.

Ella tuvo miedo de haber tocado con demasiada fuerza la fibra del orgullo y de la ira.

— ¿Saber dónde están? ¿Y para qué? ¿Qué tratas de hacer?

— Nada, es una curiosidad.

— Está bien; las gentes de Granburgo han regresado; allí me lo dirán.

La Sra. Fénigan prometió ir en persona á buscar noticias en casa de los Alcántara, por miedo á un escándalo. Todo se reduciría á tener una jaqueca, como cada vez que se ponía un sombrero.

Dos días después, bajando del coche delante

de la inmensa escalinata de Granburgo, encontró á la duquesa en animada é íntima conversación con el Sr. Alejandro, cuyo saludo irónicamente afectado dió frío en el corazón á la recién llegada.

— Luego hablaremos, Alejandro, dijo la duquesa introduciendo á la Sra. de Fénigan en un pequeño salón tapizado con sederías antiguas... « ¿ Á qué debemos esta visita, señora notaria? » preguntó con tono de benevolencia hipócrita y altanera. La notaria, tan bien apostrofada por su título, pareció irritada de semejante acogida, no obstante todo lo que de terrible y de no expresado había entre ellas.

— Señora, mi hijo Ricardo ha estado á punto de morir.

— Ah, de veras... ha sido tanto... lo ignoraba...

— ¿ Cómo, no sabía V. que mi pobre hijo?...

— Por Dios, querida, son asuntos tan delicados... »

Y paseaba un frasquito por delante de su nariz de curva hebraica.

— Ese asunto le toca á V. muy de cerca sin embargo, murmuró la de Fénigan. Y de pronto, en la explosión de su resentimiento maternal:

— Ah, duquesa, es una gran desdicha que su hijo haya encontrado en su camino al mío.

La cabecita de cabellos amarillos se alzó con una mala risa:

— ¿ No pretenderá V. acusar á Carlejo del rapto de su nuera? Mi hijo tiene apenas diez y ocho años y estaba aun en el colegio... »

Abrióse una puerta y en la larga hilera de los salones de recibo surgió la triste figura enflaquecida del general duque que se apoyaba penosamente en el brazo de su sillón para saludar á la notaria con estas insolentes palabras:

— Añadiré, señora mía, que nuestro inocente se ha ido tomando á préstamo cien mil francos que nos costarán el doble, mientras que si Danae se jacta de haber huído, lo hizo justamente con la camisa que llevaba encima.

Mientras hablaba, un antiguo espejo colocado sobre la chimenea del pequeño salón reflejaba el temblor de sus largos bigotes torcidos por una sonrisa de rabia y el gesto desesperado que el maestro Juan hacía detrás del sillón con el arco de su violoncello. La Sra. de Fénigan se había puesto en pie con dignidad y salió diciendo:

— Desead que vuestro hijo no se encuentre frente á frente del mío.

El general se estremeció, pero la duquesa para tranquilizarlo:

— Deja, añadió, uno está en Uzelles y otro cami-

no de la India. Difícil será que se encuentren.

Sin embargo, apenas se alejó el coche de la Sra. de Fénigan, llamaron á Alejandro.

— ¿ Mi general?

— No pierdas de vista al Ricardo, oyes y si se marchà de aquí, síguelo y tennos al tanto.

La duquesa añadió :

— Cuanto á los gastos de mi hijo, pida lo que quiera, hábleme V. en persona del caso.

El antiguo mozo de comedor se inclinó hasta el suelo y salió de Granburgo irónico y contento.

Ricardo entretanto iba de un lado á otro del salón de su quinta, dando pasos iracundos, y subidos los hombros, al oír el relato que le hacía su madre, llena de indignación en su mecedora, con el sombrero sobre las rodillas. El marido tuvo paciencia hasta el cabo de la historia, apretando de ira los dientes; al fin, parándose delante de su madre, la levantó, la estrechó contra su corazón y en una explosión de ternura poco frecuente en aquel espíritu reconcentrado, le dijo :

— Todo acabó. Tienes razón, esa mujer es indigna; que vaya á donde quiera. Nunca más volveremos á hablar de ella.

Hablaba así en la sinceridad de su enojo, torturado por la idea de que Lidia había robado á un colegial. Por primera vez sintió lo grotesco y ver-

gonzoso de la aventura, asombrándose de haber tenido á su lado tanto tiempo sin conocerla una enferma, una histérica, invocando el testimonio de su madre, que insistía, encantada de su triunfo :

— Es culpa nuestra, hijo mío.... Fuimos á buscarla al Hospicio. Así se evitan las molestias que ocasiona una familia; pero la mujer llega sin antecedentes sin quien responda de ella, envuelta en el misterio, en lo desconocido, con todos los defectos posibles transmitidos por herencia. Esa muchacha se creía de sangre noble, idea que le metieron en la cabeza las hermanas del convento. En todo caso, su nobleza arrastraba en las venas muchas infamias... Dame un beso y no pensemos más en ella.

Así trató él de hacerlo, imponiendo grandes cansancios á su cuerpo, para caer de noche en profundo sueño. Es probable que si Ricardo hubiera tenido por esposa una mujer de su casa, como la madre, consagrada á su huerto y sus armarios, su ropa blanca y sus dulces, Ricardo se habría distraído de su dolor en la vida exterior. Pero Lidia, sin hijo, sin casa que cuidar, acompañaba por todas partes á su marido, iba con él de caza y de pesca, y cuando quiso huir de su recuerdo, lo encontró en todas sus excursiones,

vivo y presente como la sombra de su dicha desvanecida.

Las primeras redes que puso después de la partida de su mujer fueron las que echó entre Ris y Juvisy, á unos cuantos metros de la orilla. El agua, muy tranquila en ese punto, le presentaba la imagen invertida de un albergue de canteros, un antiguo paradero de coches que alzaba solitario junto á la vereda de la orilla del Sena su gran techo de paja y sus elevadas ventanas de pequeñas vidrieras.

— ¿Quizás me he metido demasiado en las hierbas? preguntó Chuchín que iba al remo y que se extrañaba de la inmovilidad de su amo. Ricardo no contestó; en aquel instante y en aquel sitio estaba resucitando una escena de su vida matrimonial, el río salpicado por un aguacero de tormenta, el cielo negro, la barca llena de agua, Lidia gritando y viendo bajo el chaparrón uno de sus zapatitos perdidos en la prisa del desembarco; después la sala del albergue, larga y sombría, en que unas velas puestas en los golletes de las botellas vacías alumbraban las cabezas hurañas de los canteros, de los extractores de arena, de los pastores sorprendidos también por la tempestad, y que secaban sus grandes capas de lana delante del fuego de haces donde Lidia se calentaba, tor-

ciendo su cabellera, muy divertida al ver aquellas miradas de deseo, aquellos ardores de faunos mantenidos á distancia por el aspecto vigoroso y los robustos puños de su compañero.

— El agua está muy clara aquí, Chuchín, exclamó al fin Ricardo con alterada voz. Ante el vigoroso empuje del guarda-pesca, el espejo que reflejaba el antiguo albergue se rompió en veinte pedazos que se fueron al fondo del río con los recuerdos evocados. La barca se paró en la isla de los Gorriones, sitio maravilloso para echar las redes; pero aquel día el amo no tenía suerte.

La isla se abre en una de sus puntas, formando una media luna algo prolongada, donde sobre un fondo de arena fina duerme agua transparente en las sombras cruzadas de dos sauces colgantes y frondosos. Lidia llamaba á ese sitio su tina, pues con el bote de Ricardo frente á la entrada y desplegada su ancha vela, con los sauces como cortinas á ambos lados, allí tomaba su lección de natación y para salir del agua y dejar su vestido, todo se volvían risotadas y alaridos al menor roce de una rama de sauce ó de un insecto que huía asustado contra su rosado cutis desnudo. La evocación de aquella espléndida carnación chorreando agua, satinada por la luz y el aire, llena de escalofríos y resplandores, el sabor de pronto re-

cordado de aquel hermoso fruto en que sólo una vez se había atrevido á morder en proporción de su apetito, por fin la desolación hasta el llanto de las alegrías perdidas, de las horas muertas, eso es todo lo que pescó en las tres ó cuatro horas que estuvo en la isla de los Gorriones.

— Cosa rara, decía por la noche á la cocinera el guarda-pesca, el señorito no ha cesado de cantar en todo el día á pesar de la cara triste que tiene.

En efecto, mientras que se absorbía en el único y querido recuerdo, volvía maquinalmente á la memoria un aria de Pergoleso, que tocaban el maestro Juan y Lidia; y ahora, llevando el compás de los bajos, acompañaba con sus « pum pum » el canto divino que resonaba en su cabeza y le henchía el corazón.

Los días siguientes continuó la misma obsesión. En todas las vueltas y revueltas del río, á toda hora, en aquellas brumas matinales tan densas que había necesidad de guiar su esquife oyendo el choque de la ola contra los estribos de los puentes, ó por la noche, cuando el farol de alguna barcaza se deslizaba misteriosamente por la superficie del agua; y en el Yeres y el Orge, esos pequeños afluentes del Sena limitados por verdes riberas, grupos de árboles y jardines floridos, por

palomares, lavaderos y antiguas abadías transformadas en molinos, dondequiera se le aparecía la imagen de la amada. Fuera cual fuese el punto á donde se dirigía su remo, allí la descubría, esbelta y fresca como una planta acuática, con su tez de color blanco verdoso, impenetrable á las quemaduras del sol y del aire.

El bosque corría á orillas del río. Ricardo se lanzó á sus espesuras para librarse de la obsesión que le producía el agua. Pero también allí, en los matorrales, en las enrucijadas de las verdes alamedas, cuyos letreros indicadores conocía todos, la visión le perseguía. Lidia siempre; y cuando no era Lidia en persona, encuentros fortuitos, circunstancias que venían á recordarle su infortunio. Una tarde, al volver de una larga caminata á pie, al pasar delante de la Ermita, oyó unas voces ásperas y afectuosas que gritaban:

— ¡ Eh, D. Ricardo !...

— Saltacor, apellidado el indio, anciano guarda-bosque gigantesco, temido por los vagabundos, casaba á su hijo, empleado de comercio en París, con una muchacha que trabajaba en la misma casa. En medio del patio cubierto y destartelado del antiguo claustro, hallábanse sentados á la mesa guardias con la librea azul de Granburgo y sus mujeres de curtido cutis, endomingadas con bri-

llantes colorines, el arrendatario de Ricardo y su familia, los dos músicos de la boda, y el Sr. Alejandro, muy bien puesto, botas de charol, pantalón claro, haciendo señas con su lente á la novia, una fea muy simpática, vestida y peinada admirablemente. Ricardo tuvo que entrar y sentarse un instante. La comida tocaba á su término, pero se bebieron algunos vasos más de vino blanco á la salud de los desposados. Después, al dar la señal el cornetín, se bailó una cuadrilla á los últimos resplandores del crepúsculo. Ricardo y el indio, apoyados de codos en la mesa, hablaban mirando el baile.

— Lo que es coqueta sí la creo, D. Ricardo, muy coqueta, decía el guarda-bosque que seguía las evoluciones de su nuera con sus ojos diminutos de pesado paquidermo.... Así es que el muchacho no quiero que vuelva al almacén, tanto más cuanto que tiene el pecho algo débil. Van á pasar aquí unas temporadas. Él irá todos los días á trabajar en París y yo cuidaré de su mujer. En mi tiempo no tuve suerte con la mía; pero lo que es ésta, respondo de que andará derecho.

— Ya me lo figuro, contestó Ricardo con forzada sonrisa, pensando para sí que habría debido confiar al indio la vigilancia de su quinta.

La noche iba cubriendo el bosque cuando Fé-

nigan salió de la Ermita; ya los pájaros no cantaban, sólo el cornetín de la boda lanzaba sus notas rítmicas y chillonas, pero esta no era la música que nuestro personaje oía, la que acompañaba con sus bajos, con sus dolorosos « pum pum pum » sembrados en la oscuridad de las alamedas.

Desanimado, ya no volvió á salir. En el piso bajo del Pabellón, cerca del cuarto de la ropa blanca, estaba lo que llamaban el estudio. Ricardo, que desde la huída de su mujer dormía en su cuarto de soltero, cercano al de su madre, se servía también de aquella pieza abandonada para dormir su siesta en el ancho sillón de cuero y examinar la cuenta de algún trabajo delante de la mesa escritorio del difunto notario. Ahora ya no salió de allí. Desde la ventana se entretenía como durante su infancia en mirar al camino y descubrir antiguos conocimientos, la carretilla del peón caminero, el jorobadito vendedor de calzado, imágenes sencillas de una especie de gran juego infantil como el del pato, en que se le aparecía inclinada junto á la suya propia la frente de Lidia. Recordaba el miedo que su mujer tenía de los bueyes y también de la carreta de Fucart, donde llevaban á los ahogados debajo de un trapo en tiempo de los baños fríos... Justamente hela allí

que sube lentamente del Sena, aquella carreta misteriosa, trayendo al ayuda de cámara del anciano Merivet, sacado de las malezas de la orilla donde se ahogó por su imprudencia. Éste era el sacristán de la Pequeña Capilla; así es que su pobre amo le sigue llorando, más encorvado y escuálido que de costumbre.

... ¡ Toma ! si es el tío Jorge con su largo garrote y un pedazo de pan debajo del brazo. Sin embargo, hoy no es el día de los pobres; pero hace ya tiempo que el viejo vagabundo no sale de los alrededores de la quinta. Parece que acecha y espera. Siempre se le encuentra dando vueltas en torno de la propiedad, ó recostado contra una de las rejas, por la parte del camino ó del bosque. « No suelta la borrachera », dijo Chuchín con aire envidioso; y las muchachas de la cocina, cuando el anciano mendigo acerca á los ventanillos de ésta su hocico de hombre-perro y sus ojos llorosos, le gritan riéndose: « ¿ Tienes penas amorosas, tío Jorge ? »

En los días cálidos y luminosos es siniestro ver á aquella pobre larva humana que se arrastra por el camino, agarrándose á los árboles y las paredes. ¿ De dónde sale ? ¿ Tiene eso una patria ? ¿ Qué lengua, que dialecto deshace aquella boca sin dientes ? ¿ Y cómo vive en Uzelles, en ese rincón

de Francia aquel viejo mendigo, tan perdido, tan desconocido y extraño, como si vagara por el centro de África ?

... Allí se acerca á la fuente, tratando de coger la taza y llenarla de agua clara. Sus manos tiemblan, sus pies resbalan, su sombrero, un antiguo casquete sin forma ni color, cae al lado del vaso derramado, y esto hace desternillarse de risa á la joven labradora de enfrente, que en pie, cuida de su corral, con las dos manos sobre un enorme vientre de mujer preñada. Por fin el miserable, después de horribles enfuerzos, logró beber pegando la boca á la llave, y dos hilitos de agua caen de su barba, mientras el sol calienta su cráneo pelado, rojo, surcado de gruesas venas azules. Y Ricardo recuerda lo que Lidia le decía una vez, que nunca había podido ver á un vagabundo pararse al caer de la tarde para beber en aquella encrucijada y permanecer indeciso con la vista en el suelo; que nunca había podido contemplar esa miseria de incertidumbre y de abandono sin pensar que aquel ser errante había sido un pequeño, mecido, mimado por una tierna madre que tal vez lo miraba dormir soñando para él brillante porvenir. ¿ Cómo era posible que la mujer capaz de tanta bondad, de piedad tan sincera, hubiese hecho tanto daño á su marido ? ¿ Acaso

era para ella menos que un anciano mendigo? ... Una vez que bebe, el tío Jorge se recuesta junto á la fuente, poco á poco, por pedazos, como si arrojara al suelo sus miembros uno detrás de otro. Saca un pan de su levita agujereada y hecha hilos, lo pone sobre una piedra inmediata y cerrando los ojos, aunque sólo á medias pues defiende su pitanza contra las moscas y un atajo de asquerosos insectos enemigos de sus paradas de vagabundo, y se adormece, con una mano en el pan y otra en el garrote.

Ricardo no duerme. Acabáronse las buenas siestas de antaño. Ahora se entretiene en mirar y oír, ó través del camino el pesado sueño de aquel pordiosero por el cual siente ternura, pues era el pobre de Lidia, y á él fué quien por último habló, poniendo en su mano agrietada y áspera la carta de despedida que la Sra. de Fénigan no ha querido nunca enseñar á su hijo. De repente se le ocurre que á falta de esa carta el pequeño escritorio de su mujer, que está arriba en su cuarto, contiene tal vez otras igualmente curiosas. ¿Cómo es que no ha tenido antes la tentación de buscar?

En un momento fué á dar con Rosa, le pidió la llave, vió la silueta de Alejandro saltar por la ventana del cuarto de la ropa blanca abierto sobre

el parque y subió muy de prisa la pequeña escalera cubierta con lienzo de Génova de grandes flores. Allí está delante de un lindo mueble de labor antigua cuya cerradura hace saltar, embriagado de pronto por el olor de azucena que le recuerda á la ausente mejor aun que las arias de Pergoleso ó de Beethoven. Ricardo busca y rebusca con sus gruesos dedos calenturientos. Ya ha descubierto cartas de su madre y suyas propias, de la época en que hacía la corte á la huérfana, algunas misivas de Sor Marta durante una estancia de la religiosa en Dublín y después, conservadas preciosamente las dos cuentas de su cena y de la noche de fonda, la noche de la Ópera. ¡Pobre Lidia, como se veía que no le sobraron ocasiones de placer!...

Ahora, un sobre grande donde se encuentran una miniatura de marfil en un estuche y tres cartas en que reconoce la letra fina y astuta de Carlejo. Desde las primeras líneas se estremece, sus mejillas se cubren de sangre al adivinar el infernal manejo del príncipe para decidir á Lidia á seguirle; haciale comprender lo odioso de su existencia entre el gran Pum-pum y la Sra. Lirón, la que recoge manzanas: así llamaba á Ricardo y á su madre. ¡Qué monstruo! nada se le escapa, ni las manías, ni las anécdotas repetidas é intermi-

nables; y qué bien sabe exaltar las vanidades de la joven, sus pretensiones de nobleza, su inclinación á los viajes y las aventuras! ; qué bien sabe hacerle creer que se ahoga en aquel pedazo de Sena, entre dos esclusas!... ; Y acusan á Lidia de haber abusado de sus diez y ocho años! El principito tiene un siglo, con más la experiencia de una antigua bailarina y de un mal sacerdote. No, no fué ella quien lo corrompió ni lo robó; esas cartas lo prueban...

¿ Pero quién es, en un marco minúsculo, ese niño robusto y espléndido, completamente desnudo sobre las flores de una alfombra? ; De quién es? ; Quizás el suyo? ; Pero cuándo, dónde, cómo? si nunca se ha ausentado... Y el pobre marido, cuya carencia de paternidad era la pena constante, sigue buscando, examina las facciones de la miniatura, los bucles de oro rizados, los ojos de piedra fría del que supone un bastardo del monstruo. Pues bien, no, es el monstruo en persona, una fantasía del general ese retrato de Carlejo á dos años, un modo de decir á las mujeres extasiadas ante la desnudez del hermoso varoncito: « He ahí cómo los hago... » mientras que el príncipe, regalando á su querida ese medallón de su primera infancia, parece insinuarle: « He ahí cómo soy. » En el fondo del estuche, debajo del

retrato, una carta más íntima, más ardiente aunque las otras y en la cual están esas explicaciones. Al leerla Ricardo se pone súbitamente pálido, agitado por movimientos nerviosos, sintiendo en la boca del estómago una horrible contracción. Sus ojos se enturbian, dejan de ver, como si los cegaran relámpagos interiores que los cruzan.. El veneno, el veneno de los celos... todavía no le era conocida, la atroz picadura... Lidia huída y perdida, eso es lo único en que se había fijado hasta entonces; pero ahora piensa en el otro, en el que se la ha robado, en sus delirios y caricias... Y el pobre celoso sigue leyendo. No quisiera hacerlo, pues cada palabra le desgarró el alma; pero continúa... es como una deliciosa ponzoña que una calentura perversa le obliga á beber, á beber....

Para lograr que Lidia se decidiera á partir, el amante se queja en frases ardientes de que sus noches de la *isba* son demasiado oscuras; está cansado de poseerla á tientas, en la sombra, en el sobresalto, con los perros que husmean á la puerta. Es verdad que hay el atractivo del peligro..... Ah, el beso de la vispera en la escalinata de Granburgo, aquel beso con toda la boca, tan dulce, tan profundo, que durante cinco minutos los dejó á ambos vacilando, con los rodillas sin vigor...

Pero con todo, la primera noche en la cámara del yacht será mejor todavía. Una noche alegre y sin sueño, sin inquietud ni pudor, nada entre ellos, nada ocultando sus carnes; sólo besos y luz. Pasará como en la malagueña de la amante católica que cuchichea junto á la boca de su galán: « Apaga, oh, apaga... basta con lo malo que hacemos; pero no quiero conocer el pecado de la vista. » Y luego, en alta voz, arrebatada por el placer: « enciende, amigo, enciende. También quiero cometer el pecado de vista, cometerlo con todos los demás. »

... El infeliz se pone en pie, recorre su cuarto con furia, agitando sus manos repletas de matanza. Las abominaciones que ve, las cosas que llenan sus ojos de horrores, y que ya no podrá dejar de tener presentes. « ¡ Ah, miserable principillo, ah, bandido!... ¿ á dónde la llevó? ¿ dónde la oculta? Si pudiera saberlo, tenerlos ahí, caerles encima... Toma, toma! » y con su tacón rompe, reduce á polvo el medallón de marfil, creyendo macerar carne desnuda y vida... Pero ya ha bebido el veneno, que lleva en la sangre que no le volverá á dejar reposo.

Aquella noche en el salón, al colocar las piezas del ajedrez á la luz tranquila de la pantalla, la Sra. de Fénigan miró á su hijo con sonrisa de

tranquilidad y satisfacción: « ¡ Qué bien estamos aquí; ¿ no es verdad que somos felices de estar juntos? »

¡ Si imaginara lo que él está viendo, las escenas que surgen en su mente !

JANIL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Acababa de terminar la misa. La verja y el pórtico abiertos permitían ver en el fondo negro de la capilla, todavía oscurecida por la resplandeciente luz exterior, los cirios que se apagaban uno después de otro, y, en pie á la entrada, el pequeño Sr. Merivet, bien afeitado, con su cabellera blanca formando bucles sobre su alta corbata de raso, su condecoración de San Gregorio en el ojal de su levita, y que saludaba á sus huéspedes á la salida, acompañando hasta el camino las personas de distinción, dándoles gracias por la honra que le dispensaban, con una mímica inquieta y anticuada... « Efectivamente. Le doy las gracias... Hoy ha venido mucha gente y aun hubiéramos sido más todavía, sin la fiesta patronal de Draveil y no sé qué del hospicio de Soisy que nos han hecho competencia... Hasta el domingo... no falte V.. hasta el domingo. »

Los fieles de la Pequeña Capilla, casi todos vecinos, se diseminaban, paseando durante algunos minutos por el camino un olor de pan bendito, el chillido de sus botas nuevas y el crujir de las telas de seda. Bárbara, la antigua cocinera, que desde la muerte del ayuda de cámara le suplía en sus funciones de sacristán, llevó al Sr. Merivet la llave de la puerta principal. « Sí, señor, todo está bien cerrado y apagadas las luces... No falta sino la sacristía donde el señor cura se ha quedado. Me ha dicho que no le espere, pues saldrá por el coto. »

El coto era un pedazo de terreno adjunto á la capilla, donde se hallaban, entre la hierba y grandes adormideras floridas, algunas piedras de construcción que sobraron al hacer la iglesia. Desde el camino parecía un pequeño cementerio de aldea.

—¿ No es que se encuentre malo? preguntó el Sr. Merivet, que quería tanto al sacerdote encargado de su iglesia como á esta misma.

Pero Bárbara le tranquilizó. El Sr. cura le había pedido una aguja é hilo negro, probablemente para remendar su antigua y lustrosa sotana.

— Ya es tiempo de que el Sr. le compre otra.

— Tiene V. razón, Bárbara, le compraremos una nueva... Pero... de prisa á hacer el almuerzo... »

La vieja cruzó el camino ahora desierto y que parecía más ancho como todo el campo inmediato en medio del silencio y del descanso del domingo, no tardando en desaparecer por una pequeña puerta de la pared vecina, mientras su amo se sentaba al sol en una de las anchas piedras blancas del coto. El Sr. Merivet esperaba desde hacia un instante la salida del vicario, con ánimo de hacerle aceptar una hermosa sotana que no fuera vendida en seguida para dar su producto á los pobres, cuando se oyeron pasos en el camino á la vez que el tararear de una voz de bajo. Nada gustaba tanto al anciano como ver á un transeunte, á un forastero que se paraba á leer la inscripción de su iglesia: *Napoleón Merivet, caballero de la orden de San Gregorio el Grande...* Y ya alzaba la mirada, saboreando de antemano su vanidosa alegría, cuando perdió la ilusión, encontrándose con Ricardo Fénigan á quien no había vuelto á ver desde la interrupción de las veladas musicales causada por la huida de Lidia. Llamóle con ademán afectuoso, lo hizo sentar á su lado, y después de mirarle bien le dijo:

— ¿Por qué no ha venido V. antes? ¿No quiere V. entrar nunca en mi pequeña iglesia? Sin embargo, le haría á V. bien esto.

Ricardo, enflaquecido, escuálido, con largas

arrugas horizontales que le surcaban la frente á manera de renglones de música, buscaba un pretexto para marcharse cuanto antes, librándose de los reproches del viejo maniaco, propietario del culto; pero lo tibio de la piedra, el olor calmante de las adormideras, lo que había de atractivo y cautivante en la bondad del anciano, lo encadenaban en aquel sitio.

— V. es mucho más joven que yo, decía Merivet dándole golpecitos en las manos; pero se está próximo á tener la misma edad cuando se sufre el mismo dolor... El mal que V. padece, yo lo tuve, triste hasta morir, triste hasta matar... sí señor, hasta matar. ¿Le parece extraño, no es cierto? El anciano Merivet, este viejecillo tan cortés, tan tranquilo... En nada estuvo... que un acceso de orgullo frenético lo convirtiera en el más cobarde de los asesinos; porque ¿acaso hay nada más cobarde que un marido que mata á su mujer con autorización de la ley?

Ricardo bajaba la vista sin contestar. Venirle con estas confidencias á él que hacía ocho días no soñaba sino sangre y venganza y que en aquel momento regresaba del correo á donde fué para descubrir de una ojeada, en la masa de las cartas mandadas á la lista alguna letra reveladora. ¿Acaso se veían, los siniestros pensamientos que

conduce por los caminos una cabeza ardiente, y qué necesidad tenía de contar su historia el anciano Merivet, tan discreto por costumbre?

— Esta historia, querido hijo, se parece á la suya; sólo que yo tenía diez y seis años más que mi mujer. Era pequeño, nada guapo, estaba metido en el comercio hasta el pescuezo, un comercio de esparto que me obligaba á dar frecuentes viajes por Argelia; mi único atractivo era tocar bastante bien el violín. Mi Irene, natural de Blidah, tenía la tez dorada, los ojos grandes y cariñosos, un aire de extremada dulzura. Sin saber nada de la música, le gustaba como á V., por instinto, con sus nervios. La caricia de los sonidos la hacía estremecerse al rozarla; yo tocaba muy bien, lo repito. Se extraña V. de no haberme oído tocar en sus conciertos del domingo; la razón es que desde la muerte de Irene no he vuelto á coger un violín.

Nuestro segundo año de matrimonio nos dió un hijo que no vivió. Mi mujer tuvo en ello gran pesar, tanto más cuanto que nos advirtieron que no podría volver á ser madre. Entonces es cuando por distraerla y hacer que respirase buen aire compré esta propiedad; ella se complacía aquí ó fingía complacerse por no disgustarme. ¡Ponía tanta buena voluntad en todas las cosas!... Des-

graciadamente un pintor renombrado vino á instalarse en la comarca. Irene gustaba de las personas conocidas y yo compartía con ella esa debilidad de parisiense, el orgullo de sentar en su mesa un hombre célebre. Lo invitamos y vino con frecuencia á vernos. Era un arrogante mozo de maneras teatrales, barba puntiaguda, el pelo cortado á lo Rubens y bajo estos aires pretensivos tenía la más rica imaginación, una palabra llena de color y de fuego. Mientras estaba en casa, mi mujer no hacía sino beberse sus palabras; cuando se iba, por más que yo tocara mi violín, lo único que ella oía era su voz, que conservaba en la memoria no obstante Mendelssohn y Chopín. Yo padecía con esto, lo mismo que al verla, de aburrida y silenciosa que parecía cuando estábamos solos, animarse, ponerse rosada y brillante con sólo oír los pasos de este hombre á nuestra puerta. Algunas veces se lo reprochaba riéndome, pero mi risa debía ser tan falsa como la suya cuando me contestaba con aire inocente y sorprendido: «¿Te parece?... ca, te aseguro que no: » Pronto no tuve en la cabeza más que esta idea: « Lo ama... lo quiere... » De noche, durmiendo á su lado, soñaba yo que era muy alto, muy robusto, más hermoso que el otro, y con frecuencia, en vez de dormir espiaba su sueño, los gritos de pasión que

yo adivinaba en su boca henchida, aunque nada hubiera pasado hasta entonces entre ellos. También me daban ganas de despertarla de pronto gritándole : « Quiéreme, quiéreme ó te mato. » Por fin, sintiendo que cada día se alejaba más de mi corazón, tuve el pensamiento de dirigirme al que ella amaba. No sé por qué asociaba en mi ánimo ese nombre de artista á grandeza de ánimo, generosidad, comprensión superior. Así es que un día dije á aquel hombre con gran sencillez : « Oígame V... no tengo talla para luchar con V... Comprendo que huye de mí y que va hacia V. sin quererlo... Para V. esto no es más que una intriga, la satisfacción de un instante; para mí es la vida entera. No me la robe V., se lo ruego... déjeme V., váyase de aquí. » El hombre contestó : « Está bien, me iré. » Y en efecto, se marchó, pero llevándose la.

Lo que sufrí, V. lo sabe ; y yo estaba solo ; no tenía un corazón á quien referir mi pena, una madre que me impidiera cometer locuras. Todas las cometí. Primero quise dar con ellos, resuelto á matarlos ; estaban en Suiza, en Gersan, á orillas del lago de los Cuatro Cantones. ¡ Cuán triste me pareció aquel lago, velado por montañas que en él se reflejan, teñido de sombra y de luto, la noche que desembarqué allí, á dos pasos del único hotel !

Mi mujer y su amante acababan de salir para ir al Casino. Tomé un cuarto frente al suyo ; y los oí volver con toda la gente de la fonda. Él hablaba alto en el pasillo, con su voz cariñosa y cantante ; pero también tenía otra que yo ignoraba, su voz de dentro de casa, aguda y dura, que no tardó en llegar á mis oídos, á través de su puerta cerrada. Conservé la mía entreabierta parte de la noche y allí estuve acechando, con mi revólver en la mano, dispuesto á lanzarme sobre ellos. Un pormenor estúpido me contuvo, la escasa costumbre que tenía de usar armas, sobre todo la que había comprado en la mañana del viaje completamente cargada y de que temía servirme mal. Paréceme sin embargo que al menor suspiro equívoco, al menor rumor voluptuoso me hubiera arrojado al cuarto como un bruto, pero lo que oí no tenía nada de caricias. Él parecía irritado, lleno de ira ; ella suplicaba, se humillaba con una vocecita dolorida entrecortada por las lágrimas. Más adelante supe que le hacía reproches sobre sus coqueterías con un músico del Casino, á quien había mirado mucho, pues el seductor era celoso, sí, también él, y malo hasta darle de golpes, y el mayor cargo que en sus disputas formulaba era el de haber engañado á su marido. Al oír aquel lamento monótono y cansado de un ser

que yo quería tanto, y que sentía sufrir tan cerca de mí, las lágrimas corrieron por mi rostro, provocadas por su propio llanto, y á la vez que me traté de tonto y de cobarde, me arrojé en mi cama con sollozos y gritos que oculté avergonzado debajo de la almohada... ¡ Ah, cuán á oscuras están nuestras almas si no las ilumina la oración! Y en aquel tiempo yo no sabía orar.

Al amanecer, el amante de Irene salió solo con su caja de pinturas y su caballete. Iba á pintar en la montaña. Mi mujer debía dormir y el cuarto permanecía silencioso. Bastóme dar vueltas al picaporte y, sin saber cómo había entrado allí ni para qué, si en calidad de asesino ó de marido, para darle un beso ó matarla, me encontré junto á ella. El escaso ruido que yo hacía medio la despertó, pues dió una vuelta, pero el pesado sueño de aquella mañana de mala noche se apoderó otra vez de su cuerpo, en medio de prolongados suspiros. Me pareció que había dormido sola en la cama, mientras él lo hacía en el diván, cubierto con sábanas, lo cual aumentaba más aún la confusión en aquel estrecho recinto lleno de baúles y vestidos, é iluminada por la doble luz matinal del cielo y del lago cercano. ¡ Qué emoción cuando vi á mi esposa adorada en aquel lecho de fonda y de aventura, en la misma posición encan-

tadora que tantas veces había yo admirado, con un brazo manteniendo su cabellera mientras el otro desnudo y bello se destacaba sobre la sábana! Se lo afirmo: estuve á punto de estrangularla para que no volviera á poseerla aquel hombre; pero al inclinarme sobre su cuerpo, alucinado por aquel feroz deseo, sacudióla uno de esos largos y sofocados sollozos, análogos á los del niño que se ha dormido pesaroso después de una reprensión. Entonces vi que sus ojos estaban encendidos, hinchados por el llanto sus párpados, y se apoderó de mi alma inmensa lástima, ante irresponsabilidad y debilidad tantas.. Ah, qué fácil es hablar como el otro, el mercader de frases cuando nos dice con hermoso gesto teatral: « Mátala... » Necesitase para ello el instinto del homicidio, un alma cobarde y manos de verdugo... Tomé la puerta sin mirar atrás y una hora después tomé el tren.

En París me sentí incapaz de ocuparme de mis negocios y vine á refugiarme aquí, donde me encontré tan solo y desgraciado, que acabé por utilizar mi revólver, ahora contra mí mismo.... Este agujerito que me hice en la cabeza — y el anciano Merivet enseñaba la cicatriz debajo de su blanca cabellera, — este roce de bala me tuvo dos meses embrutecido, ni vivo, ni muerto. Cuando mi

cerebro volvió á animarse, encontré á mi lado un hombre admirable, un santo que cuidó de mi alma, y que la curó, después de lo cual, por ley de caridad y de perdón volví á abrir mis brazos á la que todavía amaba y que por su parte sólo deseaba volver. ¡Pobrecilla, qué regreso! Flaca, transformada, llevando en los pómulos ese color rojizo que se observa en las hojas de las hayas atacadas por los gorgojos; así acabó sus seis meses de amor libre, como si hubiera salido del hospital. Esperé que esta alegre posesión, situada entre el río y el bosque, le devolvería sus fuerzas; pero continuó desmejorando, aun después de un invierno pasado en su país, cerca de Blidah, en un bosque de naranjos. Á veces, con la sonrisa desolada de sus hermosos ojos que constantemente iban ocupando mayor espacio en su rostro, me decía: « Te quiero, soy feliz... y me muero. ¡Qué destino. »!

Yo tenía sin embargo confianza en mi pasión y en su juventud... De pronto le volvió la vida, por lo menos la apariencia de ella y deseo de conservarla. Este milagro lo hicieron las novelas de Herscher. Un verano entero, el último, lo pasó en nuestro jardín, que puede V. ver al otro lado del camino, arrebujaada en un gran manto á pesar del sol, y sentada en un sillón-garita de mimbre,

leyendo las delicadas historias de amor del novelista, sobre todo una, *La Bordadora*, que prefería, á causa de la linda figura de Yamina, cuyos trajes se entretenía en reproducir, poniéndose como ella una chaquetilla de terciopelo cubierto de pajuelas de oro, y el tocado de sequies sobre sus largos cabellos. « ¿Qué diría el autor, me preguntaba con frecuencia, si me viera vestida así?... ¿No es verdad que me le parezco?... » Yo le contestaba sin pensar: « De seguro.. », pensando con tristeza que si el escritor hubiera estado presente, habría visto como los veía yo, por encima del sillón de la graciosa Yamina, con sus hermostísimos ojos de tísica, la ropa de la cama, almohada, colchón, que secaban al sol, impregnadas por los sudores nocturnos. Sin embargo, queriendo agradarle y mimarla hasta el fin le pregunté un día si tendría gusto en conocer á Herscher, si deseaba que le escribiera rogándole que viniese. Mi amor duraba todavía, pero mi celoso orgullo había desaparecido, según V. observa ¡es tan pequeño todo esto ante la muerte! Irene, muy conmovida, permaneció silenciosa y por toda contestación me mandó sollozando un beso con las puntas de sus dedos.

La perdí poco tiempo después, en los primeros días del otoño cuando los cuervos reemplazan á las golondrinas en los campos desnudos. Sólo

entonces supe que mi mujer había sostenido correspondencia con el ilustre escritor, que ella era una de « sus desconocidas », una de esas cuya locura amorosa ha ridiculizado más tarde. ¿ Quiere V. ? Mi desdichada mujer era novelesca. La vida tranquila, sin emociones, en el vulgar surco la llenaba de espanto. Sin haberla visto nunca, el gran hombre le contestaba : *Señora de X..., en la lista de correos, Corbeil*. Bárbara iba todos los sábados á llevar y buscar una nueva misiva, y por mi criada supe el misterio de esta correspondencia, muy inofensiva según supongo. Digo « supongo » porque tuve el valor de no abrir ninguna de esas numerosas cartas, todas de la misma letra, que hallé en un cajón. Devolvílas al hombre célebre con estas palabras : « Su desconocida de Corbeil ha muerto. Si quiere saber V. su nombre, lo verá en el frontis de una pequeña iglesia edificada en recuerdo suyo en la carretera de Draveil á Soisy. » El Sr. Herscher no ha venido nunca.

Hubo un momento de silencio, entrecortado por el arrullo de las palomas en el techo de la capilla y por campanadas lejanas, que transmitían las aguas del río á modo de trampolín sonoro. Ricardo exclamó con sonrisa sarcástica :

— Su relato, querido señor mío, prueba que

para mentir y engañar todas las mujeres son iguales, y que entre los hombres, hay muy pocos capaces de su indulgencia y su bondad.

Merivet le miró, lleno de amargura al ver cuán mal lo había comprendido.

— Yo tuve la culpa, contestó. No he sabido hacer que V. comprenda la diferencia existente entre mi Irene y yo. Ella tenía cuanto á mí me faltaba, belleza, juventud ; por ella fuí dichoso durante muchos años, sin preocuparme de su propia dicha, sin preguntarle : « ¿ No echas nada de menos ? » Ante jueces que en realidad lo fueran, la falta de la esposa encontraría su justificación en ese egoísmo. ¿ Cuántas otras razones habría para absolverla ! ¿ Con qué derecho se exige, pongamos por ejemplo, que la mujer pertenezca á un solo hombre cuando el hombre no se contenta nunca de una mujer única ? Durante muchos años, Irene vivió sola en la casa, no viendo á su marido más que por las noches, y lejos de su país, lejos de su madre, sin hijos. No había hijos... he ahí la gran disculpa... La maternidad es la razón de ser de la mujer, su función, su alegría, su salvaguardia... Á V. como á mí, querido Ricardo, nos ha hecho falta un hijo.

Fénigan se levantó colérico. Demasiado sabía él lo que le estaban diciendo. Lidia se desesperaba

de no tener hijo. Pero absorto en la idea de su venganza, no acercaba una á otra en su espíritu las dos líneas de un razonamiento y se contentó con apostrofar.

— ¿De modo que, según V., lo que nos sucede está perfectamente y la mujer hace bien engañando á su marido?

— No; deseo únicamente que no se la condene sin oírla.

— La mujer ha encontrado la mejor manera de defenderse, repuso Ricardo con rabia, y es marchándose.

El anciano, haciendo un movimiento con sus sagaces ojos, lo obligó suavemente á sentarse junto á él en la piedra.

— Sí, huye... ¿pero acaso no es esto más digno que quedarse mintiendo y ocultándose? ¿No es preferible al adulterio instalado sin peligro ni escándalo ese extrañamiento de la vida social y mundana? Diré más: la ausencia de su mujer le hace á V. más fácil defender su causa ante la propia conciencia, mirar frente á frente la desdicha de ambos, para estar bien dispuesto el gran día de la reconciliación y del perdón.

— Nunca perdonaré, nunca, dijo agriamente Ricardo apretando los dientes.

El viejo sacudió la cabeza.

— Le parece á V., porque está torturado aún por el horrible mal de los celos, que me hicieron sufrir tanto como á V. y de que me curé, como V. se curará.

— Se cura uno cuando ya no ama.

— Se equivoca V. Los celos no son lo mismo que el amor, aunque participen de su misma naturaleza. Así lo prueba la voluptuosidad que se mezcla con sus más abominables sufrimientos.... ¡Dios mío, cuando recuerdo la alegría que yo sentía en hacer confesar á mi mujer que pensaba en su pintor y que le amaba por encima de todo! Moría al oírlo y era sin embargo agriamente delicioso.... Pero de todos modos, el amor puede existir sin los celos, que son como la fiebre, el delirio de aquéllos. Delirio orgulloso en ocasiones más aun que pasional. «¿Es posible,... otro más hermoso, más amado que yo?» La prueba de que los celos constituyen una sensación exterior al amor, independiente de él, la tenemos en que el amor es idéntico á sí mismo en toda la tierra, en Oriente como en Occidente, al paso que los celos de los orientales no se parecen á los nuestros. Así, el árabe no conoce los celos del pasado, los más tristes y atroces. Conocí en Argelia un jeque que prefería entre sus cuatro mujeres á Baia, bailarina y cortesana que había sido, superior es verdad

á las otras en hermosura. Un cristiano enamorado no habría cesado un día, una hora en torturar á aquella desdichada, recordándole los devaneos de su execrable juventud. Por el contrario, el jefe moro, completamente indiferente á aquel pasado desvanecido, enterrado, pues lo sabía y lo olvidaba voluntariamente, se mostraba en la vida actual, ferozmente celoso, tanto que habiéndose permitido Baia ligeras coqueterías con un intérprete del ejército, su marido le cruzó la cara y la garganta con multitud de cuchilladas. La mujer vivió por milagro y el árabe fué condenado á cinco años de cárcel en el presidio de Ajaccio, desde donde escribía constantemente á su hermano, encargado de cuidar de sus mujeres y bienes; pues todas las cartas llevaban como membrete no la fórmula obligada *la ilah ill Allah*, sino esta recomendación, siempre idéntica: *vigila á Baia*. Así probaba la continuación de sus celos.... Mire V., el gran guerrero cuyo nombre me dieron mis padres, con escasa razón, pobrecillo, pues nunca he tenido nada de heroico, — Napoleón, cuasi árabe de origen, tenía los celos orientales. Sus cartas á Josefina nos lo representan sin inquietud alguna respecto de un pasado no obstante muy tumultuoso, mientras que en la vida presente todo se vuelve sospecha y tortura....

Recuerdo una contestación de la mencionada Baia al presidente del tribunal, que le preguntaba por qué era tan coqueta con un marido tan celoso: « Para enseñarle á vigilarme mejor, » contestó tranquilamente. En efecto, cuántos maridos, no sólo no vigilan á sus mujeres, sino que las exponen al peligro, por vanidad, descuido ó torpeza. Respecto del pintor que me robó la mía ¿no fui acaso yo quien lo buscó y lo introdujo en mi casa? ¿Y V., vecino, puede responder de que ha vigilado siempre bien á Baia?

En este momento, la antigua sotana raída del clérigo cruzó el cercado, en medio de las abejas y de las adormideras de largo tallo. Al pasar, el abate Ceres, montañés del sur de Francia que seguía siendo muy vigoroso no obstante su edad, saludó inclinando humildemente su cabeza de poblados y blancos cabellos.

— No olvide V., le dijo Merivet, que almuerza conmigo.

Y después, cuando el sacerdote estaba lejos del alcance de la voz, añadió:

— He ahí el hombre, he ahí el santo que me curó y me salvó.

— ¿Cómo, el Sr. Ceres? preguntó Ricardo que desde la infancia, desde el catecismo, conocía al vicario y lo trataba en cierto modo como á infe-

rior, pues el pobre cura no era recibido en los palacios ni quintas de las cercanías, donde lo hallaban demasiado excéntrico, mal cuidado y de manos poco aseadas.

— Sí, ese sacerdote admirable venció mi orgullo... Ya sé lo que dicen del Sr. Ceres en las sacristías oficiales; pero si entra V. algún día en mi capilla, y así habrá que hacerlo al fin, comprenderá porqué he tomado como capellán á este hombre sencillo, de clara mirada, poco atento á los cuidados de la vida, y cuando le oiga V. recitar el *Padre Nuestro*, tiene una manera de decir « perdonanos como nosotros perdonamos á nuestros deudores... » que le tocará el corazón y le curará como me ha curado á mí

— Hay ofensas imperdonables, heridas que nunca se curan, contestó irritado Ricardo.... El hombre ultrajado se venga y hiere. Estoy por Shakespeare contra Jesús.

— Ah, sí, Shakespeare, Otelo.... Leí esas cosas para enterarme, cuando tenía yo la enfermedad; pero ese inglés no sabe lo que se pesca. Su Otelo no es un celoso, sino un negro, un africano, apasionado, brutal y nada más. Lo característico de los celos, cuando invaden un alma, es volver feroz al más dulce, iniciar bruscamente al más cándido en todas las depravaciones, dar á los ángeles, á

las vírgenes imaginación satánica y todas las contraseñas del vicio. Para que Otelo fuera verdad, se necesitaría cuando los celos se apoderan de él, que el alma envidiosa y perversa de Yago, el único verdadero celoso de la obra, entrara en él y lo habitara.... El rasgo genial consiste en haberlo tomado negro, dándole una inferioridad de raza, una fealdad, una enfermedad. En el inválido enamorado los celos parecen naturales; pero no tanto en un mocetón como V., mi querido vecino.

Ricardo sonrió tristemente, pues se sabía atacado de cruel enfermedad, la timidez que no pudieron curar tantos años de matrimonio. Una vez, una sola en ocho años se había atrevido á poseer á su mujer según la deseaba, á boca llena, con todos los brazos, y aun esa noche estaba medio bebido. Mientras que el otro, el joven monstruo, inventor de frases ardientes, hábil en todas las caricias.... ¡Ah, qué magnífico viaje de bodas debían estar haciendo!... De una violenta sacudida se puso en pie, con el gesto de apartar, de arrancar de su vista alguna atroz visión.

— ¿Á dónde va V.?... ¡Ricardo!

— No... no... ver eso siempre, se acabó. Ya no puedo más. Adiós... adiós....

Escupía las palabras con voz ronca, dando zancadas furiosas por el camino. El pobre Merivet

se quedó sentado y pensativo, algo inquieto ante aquella súbita partida, preguntándose si con todos sus cuentos y sus disertaciones sobre los celos, no había excitado al pobre marido en vez de calmarlo. En el silencio y el calor del pequeño cercado, donde el zumbido de las abejas parecía la vibración de la luz sobre las flores azules, rosadas, de color de malva, purpurinas de las adormideras, nuestro hombre se puso en pie al cabo de un instante, medio aturdido, cuando acertó á pasar un break, cargado de gente, con trajes claros y sombrillas deslumbradoras. La capilla de piedra blanca, sobre cuyo techo revoloteaban las palomas y aquel anciano condecorado, que cerraba su verja con los aires suficientes y cuidadosos del propietario, excitaron la curiosidad de los viajeros.

— ¿Se puede visitar? preguntó desde lo alto del break una de las muchachas más jóvenes.

Mérvet, muy satisfecho, repuso:

— ¿Visitar? ¿Y para qué? La iglesia no tiene nada de curioso; pero todos los domingos, á las nueve, tenemos misa y sermón, y les aseguro á Vds. que no hay misa igual á la de esta capilla.

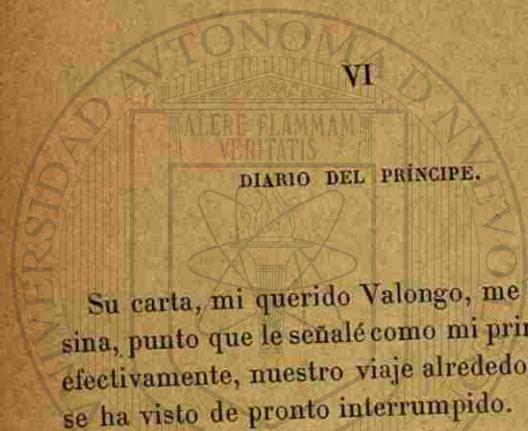
Saludó y entró en su casa, al otro lado del camino, con una vanidad que se exaltaba al oír una

linda voz de mujer que en la imperial del break leía alto la inscripción lapidaria:

NAPOLEÓN MERIVET

CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE

EDIFICÓ ESTA IGLESIA....



Su carta, mi querido Valongo, me llega de Messina, punto que le señalé como mi primera escala; efectivamente, nuestro viaje alrededor del mundo se ha visto de pronto interrumpido.

El efecto producido por mi ausencia en el personal del colegio, la alocución del director en el refectorio, la oración del P. Salinón por el pronto regreso de la oveja descarriada, todo el minucioso y pintoresco relato que me hace V. de los días posteriores á mi huída me divirtió mucho, y la verdad es que lo necesitaba, pues no todas son alegrías en el oficio de raptor. Dispéñeme la molestia, y muchas gracias una vez más, por el trabajo que se tomó V. de llevar mis bártulos á Granburgo con lluvia diluviana, y disimule el muy frugal almuerzo que sin duda le sirvieron en la

suntuosa vajilla llana marcada con las armas de la casa. No mienta V., pues conozco la lista de los platos cuando está allí la duquesa. En plena temporada de fruta ha debido V. comer ciruelas pasas, y almendras é higos secos como postre; y además ha tenido V. una duquesa de mal humor, á la cual acababa de pedir yo otra vez dinero. En tales circunstancias, la sangre del barón Silva hierve y clama contra mí. El aire sombrío de mi padre se explica menos si, como V. me dice, empieza á recobrar el uso de las piernas. Debería estar radioso. Cuanto al maestro Juan, mi antiguo preceptor, esa palabra *cavata* que le ha cuchicheado á V. hablando de su discípulo, no tiene sino muy lejanas relaciones con el cajón de corbatas donde guardo mis cartas y recuerdos amorosos.... Quería significar sobre todo que soy un irresistible conquistador. El pobre mozo ha podido verlo como asiduo testigo de mis amores, que acompañaba con su violoncelo.... Si, el pequeño campanario que está en lo alto de la colina, y que V. vió á través del aguacero, con algunas casas agrupadas en torno, y en el fondo, el cortinaje verde del bosque de Sénart, es en efecto la iglesia de Uzelles. En la comarca la llaman la « Pequeña Capilla » y, más pintorescamente, « la Capilla del Buen Cornudo », por causa del vejete que

la ha mandado construir. De modo que el sitio era privilegiado para mi aventura.

Allí fué donde una mañana del mes último, esperaba yo al alba la llegada de mi querida, Lidia F.... en un coche con el blasón y la librea de Granburgo, lo cual no dejaba de tener bastante desfachatez. El delicioso Alejandro había combinado todo para la huida, prestado el dinero, hecho el itinerario; se lo recomiendo: es caro pero incomparable.

Llegamos á Melán por el bosque y tomamos el tren hasta Lyon, corriendo hacia Cassis, después de una parada de varias horas; allí estábamos al día siguiente por la noche. Todo el viaje fué un encanto. Aquella linda muchacha que salta desde su cama á mi coche, sin tener ni siquiera tiempo para abotonarse el corpiño, nuestros primeros besos remojados de menta y de rocío; la embriaguez de creernos perseguidos en aquella carrera desatada á través de la arboleda, entre los crujidos de las ramas, el susurro de las hojas contra los visillos, y por encima de todo, la alegría delicada y salvaje de sentir que uno se libra de la regla, del deber y que se caza en vedado. Por fin Cassis, el mar, en la punta del muelle el *Azul-Blanco y Rojo*, su vela mayor do goleta á medio mástil,

no esperándonos sino á nosotros para abrir su ala. Esto, todo esto, superiormente exquisito.

Pero apenas embarcados, en una tarde divina de color verde y lilas, en que mi amiga y yo empezamos á gustar el colmo del deleite físico, abrazados y recostados en la cubierta, mecidos por un admirable coro de voces de hombres procedentes de un barco coralero napolitano que seguía nuestro mismo derrotero y que mezclaba sus alegres sonoridades con el suave espumar de la estela y con las ondulaciones del gallardete en lo alto del mástil, entonces *horrible, most horrible!* He aquí que mi adorada se siente poseída de espantoso mareo que no la dejó ni aquella noche ni la noche siguiente, y tenemos que volver al puerto por un mes, por dos, quizás para siempre. Como fiasco, no existe más completo. Ya le he dicho qué deliciosa compañera de camino elegí entre otras muchas, enamorada y aventurera, apasionada por los barcos y la navegación, que sabe ir al timón, soltar una escotilla tan bien como yo, el tipo de la mujer para un marino. ¡Qué si quieres! Había de marearse y de qué modo, increíble, espantoso. ¿Qué hacer ahora? ¿Renunciar á mi hermoso viaje? ¿Despedir el *Azul-Blanco y Rojo* á Cardiff, regalando á ese buen Nuitka las mil quinientas libras adelantadas por tres meses de paga? No he

tenido valor para tanto, ni tampoco para ir á instalarnos burguesamente, la condesa y yo, — conde y condesa de Uzelles para los vecinos de mesa redonda y los libros del hotel, — en una casita de orillas del lago de Lucerna ó de Ginebra, pasando después á los italianos. La vida común en esas condiciones es el suicidio por aburrimiento á menos de estar loco de amor ó tísico, lo que no es mi tipo; ¿ni tampoco el de V., según creo, mi querido Valongo?

Para tomarme tiempo de reflexionar, he anclado mi yacht junto á la inmensa peña de Mónaco y alquilado un piso de una de esas enormes posadas de Monte-Carlo, tan bien agrupadas en torno de la casa de juego. Aunque todavía no es la temporada, hay un gentío en las mesas de ruleta, casi todos extranjeros. Los primeros días gané lo que quise; después he perdido, á más de mi ganancia, los cuarenta ó cincuenta mil francos que me quedaban. La mala suerte quiso que Alejandro no estuviera en Uzelles cuando le llegó mi carta pidiendo dinero, y tuve que reclamar á Nuitt el anticipo hecho; ya puede V. figurarse su decepción y su espanto. ¿Y la paga de la tripulación, *bey God*? ¿Y la pensión de *mistress* Nuitt? Durante ocho días he tenido que soportar esa jerigonza, con variaciones capaces de hacerme reventar de

risa por el *captain*, el *second*, el *stewart*, buenas caras de ingleses, congestionadas, consternadas, que á todas partes me seguían, al correo, á las mesas de juego, agitando en los blancos terrados del hotel, en el camino umbroso de Mónaco las sombras frenéticas de una pantomima de Hanlon Lee. Por fin, cuando llegaron los galeones, pagados y contentos el *captain* Nuitt, su mujer y su tripulación, sigo jugando porque los días son demasiado largos; pero en adelante no me dejaré arrastrar más de lo prudente.

Al principio muy triste por el contratiempo que ha originado, mi querida no tardó en resignarse, gracias á los dos excelentes Pleyel de nuestra posada y á su complaciente auditorio. Añada V. el placer de las comodidades, de la elegancia, y el incomparable de oír al jefe del comedor decirle: «la señora condesa está servida», cuando entra al brazo del Sr. Conde. Los títulos, los blasones, he ahí el sueño de esta burguesilla sin padres y que en el hospicio donde la recogieron ha crecido con la idea de ser de origen noble, archi-noble. Es verdad que no carece de distinción, con su talle largo y flexible, sus aires fácilmente insolentes, la frente estrecha y con una cabellera admirable por marco; pero también hay unos pies y manos muy grandes, tan cómodos para el piano — teclado y

pedales — como poco tranquilizadores sobre su origen. ¿Me amaría si yo no fuese hijo de duque y personalmente príncipe? Lo dudo. Es demasiado joven para que la tentaran mis pocos años, como á cierta madura baronesa amiga de mi madre y ansiosa de carne fresca. Aunque mi estatura y corpulencia los desmienten, mis diez y ocho años le estorban, lo mismo que la ingenuidad y candor que me atribuye. ¡ Pobre muchacha!

Todavía hay mujeres sentimentales. Mi querida es una de las que dicen: « Ven á llorar en mis brazos. » Y á propósito, mi querido Valongo, voy á contarle cómo pude vencer sus últimas resistencias; esto podrá tal vez servirle. Estábamos solos una noche en una dependencia que hay en el fondo de su parque. ¡ La astucia que tuve que gastar para llevarla allí!... Por supuesto, nada más; súplicas, lamentos eran inútiles. Para acabar de ponerme en ridículo, cosa tan fácil en semejantes discusiones, me entró en el ojo un granito de polvo. Frotéme con energía, á la vez que seguía mi ataque; mis ojos se enrojecen, se llenan de lágrimas, y de pronto siento que se abandona... « ¿ Lloras?... ¿ dudas de que te quiero?... Oh, no, no llores, no sigas dudando.... tuya soy. » Y el error dura todavía, pues me cree muy enamorado, sin ella amarme gran cosa.

¿ No es realmente curioso que se haya lanzado á semejante aventura con tan poco combustible pasional? ¿ Es verdad, según afirma, « que le repugnaba mentir? » Sin embargo, esto no es aburrido, y en el duelo del hombre con la mujer, el arma de la debilidad, el arma infantil y femenina, la linda mentira, delicada y perversa, cincelada por pequeñas manos artísticas, me parece un juego muy agradable... No, la mentira no la fastidiaba. Lo que hay es que se aburría. Víctima de la vida monótona y desocupada, ha preferido entregarse á todos los caprichos de mis diez y ocho años, á todos los peligros de un globo aerostático lleno con humo de paja. ¿ Qué espera? Aun admitiendo que logre divorciarse, tengo para no casarme con ella mil pretextos de edad y de posición. Por lo demás, no se trata de semejante cosa. Su marido, Ricardo F..., que suponíamos un indiferente completo, revienta de varonil rabia según me dice Alejandro, y podría caerme encima una de estas mañanas. Pero estos celos del marido me parecen menos temibles que los del general mi padre.

Si, mi querido Valongo, mi padre celoso de mí, loco por mi querida que, allá en lo profundo de su corazón, conserva sentimiento más vivo hacia el héroe de Wissemburgo que hacia su tonto de

hijo. ¿ Ha hecho brotar ese sentimiento la piedad, la lástima, ó existía ya antes de la enfermedad del general? Lo ignoro; pero los he visto por espacio de muchos y muchos meses, á ella en el piano, y á él en su sillón de tullido, echándose miradas más significativas que palabras, y con frecuencia he comprendido que, tratándose de una imaginación tan romántica, aquel parálítico, lleno de años y cubierto de gloria, era un rival peligroso. Por su parte el viejo me adivinaba, desconfiando de la *cavata*, convencido de que yo acabaría por triunfar, á causa de mis piernas y de cuanto él no tenía. ¡ Ah, cuánta pena he debido causarle, sobre todo cada vez que ella venía á pasar la tarde en Granburgo y que me la llevaba á pasearla por el jardín y por la casa! Imagínese V. á D. Juan Tenorio sin piernas; al listo de los listos, al que nadie engaña como él dice y que por su parte ha engañado á todos, figúrese V. á este hombre atornillado en un sillón, reducido á acechar desde lejos, detrás de un visillo y á preguntarse cada momento: « ¿ Dónde estarán? ¿ Qué hacen? » receloso, resentido, arrastrándose sobre las patas de su silla para ponerse á escuchar en las puertas, bajo furibundo, llorando. Ese hombre era mi padre. Comprendo perfectamente que para acabar con semejante tortura tuviese la idea de encerrarme

en el colegio de Stanislas. Á lo cual yo contesté, golpe por golpe, con la doble mudanza del hijo y de la pretendida... Ahora bien, podría ocurrir, sobre todo al saber que mi barco sigue en el fondeadero, que mi padre abusara de mi menor edad para reinstalarme en Granburgo y aun en el colegio. La cosa tendría gracia si yo volviera al año preparatorio.... ¿ Será con mi querida? El traje de colegial le iría á las mil maravillas. Este es un desenlace que ella no ha previsto.

¿ Pero acaso piensa en algo? Me sería difícil decirlo; y es realmente extraordinaria esta clausura, esta impenetrabilidad de dos personas que viven una junto á otra durmiendo debajo del mismo mosquitero. Á veces pienso en el grito de horror que lanzaría si de pronto penetrara en mí; en ese yo tan oscuro y confuso que me pierde al analizarlo y me da miedo. Si entrara en él súbitamente, ¡ qué espanto! ¡ mas bastaría con que abriera esta carta... para que perdiese todo el amor que puede tenerme... á menos de que ocurriera lo contrario. ¿ Qué duquesa del gran siglo dijo que para amar completamente á un hombre debía la mujer despreciarlo un poco? Sería singular que, cansado de mi querida y para apartarla de mí me le presentara tal como soy y transformara en pasión su capricho. No, más

vale dejar que trabajen la suerte y Nuestra Señora de Fourvières, en quien la encantadora joven tiene ciega confianza, hasta el punto de que al marcharse de su casa casi desnuda, quiso, así que estuvimos en Lyon y antes de comprarse una camisa, ir en peregrinación á la iglesia de Fourvières, proveyéndose de escapularios y rosarios benditos. No me opuse, porque ¡es delicioso el chis chas de las medallas sobre una garganta rubia, es tan bueno el placer que se convierte en pecado, el deleite saboreado en medio del remordimiento y del miedo!

Entre los extranjeros más ó menos híbridos que en esta temporada habitan nuestra fonda ó vienen sencillamente á comer en ella, hay un joven matrimonio, los Nansen, con quienes hemos trabado relaciones. El marido es sueco y profesor en una universidad de su país. Habiendo enfermado del pecho se hizo nombrar para una misión en el sur de Italia. Ahora regresa, casado desde hace ocho meses con una lindísima muchacha, hija de un hostelero de Palermo. Luna de miel apasionada, reunión del Norte y del Mediodía que forma interesante contraste. Nuestro hombre es un rubio con anteojos, dulce de carácter, raquitico, con los hombros de forma de alas rotas, y ojos septentrio-

nales, finos y claros. No sé quién ha dicho que á medida que se va hacia el norte los ojos se suavizan y se apagan. No son así los bellísimos miopes de Nina, la Sra. de Nansen, dos uvas negras, tentadores y lucientes en su espléndida carnación italiana. La mujer algo regordeta, pero tan joven y tan natural, acurrucándose junto á su marido con risitas de querida realmente amada, sacudidas de planta dichosa que se alza y se desarrolla al sol. Nuestra presencia en la fonda, donde comían, si bien habitaban en una casa cercana, turbó la armonía del casar. Los lindos trajes de mi parisiense, su altanera reserva, impresionaban vivamente al Sr. Nansen, que de pronto empezó á considerar chillones los colores de los corpiños de su Nina y á encontrarle aire común. Pero el pobre mozo era demasiado tímido para que yo pudiera esperar que me sustituyera algún día en mi puesto, por mucha gana que tuviésemos, él y quizás también yo. ¿Cuál es la causa de esta timidez, tan frecuente en el hombre y que la mujer no conoce? Ya le he hablado á V. del Sr. Pummer; Nansen me lo recuerda á fuer de tímido. Es uno de esos entes que tropiezan cuando se les mira andar, que hacen fuerzas para abrir la puerta de un almacén y que en la calle rozan las paredes, como si quisieran hacer en ellas un agujero para

escondarse. Pum-Pum, cuyas confidencias recibía yo, me hablaba de un amigo suyo que sólo embriagado se atrevía á ser tierno con su mujer; y siempre he pensado que este amigo era él mismo. Mi sueco es parecido. Una noche tocaba en el salón un valse lento de Brahms mirando á mi querida como en éxtasis. Estaba yo cerca y le dije: « Cuidado, Nansen, que se está viendo... » En vez de preguntarme de qué hablaba, se puso muy colorado y se le cayeron los anteojos sobre las teclas.

Cuando le daba broma con su mudo admirador, Lidia me contestaba sonriendo: « Me parece que la mujer tampoco te disgusta... » Y la verdad es que la graciosa Nina me tentaba por su doble atractivo misterioso de mujer y de extranjera; además, estaba muy enamorada de su marido, era excitante. ¿ Lo ha comprendido mi querida? ¿ Es el temor de uno de mis caprichos lo que la ha decidido á marcharse bruscamente de Monte-Carlo? Hace ocho días, al presentarse una mañana el capitán Nuitt á recibir órdenes, tan flemático como de costumbre, Lidia se declaró dispuesta á embarcarse, no obstante el consejo de los médicos. Convínose en hacer escala en Génova y si este pequeño viaje no la cansaba, continuar hacia Malta y lo demás.

« ¿ Si lleváramos á los Nansen hasta Génova? » propuse yo con tono indiferente; y ella, después de haber buscado mi pensamiento hasta en el fondo de mi mirada, lo cual no es cómodo, contestó, muy orgullosa como siempre: « Llevemos á los Nansen. »

Á las dos de la tarde, el *Azul-Blanco-Rojo* salía de Mónaco, con todo su velamen al viento. Pero antes de anochecer, frente á Vintimilla, nos sorprendió un magnífico temporal; granizo, tramontana, el mar furioso, y la Sra. Condesa tendida en su cama, sin fuerza para hacer un movimiento, lanzando continuo gemido de agonía. Al lado, en el salón iluminado por los relámpagos, Nansen vomitaba cuanto podía sin pensar ya en el amor. Su mujer y yo hubiéramos podido echarnos en los divanes y darnos de besos en sus barbas sin que él fuera capaz de un gesto. Pero la pobre Ninita estaba lejos de pensar en semejantes cosas. Loca de terror, pasó la noche arrodillada, cogida al sillón de su esposo, y cada vez que aparecía el cárdeno resplandor del rayo, todo se le volvía santiguarse y sollozar letanías: « Santa Bárbara, Santa Elena, Santa María Magdalena... » Para coquetear en tales condiciones, me habría sido necesaria el alma romántica y blasfematoria de un personaje de Eugenio Sue.

Al día siguiente, nuevas complicaciones. Nansen se sintió atacado de una hemotisis violenta, consecuencia de su malestar; y como en la farmacia de á bordo no había percloruro, tuvimos que tomar tierra en San Remo para el pronto alivio de nuestros enfermos. Y aquella noche misma, mientras el *Azul-Blanco-Rojo* barloventeaba para volver á ocupar su fondeadero en Mónaco, junto al yacht de Su Alteza, volvíamos los cuatro á Monte-Carlo por el camino de hierro. En la fonda me esperaba una carta de mi padre, marcial toque de clarín al honor y á la patria. Desde hace cien años, siempre hemos tenido un De Auvernia en las banderas y en buen puesto; si mañana estallara la guerra, si Francia tuviera necesidad de sus hijos, ¿quién iría de nuestra casa? Cuatro páginas de este lirismo para moverme á dejar mi querida y entrar en Saint-Cyr. Ya puede V. pensar si esta tocata me ha conmovido.

La guerra me aburre, pues la considero estúpida y repugnante. Entre las dos maneras de considerar un campo de batalla, la vertical, la del jinete, sable en mano y de pie en los estribos, con un buen trago de aguardiente en el estómago, y la horizontal, la del herido que se arrastra con el vientre abierto en el lodo y la sangre, nunca he podido concebir más que la última, que me ha

llenado de repugnancia ya que no de temor. Al día siguiente de Wissemburgo, mi padre decía hablando del combate: « Había carne... » Así me imagino la guerra, toda de carne muerta y arrastrada, no de hermosa carne en pie, brillante y viva. Sin embargo, no soy cobarde. La otra noche no anduve haciendo ascos cuando fué preciso poner buena cara al mal tiempo en compañía de la sólida tripulación del yacht. No, tendré mis momentos de valor como todo el mundo; pero la carnicería me da horror. Además, las palabras patria, bandera, familia, no evocan en mí sino ecos hipócritas, viento y sonido. Á V. le pasa lo mismo, mi querido Valongo, sólo que en V. todo viene del estudio, de la reflexión. Su cerebro, como el de tantos otros jóvenes franceses, es una conquista de la filosofía alemana, conquista muchísimo más seria que la de Alsacia y aun de la Lorena. Kant, Hartmann, y sobre todo el otro, el famoso, ya sabe quien quiero decir, han desmontado ante vuestra vista la decoración de la vida, pieza por pieza; la erudición del sentimiento y de la sensación ha destruído en vosotros la facultad de sentir.

Pero yo, yo que no sé nada, que no he leído ni estudiado nunca, ¿cómo me encuentro en el mismo estado de cansancio y decrepitud morales? ¿Por qué me veo seco, hastiado cuando ape-

nas tengo diez y ocho años? ¿De dónde procede este desprecio de todo deber, de toda misión, de esta rebelión contra todas las leyes?... Mi nombre, mi fortuna, mi juventud, y un alma de anarquista. ¿Por qué? V., á quien todo se lo cuento, que me conoce á fondo, procure darme una explicación. ¿Me considera V. sencillamente — así parece decirlo su última carta — como un producto de la nueva escuela, como una muestra de la remesa postrera? Nuestros mayores deben estar sorprendidos en tal caso. Los que se van y los que vienen no se parecen, ya lo sé; pero esta vez, si me comparo con mi padre, comprendo que están cortados los puentes entre las dos generaciones y de una orilla á otra podría exagerarse la incompreensión hasta convertirse en odio.

Lo cierto es que leí á mi modo la carta del general, no viendo en ella sino su regreso á la vida y deseo de volver á poseer su querida Lidia... que ha encontrado mucho más conmovedoras que yo las páginas de elocuencia militar. Mi sentimental amiga tenía los ojos llenos de lágrimas; por lo demás, estos accesos van repitiéndose con frecuencia y no dejan de inquietarme. ¡Esto sí que sería una aventura!... Sin embargo, aquí tenían sus lágrimas otra causa y procedían de un origen moral; sentíala conmovida y dispuesta á los

mayores sacrificios. ¡ Ah, el viejo marrullero, su carta era menos para mí que para la que había de leerla por encima de mi hombro, pensando en él. Y ahora preveo una demostración paternal más viva aun. Apuesto que va á venir en persona, y á representar una buena escena de melodrama, para llevarse de un golpe su querida y su hijo; dos pájaros de una pedrada. ¡ Si se imagina que voy á esperarle!... Primeramente, la ruleta ya no me distrae, y esa es otra sensación caída en el abismo; de seguro que no vale la pena de achicharrarse uno en este país africano, donde el sol y el ardoroso polvo ciegan, mientras ensordecen los cantos de las cigarras, que parecen el monótono ruido de la luz.

Lo mejor sería marcharme en mi yacht, confiando Lidia á algún amigo que la llevara por tierra á cualquier rincón olvidado de Bretaña ó de Italia. ¿ Pero quién? Los Nansen... se acabaron... Olvidaba decirte que el pobre sueco murió de una tisis galopante al día siguiente de nuestro regreso. Con tal motivo, señor filósofo, voy á consultarle como á mi confesor un caso pasional y misterioso, casi indecible.

He ahí pues nuestro sueco *ad patres*. Durante dos días hemos vivido en esta muerte, mi querida pasando horas enteras junto á la viuda desespe-

rada, yo y mi bravo Nuitt, cuya prebenda utilizo lo mejor que puedo, ocupados en arreglar el triple ataúd de encina, plomo y palo blanco en que ha de volver el difunto á su país, así como de las cuestiones de transporte, de tránsito..... Comiamos literalmente de ese sueco; sus cenizas se mezclaban con nuestros alimentos, se insinuaban en nuestro sueño. El tercer día, ayer por la mañana, me dijo la condesa:

— Debes ir á ver á Nina... quisiera darte gracias por la bondad y complacencia que has tenido con ella.

Nada más común que esta visita. ¿ Por qué estaba yo tan conmovido, tan apasionadamente conmovido al entrar en el pequeño jardín de la casa, en el hueco de una pared color de malva, á diez minutos del mar? ¿ Era el siroco ó el aroma de las adelfas? Sentía mi boca seca, las manos ardientes, y todo mi ser entorpecido por un vértigo sensual que no me impedía pensar en la muerte..... ¿ Cómo no? Esta era la dueña de la habitación, que había llenado de confusión y desorden, según costumbre. Estas ventanas del piso primero, enteramente abiertas, esotra herméticamente cerrada donde se distinguía el lúgubre resplandor amarillo de los cirios en mitad del día, y en todas partes, hasta en el fondo del jardín,

hasta debajo de los laureles, el horrible olor de mixtura y de serrín que exhalan los lechos mortuorios.

Esperé cinco minutos en un saloncito del piso bajo, sentado en un canapé de paja. Pasos en la escalera. Nina... Ya le he dicho que entre esta mujer y yo no había nada. La víspera de su desgracia reímos y jugamos toda la noche en el jardín de mi hotel. Una coquetería alegre. Pero aunque mi deseo la divertía, su principal ocupación era vigilar á su marido, que estaba sentado en el piano con mi querida, delante de una sonata á cuatro manos. Desde entonces no había vuelto á verla. Dígame V. porqué *estaba yo seguro* de lo que iba á suceder... Entró, muy pálida, vestida de prisa con una bata negra ajustada á su talle suelto y flexible; debajo se adivinaban sus hermosas carnes morenas de italiana. Sus ojos brillaban entre sus párpados rojizos é hinchados. Arrojóse junto á mí sin decir una palabra; nuestras manos se juntaron y el fuego se encendió... « Ah, conde... » En seguida la tuve sobre mi pecho, sobre mi boca, fatigada por sus noches de vigilia, abandonada, entregada, desmayada en un lento beso de calentura que olía á fenol... Precisamente en ese instante llegó la hostelera á pedir un par de sábanas y á quitarme de la boca una ocasión que no había de volver á presentarse.

¿ De todos modos, qué le parece esto, mi querido filósofo? ¿ Por qué expansión diabólica esta mujer se apartó del muerto que quería y lloraba para arrojarse en mis brazos? ¿ Será que en torno de los ataúdes revolotea un soplo de sensualidad? ¿ Ó es que la vida toma su desquite en un impulso vehemente é inmediato? Tengo la convicción de que los médicos saben más de lo que dicen sobre esos instantes de desorden y perversión, que de seguro aprovechan con frecuencia. Por mi parte, ya en otra ocasión, en circunstancias más terribles todavía, sentí la misteriosa influencia... el amor y la muerte, Valongo!

Pensaba enviarle esta página de mi diario sólo después de tomar una resolución y fijar nuestra nueva residencia; pero hétenos en plena peripécia. Esta mañana entra en nuestro cuarto, siempre lozano pero con la cara trastornada, el Sr. Alejandro, que, desde mi partida, espía por cuenta de mi familia al marido de Lidia... y ha hecho el viaje con él en un mismo tren. Por fortuna, ese feroz marido explora Mónaco donde cree que estamos, lo cual nos deja tiempo para tomar un partido.

Dentro de poco irán más noticias. El asunto no deja de ser grave; pero tomándome el pulso lo encuentro tranquilo.

CARLEJO.

VII

Al separarse bruscamente del anciano Merivet, después de su conversación en la cerca de la capilla, Ricardo tropezó con el Sr. Alejandro; y la sonrisa angulosa del lacayo, la ironía que le pareció notar en ella, iluminaron su mente con repentina claridad.

— ¿ Dónde están esos miserables?... este hombre lo sabe; lo sabe por Granburgo, y en casa lo sabe Rosa por él.

Y mientras andaba por el camino ya ardiente, su sombra recogida y corta doblaba á su lado los gestos de un furioso soliloquio.

— ¡ Cuidado si soy tonto! No haber pensado antes en esto y pasarme el tiempo en el correo. Con tal de que esta muchacha me lo diga... Pero lo dirá, pues si no...

Precisamente Rosa Chuchín, que tenía la misma

¿ De todos modos, qué le parece esto, mi querido filósofo? ¿ Por qué expansión diabólica esta mujer se apartó del muerto que quería y lloraba para arrojarse en mis brazos? ¿ Será que en torno de los ataúdes revolotea un soplo de sensualidad? ¿ Ó es que la vida toma su desquite en un impulso vehemente é inmediato? Tengo la convicción de que los médicos saben más de lo que dicen sobre esos instantes de desorden y perversión, que de seguro aprovechan con frecuencia. Por mi parte, ya en otra ocasión, en circunstancias más terribles todavía, sentí la misteriosa influencia... el amor y la muerte, Valongo!

Pensaba enviarle esta página de mi diario sólo después de tomar una resolución y fijar nuestra nueva residencia; pero hétenos en plena peripécia. Esta mañana entra en nuestro cuarto, siempre lozano pero con la cara trastornada, el Sr. Alejandro, que, desde mi partida, espía por cuenta de mi familia al marido de Lidia... y ha hecho el viaje con él en un mismo tren. Por fortuna, ese feroz marido explora Mónaco donde cree que estamos, lo cual nos deja tiempo para tomar un partido.

Dentro de poco irán más noticias. El asunto no deja de ser grave; pero tomándome el pulso lo encuentro tranquilo.

CARLEJO.

VII

Al separarse bruscamente del anciano Merivet, después de su conversación en la cerca de la capilla, Ricardo tropezó con el Sr. Alejandro; y la sonrisa angulosa del lacayo, la ironía que le pareció notar en ella, iluminaron su mente con repentina claridad.

— ¿ Dónde están esos miserables?... este hombre lo sabe; lo sabe por Granburgo, y en casa lo sabe Rosa por él.

Y mientras andaba por el camino ya ardiente, su sombra recogida y corta doblaba á su lado los gestos de un furioso soliloquio.

— ¡ Cuidado si soy tonto! No haber pensado antes en esto y pasarme el tiempo en el correo. Con tal de que esta muchacha me lo diga... Pero lo dirá, pues si no...

Precisamente Rosa Chuchín, que tenía la misma

fisonomía de astucia de su padre el guarda pesca, aunque más joven y más fina, se presentó en la pequeña puerta del parque, en lo alto de aquellos dos escalones desde donde estuvo á punto de matar á su amo con el anuncio de la huida de Lidia. Vestida, con un sombrero de señora en la cabeza y zapatitos finos en los pies, la criada esperaba á alguien. Apartóse delante de Ricardo, con la sonrisa vaga y subalterna en que se puede leer lo que se quiere; pero cogiéndola por ambos brazos le hizo dar una vuelta acorralándola contra la puerta, que cerró de una patada.

— ¿Dónde está la señora?... de seguro lo sabes... contesta en seguida ¿dónde está la señora?

Sacudíala brutalmente, mientras ella estupefacta, sin comprender nada al principio, tartamudeaba :

— Pero no, D. Ricardo, no lo sé... Al volver de la misa mayor la esperaba un despacho...

— Hablo de tu ama... mi... mi mujer, añadió con un esfuerzo ¿Dónde está?

Y viendo que iba á mentir siguió diciendo :

— Nunca he intervenido en tus asuntos; pero ya puedes imaginarte que estoy enterado... Si crees que no te oigo cuando tu amante viene á casa... me bastaría decirlo á mi madre para que te ponga en la calle, y si lo supiera tu padre....

— ¡Ay, D. Ricardo!

— En consecuencia, nada de embustes. ¿Cuándo Alejandro les escribe, á dónde les dirige las cartas?

La involuntaria oscilación de aquel gran corchón de robusta campesina indicó sus vacilaciones; pero acabó por decir muy quedo el nombre de la ciudad y de la fonda. Ricardo quedó anonado. Creíalos lejos, allende los mares, fuera de todo alcance. ¿No le habían hablado de un viaje á la India? Y he aquí que lejos de arrojarle sobre su venganza tan cercana, sentíase calmado súbitamente, sin por esto renunciar al viaje, pues encargó á Rosa que le preparase una maleta.

— ¿Sabes? la maleta que llevo cuando voy á cazar en los estanques de Mérogis... Y ante todo, ni una palabra á mi madre... ¿Dónde ha ido, dices?

— Á la estación de Villanueva con la victoria.

— ¿A Villanueva? ¿Y qué ha ido á hacer?

La Sra. de Fénigan no salía nunca más que para ir á misa.

— No sé, señorito, replicó la criada, pero aprovecharé su ausencia para coger la maleta que está en sus habitaciones.

Echó á andar por el pasadizo; pero él la llamó:

— Sube á mi cuarto al mismo tiempo y toma... No supo como pedir su revólver en el cajón de

la mesa de noche. Esto era indicar en demasía sus intenciones; así fué que se contuvo.

— No, nada, yo iré.

Al examinar su arma, se reprochó esta súbita é inexplicable disminución de ira.

¿Cómo, se preguntaba, cómo la idea de que mañana puedo vengarme si se me antoja me ha calmado enteramente? ¿Soy acaso un cobarde ó no tengo ánimo para tomar una determinación?

Entonces, para excitarse y recobrar el furioso empuje de un momento antes, buscó las cartas de Carlejo á su mujer, que guardaba en un cofrecillo para tenerlas siempre á mano y ante la vista. El efecto fué rápido. En aquel cerebro algo adormecido, fatigado por el aire libre, la imaginación tenía para avivarse necesidad de representaciones exteriores. Así hacen ciertos voluptuosos que llaman al libro y á la imagen en auxilio de sus sentidos apagados. Aquellas cartas se las sabía de memoria; pero leyéndolas, las frases tomaban cuerpo y las palabras chispeaban como miradas...

El rodar del coche en las alamedas lo apartó de estas visiones.... ¡Ya su madre!... Guardó las cartas de prisa, lamentando no haberse puesto en camino sin haberla visto. Ahora iba á ser necesario un pretexto para explicar el viaje, evitar llantos y súplicas. Buscaba qué decirle al bajar á su encuen-

tro y apareció en la escalinata cuando el coche se paraba. ¿Cuál no fué su extrañeza al ver el pescante lleno de baúles y cerca de la Sra. de Fénigan, bajo una sombrilla de color rojo escarlata una mujer joven, vestida del mismo color desde su toca de viaje hasta sus medias caladas que dejó ver al saltar á tierra con la impetuosidad de un muchacho.

— ¡Buenos días, Ricardo! gritó la desconocida alegremente, mientras daba la mano á la madre, que hacía señales al mozo. La voz resonaba, joven y fresca, con un lindo acento provinciano, ya oído, casi familiar. Sin embargo, Ricardo vacilaba cuando la Sra. de Fénigan, subiendo la escalinata cogida del brazo de la señora vestida de colorado, le dijo.

— Pero hombre, si es Elisa, la prima de Lorient.

Un enjambre de recuerdos, de minutos enamorados y dichosos, revoloteó en su memoria. Vió de nuevo á la prima, redondita y menuda, galopando á su lado en las llanuras de la comarca, y á la portezuela del coche en que Francisco Belleguie, su padre, rico contratista de carpintería y, la Sra. de Belleguie, hablaban con la notaria del próximo casamiento de sus hijos, que se entendían á las mil maravillas. Por desgracia, las dos madres se parecían demasiado para estar acordes. La

Sra. de Belleguie era una bretona labrada en piedra berroqueña, otro « buen tirano » que pretendía dirigir á todo el mundo como á su marido, con puño firme y riendas tirantes. « Francisco, que no es un águila », decía al nombrarlo, delante de él, y el marido siempre se inclinaba, sonriente y beato; no tenía nada de águila, en efecto, y estaba sometido al yugo conyugal que á la larga le había deformado la nuca. Á consecuencia de una violenta disputa entre los dos buenos tiranos, tuvo que tomar partido por su madre contra los padres de la que ya acariciaba con miradas de novio; sacrificóse, sobre todo por debilidad, por imposibilidad material de decir no, pero quedándole en el fondo del corazón verdadera pena, disipada por la acción del tiempo y de otras heridas mucho más profundas. En aquellos doce años, la Sra. de Belleguie fué á reunirse con sus nobles antepasados los Kerkabelec, y Francisco, que no era un águila, triste al considerar que no se lo decían, siguió á su mujer en la tumba. Elisa, casada con un cirujano de la marina alcohólico y brutal que la zurraba de lo lindo, obtuvo primero la separación de cuerpos y de bienes y luego el divorcio cuando se votó la ley. La Sra. de Fénigan se indignó á fuer de católica ortodoxa, y hasta hubo con este motivo entre ella y Lidia una de esas discusiones

agridulces en que los vocativos « mi querida madre », « mi querida hija », se cruzaba como chorros de sustancias corrosivas. Después, cuando huyó su nuera, ante el abandono y la tristeza de su hijo, al cual creía ella que podría bastar su ternura de madre sin efusión, se modificaron sus ideas acerca de la divorciada y del divorcio. Entonces recordó que Elisa y Ricardo se habían amado y tuvo remordimiento por su capricho de impedir aquel matrimonio que tantos pesares le hubiera ahorrado; remordimiento tanto más sincero cuanto que la desaparición de los Belleguie le dejaba la absoluta autoridad de que tan celosa estaba. Así fué que, sin todavía tomar una resolución, guiada por su instinto de madre y los avisos del cura de Dreveil, su confesor, escribió en secreto á la prima de Lorient para que viniera á pasar algún tiempo en Uzelles, y la prima, poco rencorosa, aceptó.

Su presencia tuvo como primer resultado el de impedir la inmediata partida de Ricardo. Éste la dejó para el tren de la noche, y almorzó sentado frente á Elisa, divertido por sus sonoras carcajadas, sus lindos ojos y su boca deslumbradora. Era la joven de esa raza de seres privilegiados sobre los cuales pasa la vida con sus intemperies y catástrofes sin que deje en ellos el más ligero rastro.

Al cabo de tantos años de luto y lágrimas, veíala tan alegremente aturdida, con su misma afición provinciana á lo vistoso y chillón, conservando sus hileritas de granos de arroz entre los labios, su mejilla morena y rosada aterciopelada como un durazno; pero con los brazos más llenos, el cutis más blanco y un arte tan impudente á la vez que sencillo del escote, que intimidaba á su pacato primo. Ricardo se volvía á cada instante y dejaba caer sobre la entreabierta garganta una mirada ruborosa, llenando de alegría á la coqueta y buena muchacha, que obedecía las indicaciones de la Sra. de Fénigan, quien le dijo: « Mi hijo está enfermo; trata de curarlo. »

Apenas terminaba el almuerzo cuando Elisa lanzó un grito de angustia:

— ¿Y mi saco de viaje?

Era un saquito de cuero encarnado donde guardaba su dinero, valores, alhajas, todo cuanto tenía. Al principio no se alarmaron. ¡ Cuántas cosas había extraviado ya en la hora que allí llevaba! Era de esperar, pues, que darían con el saco, y con el abanico, y con los anillos, y con la sombrilla, sembrados por la linda criatura en sus vueltas y revueltas de movimientos y de ideas. Después de mucho buscar, hubo que convenir en que se había quedado en el tren, ó por lo menos en la

estación, pues el cochero afirmaba no haberlo visto en el pescante con los demás paquetes.

— Que vuelva el cochero á la estación, dijo la madre.

— No, prima, muchas gracias; estoy demasiado intranquila y prefiero ir yo misma.

— Yo te acompañaré, Elisa, propuso Ricardo... Tomaremos el *boghey* para ir más de prisa.

Y como la campana llamaba al almuerzo de los criados, Ricardo fué en persona á enganchar para no molestar á nadie y ganar tiempo. Una vez solas, las dos mujeres se echaron en brazos una de otra.

— Ay, mi querida Elisa, si pudieras...

— Pero me parece, prima, que las cosas no van tan mal... Déjeme V. y ya verá.

— ¿Lo has encontrado cambiado?

— Sobre todo pálido, y con las facciones rígidas.... Lo prefiero así pues tiene aire más distinguido. Pero me había dicho V. que estaba triste y tararea constantemente. ¿

Y á la vez Elisa repetía el « pum-pum », el acompañamiento del bajo en la sonata.

— Cuando tararea está pensando en ella, replicó la madre.

— ¿ Entonces piensa en ella siempre? ¿ Es posible, después de lo que le ha hecho?

— No puedes comprenderlo... yo tampoco, hija mía.

Ricardo llamaba desde el jardín; su prima bajó de prisa y subió al cochecillo.

De Uzelles á la estación del camino de hierro hay dos leguas largas; ese trayecto lo recorrió Ricardo con el ligero carruaje que guiaba en menos de media hora. Cuando el *boghey* entró en el patio de la estación, lleno de ómnibus y vehículos de todas clases, el Sr. Alejandro, con una toca escocesa en la cabeza y un saco de viaje á guisa de morral, hacía un cigarrillo delante de la sala de espera, mirando á toda aquella gente, viajeros de extramuros, con el aire de superioridad y cansancio del viajero que tiene delante mucho camino. Avisado por Rosa Chuchín de los proyectos de Ricardo primero y después de la llegada de la prima, pensaba que el marido no podría tomar sino el tren de la noche; y que un adelanto de algunas horas le bastaría para llegar á tiempo de prevenir á los fugitivos del peligro. Llevaba preparado su plan y sus gestos: aprovechar el miedo, el desorden de los primeros minutos para embarcar al príncipe en el *Azul-Blanco-Rojo*, llevándose á la dama por tierra y, una vez separados los amantes, poner entre ellos la duda, las mentiras, haciendo imposible toda reconciliación.

La súbita llegada de Ricardo á la tumultuosa estación trastornó todos sus proyectos. Desde un rincón de la sala de la tercera clase, vióle saltar del coche y atravesar la vía, evidentemente para tomar el mismo tren que él... ¿Cómo hacer? ¿Cómo subir al wagón sin ser visto? ¿Y en el camino, y al llegar?... De pronto, nueva aparición de Ricardo que agitaba un pequeño saco encarnado, enseñándolo desde lejos á la señora que se había quedado fuera, en el pescante del *boghey*. Volvió á sentarse á su lado, tomó las riendas, y sin dar á su caballo ni el más ligero latigazo, desapareció como un relámpago por la empedrada calle, seguido hasta el fin por las vigilantes miradas del antiguo lacayo. ¿Iría Ricardo en busca de los amantes ó habían cambiado sus ideas? La verdad es que nada indicaba en él un Otelo irritado rumiando su venganza... El tren de París, que entraba en la estación, sacudió todo el andén, mientras se abrían las portezuelas.

— Viajeros para Lyon, Marsella, Niza, al tren, gritó una voz.

Alejandro pareció vacilar un segundo; pero al cabo arrugó su rostro perversa risita y saltó en el primer coche que tenía á mano.

Elisa quiso que dieran una gran vuelta para regresar á la quinta.

Me parezco á la niña del cuento que llaman de la Caperuza Encarnada; me gustan los atajos, las vueltas y revueltas en que se pierde el viajero en busca de cuanto tiene alas y aroma exquisito... ¿Miedo al lobo?... Nunca... Si la niña del cuento sabe arreglárselas, por quien hay que temer es por el lobo.

Embriagada por el esplendor del día, la rapidez del caballo, la alegría de haber encontrado sus alhajas, producía en efecto la impresión de la niña de la Caperuza Encarnada, tal como la representan los grabados, con su toca rojiza y dejando adivinar una risa parecida á los sonidos de un cascabel. Tomaron á lo largo del Yeres, pequeño río á lo Watteau, de color azul oscuro profundo, frígido, adormecido bajo elevadas arboledas, entre verdes pendientes cuya frescura contrastaba con la blanca brasa del camino. ¡Cuidado, atención! Al pasar el cochecillo con extraordinaria velocidad, las familias parisienses que llenan las vías campestres con sus paseos del domingo, se apartaban vivamente; en las ventanas de quintas microscópicas, de grotesca variedad, unas con torres, otras con balcones y adornos de loza ó ladrillos de color rosado de avellana, asomaban siluetas de curiosos, y Ricardo leía en todos aquellos rostros agobiados de cansancio y fastidio la misma ex-

presión de contento y de simpatía debida al paso de la agradable criatura que desde lo alto del pescante les sonreía. ¿Cómo sustraerse por su parte al encanto enloquecedor de aquella sonrisa el hombre sentado al lado de la joven, que sentía el calor de su cuerpo, el fresco susurro de sus frases ó de sus rizos agitados por el viento? Á cada momento, Elisa pasaba su brazo que le rozaba las mejillas, ya para coger las riendas y el látigo, ya para enseñarle una magnolia gigantesca en medio del césped de un jardín, ó una banda de patos amarillos que seguían la corriente del agua; y cada vez se inclinaba, poniéndole delante de los ojos la ligera abertura de su corpiño, que velaba una garganta blanca y redondeada. Sin que Ricardo se diera cuenta de ello, esos efluvios femeninos lo encantaban y calmaban sus nervios con suave tranquilidad.

Al entrar en la aldea de Yeres, que el gran camino cruza, hubo que moderar el paso, pues la feria del país, anunciada desde lejos por el ruido de los organillos, tambores y murgas, así como por áspero olor de frituras, alineaba á ambos lados de la calzada sus tiendas volantes y sus caballos de madera. El coche iba al paso, entre la multitud cada vez más compacta.

—¿Cómo vamos, Eugenio? ¿Y los chicos?

Al oír esta pregunta de Fénigan, Eugenio Saltacor, el Indio, que andaba junto al *boghey*, llegando con su hombro á la altura del pescante, dejando ver bajo su gorra redonda de uniforme su ancho rostro violado y ansioso, contestó :

— No va mal, D. Ricardo, gracias y lo mismo los chicos. Sólo que mi hijo está haciendo sus veintiocho días de instrucción militar y que yo quedo encargado de mi nuera... Esto no es cómodo que digamos. Hoy teníamos á almorzar unos amigos de su marido y ha querido traerlos á la feria... ; Mil demonios los disgustos que me da !

El Indio sacó de su gorra un pañuelo de color para limpiarse la frente sudorosa cruzada por una arruga iracunda. Y mirando de pronto en torno suyo por la multitud, que descubría entera gracias á su elevada estatura, añadió : « La tunanta me ha engañado otra vez. » Saludó militarmente y se acercó á las tenduchas en busca de su nuera, que Ricardo descubrió poco después en la plaza de la iglesia, rodeada por multitud de pretenciosos midecintas, con grandes cuellos ingleses postizos, y vestidos según la moda de los cafés conciertos parisienses. La banda se divertía en el juego que llaman de la matanza, que consiste en tirar con grandes bolas á la cabeza de una colección de figuras de goma ó de trapo.

— Por vigilante que tu Indio sea, dijo Elisa, creo que le será difícil guardar esa caza.

— También me parece ; pero que tenga cuidado, pues Saltacor sería terrible.

— ¿ Más que el marido ?

— Oh, el marido... es un tipo de mi clase.

Y al decir esta frase, pronunciada con acento doloroso, y que fué la primera, la única alusión á su desdicha desde la llegada de Elisa, Ricardo soltó la rienda al caballo, ansioso por verse fuera de la multitud y se lanzó á todo correr por la calle inclinada hasta Yeres. Una vez pasado el pequeño puente, tomó por una alameda sombría, entre inmensos parques floridos y olorosos. Á lo lejos, sobre el tumulto de la feria que dejaban detrás, caía lento y grave el toque de vísperas, parecido á la expresión desolada que acababa de cubrir de sombras la alegre conversación que traían.

Aquella noche, después que el invariable cubre fuego sonó en la quinta de Uzelles para todos los huéspedes de la casa, siguió la conversación hasta muy tarde en el cuarto de Elisa. La madre, vestida con un ropón de franela blanca y una pal-matoria en la mano, se hacía repetir mil veces el relato del paseo ; y la bujía se acababa, y los párpados de la pobre Elisa se cerraban, sin que la

notaria, que había entrado allí por dos minutos, notara que esos minutos pasaban ya de dos horas. Al mismo tiempo, Ricardo se asombraba de verse en la cama, y no camino de Monte-Carlo, preguntándose por qué le parecían aquella noche tan suave su almohada y tan frescas las sábanas, después de la calentura de las noches precedentes, y porqué, habiendo desoído los consejos de su madre y de Merivet, bastaba para hacerle renunciar á su venganza y modificar sus ideas un corpiño entreabierto y una cabellera reunida sobre una nuca deslumbradora. Toda la filosofía del pobre diablo no bastaba para explicarle, ni aun al cabo de largo rato de apagar la luz, cómo era tan irresistible un poco de carne femenina, y cómo había en un corazón atormentado según era el suyo, sitio para otro deseo que el de venganza y de muerte.

Al día siguiente tampoco se puso en camino y ni siquiera habló de ello. Como no había más que un caballo de montar en la cuadra, fué preciso buscar otro para Elisa, y los dos primos salían juntos constantemente. Silencioso por gusto y por temperamento, la equitación tenía para él la ventaja de que á caballo no se habla, no se piensa más que á medias, pues se vigila siempre al animal más caprichoso y más tímido, de visión

absolutamente, desproporcionada con la nuestra. El jinete toma en parte la naturaleza de su cabalgadura. En la crisis que pasaba, cuando apenas se atrevía á examinar su pecho, Ricardo encontraba deliciosa esa suspensión de la personalidad. Cada vez que volvían de uno de esos largos paseos al aire libre, la Sra. de Fénigan encontraba á su hijo contento, con la voz y las manos afectuosas, sin el perpetuo pliegue en el mismo punto de la frente, indicador de idea constante, y entonces ella también se llenaba de contento, pensando en la próxima curación, dispuesta á creer, si Rosa no le hubiera confesado la aventura de la maleta, que Ricardo no había sufrido herida tan profunda como pretendían el cura de Draveil y el chiflado propietario de la capillita.

— ¿Cómo van las cosas, muchacha? repetía todas las noches con aire de malicia misteriosa al instalarse en el cuarto de Elisa. Pero los días y las cabalgatas se multiplicaban sin ningún resultado decisivo.

— Sin embargo, hago cuanto puedo, decía la joven casi llorosa. Y la madre la animaba, buscando con ella manera de vencer la timidez de Ricardo.

— No es más que eso, chiquilla; ninguna otra cosa se opone. Todos los hombres son tímidos, y él más que los otros.

— ¿V. cree? Pues seguiré mi conquista.
Y así fué.

Sorprendidos una vez por la tormenta, se albergaron por un instante después de una carrera loca en un cobertizo á la entrada de la comarca. El sitio era estrecho y los dos caballos estaban uno junto á otro.

— ¡Cómo me late el corazón! dijo Elisa. Mira Ricardo.

Y con gesto irreflexivo, le tomó la mano y se la puso sobre el pecho. Ricardo sintió espantosa sacudida. «La otra, la otra...» murmuró dejando correr su mano libre al rededor del talle que se abandonaba; y durante cinco minutos se abrazaron voluptuosamente, pálidos y silenciosos.

Hasta entonces su prima no había sido para él más que una de esas golondrinas que entraban por la ventana abierta de la *isba*, para dar alazas contra las vigas del techo ó las guardias de las espadas; ahora se puso á observarla, deseoso de saber lo que había en aquel alma siempre contenta, detrás de aquel continuado trino. ¿Por qué no amarla, si le curaba del mal que le hiciera la ausente, y puesto que su madre parecía desearlo tanto?... Pensando en ello estaba, mientras hacía frente á su madre después de almorzar en una partida de ajedrez, al día siguiente de la horrible

tormenta que había arrastrado la tierra del jardín y puesto impracticables los caminos. Elisa estaba en una ventana, mirando al camino, y muy cortada desde la víspera con Ricardo, ansiosa por la declaración que esperaba.

— ¿Qué hay? preguntó la Sra. de Fénigan, al oír gritos y alaridos.

— Es ese anciano mendigo... ¿Cómo lo llaman ustedes? El tío Jorge, que se encuentra en un estado... Y todos esos chicuelos detrás de él... Le quitan su palo... ¡El pobre, se va á caer!

Hubo en la calle una explosión de carcajadas. Embriagado, repugnante, lleno de placas de suciedad, con el lodo del camino en sus andrajos y en su barba, el anciano mendigo, al querer disipar la banda de chicuelos que le daban gritos, dejó caer su palo, de que los otros se apoderaron, y ahora, incapaz de dar un paso, se apoyaba de espaldas en la pared de la granja, cogiéndose á las piedras, resbalaba, se volvía, se levantaba para caerse de nuevo, llorando, pidiendo su palo que Robín el peón caminero, interrumpiendo su siesta, acabó por ponerle en las manos. Entonces se desarrolló un pequeño drama, cuyas peripecias siguió Ricardo detrás de su vidriera. Mientras que en un arranque de piedad casi animal el peón caminero tomó al pobre viejo por los brazos y lo puso dere-

cho lo mejor que pudo, sobre sus piernas temblorosas, los carreteros de las granjas, que volvían de bañar sus caballos, se paraban para mirar, y sus carcajadas sacudían todo el camino. Al principio cortado, y lleno de vergüenza al cabo, Robín se puso á dar de empujones al viejo, que más atemorizado con esto, lo arrastraba en sus resbalones. Las risas aumentaron. Entonces el peón caminero soltó al borracho y éste, dando tumbos y á tientas como un ciego, cayó sobre las rodillas, sobre las manos, y se desplomó al fin cuan largo era en un montón de lodo acumulado junto á la pared.

— Es abominable, exclamó Ricardo, indignado por la estúpida alegría de aquellos patanes. Elisa, engañada por su ira, creyó deber manifestar su horror por la embriaguez, sobre todo en los ancianos. El la encontró necia y la Sra. de Fénigan, conociendo la debilidad de su hijo por los vagabundos y especialmente por aquél, se apresuró á intervenir.

— Mirad, hijos míos ¡ qué milagro! Allí viene el abate Ceres con una sotana nueva...

— ¿Es ése el vicario de la Pequeña Capilla? preguntó Elisa.

— Sí, un excelente hombre... pero soy del parecer de nuestro querido cura; le falta apa-

riencia, respetabilidad eclesiástica. ¿Comprenden Vds. que haya recogido en su casa á todos los Lucriot, esta familia de ladrones, la abuela, las dos hijas, mientras que el padre estaba en la cárcel de Melún?

Ricardo se volvió bruscamente:

— Sin ese sacerdote, madre, dijo, cuando Lucriot volvió de Melún después de su absolución libre....

Pero se paró, mirando al camino, donde aumentaba el tumulto.

El abate Ceres no tenía solamente una sotana nueva; su ancho sombrero, sus zapatos de hebillas salían también á luz por primera vez. Y, orgulloso de ir á ver á sus pobres en traje de gala, el buen hombre pensaba: « de seguro que no van á conocerme, » cuando la gritería lo paró. Ricardo no podía oír desde su ventana lo que el sacerdote decía al anciano mendigo cubierto de lodo y suciedad, ahogado en una cloaca inmundada; sólo comprendió que el abate, después de un llamamiento inútil á la gente que le rodeaba, se inclinó sobre aquel paquete de andrajos repugnantes, lo vió levantar y llevárselo cogido del brazo sin preocuparse de los burlones ni de su hermosa sotana. Mientras se ocultaban detrás de la curva del camino, Elisa dijo riendo.

— Bonito va á estar el cura dentro de un rato.
 — Con tal que no lo lleve á su casa...
 — Ahora que me haces pensar en ello, exclamó Ricardo..., tengo un rincón donde meter á ese pobre viejo.

— No vas á traerlo aquí... gritó la madre; pero ya él no podía oírla pues estaba lejos.

Volvió tarde. Esperábanlo para ponerse á la mesa. Era una comida de doce cubiertos, como se daban con frecuencia en la quinta de Uzelles en obsequio de la prima y á la que asistían el antiguo personal de los domingos, el notario, sucesor del Sr. Fénigan, el propietario de la pequeña Capilla, y Juan Delerús, juez en el tribunal de Corbeil, hombre pequeño y de maneras sin finura que, ansiando siempre un matrimonio rico, daba vueltas en torno de Elisa, enseñando dientes de lobo, separados y brillantes entre sus patillas de pelo negro. Pero aquella noche la primita no estaba de humor alegre ni muy coqueta. La indiferencia de Ricardo, después de la escena de la víspera, lo que había sabido del anciano mendigo, llamado mucho tiempo « el pobre de Lidia », habían sido motivo para abundantes reflexiones poco tranquilizadoras, demasiado profundas para aquel cerebro de migajón de pan.

— ¿Qué ha sido de tu amigo, del anciano

mendigo? preguntó al sentarse al lado de Ricardo, agresiva y dispuesta á la pelea, con los brazos y los hombros surgiendo de gasa rosada que le sentaba á las mil maravillas. Él contestó que su amigo dormía en una pequeña choza á orillas del río, donde Chuchín ponía los remos y las redes.

— ¿Á orillas del Sena? Pues va á tener fresco.

— No, porque he hecho instalar un hornillo de calefacción. Esta idea la hizo reír mucho.

« Ni inteligencia ni corazón », pensó él sin ocurrírsele que en aquella risa de chicuela había mucho despecho. ¡ Qué diferencia con su mujer, tan caritativa para los pobres, que se lamentaba de no poder darles limosna cuando salían en coche, irritándose contra el cochero y los caballos, que acusaba de no querer pararse ó de hacerlo siempre muy tarde, cuando el mendigo estaba lejos de su alcance! También la conocían los pobres vagabundos, que al pasar cerca del coche nunca miraban ni tendían la mano. ¡ Oh, Ricardo tenía aún en los oídos el acento de Lidia para decir esas cosas, y lo percibía debajo de la risa burlona de la prima!

— Me hace gracia la idea de verte instalando al tío Jorge con su hornillo. ¿Cómo te dió las gracias?

— Con dos besos en las mejillas, murmuró el juez de Corbeil.

— ¡Qué horror! exclamó Elisa con un grito de espanto que toda la mesa en coro repitió. Delcrús, contento de poder referir su anécdota, siguió diciendo.

— Á mí no fué un simple mendigo, sino un asesino, un condenado á muerte el que se empeñó cierta vez en abrazarme por fuerza.

— Pero eso no es posible, Ricardo, dijo la madre con ridícula indignación... ¿Hasta ese punto te ha vuelto la cabeza el evangelio del abate Ceres?

Ricardo se callaba. El juez aprovechó ese silencio:

— Era al principio de mi carrera en un rincón del mundo llamado Suk-Ahras.

— Suk-Ahras, frontera de Túnez, excelente terreno para el esparto, interrumpió una voz.

— Mi querido Sr. Merivet, añadió el magistrado, se sabe V. perfectamente la geografía de Argelia. Llegaba, pues, á Suk-Ahras como juez de paz que hacía veces de fiscal de la República. Llevaba media hora en el país cuando me instalé al caer de la tarde en el piso bajo de mi predecesor, en su cama de hierro y en sus sillas medio deshechas; mi mozo de servicio vino á buscarme de parte del condenado... ¿Qué condenado?.. Pueden ustedes imaginarse la cara

que puse al saber que había en la cárcel un desdichado á quien se disponían á guillotinar en la mañana del día siguiente; mis funciones de juez de paz en un territorio civil me obligaban á acompañarlo hasta las gradas del cadalso. ¡Cuidado con la suerte de llegar allí la víspera!... En la prisión hallé una especie de bestia feroz, de Malta ó de Mahón, negro, velludo, de gruesos labios, que me mira con sus ojuelos amarillos, afectuoso y tonto, prorrumpo en llanto y con un acento de vaca española (1), me suplica que me deje dar un beso. El miserable hedía como un león. Viendo que no tenía nada más importante que decirme, me fuí á la cama, para descansar de mis dos noches de carreta. Á las tres de la mañana mi criado me despertó: « *la didu, musié suse de pé* ».

— ¿Qué hay, pregunté sobresaltado? — El condenado á muerte deseaba hablarme otra vez... Cuidado si el maldito abusaba. ¿Pero cómo negarse cuando el hombre iba á morir? Toda la cárcel estaba en pie. « No tenemos capellán, me dijo el director excusándose, quizás el condenado desea hacer alguna revelación. » Lleváronme á su celda y hétele que al verme empieza otra vez á

(1) En francés dicen: *parler français comme une vache espagnole* para significar que se le habla muy mal. Esta locución procede probablemente de *comme un basque espagnol* (un vascongado).

suspirar y sollozar. « Ah, Sr. Delcrús... señor Delcrús... » Tuve que dejarme besar otra vez, porque lo único que deseaba era rozar sus gruesos labios contra mi mejilla, que inundaba de lágrimas. « Ah, señor Delcrús, un miserable tan grande como yo... » Al ir al cadalso, al bajar de la carreta que yo seguía á caballo con los gendarmes, reclamó de nuevo el mismo favor burlesco, que hube de concederle. Habría podido creer en una mistificación de no ser tan trágico el momento y de no haberme revelado los autos del proceso el motivo de aquella salvaje simpatía. El ajusticiado se llamaba Juan Delcrús, lo mismo que yo, aunque él era de Mahón y yo de Cahors.

Una voz de mujer preguntó :

— ¿Qué crimen había cometido su condenado, si puede saberse?

— Sí, señora; le cortó la cabeza á su querida, que lo engañaba.

— Y decir, murmuró Napoleón Merivet, que si en vez de la querida es su mujer legítima, lo absuelven... sin embargo, el mismo crimen, y más cobarde, porque sabe que no lo castigarán.

— Para esto interviene con mucha condura el divorcio, dijo la voz de bajo aperogrullado del notario. El pequeño Napoleón hizo un gesto, que

puso en peligro la magnífica carne asada que acercaba un criado á la mesa.

— Sí, háblenos V. de esa legislación del divorcio, de esa ley tan decente... ¿ Qué buenos efectos ha tenido?

— Pues el de suprimir una costumbre bárbara y librar al marido, sin efusión de sangre, de la mujer que le deshonra.

— ¡ Como si el marido que engañan y que mata pensara en su deshonra!... Mata por rabia celosa, por decepción de orgullo y de amor, á veces por miedo al ridículo, dificultad de su situación, y también porque algunos falsos moralistas le han inspirado el asesinato. ¿ Y á V. le parece que el divorcio puede impedir eso?... ¿ Se imagina V. á Otelo mandando papel sellado á Desdémona?

Delcrús, que deseaba halagar á Elisa, invocó el recuerdo de algunas existencias de mujeres para quienes la nueva ley era una bendición. Pero el vejete de Merivet no quería admitirlo. Según su parecer, el divorcio era el fin del matrimonio.

— Si, señora... y nada más, repetía volviéndose hacia la Sra. de Fénigan, que protestaba... Antes, cuando se sabía que el lazo duraba toda la vida, se arreglaban los cónyuges lo mejor posible, como para un largo viaje; hacíanse concesiones y pe-

queños sacrificios á las manías de su compañero de camino. Uno se callaba y el otro se contenía un poco. Hoy, desde la primera dificultad, el casar se declara incompatible. Todo se deshace al más ligero contratiempo. Ya no hay indulgencia ni paciencia. Hasta en los casamientos por amor, los jóvenes se dicen : si las cosas no van bien, tengo la puerta abierta.

— Sin embargo, cuando una pobre criatura como... como.....

Elisa quería decir « como yo », pero la sofocaban las lágrimas; bebióse uno detrás de otro varios vasos de agua para sofocar su emoción. Después de un instante de silencio y malestar en que todos esperaban que hablase, Merivet se dirigió á la madre de Ricardo, para tratar la cuestión impersonalmente :

— Á la pobre criatura que no hallara en el matrimonio la dicha ni el amor, le aconsejaría yo lo siguiente. En vez de divorciar, que piense en mi pequeña iglesia, en la humilde capilla, sin cura, cuyo campanario está lleno de grietas y en cuya techumbre hacen las palomas sus nidos. Que entre allí el tiempo de decir un padre nuestro, una sencilla oración de resignación y abnegación... Todo el secreto de la felicidad consiste en esto.

La inocente manía del vejete era conocida por toda la comarca ; así es que hubo un cambio general de miradas y sonrisas en torno de la mesa, con lo cual terminó la comida más alegremente de lo que había empezado.

Al día siguiente, habiéndose secado los caminos hasta el bosque, Ricardo y Elisa salieron como de costumbre. En el momento de atravesar el pequeño Sénard, donde estrechos caminos cubiertos de encinas se cruzan en medio de antiguas catteras abandonadas, que es lo que llaman *uzelles*, y hoy invadidas por las cerrajas, por los helechos, con agua de lluvia en el fondo para que vayan á beber los conejos y faisanes, Elisa propuso un descanso de algunos minutos.

Apenas atadas sus cabalgaduras en los enrejados de hierro que rodean la caza reservada de los de Alcántara, sentáronse juntos sobre el musgo en aquel laberinto de cañadas y de malezas.

— Tengo que hacerte una pregunta, Ricardo, le dijo su prima mirándole de frente; tu respuesta influirá en mi vida. Así es que la deseo franca y terminante. ¿ Qué te parece Delcrús ?... ¿ Crees que puede ser un buen marido ?

¡ Era tan distinto de lo que Ricardo esperaba ! Vaciló, estuvo mucho tiempo para hallar una pa-

labra, y aun su primera frase fué una tontería.

— ¿Para ti ese marido?

— Sí, para mí. Me aburro de vivir sola. Siempre parezco muy alegre; pues bien, bastantes veces río sin tener ganas de hacerlo.

La malicia de su naricita, de su boca de niña burlona, desmentía la melancolía del cantar; pero el acento era tan sincero, que le devolvió la simpatía de su primo. ¡Cuántas complicaciones en el ser más sencillo! Si ella le hubiera dicho: « ¿me quieres? ¿puedo esperar que divorciarás para casarte conmigo? » su contestación estaba pronta: « No te amo y no quiero volver á casarme... » Y sin embargo, le costaba trabajo aconsejarle que se casara con otro.

— ¿Honrado Delcrús? Creo que sí... pero tan ambicioso... tan poco tierno... Me parece verle hace dos años, cuando hizo condenar al asesino de las Meitlottes. Ese día se frotaba las manos diciendo: « al fin la conseguí esa cabeza, » y tenía en la boca como una espuma de placer.

— Me das espanto, dijo Elisa con evidente satisfacción por esa pintura antipática, en que se adivinaban celos. Pero, como si quisiera defenderse, Ricardo añadió vivamente:

— No creo sin embargo que te hiciera desdichada... Sin embargo...

Y se paró, ansioso, incierto. El silencio profundo del bosque en torno suyo, silencio formado de susurros y cuchicheos, de chirridos de insectos debajo del musgo y de zumbidos en las cimas luminosas de los árboles, se parecía al mutismo de sus labios, que se estremecían llenos de declaraciones. ¿Por qué le parecía su prima tan apetitosa aquel día con su amazona azul turquí que la envolvía marcando sus formas redondeadas, hasta la línea rosada clara del cuello?... Pobre Caperuzilla Encarnada en las garras de aquel gato barbudo... Ricardo se levantó de pronto y, con la voz temblorosa, le dijo:

— Antes de contestarle, espera dos días.

Ella pensó: « Era tan sencillo contestar en seguida, » y se puso en pie á su vez, poco á poco, con mucha lentitud.

Sus caballos, lanzados á rienda suelta, seguían esta vez el camino diagonal que cruza el bosque en el sentido de la anchura y atraviesa zonas forestales variadas, semilleros de pinos, de álamos, de abedules, de encinas, calvas de carboneros, donde en medio de la dispersa humareda se distinguen chozas de hierbas y barro apisonado, rodeadas de gallinas, de niños, de montones de leña cortada y puesta en fila, de haces de ramas secas amontonados en las carretas. Así galopaban desde hacía

media hora sin hablar una palabra, en alas de sus ensueños, cuando al final de una larga alameda de hayas, espesa y alta, que formaba arcos, vieron un descanso de cazadores de estilo Luis XV, con su pórtico de medio punto y sus grandes ventanas, delante del que se hallaba un grupo de guardabosques á caballo, con sus casacas azules adornadas de pasamanería color de plata claro, como esperando la carroza de la Pompadour.

— Son los halconeros, dijo Ricardo á Elisa, que se paró por curiosidad.

¡ Cuántos recuerdos desoladores despertaba en su espíritu aquel antiguo refugio donde, en los días de apertura se sentaba Lidia junto al general y duque, preciosa y llena de orgullo, en la tienda que sentaban frente al portón !.... Los guardabosques se apartaron con respeto delante de un brioso jinete, militarmente ceñido con una casaca gris hasta la barba, que se dirigía hacia el camino de la diagonal. Ricardo se estremeció, estupefacto al ver rejuvenecido y á caballo al enfermo que creía clavado en su sillón de Granburgo, y que pasaba cerca de él sin verle pues sólo tenía ojos para Elisa.

— ¿ Quién es ese señor? preguntó ella. Pero no había tenido tiempo de contestar, cuando otro jinete, mucho más joven que el primero, en uni-

forme de dragón, se apartó del grupo de los guardias, lanzándose al galope detrás del general. ¡ Aquel fino bigote, aquellos rizos leonados debajo del morrión! Fénigan contuvo un grito de sorpresa y de rabia. ¡ Carlos!... era Carlos!... en los dragones... ¿ Y entonces Lidia? ¿ Dónde la había dejado? ¿ Qué era de ella?... Sus oídos zumbaban, las hayas de la alameda le parecían agigantarse, y distinguía á Elisa, muy lejos, pequeñita, haciendo gestos y diciendo frases que él no comprendía. Después, súbitamente, antes de que la muchacha pudiera explicarse este vértigo, vióle volver grupa y partir como un desalmado en persecución del padre y del hijo, que desaparecían en los lejos de la prolongada alameda. Alcanzóle en la Encina-Priora, donde Ricardo se había parado para interrogar á un carbonero que cargaba su mercancía y que desde lo alto de su carreta hacía resonar acompasada y fuerte su voz en la calva del bosque.

— De seguro es el príncipe... La prueba es que el domingo vino á cazar con el Indio y que dió á mi niño Guillermo dos francos por el ojeo.... Como está sirviendo en los dragones, el hijo de Foucart, el carretero de los muertos y el de Eugenio le darán más noticias que yo pues ambos sirven en el mismo escuadrón que el señorito.

— Gracias, dijo Ricardo, blanco como la leche. Y muy quedo añadió hablando con su prima : « Volvamos á casa ; no estoy bien. »

De allí á la quinta no pudo Elisa sacarle una palabra ; pero el pum, pum que tarareaba apenas explicaba su interior angustia. Elisa pensó : « He perdido el tiempo », y apenas de regreso se fué á su cuarto á esconder sus lágrimas, mientras Ricardo iba al huerto en busca de su madre.

Era la hora calmante en que las flores beben y se bañan después del gran calor del día. Al correr el agua á lo largo de los surcos, recibiendo la oblicua y tibia caricia del sol, los tallos se enderezaban, desperezándose voluptuosamente ; y los colores de los pétalos, aumentando á la vez que bajaba el día, ponían en relieve el antagonismo eterno entre la luz y sus matices. Nubes de mariposas surcaban el aire del jardín. El choque de las regaderas con los bordes de los estanques y alguna que otra orden del jardinero á sus ayudantes era lo único que turbaba la silenciosa actividad de aquella tarde, de frescura y suavidad encantadoras.

— ¿ Qué tienes ? preguntó la Sra. de Fénigan, viendo llegar á su hijo completamente trastornado á la estufa en que con el podador en la mano estaba ella limpiando algunos arbustos

exóticos. En vez de contestar, Ricardo interrogó :

— ¿ De modo que Carlejo está de regreso ?

— Hace dos meses que se halla en Melún, sirviendo como dragón... ¿ no lo sabías ?

— ¿ Y ella?... ¿ Dónde está ella?... ¿ Qué ha hecho de ella ?

— Lo que se hace con esas mujeres, contestó la madre cortando una rama con aspereza... Pagada la corrupción, se las manda á paseo.

Hablaba tan alto que los jardineros podían oír. Ricardo cerró la puerta vidriera y siguió diciendo con voz dura, que su madre no le conocía.

— Lidia no era una perdida, sino una víctima de tu tiranía, una prisionera que se evade, según decía en su última carta... Y además, no tienes derecho para insultar á la mujer que lleva nuestro nombre.

La mirada de la Sra. de Fénigan despidió relámpagos :

— Hace mucho tiempo que hubieras debido quitarle ese nombre, pues podías hacerlo.

— ¿ Querrías que divorcie?... para casarme con la prima... que se empavesa con señales de navío... eso no lo pienses, nunca... jamás...

— Sí, ya comprendo ; prefieres el catecismo del Padre Merivet... Pedir perdón á esa perdida por el ridículo que nos ha echado encima ; y,

después, instalarla, no en el Pabellón, sino en la casa principal, en la de tu madre,... para... que diera á luz.

Mas, apenas había pronunciado estas palabras cuando lamentó su ligereza al observar la súbita palidez de Ricardo y el temblor de sus labios. Tuvo entonces un arranque de ternura y abrió los brazos, que él rechazó brutalmente, con un gesto iracundo:

— ¿Embarazada? pero si me has dicho que no podía!... ¿Por qué mentiste? ¿por qué me has mentido siempre al hablar de ella? ¿le tenías odio?

— Sí, era el tormento y la afrenta de tu vida. Sí, la odiaba... Pero tranquilízate, el tono con que me hablas me servirá de lección. No volveremos á nombrarla. Ve á buscarla, cuidala, acepta como tuyo el bastardo cuando nazca. Le dan doscientos mil francos. No es mal negocio.

Herida en lo más profundo de su orgullo y de su pasión maternal, hacía como que seguía podando, y acentuaba cada palabra con un seco rechinar de sus tijeras. Pero Ricardo no la dejó seguir:

— Cuidado, madre.

Cogióla por las manos, volvióla con violencia hacia él, y desesperado por cuanto acababa de saber acereó sus convulsas facciones á aquel rostro

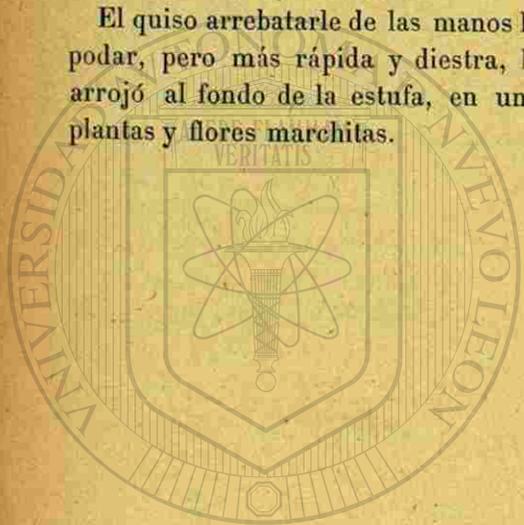
de vieja, parecido al suyo propio, y se abrió el pecho.

— El tormento de mi vida eres tú ¿me oyes? tú y no ella... Desde mi infancia, que encerraste en un cuarto de enfermo, privándola de aire y de movimiento, tu egoísta amor me ha impedido tomar vuelo y hacerme un hombre. Para conservarme junto á ti me has tiranizado como tiranizaste á mi padre; has halagado mi pereza y mis vicios y me has hecho imposible toda carrera. Para que no me casara y no hubiera aquí más señorío que el tuyo, mandabas tus criadas á mi cama... ¡Como si no hubiera yo visto todo!... Y esta pobre chica que has ido á buscar en Lorient, ¡cuánto no has hecho por convertirla en mi querida, nada más que en mi querida, pues su marido vive aún y la Iglesia no admite el divorcio; pero tú pasas por todo antes que volver á encontrarte con la que tu despotismo ha echado de aquí y de la cual tuviste siempre celos... Ah, tu religión vale la pena; bueno es también el fariseo que dirige tu conciencia. Pero nada cambiará las cosas; quiero á mi mujer, ¿me oyes?, la quiero y la perdono, porque soy culpable de no haberla defendido contra ti, contra tu perversidad... Lloro, llora, anda. Más llora ella que tú, sola y abandonada sin saberse dónde... ¡Pero daré con ella!...

Más bien que continuar la existencia que arrastro lejos de ella, junto á ti, preferiría morir, romperme el corazón con eso, mira...

— Ricardo, hijo mío...

El quiso arrebatarse de las manos las tijeras de podar, pero más rápida y diestra, la madre las arrojó al fondo de la estufa, en un montón de plantas y flores marchitas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

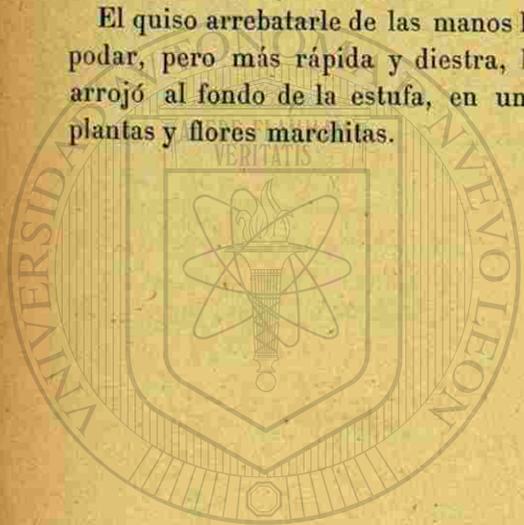
— No, no puede V. figurarse lo que me cansa este llamamiento de todos los instantes á mi voluntad, para las cosas más sencillas, para enderezarme, para sentarme, para quitarme ó ponerme el sombrero; lo que en V. es un gesto automático, necesita en mí el esfuerzo, la leva de todas mis reservas... Salir de la cama por las mañanas, masticar cuando estoy en la mesa, acabar la frase que he tenido la desdicha de empezar, todo se convierte para mi infeliz esqueleto en un acto, en un tormento... Sentémonos, pues estoy sudando de haber venido hasta aquí apoyado en su brazo.

Esto se decía en Granburgo una tarde, en el terrado que cae al río. El maestro Juan, compasivo y resignado detrás de sus anteojos, pasea desde la hora del almuerzo, de un banco á otro, los lamentos del duque de Alcántara, procurando decirle

Más bien que continuar la existencia que arrastro lejos de ella, junto á ti, preferiría morir, romperme el corazón con eso, mira...

— Ricardo, hijo mío...

El quiso arrebatarse de las manos las tijeras de podar, pero más rápida y diestra, la madre las arrojó al fondo de la estufa, en un montón de plantas y flores marchitas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VIII

— No, no puede V. figurarse lo que me cansa este llamamiento de todos los instantes á mi voluntad, para las cosas más sencillas, para enderezarme, para sentarme, para quitarme ó ponerme el sombrero; lo que en V. es un gesto automático, necesita en mí el esfuerzo, la leva de todas mis reservas... Salir de la cama por las mañanas, masticar cuando estoy en la mesa, acabar la frase que he tenido la desdicha de empezar, todo se convierte para mi infeliz esqueleto en un acto, en un tormento... Sentémonos, pues estoy sudando de haber venido hasta aquí apoyado en su brazo.

Esto se decía en Granburgo una tarde, en el terrado que cae al río. El maestro Juan, compasivo y resignado detrás de sus anteojos, pasea desde la hora del almuerzo, de un banco á otro, los lamentos del duque de Alcántara, procurando decirle

las palabras de consuelo distraídas con que se mece el mal de los incurables.

— Sin embargo, señor duque, ayer montó V. á caballo y Carlejo afirma que se mantenía V. bien en la silla.

— ¡Qué broma! Fui en coche hasta la halconería con la duquesa, y allí se me ocurrió galopar un poco en la yegua del guarda general, que es muy mansa. Á los cinco minutos ya estaba yo en un foso, donde el coche me fué á buscar, dándome por contento de no haber dejado allí los huesos. Así monté... Es que ya no tengo fuerzas, y que si olvidara un solo instante decirme: « quiero vivir », pues bien, no viviría.

Las facciones cárdenas del general se abandonaron con expresión de cansancio y de agotamiento mientras cerraba los ojos y descansaba la cabeza contra un enrejado cubierto de glicinas y jazmines encarnados. En el parque se oían los gritos y los paletazos de una partida de lawn tennis, oculta detrás de un bosquecillo, á través del cual se ven pasando como relámpagos las boinas blancas y los movibles ropajes. Una risotada, más alegre, más ruidosa, más triunfante que las otras, sacó al general de su adormecimiento.

— ¿Oye V. á su antiguo discípulo jugando con todas las Ester y las Rebeca del palacio de Me-

rogis? Ah, ese no padece...; Qué bien ríe! Y de pronto, con la voz sombría y muy dura, añadió: « Me da espanto ese muchacho, me produce el mismo vértigo que un abismo. ¿ Y V. puede comprenderlo? ».

El maestro Juan murmuró:

— Me parece... Creía que se ha enmendado... que vuelve á su puesto y á su deber.

— Sí, por fuerza... La verdad es que V. no sabe el fin de la aventura. La duquesa no quiere que se cuente porque el joven no aparece ahí con colores muy brillantes; pero yo no tengo esas debilidades maternas. Así pues, le diré que una mañana cayó en el cuarto de los enamorados ese viejo tunante de Alejandro, á quien habíamos encargado de vigilar al marido. « Ahí viene, sálvese el que pueda, » dijo con un trémolo á propósito para el caso. La dama coge miedo, pues sabe que su hombre, tardo en moverse, también es violento como un búfalo y de cuernos duros. Debo decir que el niño se negaba á marcharse, mostrando valor; pero Alejandro lo llama á parte y le dice: « No hay marido ninguno; son tonterías. Pero está V. sin un cuarto, gracias á la ruleta, con un yacht, una mujer y tal vez un chiquillo encima. Aquí tiene V. recursos; váyase con el barco y déjeme, que yo me encargo de

librarlo de la hembra. » Conociendo á nuestro enamorado, ya puede V. imaginarse con qué júbilo aceptó. ¡ Un lio de tres meses, demonio! Despidióse llorando de la novia y, mientras Alejandro la ha conducido á Bretaña, él, para despistar á Barba Azul que se acerca, se embarca en su yacht y declara que hará vela para un pequeño puerto del Morbihán, donde su querida debe esperarle y le espera todavía. Creo que ni aún nosotros lo hubiéramos visto en mucho tiempo si su yacht no se hubiera perdido una noche á tiro de las Baleares. Así es que regresó cabizbajo, con el bolsillo vacío... Pleito con el armador, indemnización á la tripulación, gastos de ruptura, todo esto exigía mucho dinero. Aproveché, pues el momento para apretarle los tornillos y lograr que se alistara como voluntario. Pero lo incomprendible, lo siniestro de la cosa es que no ha tenido una palabra ni un pensamiento para la que le ha dado la vida y que hace un mes se desespera en el fondo de la Bretaña.

El maestro Juan, desolado, estupefacto, miró por encima de sus anteojos.

— ¿Cómo, todavía ignora?

— No, Alejandro ha debido arreglar el asunto y creo que se deleita en darle largas. Es un perro tan malo... Pero callemos, que viene ahí la duquesa.

Ésta llegaba por el fondo del terrado, dando pasitos cortos, muy de prisa, con el cutis y los cabellos más amarillos que de costumbre, bajo su elegante tocado de jardín.

— Te buscaba, dijo á su marido, muy bajo y muy de prisa, y le entregó una carta abierta... Lee la que acabo de encontrar en el correo de Carlos. El sello de Draveil me ha advertido.

Primero á media voz y después mentalmente, el general leyó unas cuantas líneas de provocación que Ricardo Fénigan mandaba á su hijo. « Sabía que era V. un pillete, pero sería además un cobarde si ahora que es soldado... » Las largas manos que mantenían la epístola se impacientaban.

— Juegue V., gritó en esto una voz fuerte y viril en el césped. El general acabó la lectura y dijo gravemente.

— Después del encuentro de ayer en el bosque, era de esperar.

La duquesa dió un salto de indignación.

— Todo el dinero que ya he dado, que estoy dispuesta á dar aún ¿ acaso no le basta á esa gente?

— En la vida no todo se arregla con dinero... Por lo demás, el marido no ha cobrado nada. Le han robado su mujer y se enfada; me parece

natural y considero muy difícil que Carlejo no vaya con él al terreno.

— ¿Pero estás loco?...? No me has dicho que Ricardo Fénigan es de primera fuerza á la espada y á la pistola?

— ¿Y qué hacer? Tu hijo es soldado; lo insultan y tiene que batirse.

— No le enseñaré la carta.

— Recibirá otra más ultrajante todavía.

— Iré á ver á la madre.

— Te recibirá como tú la recibiste. No, sólo hay un medio de impedir que Carlos se bata en duelo.

— ¿Cuál? preguntó la duquesa ansiosamente.

— Ir yo en lugar suyo.

Un relámpago de esperanza brilló en la mirada de la mujer, que calculaba sus fuerzas; pero no tardó en alzar los hombros.

— ¿Tú, pobre amigo? Pero si no puedes tenerte en pie... No, lo más sencillo será escribir á su coronel, nuestro primo Boutignán para que le llame inmediatamente al cuartel. Quería evitarle las grandes maniobras; pero prefiero que se marche...

Una pelota de tennis llegó rodando á sus pies y el oloroso cortinaje de hojas y ramas se apartó para dejar paso á la mano del joven príncipe, que

presentaba el cuello desnudo saliendo de un justillo de franela blanca, ciñendo su esbelto talle con un ancho cinturón de faya; su cara estaba encarnada y su cabellera húmeda de sudor. Sonrió al ver el vivo movimiento de la duquesa, que ocultaba la carta y dijo:

— Por aquí huele á misterio.

Recogida la pelota con un revés de su pesada paleta, desapareció entre las ramas, dejando maravillados á sus padres y maestro con su ligera y elegante apostura. Los tres tuvieron el mismo pensamiento, que la madre formuló en estas palabras:

— ¿Una joya semejante y consentir que me la deterioren?... Me voy á escribir á Boutignán.

Solo ahora con Juan, el general se levantó con ademán enérgico.

— Voy á ver, déjeme V., dijo.

En pie y vacilando en su sitio, púsose de perfil cuadrando los pies, quiso levantar su bastón, apuntar á la voz de mando; pero al abrir los brazos estuvo á punto de venirse al suelo, y así hubiera ocurrido de no sostenerlo el profesor, que le ayudó á sentarse.

— ¡Un desaffo en estas condiciones! murmuró el pobre hombre limpiándose la frente bañada de sudor y sus ojos que vertían llanto. Después de un silencio añadió:

— ¡ Qué bien me ha dicho que no podía tenerme en pie!... ¡ Cuán fácil era distinguir en su acento el desprecio de la mujer hacia el marido que ya no puede defenderla, ni á ella ni á sus hijos!

Y mientras hablaba, con la mirada en el suelo, oíanse resonar en el parque las risas y los saltos de pelota de una partida alegremente emprendida.

El príncipe dormía aún, al día siguiente por la mañana, cuando el correo llevó á Granburgo una carta certificada con timbre de Draveil. Habíase dado orden á todos los porteros de que no llegara nada á Carlejo sin pasar por las manos de su madre, que, después de firmar el recibo, leyó otra carta de Fénigan, más insultante aún que la primera. No habló del caso con nadie y llamado Carlejo aquel mismo día á Melún por despacho de su jefe, sintióse más tranquila cuando durante el almuerzo del día siguiente llegó otra misiva de Ricardo, dirigida esta vez al padre, y con una copia de los ultrajes enviados al joven príncipe: « ¿ Qué le parece al Sr. duque de Alcántara? ¿ Se conducirá tan cobardemente como su hijo? »

La duquesa, sentada frente á su marido, se extrañaba de no verle comer. Érale imposible sostener el tenedor, de tanto como temblaban sus dedos. En vez de contestar á su mujer, le enseñó las dos cartas que acababa de abrir. Ella echó una

ojeada sobre aquellos insultos dirigidos á los suyos, y tranquila ahora que consideraba en seguridad á su hijo, replicó:

— Es ridículo; demasiado sabe que no puedes batirte.

— No lo sabe, pues anteayer me vió á caballo.

— Entonces debió verte en el suelo, pues no estuviste mucho en la silla. Además, la gente se explica. Mandaré á Juan para que le vea.

Los anteojos del profesor mariposearon como delante de una tocata de violoncelo demasiado difícil.

— Tienes razón, dijo el general tranquilizado súbitamente.

¡ Infortunado maestro Juan! Cuán lejanos le parecían los días en que su violoncelo pasaba el Sena en el bote de Chuchín, entre las dos casas. La quinta de Uzelles, antes tan alegre y animada, parecía desierta ahora, principalmente desde que la Sra. de Fénigan y su hijo no se veían ni se hablaban después de una explicación violenta. Ricardo ocupaba otra vez su cuarto en el Pabellón, donde le servían la comida y donde pasaba el día. Sin los disparos secos y regulares de una pistola de salón, nadie habría sabido que estaba allí. La madre redoblaba su actividad y su vigilancia, iba del corral al huerto, y continuaba dando pesadum-

bres á su jardinero y á sus lirones; y en lo duro de su voz, de su andar, en el furibundo chocar de sus llaves resonaba el grito de su orgullo herido, el ultraje á su ternura maternal. « Después de cuanto he hecho por él, que todavía me prefiera esta perversa mujer, eso... »

Su indignación no hallaba palabras suficientes, sobre todo cuando recordaba la expresión de aquella boca febril y crispada, que le escupía al rostro la injuria y el odio. ¡Y aquel era su hijo, su Ricardito!

— Se engaña V. prima, decía con suavidad la buena Elisa, mientras le ayudaba á recoger la fruta caída de los manzanos, cortados á manera de rucas en las orillas de las alamedas, su hijo la adora, le ha hablado á V. en un momento de ira, pero estoy segura de que si V. quisiera...

La orgullosa madre se alzaba dejando caer las manzanas á sus pies :

— Nunca... no me conoces. ¿Humillarme ante mi hijo? Preferiría morir. El es quien debe pedirme perdón.

— ¿Quién le dice á V. que no piensa en ello? Si me permitiera V. que le hablara, que tratara de verle.

La madre sonreía de lástima :

— Perderías tu tiempo, pobrecilla, no sabes lo

que hay que decirle; eres demasiado honrada para esto.

En el fondo le tenía rencor á la muchacha. Elisa lo comprendía perfectamente y ante aquella pena, olvidando su fracaso, sentíase inútil, molesta y hablaba de volverse á Lorient, sin que la madre supiera hallar una palabra que la detuviese. Por su parte Ricardo era víctima de la más terrible de sus crisis de celos y no pensaba sino en vengarse y matar. Dos oficiales, antiguos compañeros de estudios, acuartelados en las cercanías, estaban dispuestos á servirle de padrinos, y nuestro marido pasaba las horas ejercitándose, acechando el correo y la contestación á sus provocaciones, cuando una mañana se le presentó el maestro Juan, tartamudeando y lleno de temor; nada tiene de particular, pues lo que el músico veía, aquellas pistolas, aquellos cartones agujereados de balas, lo mismo que su recado, eran realmente extraordinarios. Al fin se explicó : « el general no pedía otra cosa que ocupar el puesto de su hijo actualmente en las maniobras militares; pero la debilidad de sus piernas no le permitía mantenerse en pie, y contaba con la generosidad de Fénigan y de sus padrinos para obtener ciertas condiciones.

— ¿Quiere batirse á caballo? preguntó Ricardo con voz que daba estallidos.

— No, sentado... Si no me engaño d'Elbée murió fusilado durante las guerras civiles de la revolución en una silla. El duque propone un duelo de esta clase en una de las dos quintas, á quince ó veinte pasos.

Ricardo interrumpió brutalmente :

— Eso está bien para enfermeros; diga V. al general que esperaré al regreso de su hijo, un mes, seis semanas, lo que fuere preciso;... con quien deseo batirme es con ese joven canalla y si nada lo decide á aceptar el combate, lo esperaré en medio del camino, en una encrucijada y lo mataré. Y repitió varias veces la frase : « lo mataré, lo mataré... » haciéndola entrar en la memoria del maestro Juan como á martillazos... Así fué que el preceptor pasó dando tumbos la pequeña puerta de dos escalones situada por la parte del bosque, donde la madre de Ricardo lo esperaba hacía ya un momento. Al verla el pobre hombre exclamó torpemente :

— Ah, señora, cuánto tiempo hace que no tengo el gusto...

Pero ella le interrumpió de prisa y, señalando al Pabellón, preguntó :

— ¿Que ha venido V. á decirle? ¿Qué daño más quieren hacernos esas gentes de Granburgo?

— Pero señora, es Ricardo... nosotros no.

Entonces contó, medio ahogándose, las cartas recibidas en el palacio, el espanto de la duquesa.

— Ya se lo dije, contestó la Sra. de Fénigan con aire orgulloso... ; Ruege V. á Dios que nuestros hijos no se encuentren !

Una frase del maestro Juan la hizo reflexionar :

— La desgracia es ciega, señora, y puede castigarla á V, tanto como á nosotros; créame V., calme á su hijo. ; Tiene V. sobre él tanta influencia !

— Ya no tengo ninguna. Esa horrible mujer se ha llevado al marcharse el afecto, la confianza de mi hijo. ; Creerá V. que desde hace tres días?...

Callóse por temor de llorar, cosa que por nada quería; las lágrimas debilitan y ella necesitaba de todo su ánimo, de todo su orgullo frente al hijo rebelde.

Salieron hablando de la callejuela forestal y tomaron por el camino de Corbeil; ella iba sin sombrero, debajo de su sombrilla, como si hubiera estado en su parque. Las personas de la comarca que encontraban, vestidas todas como los domingos, se volvían sorprendidos.

— ¿Qué hay esta mañana? preguntó el violoncelista. Al venir he oído la campana de la Pequeña Capilla, y sin embargo, estamos en semana.

— Algún aniversario de ese viejo loco, y la Sra.

de Fénigan alzó los hombros, pues conservaba rencor á Merivet por la discusión de la última comida, atribuyéndole la súbita aversión de Ricardo á Elisa y al divorcio.... Así es que como pasara cerca de ellos al salir de su iglesia, la madre contestó apenas y con mucha sequedad á los ceremoniosos saludos que le hacía el vejete, vestido de negro, con guantes negros, de luto riguroso por la mujer amada, cuyo vigésimo primer cabo de año celebraba aquel día.

— El perdón de todas las infamias, la remisión de todos los crímenes, he ahí lo que se predica en esta iglesia, decía la madre, señalando con su sombrilla al blanco oratorio situado á orillas del camino; y querían que yo entre ahí, que forme yo parte de esa parroquia. Muchas gracias; que venga mi hijo si quiere á la iglesia del buen cabrón — y esto lo dijo muy alto — yo no pondré ahí nunca los pies.

— Ah, señora, señora, suspiró el músico pensando de pronto en el mensaje de muerte que llevaba... ¿Qué va á ser de nosotros, si V. no puede ya nada sobre su hijo? Quiere matar.. matar...

— Que empiece por su mujer; sería una buena obra.

— Señora...

— ¿Cómo, también V. la defiende? ¿Qué les ha

dado á ustedes todos de beber esta gran perdida? Ah, sí, es la música, los duos, como Ricardo, pum-pum-pum, y luego esa gazmoñería que pasa por debilidad y dulzura... los hombres gustan tanto de figurarse que protegen... Ah, la canalla que me ha robado mi hijo. Si estuviera aquí, si yo la cogiera..

— Le tendría V. lástima, contestó maestro Juan con un guiño de ojos detrás de sus anteojos, como para atajar el golpe que acababa de relampaguear en la mirada de la Sra. de Fénigan; usted es muy buena y ella muy desdichada. Pero la madre, por toda respuesta, saludó ligeramente y poniendo punto á la conversación, dióle la espalda y se volvió á la quinta de Uzelles.

La verja de la iglesia seguía abierta. ¿Qué movimiento súbito y contradictorio, qué cambio inconsciente de todos sus sentimientos le hicieron penetrar allí? Tal vez las palabras del anciano Merivet á las criaturas infortunadas: « entrad y arrodillaos; ahí está el secreto de la dicha. » Lo había afirmado con tal certidumbre; y un momento antes, cuando el monomaniaco cruzaba el camino ¡ se leía en su rostro expresión tan acabada de bienestar y de alivio!...

Entró, atraída por la media luz después de la claridad excesiva de fuera, paseó su arrogante

mirada por las desnudas paredes, matizadas acá y acullá por el reflejo de las vidrieras de color, que estaban todas cerradas, menos la del fondo, muy alta, muy ancha, situada sobre el altar y que marcaba un trozo de cielo azul cruzado por unas palomas.... Oh, aquel cielo tan profundo, tan conmovedor.... Casi sin quererlo se arrodilló y la humilde oración recomendada, el Padrenuestro de los pobres vino á sus labios, que olvidaban las demás fórmulas. « Perdónanos, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores... » De la dura roca salieron en el acto torrentes de lágrimas. Fué una expansión, un alivio de todo su ser, en que se vió, se juzgó, recorrió toda su existencia.

Sí, Ricardo tenía razón. El orgullo y la necesidad de la dominación la guiaban y echaban á perder sus actos todos; sí, su marido y su hijo á quienes no obstante quería, habían padecido por su culpa. Tal vez con una suegra más afectuosa, Lidia la huérfana habría vivido dichosa en su hogar. Pero se hubiera necesitado en la Sra. de Fénigan mucha indulgencia y un corazón de piedad y perdón. Dábase ahora cuenta de todo esto y también de lo que le faltaba por intentar: una cosa muy difícil, pero puesto que Dios acababa de inspirarla, sin duda ayudaría á su realización. « Padre nuestro, que estás en los cielos.. »

Un prolongado suspiro, lanzado cerca de ella, le advirtió que no estaba sola en la iglesia. Su vista, acostumbrada ya á la oscuridad, distinguió unos cuantos pasos más lejos á una pobre mal vestida, harapienta y sucia, que oraba arrodillada, con un paraguas de algodón negro y un paquete á su lado. La antigua Sra. de Fénigan no gustaba de los mendigos; parecíale degradante la caridad, y nunca le ocurría dar un cuarto ni un migajón de pan fuera de sus tradicionales lunes de limosna. Era este uno de los artículos de su código personal, un perpetuo tema de disputas con su nuera cuando ambas salían en coche. « Ah, si Lidia hubiera podido ver ahora, desde el olvidado rincón del mundo donde escondía su miseria y su falta, á su implacable suegra que se acercaba á la pobre y le preguntaba: « ¿ Es V. de aquí? » ; qué estupefacción y qué esperanza!... Pero la mendiga no contestaba. Rendida por el cansancio, se había dormido rezando, echada sobre sus talones vueltos. Lejos de indignarse según hubiera hecho otras veces y de despertar brutalmente á la que tan mal sabía estar delante de Dios, la Sra. de Fénigan se sintió llena de inmensa lástima y sacando de su ridículo el portamonedas que chocabá en el fondo con las llaves, sin abrirlo, sin mirar cuánto había dentro, púsolo sobre el paquete

de la pobre. Para los que conocían á la madre de Ricardo, aquel movimiento de caridad desordenada era aún más extraordinario que las resoluciones íntimas y nuevas que sacó de su estancia en la capillita.

Al verla salir, Napoleón Merivet, que hacía un instante se paseaba en su pequeño cercado de amapolas, lanzó una exclamación de alegría:

— ¡Vd. aquí, señora! ¿era V.?... Oí mover las sillas; pero jamás hubiera pensado.....

— En efecto, es un verdadero milagro; pero los milagros no deben asombrarle á V., añadió con franca sonrisa. Y después, mientras abría su sombrilla para evitar el ardiente sol del día, añadió:

— Sr. Merivet, tengo que pedirle un favor... He de ausentarme por algunos días, y siento en el alma dejar á Ricardo solo, sobre todo en las circunstancias crueles...

Bajo sus cejas, pobladas como bigotes, el viejo sonreía con aire de malicia.

— ¿Solo?... ¿Y la prima?

— La prima vuelve á Bretaña y yo me voy con ella.

— ¿V. á Bretaña? ¿Qué va á hacer allí?

— Aun no sé... Una inspiración que acabo de tener ahí dentro.

Sin preguntar más, el viejo le dijo con ademán expansivo:

— Ya sabía yo que V. es una buena, una excelente mujer y que sólo el maldito orgullo....

— Pero, Sr. Merivet, para mi hijo y para todo el mundo, yo voy á acompañar á Elisa y nada más. Si pensara lo contrario, Ricardo se formaría tal vez ilusiones prematuras.... quiero ver por mí misma, antes de nada.

— Su hijo no sabrá ni esperará sino lo que V. quiera. Durante su ausencia, lo vigilaré, como á las gentes de Granburgo; y si no fuere capaz de impedir las grandes tonterías, tengo aquí al buen Ceres que á la dulzura de San Francisco une sus puños de arcángel.... Respondo de su hijo.

— Gracias, contestó la madre conmovida. Iba á alejarse, cuando al ver el gesto que el anciano hacía para cerrar su iglesia, se detuvo diciéndole:

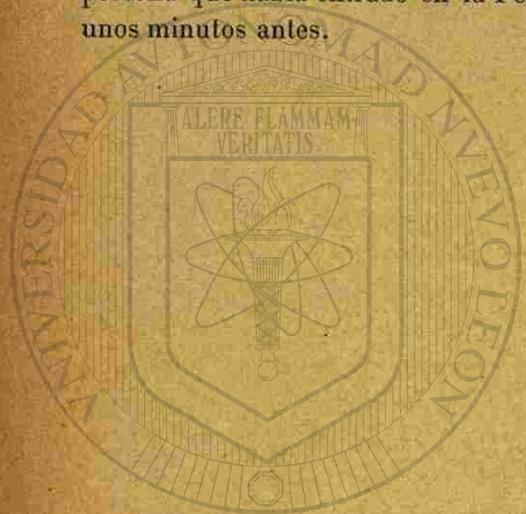
— No cierre V., hay todavía gente; una pobre que se ha dormido rezando.

El pequeño Napoleón alzó orgulloso la frente:

— Esta es la iglesia de todo el mundo. Apenas se abre la puerta, siempre hay alguna miseria que pasa y que entra para pedir asilo. No la despertemos, ya cerraré más tarde. ¿Había alguien más?

— Sí, uno que he dejado en un rincón y que

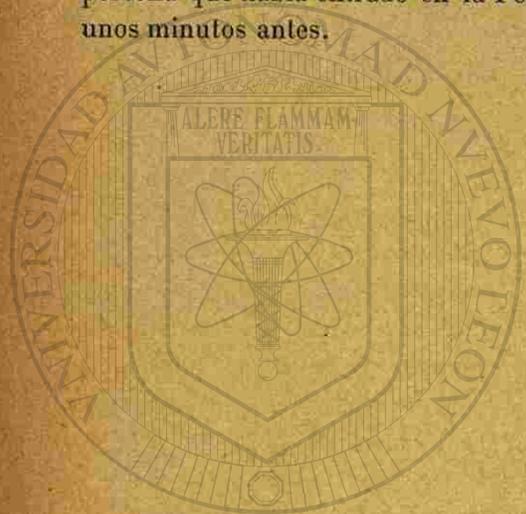
espero no volver á encontrar.... mi orgullo, mi maldito orgullo... replicó la Sra. de Fénigan sonriendo, sin parecerse ya en nada á la arrogante persona que había entrado en la Pequeña Capilla unos minutos antes.



IX

Después de larga correría á través de la Francia, un ansioso y poco directo viaje dirigido por el Sr. Alejandro, con estaciones, vueltas, precauciones variadas, disfraces novelescos, la condesa Lidia, ó sencillamente la condesa, acompañada por su guía y su doncella, varaba una noche de Setiembre en la fonda de la *Princesa de Lamballe* de Quiberón. Lo bajo del techo, lleno de mo-
ho y un mosquitero sofocante sobre una cama barco-
roída por la carcoma, le hicieron pasar una noche
pesada y sin sueño; después, al toque de maitines,
abrió su ventana sobre un cielo brumoso, y la pe-
queña plaza gris delante de la iglesia romana de
pórtico aplastado, la vista de los viejos bretones
que se saludaban en la bruma con gruñidos de
foca, le oprimieron el corazón, dándole como el
presentimiento de la innoble comedia que le repre-
sentaban.

espero no volver á encontrar.... mi orgullo, mi maldito orgullo... replicó la Sra. de Fénigan sonriendo, sin parecerse ya en nada á la arrogante persona que había entrado en la Pequeña Capilla unos minutos antes.



IX

Después de larga correría á través de la Francia, un ansioso y poco directo viaje dirigido por el Sr. Alejandro, con estaciones, vueltas, precauciones variadas, disfraces novelescos, la condesa Lidia, ó sencillamente la condesa, acompañada por su guía y su doncella, varaba una noche de Setiembre en la fonda de la *Princesa de Lamballe* de Quiberón. Lo bajo del techo, lleno de mo-
ho y un mosquitero sofocante sobre una cama barco-
roída por la carcoma, le hicieron pasar una noche
pesada y sin sueño; después, al toque de maitines,
abrió su ventana sobre un cielo brumoso, y la pe-
queña plaza gris delante de la iglesia romana de
pórtico aplastado, la vista de los viejos bretones
que se saludaban en la bruma con gruñidos de
foca, le oprimieron el corazón, dándole como el
presentimiento de la innoble comedia que le repre-
sentaban.

Esta siniestra impresión duró toda la mañana, hasta el regreso del Sr. Alejandro que había ido en busca de la familia Blanchard, su familia, cuyo recuerdo le había vuelto súbitamente un día en Monte-Carlo, después de cuarenta años de olvido, cuando buscaba un refugio para los enamorados perseguidos. A eso de las doce volvió muy contento. Todos los Blanchard de su infancia, grandes y pequeños, dormían en el cementerio arenoso de Quiberón, frente al Mar Salvaje, cuya ola llega directamente de las Azores en tres ondulaciones; todos los Blanchard, excepto un tío, capitán de altura siempre embarcado y su mujer, que vivía sola en una pequeña casita amarilla de la playa de Puerto-Haliguen.

« La tía Casa-Amarilla », bautizada de este modo por el Sr. Alejandro, consentía en alquilar su habitación completamente amueblada á la Sra. Condesa, haciéndole la comida, lo mismo que al Sr. Conde cuando viniera, y á prestar el carricoche que después del almuerzo vendría á buscar á la Sra., su criada y bagajes, todo esto por un precio moderado, sin contar la ventaja de hallarse en una posición á propósito para estar de vigía, y acechar la entrada en el puerto del *Azul-Blanco-Rojo* cuando entrara en el puerto con sus alas abiertas para ir á fondear junto á la casita.

El pueblo de Quiberón, situado en medio de la península, tiene dos puertos: uno, muy cercano, Puerto-María, que da al Mar Salvaje, y el otro, sobre el Morbihán (mar pequeña en lengua bretona), Puerto-Haliguen, que hay que ir á buscar á una legua, á través de un dédalo de callejuelas, paredes bajas, calcinadas por el aire salino, que sirven de cerca á granjas y huertos, verdaderas emboscadas de realistas y convencionales.

Cuando Lidia llegó á la tranquila localidad, que se extiende en una larga línea, sin fondo alguno, con su semáforo de mampostería blanca en la extremidad del rompeolas, sus muelles de factorías lejanas rodeados de casas bajas, de tabernas marinas, de tinglados y de depósitos, la niebla se había disipado, y con ella la lúgubre opresión de la mañana. Suave luz doraba el mar, marcando las líneas sinuosas del horizonte, Puerto-Navallo, San Gildas; y la calma de las olas contrastaba con el retumbar del Mar Salvaje sobre las rompientes, que se oía noche y día desde la otra parte de la península. Sola en la playa y á la entrada del puerto brillaba la casa amarilla, y más llamativo aun que el ocre de sus muros, era el tocado de alas anchas de la tía Blanchard, quien desde el alba limpiaba su piso y sus muebles de caoba, esperando á sus inquilinos.

Aquel alojamiento situado al nivel de las olas y muy cerca de ellas era el verdadero asilo que convenía á una aventurera nómada, pues en las paredes, en las chimeneas, en los muebles, no se veían sino conchas, corales, plantas marinas, monigotes de India y de China, que hablaban de viajes y de cielos exóticos; además, allí estaba el océano que amaba tanto, con ardores siempre repelidos, llegando á deshacerse en espuma debajo de las ventanas, reflejándose en los espejos, con las velas de sus barcas de pesca que entran y salen á horas regulares como enjambres de gaviotas blancas. ¡Pero qué soledad y cuántas privaciones para los gustos lujosos y vanos de la joven! El faro de la Teignouse, que se encendía cada noche en los tules lilas del crepúsculo, no reemplazaba la araña del comedor de Monte-Carlo, á la hora de la comida, cuando Lidia entraba dando el brazo al Sr. Conde. Análogamente, en aquel desierto de arena, de melancolía que la Historia engrandece y solemniza con los trágicos recuerdos de la emigración, las escasas familias de bañistas procedentes de Auray, de Vannes y que se divierten provincialmente al sol, no recordaban sino de manera muy borrosa á la condesa los admiradores suecos, húngaros, de la Rusia mayor y de la menor, agolpados en torno de sus trajes en los deliciosos jardines de la casa

de juego. Aquí, aquella extranjera solitaria y demasiado hermosa, repelía; antes de juzgarla y dirigirle la palabra, esperaban á ver al conde, que debía venir á buscarla en su yacht. ¿Cuándo? Nadie lo sabía. ¡Es tan incierto el navegar de los barcos de vela!

Al principio la joven no se aburrió demasiado. El país desconocido, la instalación, el miedo de ver surgir al temido esposo, y Alejandro, que venía á recibir órdenes cada mañana desde Quiberón, donde se alojaba, bastaron para distraerla. Ese antiguo lacayo, alto y estirado, llenaba de temor á la suplente de Rosa, cada vez que se presentaba en el terraplén de la casa amarilla, delante de la ventana donde cosía la nueva criada acompañando á la propietaria del local. Su rostro de diablo viejo, completamente afeitado y lleno de pecas bajo lindo sombrero de baños de mar, sus ojos de payaso de pupila giratoria llenaban de espanto el corazón de la doméstica.

— ¿Por lo menos, decía, tiene la señora confianza?... Por mi parte, cuando me mira al fondo de los ojos y me pregunta: « Agarita ¿ es V. discreta?... » sin añadir nunca una palabra más, tiemblo creyendo que voy á oír alguna confidencia abominable.

Pero su ama la tranquilizaba:

— Conozco á Alejandro desde mi infancia.

Y en efecto, desde que se hallaba recogida en el hospicio de Soisy, el lacayo era para ella uno de los personajes del camino de Corbeil, de ese fantástico panorama en que sus ojos de chiqueta se entretenían. El rastro de esas impresiones iniciales sigue siendo tan profundo en nosotros, que aun ahora tenía respeto al Sr. Alejandro. ¡ Ah, si hubiera podido registrar aquella cabecilla feroz de liberto, su corazón repleto de veneno y odio contra la hospiciaria, la pequeña mendiga que se había convertido en burguesa y señora! ¡ Si por lo menos hubiera caído en sus manos la carta en que el siniestro lacayo relataba á la duquesa su llegada á la alcoba de Monte-Carlo, diciendo: « ¡ El marido!... ¡ Escápanse ustedes! »

Para tener gusto en tan perversas combinaciones, era necesario un antiguo criado, la crueldad propia del negro lleno de rencor contra el destino, curtido por treinta años de servicios viles, de que se vengaba cruelmente en una señora, en una blanca. Pues el Sr. Alejandro no trabajaba sólo por dinero; no permanecía en Quiberón únicamente para arreglar las cuentas, sino también por la alegría de acechar á su víctima, de anunciarle el abandono, según decía con elegancia « de ponerlo en la mano ». Ese dichoso instante iba acer-

cándose por momentos. Sin embargo, cierto día tuvo una sorpresa desagradable, el temor de un desenlace imprevisto.

— Alejandro, mire V. allá por la parte del semáforo, le gritó Lidia desde el piso bajo de la casa amarilla, con las manos sobre los ojos á manera de viseras.... Si no se diría la vela de Carlejo....

Una risita silenciosa y sardónica llenó de arrugas la lampiña faz.

— Eso sí que me extrañaría, murmuró el antiguo lacayo, volviéndose por complacencia hacia el rompeolas y mirando pronto con inquietud al buque señalado, que se parecía extraordinariamente en el aspecto, arboladura y dimensiones al AZUL-BLANCO-ROJO. De seguro era extranjero, pues tenía á bordo el práctico, cuya lancha seguía á remolque; inglés probablemente, según decían algunos pescadores viejos, guardias de faros y aduaneros, únicos habitantes de Puerto-Haliguen á aquella hora del día, y que se habían adelantado hasta la punta de la casa amarilla para ver de más cerca la goleta. Á cada nueva bordada iba acentuándose el parecido; y hasta hubo un momento en que Lidia creyó reconocer en el puente inundado de sol y reflejos la estura robusta del buen Nuitt y su barba rubia en forma de collar.

— Es él..... de seguro que es, gruñía el Sr. Ale-

jandro anonadado, y más bajo, de modo que sólo su corbata lo oyera... « mal negocio »... ¿Á qué combinar nada serio con locos como el tal Carlejo? De seguro reaparecía su afición á la condesa... ¡Ah... cuidado si la perdida tenía suerte!... Y los amos ¿qué dirían en Granburgo? ¿Y lo que debía valerle la ruptura, el parto secreto, toda la pesca en agua turbia, cómo reemplazarlo? Al mismo tiempo que proyectaba nuevas combinaciones, el Sr. Alejandro iba hacia el semáforo, para ser el primero en saludar al joven príncipe; pronto se le reunió Lidia vestida con el traje y el sombrero que Carlos prefería, rosado y blanco bajo la doble acción del viento del mar y del sol, como un clavel silvestre, un clavel de la duna.

Casi al mismo tiempo, la goleta impulsada por una fuerte brisa terminaba su bordada á unos cuantos metros del rompeolas y dejaba ver su nombre escrito en la popa con letras grandes: *Anfitrite-Cardiff*. Era un barco de comercio, construido en el mismo astillero que el *Azul-Blanco-Rojo*; pero superior en cabida y sin ninguna de las comodidades de un barco de recreo.

— Ya me lo decía yo... llega demasiado pronto... mucho antes de lo posible...

Y el horrible Alejandro, espiondo el delicado rostro de la joven, se deleitaba en seguir los

estremecimientos nerviosos de su desencanto. Diez minutos después, la *Anfitrite* entraba en el pequeño puerto silencioso, que llenaba con su blanco y húmedo casco y con el rechinar de sus maniobras, unido á los gritos de una disputa entre el capitán y el práctico. Las voces resonaban contra las piedras del muelle; pero nadie sabía inglés en Puerto-Haliguen y la explicación no habría acabado nunca, si Lidia, recordando las lecciones de Sor Marta la irlandesa, no se hubiera ofrecido para servir de intérprete.

Hubiera sido un delicioso tema de cuadro aquella elegante parisiense, sentada en un rollo de cuerdas, desafiando el olor del alquitrán y teniendo delante al inglés, un gigante rubio y apoplético, que se disputaba con el pequeño práctico bretón, negro, de facha de mono, velludo, mientras los marineros, tirando de los cables, miran el desierto muelle, las casas, bajas y pocas, como aturdidos de verse allí. En efecto, en medio del ruido que las olas hacen contra las rocas, el práctico Madec había gritado « Puerto-María, » y el capitán había oído « Puerto-Lorient », embarcando á Madec, puesto que la *Anfitrite* iba á Lorient. Como el viento impedía la entrada del barco en Puerto-María, el práctico lo llevó al otro lado de la pequeña península, á la ensenada de Puerto-Ha-

liguen, que en nada se parece á la espaciosa y animada donde el inglés contaba penetrar. Por fortuna, la suave voz del intérprete, su lindo traje y sus ojos de zafiro pusieron rápidamente de acuerdo á todo el mundo; pero Lidia tuvo que defenderse después contra las generosidades del capitán que, muy impresionado por aquella aparición shakespeariana, ofreció sucesivamente á la deliciosa Miranda aparecida en la cubierta de su goleta un frasco de vino de Oporto viejo, un antejo marino, un paño indio, una macana de pieles rojas, unas babuchas de Java, un sable mandoble del Japón, y acabó por hacerle aceptar un pequeñísimo revólver americano, un *bull-dog* que el autoritario marino llevaba armado en el fondo de un bolsillo, como argumento decisivo contra los prácticos, los carabineros y demás funcionarios del mar.

Apenas había vuelto de esta emoción cuando tuvo que soportar el Sr. Alejandro otra todavía más fuerte. Leyendo un día su *Petit Journal* en el café de la fonda encontró la siguiente noticia:

En la noche del 27 al 28 de Setiembre, el yacht *Azul-Blanco-Rojo*, del príncipe de Olmutz, chocó con un torpedero español en aguas de las Baleares y se fué á pique. Únicamente el príncipe y el cocinero de abordo, recogidos por una barca mahonesa cargada de naranjas y destinada á Marsella, han regresado á Francia.

— ¿Qué iba á hacer en las Baleares? fué lo primero que Lidia dijo al saber la triste noticia, que le dieron sin la menor precaución... Ese no es el camino indicado de Mónaco á Quiberón.

— Ya sabe V., la vela... un golpe de *mistral* ó de tramontana..., argüía el vil lacayo con una burlona emoción de todas sus arrugas. Y en seguida se ofreció para ir á saber qué ocurría en Granburgo, donde de seguro estaría el joven príncipe falto de víveres. Por lo demás, estaba dispuesto á hacer cuanto quisiera la Señora condesa, á cuyas órdenes lo había sometido el hijo de sus amos. Con esto mil protestas, varios pliegues del espinazo, todas las astucias y atajos de la domesticidad, los gestos de su antigua profesión.

— Eso es, vaya V. á ver, contestó Lidia siempre confiada, pero más soñadora que nunca. En las tinieblas morales en que se agitan la mayor parte de los humanos, ciertos sucesos los iluminan bruscamente, dejando mostrarse hasta el fondo la negrura de los abismos. El naufragio del *Petit Journal* fué para la joven una de estas revelaciones. ¿Qué hubiera sido de ella en el caso de perecer Carlejo? Incapaz de una idea de lucro, la perspectiva de la miseria no la asustaba. ¿De dónde procedía, pues, el súbito terror con que la había helado aquella suposición de muerte? Sólo

de haberse sentido casi tan indiferente á la desaparición de su amante como á la de cualquier otro rostro apenas conocido. ¿Qué, no le amaba? Pues bien, no; hasta ahora dudaba; pero la prueba le parecía concluyente. Lo había seguido por vanidad, fastidio y cansancio, necesidad de nuevos horizontes y de imprevistas aventuras. Pero en lo más íntimo de sus caricias había algo que les impedía confundirse, que los separaba siempre, algo frío é impenetrable que lo envolvía como en una cota de mallas durísimas, poniéndolo al abrigo de las heridas que él hacía convirtiendo en desigual y cobarde el duelo sin testigos ni armas que se llama amor. Por dos ó tres veces había tenido miedo estando á su lado al contemplar ciertas sonrisas, recordando las palabras del padre, que resonaban en su memoria: «Es un monstruo... le digo á V. que es un monstruo.» Y la imagen desesperada del general, su mirada ardiente y valerosa tan distinta de la de Carlejo, acababan de empequeñecer en el corazón de la joven al amante por quien abandonara todo. ¡Ah, si pudieran hacerse dos veces las cosas! Cuando la vida se presentaba para ella sencilla y honrada por un enlace imprevisto con un hombre excelente; por qué haber echado por los caminos sospechosos, locamente, sin pasión,

sin alegría? ¿Y ahora, á dónde ir? ¿Cómo acabaría todo aquello?

En esto pensaba estremeciéndose, incierta, en la bruma de la noche que empezaba y el salpicar del agua contra las piedras del rompeolas. Algunas velas que entraban parecían fantasmas al agrandarlas la neblina. De pronto brilló una luz en la extremidad del muelle, la lámpara del semáforo. Al mismo tiempo, Lidia sintió en su seno una sacudida, un sobresalto al principio no explicado, pero que, al renovarse y comprenderlo la inundó de indecible alegría. El niño, su hijo, que olvidaba y que por primera vez daba señales de su existencia. Fué aquello un cambio mágico; la vida se le apareció con un faro protector; hasta el mismo padre se humanizó en su pensamiento y le pareció menos oscuro, menos distante. El puerto estaba lleno de cantos y gritos. Los ruidosos remos rodaban en las barcas, y á lo largo del muelle; por las puertas bajas de las casas, en que centelleaban llamaradas rojas á través de la bruma, se oía rechinar y chisporrotear la leña verde con las risotadas de los niñitos en torno del hogar.

Pasó una semana sin noticias. Lidia no se alarmaba, pensando que una vez en Granburgo el príncipe tendría dificultades para huir por se-

gunda vez. Los bañistas iban haciéndose cada vez más escasos en la playa y quedándose más y más sola la casita amarilla. No obstante la excepcional suavidad de la temperatura, sentíase en la ascensión de las nieblas, en los tonos de dorados viejos que tomaba la luz del día á ciertas horas, en los acentos quejumbrosos y prolongados de la brisa, en el frenético vuelo de las gaviotas, que tocaba el verano á su fin... Y al otro lado de la península, redoblaban los rugidos del Mar Salvaje, donde cada ola caía sobre las rocas con el estruendo de una batería.

— Si oyera V. eso el invierno, señora... parece que es terrible, decía á Lidia su doncella Agarita, que á fuerza de pasar el día cosiendo con la tía Blanchard estaba enterada de todas las cosas del país y temblaba ante la idea de pasar un invierno en aquellas soledades. Es lo que llaman el *Agujero del silbador*, una roca que silba y ronca detrás de Puerto-María, de manera que cuando llega noviembre el ruido que sale de ella impide á las gentes dormir... Por esta parte el mar no es tan feroz, pero los hombres se encargan de serlo en lugar suyo.

Y la lionesa contaba á su ama las batallas que se traban en Puerto-Haliguen entre los sardineros y los forbantes de Concarneau que van á pescar en

las mismas playas. Durante los cielos bajos del invierno, cargados de niebla y de interminables lluvias costeras, cuando las lámparas permanecen encendidas día y noche y el temporal impide la salida de las barcas, había que ver, en aquel pequeño puerto, doscientos, trescientos marinos gritando borrachos y lanzándose al asalto de las posadas Lebuez y Lequellec, que les negaban de beber y los repelían á garrotazos ó arrojándoles calderadas de agua hirviendo, después de lo cual ellos volvían su ira contra sí mismos y se pegaban y batían con tanta furia que desde el terrado de Lebuez caían al muelle repleto de inmundicias y desde el muelle al agua, por racimos, sin soltarse.

— Tranquilícese V.; antes de esos horrores estaremos ya lejos, contestaba Lidia que tenía afición á su criada, recogida en un muelle de Lyon, insignificante y tonta, pero que era el único rostro donde podía leer algo que no fuese desconfianza y antipatía. El Sr. Alejandro había dicho al oído antes de marcharse que su inquilina era una condesa de pega, y desde Puerto-Haliguen hasta Quiberón no quedó una piedra del camino que no recogiera la calumnia para pasarla aumentada y corregida á la piedra vecina. Tal era la razón de la malevolencia que la abandonada sentía surgir delante de ella, resonar bajo cada uno

de sus pasos. Su orgullo sufría, pero poco ahora que el hijo venía á ocupar cada vez más lugar en su existencia. Por lo demás, casi no salía. Un piano, olvidado en Ploermel por unos escoceses fantásticos y que mandó á buscar, la mantenía en casa, desde donde sembraba, según era el viento, sus notas armoniosas, ya hacia la playa, cada día más desierta y espaciosa.

En la gran extensión de arena donde cayeron los chuanes de Sombreuil, quedaban dos ó tres tiendas de bañistas, gente tenaz que esperaba la próxima llegada de la escuadra y sus ensayos de combates nocturnos. Para evitar las miradas de malicia y de envidia, las sonrisas de odio que cada noche descubría formando salpicaduras de lodo en su traje, Lidia no iba nunca hacia aquella parte. El rompeolas era su paseo favorito, sobre todo desde que no tenía que esperar el yacht ni que interrogar el horizonte con la esperanza siempre frustrada y tan irritante de ver aparecer una vela de goleta. Sin embargo, empezaba á parecerle extraño que Carlejo no hubiera escrito, ó por lo menos Alejandro. Por fin, una mañana, el primer domingo de Octubre, día de regatas y de fiesta en Quiberón le llegó una carta; pero no la que esperaba.

Por primera vez había podido Lidia aquel día

pasar una hora en el mar sin las horribles contracciones de estómago que le vedaban toda travesía; es verdad que el barco no se movía — el barco del práctico, que servía de meta en las regatas á vela — y que hacía además un tiempo de virgen, azul y [suave, el Morbihán sin un rizo, inmóvil y cuajado, que sólo parecía vivo á causa de la reverberación de un sol de verano extraviado en los comienzos del otoño.

— Venga V. conmigo, señora condesa, le dijo el práctico, que era su amigo desde el arbitraje de la *Anfirite*; le respondo de que estará mejor en mi bote para ver las regatas que si se encontrara en el estrado del sub-gobernador y del Sr. Comisario de Marina.

Por espacio de más de una hora esperaron, á lo largo de la inmensa bahía, muy lejos, perdidos, entre el cielo y el mar, en una atmósfera cristalina, una suavidad, un calor reflejado que mantenía á los seres mudos, en éxtasis, como si se cernieran en las alturas. Nunca se había sentido Lidia tan cerca del cielo. Oh, estrechar una mano querida en aquella paz divina, en aquella tregua arrullada por el mar.

— Pero no se ve nada, decía Agarita.

Lo más curioso es que, hallándose demasiado lejos de la orilla para distinguir su ligera línea de

sombra, la superficie luminosa y sonora del agua les llevaba por instantes, á bocanadas, todos los ruidos de la fiesta en el Puerto-Haliguen, de las campanas, de las músicas del país, de los tambores y charangas. No se veía nada y se oía todo. En la proa del bote dijo uno: « Parece venir del cielo. » Más de pronto resonó un cohete de aviso, seguido por el clamoreo de la multitud, donde sobresalía el timbre agudísimo de las voces de niño. Después... silencio..

— Ahí vienen, gritó el piloto poniéndose en pie. Llegaban en efecto los barcos de la regata formando largas filas, tocándose casi banda con banda los de la cabeza. ¿ Dónde tomaban el aire que hinchaba sus velas, tendía sus aparejos, hacía rechinar sus musculosas vergas, y daba á su empuje aquel poderoso aliento de fuelle de forja que se sentía correr delante de ellos? Sus grandes alas, blancas, rojizas, acababan apenas de surgir en el azul del cielo cuando ya estaban allí, dando la vuelta al barco del práctico que los saludaba con hurras, y acercándosele tanto que de un choque, su botolón saltó en mil pedazos y el buque meta dió un tumbo en medio de crujidos de cuerdas, chillidos de mujeres y maldiciones de marineros. En el instante de un relámpago vió Lidia virar y huir el Concarneau que había hecho

esto, buque fantasma de velamen oscuro, tripulado por una banda de forbantes pálidos como el aguardiente que los saturaba, con los ojos extrañados y el pelo chorreando sobre sus caras de ahogados. El Americano, que venía detrás, un yacht de recreo, color gris de plata y muy bonito, hizo dar un vuelco á su corazón, por el parecido del equipaje con los marineros tan correctos del buen Nuitt; y cuando el caballero que venía al timón, un neo-yorkino de anteojos, menos elegante que Carlejo sin duda, la saludó al virar, sus hermosos ojos de perla se humedecieron.

Ahí terminó para ella el placer de la regata. Forbantes y sardineros, pescadores de Noirmou-tiers y de la isla de Houat, aparecían, viraban y huían velozmente; la joven les miraba sin fijarse, como si hubieran sido una banda de gaviotas ó de golondrinas de rocas, pensando en el ausente, en el que la había hecho madre. Pues su amor, su triste simulacro de amor no era más que eso: el sentimiento de la responsabilidad, y las primeras ternuras maternas que se agitaban en su profundo origen. Al volver á su casita, nada pudo distraerla de tan dichoso pensamiento. Los muelles de Puerto-Haliguen, llenos de gente, las hermandades de los marineros, cómicas y solemnes, el comisario de marina cubierto con tan-

tos galones como un general peruano, sentado en una mesita delante de la posada Lequellec para distribuir las medallas de las regatas, y luego los certámenes de biniús, los instrumentos del país, las regatas á nado en el puerto, detrás de patos y cerdos, nada más quiso ver, y dejó que su criada saliera sola. Sin embargo, por la noche ésta pidió á la tía Blanchard una linterna grande de barco, muy útil en las callejuelas del pueblo, y logró que su señora saliera á ver los bailes.

Habíase levantado la brisa, muy viva bajo un cielo resplandeciente de estrellas; pero desde la entrada de la localidad se notaba un calor que daban los grupos de animales y de hombres á través de las calles estrechas y de piso cubierto con estiércol, y en la plaza de la aldea, que rodeaba un círculo de coches sin enganchar. Allí es donde bailaban, y sólo al sonido de las bocas, porque los biniús estaban demasiado borrachos, explicó á Lidia una cándida flor de lino perdida debajo de un gran tocado blanco. La multitud se agolpaba en torno de dos ó tres rondas, la más bonita de las cuales daba vueltas debajo de las ventanas de la *Princesa de Lamballe*. Un mozo de la fonda, que reconoció á Agarita, las hizo pasar, no sin dificultad, á la primera fila de los

espectadores y allí colocaron la gran linterna, en el doble círculo de quinqués y faroles que daba al baile como un escenario rojizo y humeante. La plaza estaba alumbrada con otras luces semejantes y también con las de los carros, carretas, charabanes, berlinas y diligencias, que habían transportado á los campos, caseríos y propiedades de las cercanías; todo esto constituía en la penumbra una especie de estrado circular y móvil en que gesticulaban las siluetas acumuladas.

J'aime bien les cotillons rouges,

J'aime mieux

Les cotillons bleus.

Cantadas por voces ásperas ó débiles, de pescadores, de sardineros, con el taconeo de los gruesos zapatos cayendo á compás, las rondas del país daban más y más vueltas, y de aquel torbellino mezclado de blanco y negro, de paño áspero y lana basta, de aquellas risas, de aquellos pechos salía una neblina pesada, que se confundía con el polvo del suelo y la humareda de las pipas y las luces. Á veces se desprendía un lienzo luminoso de la decoración y apagaba todo un rincón de la fiesta; era un carricoche, una diligencia que se iba, llevándose sus faroles y sus canciones,

cuyos ecos desaparecían en el cruce de las callejuelas:

Les cotillons rouges.

Les cotillons bleus,

Ce sont les bleus

..... Que j'aime le mieux.

Poco á poco volvía á quedarse la plaza casi negra. Las bandas, disminuídas, fundidas en una sola, no se dirigían más que por los faroles ya casi sin mecha y por las que se empezaba á entrever, como se oía el bramar del Mar Salvaje, que de pronto se acercaba. Este formaba los tonos bajos de una ronda feroz que las bocas todas entonaban, con compás precipitado.

Fendons le bois,

Le roi!

Chauffons le four,

L'amour!

Las pesadas faldas resonaban, las voces se agolpaban hasta perder aliento; en el oscuro ángulo de la plaza, el viento cantaba y giraba solo. « Volvamos » murmuró Lidia, sintiendo en el corazón la angustia singular que la había oprimido en la mañana de su llegada en una ventana de aquel mismo hotel. Agarita recogió la linterna

y se volvieron ambas por esos estrechos caminos de chuanes en que sombras vagabundas rozaban las paredes, en que pesadas borracheras caídas en los fosos se adormecían entre un hipo y un canto de ronda:

Chauffons le four,

L'amour!

Dormez la belle,

Il n'est point jour.

Los perros de los cercados ladraban á su paso, haciéndoles darse prisa y bajar la voz.

— Mire V., señora... esas luces, allá abajo, en el mar... entre las ramas de los árboles... diríase que es la escuadra.

¡Oh, la escuadra! Agarita soñaba con ella, y lo mismo todo Quiberón. El hotel *Lamballe* estaba lleno de viajeros, de gente de Puerto-Navallo, de Vannes, de Nantes y aun de París, que habían acudido á presenciar las maniobras. El mozo, amigo de Agarita, le había hablado de una señora parisiense, acompañada por su prima, pequeña regordeta bastante bonita.

— ¿No le ha dicho á V. cómo se llaman esas personas? preguntó Lidia, á quien inquietaba una extraña coincidencia. ¿No había creído reconocer, durante los bailes, una silueta de mujer apoyada

en el balcón de la fonda, con aire altanero, sin nada en la cabeza, el retrato vivo de su suegra? Pero Agarita ignoraba los nombres. Además, se explicaba tan mal la presencia de la Sra. de Fénigan en Quiberón. Evidentemente, era una de esas apariciones de ensueño despierto, como las que evoca el pensamiento fijo mucho tiempo en el mismo asunto. Todo el día se lo había pasado Lidia interrogando el pasado ¿qué había pues de extraordinario que éste le contestara con uno de sus fantasmas? Un poco de alucinación de la lionesa que á fuerza de oír hablar de la escuadra veía brillar sus fanales en todos los rincones del horizonte. Y sin embargo, una vez que llegaron á Puerto-Haliguen, con la sombría inmensidad del Océano ante sus ojos, no distinguieron más luz que la del semáforo, y más cerca, una que las esperaba en el piso bajo de la casa amarilla, la única habitación de la playa.

Debajo de esa lámpara, y donde se vierabien, una carta que Lidia abrió en seguida y que le explicó por fin la atroz agonía de sus primeras horas en esta comarca, el malestar extraño que acababa de atacarla aquella misma noche, como una advertencia de que su mala suerte había de herirla allí y no en otra parte. Oh, la intuición de la mujer, presciencia, sagacidad sutil al cabo de todos sus

nervios, ¿qué vale comparado con esto nuestra sagacidad de observación? Descifró vagamente la epístola del Sr. Alejandro. Era larga, estúpida, embustera de la cruz á la fecha, escrita con letra insignificante de lacayo que su mirada barría con espanto, reteniendo al paso algunas palabras: «... ha debido someterse.... hacer su voluntariado.... dragones.... dinero en casa del notario... que pasará al niño.» El resumen de la carta era: «Se acabó, la deja. Prepare V. la cuenta pues voy á presentarme á pagarla y le escribo de antemano para evitar toda discusión.»

Ya lo sabía que todo iba á terminar; y también había resuelto lo que haría al fin de ese callejón sin salida. Solamente ¿por qué tan pronto y de manera tan miserable?... Ni escribirle siquiera dos palabras, el adiós tembloroso de las cartas de ruptura... ¿Y confiar esta tarea á un criado!... Eso pasaba de infame. Poco á poco, un suceso se explicaba por otro en su espíritu, y descubrió la atroz farsa que le representaban desde Monte-Carlo, su partida al parecer trágica, su ridícula huída por toda Francia, y aquella maldad de llevarla tan lejos, de hacerla esperar tanto tiempo para escupirle al rostro la injuria. Oh, Carlos, eso era lo que significaba su indescifrable rostro y aquellos ojos de piedra glacial que tanto miedo le inspiraban. «Un

monstruo hermoso » como decía el padre, un monstruo incapaz de amar y que por instinto rechazaba toda intimidad y toda ternura. Acababa como debía acabar su innoble novela sin amor.... Y las gentes de Granburgo, ¿por quién la tomaban al hablarle de su notario? ¿Cómo, también el general!... ¡Oh! esto la ultrajaba más que el resto, la idea de que aquel valiente, aquel intrépido cuya pasión desesperada la había conmovido algunas veces podía creerla un alma de tráfico y de lucro. Ahora iban á ver el caso que hacía de su dinero y de lo demás.

« Transmisible al niño... » Sí, había el niño. En la firme resolución tomada por ella desde el primer día de no sobrevivir á su locura, no había previsto tal ironía, ocho años de esterilidad en el matrimonio para acabar en aquella maternidad carnal. Pero ¿cómo educaría á ese niño? Ni padre, ni nombre, ni siquiera el de una madre que nunca lo había tenido. La negra miseria y en las venas sangre de príncipe. ¿Qué sería de ese ser sin clase, abandonado? ¿No valía mil veces más llevárselo con ella á la muerte?

.... La muerte, sí; pero ¿cuál? Marcharse, evadirse de esta triste existencia, sin duda pero ¿por qué puerta? Allí estaba el mar, á dos pasos, al pie de las rocas. Abrir suavemente la ventana, saltar

por ella, dos pasos no más... la noche oscura y la lobreguez del agua la asustaban. Había que calzarse, que vestirse ó que salir desnuda... Ah, allí está... Su mirada, girando en torno del cuarto, acababa de descubrir el pequeño revólver del inglés brillando en la chimenea. Derecha delante del espejo, lo manejó un momento con mano diestra, pensando en multitud de seres y de cosas, con el desfile de la hora postrera en su mirar extraviado; y cuando abría los encajes de su camisa para apuntar á buen sitio, contúvola la idea de su belleza, casi un pesar de dañar aquellas carnes nacaradas sobre las cuales brillaba el oro de una pequeña medalla. Apenas tomó tiempo para decir una oración mental á Nuestra Señora de Fourvières y con el dedo en el disparador iba á tirar. Unos golpes dados contra el tabique de su cuarto y la voz de Agarita la detuvieron otra vez: « ¡Señora, señora!... Oh qué hermoso es... todas esas luces verdes, azules, amarillas, encarnadas, que bailan sobre el mar... ahí está... ahí está... es la escuadra... cuando yo se lo decía. »

Maquinalmente volvió la cabeza hacia la ventana cuyas vidrieras vibraron, sacudidas por violento cañoneo en que se perdió el ladrido corto y feroz del pequeño bull-dog. En el mismo momento de caer Lidia al suelo, una de las grandes luces

eléctricas que los barcos mandaban á la costa inundó el cuarto hasta el fondo con su azulado centelleo. La joven lo recibió en plena faz y pudo creer que era la eternidad que empezaba. Una vez vencida la angustia del primer paso, quizás pasan así las cosas cuando se muere.



X

DIARIO DEL PRÍNCIPE.

Entre dos batallas, desesperado como un vencido que va tomando la costumbre de serlo, puesto que nosotros somos siempre los zurrados, le escribo desde un antiguo molino, cuartel general de nuestro ejército. Créala, según le dije en mi última de Granburgo, haber escapado á la absurda prestación de las grandes maniobras, y estaba camino de esbozar una deliciosa intriga con dos pequeñas israelitas de las cercanías, dos hermanas, una que acaba de casarse y otra que está en vísperas de hacerlo; la cosa iba bien, con un solo anzuelo y la misma cereza para ambas, cuando un despacho de mi primo de Boutignan me obliga á ocupar de prisa mi puesto en el estado mayor. « Orden superior », me dijo mi imbécil de coronel guiñando el único ojo que conserva, y no he

eléctricas que los barcos mandaban á la costa inundó el cuarto hasta el fondo con su azulado centelleo. La joven lo recibió en plena faz y pudo creer que era la eternidad que empezaba. Una vez vencida la angustia del primer paso, quizás pasan así las cosas cuando se muere.



X

DIARIO DEL PRÍNCIPE.

Entre dos batallas, desesperado como un vencido que va tomando la costumbre de serlo, puesto que nosotros somos siempre los zurrados, le escribo desde un antiguo molino, cuartel general de nuestro ejército. Créala, según le dije en mi última de Granburgo, haber escapado á la absurda prestación de las grandes maniobras, y estaba camino de esbozar una deliciosa intriga con dos pequeñas israelitas de las cercanías, dos hermanas, una que acaba de casarse y otra que está en vísperas de hacerlo; la cosa iba bien, con un solo anzuelo y la misma cereza para ambas, cuando un despacho de mi primo de Boutignan me obliga á ocupar de prisa mi puesto en el estado mayor. « Orden superior », me dijo mi imbécil de coronel guiñando el único ojo que conserva, y no he

podido saber más por cuanto Boutignan, oficial cortesano, tiene un miedo horrible de comprometerse. Mi zahorí me advierte sin embargo que también ahora me ha jugado el general-duque mi padre alguna mala pasada. Tal vez le parecía que mi presencia en Granburgo difundía demasiada alegría y juventud en torno de su sillón de tullido. Ya sabe V. que después de acentuada mejoría ha bajado bruscamente algunos escalones. Los médicos atribuyen esta recrudescencia á una caída de caballo pero yo estaba presente, y le ví caer de la silla con otra congestión. Su enfermedad tiene según creo otra causa. Quería á la Sra de F... y tengo la seguridad de que conservaba la ligera esperanza de ponerle la mano encima. La noticia de su suicidio ha debido producirle impresión. Si, querido Valongo, la infeliz mujer, al saber que yo la plantaba, se ha disparado un tiro en el corazón ó muy cerca. Hace ocho días se estaba muriendo, pero de entonces acá estoy sin noticias. Mas, figúrese V. la sacudida que sufrió el Sr. Alejandro, encargado de ir á pagar los gastos de la ruptura, y encontrando para recibirle en la cabecera de aquella moribunda... ¿adivina V. quién?... La madre del marido, la propia suegra de la Sra de F... ¿Cómo fué esto? Dos mujeres que se odiaban. ¿Estaba también en la casa el marido?

Cuanto sé es que tiraron á la cara del Sr. Alejandro sus ofrecimientos pecuniarios, cosa que no podía desagradar á la duquesa; y mi padre me ha escrito, con motivo de este suicidio, una carta ataudesca y sentimental como un valse de 1845.

¿ Mi amor fatal á esta inocente? No lo creo. Se ha matado por despecho, fastidio, dificultad de saber cómo librarse de la insignificancia de la existencia. Con diez años más en el cuerpo también yo me creo capaz de hacer lo mismo por un pretexto menor, sobre todo si estos diez años se parecen á las cuantas semanas que acabo de pasar en el regimiento. No es que me canse el oficio; como secretario y primo del coronel, hijo de padre rico, príncipe por mí mismo, estoy dispensado de todo servicio y podría bostezar todo el día en mi cama, en el cuarto que he alquilado delante de la vista más hermosa de Melún. Pero Melún, pero el habitante... ¿ Qué hacer? ¿ adónde ir? ¿ con quién? Los oficiales que veo en la mesa, cuando mi primo de Boutignan me convida, tienen conversaciones de colegiales. La mayor parte de ellos no son otra cosa. Presos á los diez años en un patio de instituto ó en casa de los Jesuítas, no han salido de allí sino para entrar en otra prisión, Saint-Cyr ó Saumur, y desde allí pasar al cuartel que es cambiar apenas de cárcel. No saben nada

de la vida, se ríen de sus antiguos celadores, han conservado esas « bromas al coronel, » que eran las « bromas al profesor » de la infancia y de la bajeza. Aparte algunos ambiciosos, que trabajan y se cansan leyendo, pequeños Bonaparte sin estrella, que van camino del Eliseo ó del campamento de Satory, casi todos no piensan sino en abreviar el ejercicio, la instrucción, correr á París y divertirse. Como anécdotas, recuerdos de colegio ó de guarnición. Muy pocos son los que han hecho la guerra. Después de comer, algunos se cuentan con el bigote humeando, formidables aventuras, en que abundan los ¡ voto á sanes ! los ¡ y cuidado que caían ! ó los ¡ recibieron una !... ni siquiera una pulgada de sus capotes que no quedara acribillada, atravesada.... y le juro que sus cabalgaduras apenas podían tenerse en pie, como tampoco el otro animal que trotaba encima.... Después, prestando el oído, se entera uno de que no se trata de una batalla, sino de un enorme aguacero que los cogió el día de año nuevo ó un 14 de Julio, cuando estaban destinados á acompañar al presidente del Senado ó de la Cámara. No tienen más campañas y lo sienten. También yo, pues me pregunto si todos estos gentileshombres, excelentes para la escolta y las grandes paradas, están hechos para la guerra y la conducta que observarían en un

campo de batalla. ¡ Valientes, pardiez ! Todo francés que siente que lo miran es valiente. ¿ Pero determinados, capaces en el fuego de un acto espontáneo y lúcido ? Eso está por saber. Hay que haber estado frente á frente de la muerte para responder de su sangre fría contrariada por la hora y las circunstancias. Mi padre me contaba que un día, en Crimea, debiendo llevar á los cazadores de á pie una orden del general Bosquet, cuyo ayudante de campo era, en el momento de abandonar el abrigo muy cálido, muy seguro de los de la línea y de ponerse en camino bajo las descargas de metralla, sintió de pronto una gran pesadez en las piernas y no se levantó sino con mucho trabajo al ver las miradas agudas y burlonas de los compañeros, que empezaban á creer que tardaba demasiado. Estos cuantos minutos de pánico le parecían los más atroces de su vida. También me hablaba de uno de sus camaradas, comandante de cazadores de África, muy conocido en el ejército por el cólico abominable que le atacaba siempre que había de cargar. Llevaba encima un frasco de ajeno puro que absorbía de un golpe, y con esto iba siempre adelante, no pudiendo batirse sino horriblemente embriagado.

¡ Ah, esos tristes nervios que el peligro enreda, enloquece en unos, calma y desenreda en otros !

La noche en que mi pobre *Azul-Blanco-Rojo* naufragó estaba á bordo el doctor Engel, distinguido entomólogo, compañero de Emin-Bajá, que debía dejar en Mahón, cuya flora iba á estudiar. Este hombre, nómada, aventurero de la ciencia, que había visto de cerca cien veces la muerte, y en sus aspectos más siniestros, se volvió loco de miedo ante el agua que invadía la cubierta. Sollozaba, gritaba que no quería morir, se echaba en brazos de Nuitt, que acabó por mandarlo atar, tanto que el pobre diablo debió irse á pique amarrado. Y mientras un hombre del vigor intelectual de Engel daba muestras de semejante descomposición moral, mi camarero, de cuclillas en un rincón de la cubierta con su tetera y su lamparita de alcohol, no tenía sino una idea, al oír el ruido del agua ascendente, mientras reventaban los tabiques de separación del casco, hacerme una taza de té muy caliente antes de la zambullidura final. Por lo demás, fué el único que se salvó conmigo; pero le vi conservar hasta el fin una calma, una sangre fría extraordinarias, pero lo más naturalmente del mundo, mientras que á mí *me costaba trabajo*.

Uno de los pocos individuos que veo aquí es un teniente de la reserva, que ha obtenido el favor de permanecer en el regimiento y de hacer allí un período suplementario de instrucción. ; Cui-

dado que hay gustos! Éste se apasiona por el oficio de soldado, quiere servir, obedecer, gusta de la jerarquía y de la disciplina. Por lo demás es hijo de uno de nuestros guarda-bosques que los cazadores en vedado de Senart apellidan « el Indio ». Señalo á su filosofa de V. esta herencia de la servidumbre militar, á que ese alto y robusto muchacho, jefe de venta en un almacén de telas de seda, no ha podido escapar. V. conoce esos grandes apetitos de gente común, que le dan á uno hambre con sólo verles cortar un pedazo de pan, ó de coger de medio lado con la punta del cuchillo, un trozo de carne ó de queso cortado en cuadro; el teniente Saltacor me procura esta misma sensación. Me haría cobrar afición á la vida militar por el gusto que le inspira, por la alegría que le causan las ocupaciones más estúpidas. Tiene un alma de asistente y de zapador. Lloro leyendo versos de Déroulède y se entusiasma ante los botones de las levitas bien limpios. ; Sin el viejo Indio cuyo orgullo es, sin su mujer, que adora, con cuánto gusto dejaría las sedas para marcharse al Tonkín, al Senegal y ensayarse en las pieles negras ó amarillas mientras llega el gran día! Cuando el padre va dando el brazo á su hijo en traje de oficial de dragones, se pone ebrio de gozo; y cuando su mujercita, parisiense delga-

dilla, fea y tentadora como el pecado, viene á almorzar en Melún con su marido, el hombre tiene ojos que no podrían acercarse á un polvorín sin peligro. Compréndese que vacile en marcharse á Dakar. Por mi parte, después de un almuerzo que ofrecí á los jóvenes desposados á orillas del Marne, y del diálogo de mi bota con un piececito delicado y nervioso, poco salvaje por cierto, tengo el proyecto de ir con mayor frecuencia á dar vueltas por la Ermita, donde la mujer de mi teniente pasa parte del año cuidando sus bronquios delicados en las cercanías de los pinares. Mientras tanto procuro entusiasmar al marido, que tiene por mi nombre un respeto, una idolatría que da risa. Si algún día me encuentra en la cama de su mujer, tendrá un pesar mezclado de orgullo.

Fuera de ese tipo, con nadie tengo relaciones en el regimiento. He observado, filósofo mío, que un sastre muy gordo hace chalecos que se abren, que un pintor de retratos favorecido por larga nariz trata de colocársela á sus modelos. Probablemente por un fenómeno idéntico de subjetividad encuentro á todos mis camaradas de activa y de reserva, la misma fisonomía adormecida y tristonada, el verbo « morirse de fastidio » conjugado en todos los tiempos, en todos los modos, presente, futuro, activo y pasivo. ¿ Es consecuencia acaso

del servicio obligatorio? ¿ Ha perdido la juventud francesa por consecuencia de la uniformidad militar lo poco que aun conservaba de arranque y de iniciativa? Lo cierto es que en el regimiento n.º 50 de dragones no parecen divertirse ni pensar en nada. Saltacor es un necio; pero al menos cree en la vida, se agita y se mueve, sobre todo en esta época de grandes maniobras.

Está encargado de averiguar los movimientos del enemigo, y no duerme ni come, cansando á sus hombres y caballos. Hasta creo que á fuerza de vigilar y engañar al enemigo, ha trastornado los planes de nuestros generales, dos señorones tranquilos, que no gustan de levantarse temprano. En el estado mayor circula una caricatura que los representa vestidos de inválidos que juegan á los bolos y dan de bastonazos para que se marche á un perrazo que lleva escrito en el collar: « servicio de espionaje » y cuyas desordenadas cabriolas han trastornado todo el juego. La atribuyen á un soldado de mi escuadrón, un parisiense de origen polaco llamado Borski, alto, rubio, de labios finos y mirada oscura. Es voluntario de un año y con objeto de librarse de la limpieza ha hecho un excelente retrato del coronel á dos lápices, y empezando estaba el mío en un cuartito alto del molino, de ventanillos muy pequeños, lleno de

sacos de trigo, cuando vino un camarada á interrumpirnos : « Borski, de prisa, te llama el coronel, que está con dos señores de París.

— Estoy perdido... » exclamó en alta voz el desdichado palideciendo, y sorprendí la mirada que dirigió á los ventanillos demasiado pequeños para poder huir por ellos. Pensamos que se trataba de su caricatura del juego de bolos, pero mi primo me aseguró aquella misma tarde que el caso es más grave. Borski formaba parte de una banda, y dibujaba billetes falsos, con habilidad inimitable. Entre el Banco y él había uno de esos duelos encarnizados y misteriosos que se abstienen cuidadosamente de comunicar al público ; cada vez nuevas planchas, complicaciones de grabado é impresión, inmediatamente descubiertas é imitadas. De esta manera se procuraba Borski mucho dinero, necesario para satisfacer los caprichos de una linda muchacha. En el regimiento no se habla de otra cosa.....

Se me ha quedado en la memoria el brusco salto que puso á ese muchacho en pie y su mirada á los ventanillos. En ese gesto y en aquella mirada había mucha vida ; en un segundo quemó gran cantidad de combustible. ¡ Ah, Valongo, qué preciosa debe ser la existencia para un mozo de ese temple y qué valor deben tener para él las co-

sas más insignificantes ! Una carta que le llega, un golpe dado en su puerta, un transeunte que se dirige hacia él en la calle, la calle misma, la casa desde donde quizás le espían, la escalera por donde habrá que evadirse, todo es para él interesante y apasionador. Ni un momento de fastidio ; siempre despiertas todas las facultades y todos los sentidos. ¡ Qué bueno debía parecerle un vaso de buen vino y qué buena la noche de amor que quizás era la última ! Esto sin contar con el deseo frenético de abandono y abnegación que esos enemigos de la sociedad inspiran á la mujer. Veamos, querido amigo, ¿ no le parecerían á V. tentadores unos cuantos años en el pellejo de Borski ? Ya sé que es criminal : pero de un crimen casi ideal, sin armas, sin violencias, ni sucio ni feroz, un lindo trabajo con el buril seco, por la noche, á la luz de la lámpara, frente á una preciosa y elegante muchacha, que hace ligera y poética la tarea. ¡ Qué diferencia entre esa vida y la que V. y yo llevamos ! Espero, mi querido filósofo, la contestación á esa pregunta.

Me decía V. en su última carta que el autor de la terrible confesión de que las mujeres han de despreciar algo para amar completamente, es de otra mujer, Mad. de Longueville. De este modo se podría explicar la afición que algunas de ellas tienen

á hombres como Borski, lo mismo en lo más alto que en lo más bajo de la escala social. Oiga V. lo que contaba entre hombres y en Granburgo, un día del verano último, cierto ilustre compositor, miembro del Instituto : « Tenía yo veinte años. Una pobre muchacha que encontré en no sé que baile de Montmartre, me preguntaba por la mañana, al despertarse : « ¿ Qué oficio tienes ? » Y yo le hice creer que era peluquero. Bastaba mirarme, con mi larga melena, en aquel cuartucho del barrio latino, en que sólo había como muebles una cama de hierro y un piano, para comprender lo inverosímil de mi aserto ; pero era aquella la criatura más viciosa y más crédula, la inocente más corrompida que salió nunca de un baile de extramuros. El regalo de unos frasquitos de olor, tarros de pomada y jabones finos, que creyó robados á mi maestro, acabaron de convencerla. Lo pobre de mi condición la puso en confianza ; venía á verme con frecuencia, y en esas visitas me entretenía en hacerle las confidencias más singulares y terribles. Díjele que vivía de actos infames, siendo ladrón, chulo y más aún, pues le afirmé que en el barrio me llamaban « la hermosa Cesarina ». La broma podía costarme cara, pero mi inexperiencia no vió en esto sino los aires asustados de aquella linda perdidilla, la embriaguez glo-

tona con que se arrojaba sobre mi boca después de tan horribles confesiones, considérandolas arrancadas por el amor, y á su vez me hacía otras, algo menos abominables, pero con todo muy subidas de color, y además me daba tiernos y maternales consejos : « Ten cuidado, niño, no te dejes coger... » Su amor se componía de piedad protectora, indulgente. Consolábame y calmaba mis remordimientos, pues á veces los tenía á fuer de joven. Entonces la pobre chica me cogía la cabeza con sus dos manos, cubría de besos mis ojos, y con la tibia seda de su cabellera suelta ó agitada de sentimiento y de ideal, trataba de sacarme del fango materialista donde me revolcaba frenético en aquellas confidencias nocturnas. « Sin embargo, mi niño, exclamaba, algunas veces piensas que tienes un alma, ¿ no es cierto ? » No es posible imaginarse en qué momentos y en qué traje solía predicarme su doctrina idealista. » Tal fué la singular novela de nuestro académico, que duró tres ó cuatro meses ; y ese hombre, que ha inspirado pasiones insensatas, como sólo las hay en la música, afirmaba no haberse sentido nunca amado con igual ardor, y no haber penetrado nunca tan profundamente en el corazón femenino como durante aquellos pocos meses. La infeliz le contaba sus pensamientos más íntimos, los secre-

tos de su inmundo oficio, sus desastres, sus gangas, actos nauseabundos, y por encima de todo su miedo á la policía y de la matrícula. Él continuaba representando su papel de criminal infame, sin saber en ocasiones cómo negarse á aceptar el dinero que la muchacha le ofrecía para impedirle dar « algún golpe demasiado feo ». Al fin desapareció repentinamente, no contestó á ninguna carta y huyó de la posada donde vivía. ¿ Había comprendido acaso que se burlaba de ella ó tuvo miedo de verse comprometida y de que la prendieran al mismo tiempo que á él? Importa poco saberlo... Lo que me interesa sobre todo es Borski; su existencia me da envidia, cuando la comparo con la mía, insignificante y descolorida.... ¡ Vivir, oh vivir!

Yendo en el tren el otro día con los ventanillos cerrados, me entretuve en mirar un insecto, un mosquito que quería evadirse y que, sintiendo el invencible obstáculo, se arrojaba una y otra vez furioso contra el vidrio: y lo hacía con todo su euerpecito, tieso, resuelto, vibrante, á cabezadas, con el aguijón tendido, y esto durante dos horas de camino, hasta Melún. Y yo admiraba á aquel efímero frenético, que teniendo tan cortos instantes de vida, los pasaba en rebelión contra su cárcel, contra la sofocación incolora en un wagón de

primera clase... ¿ Y nosotros, cómo saldremos de él, Valongo? ¿ Cómo libramos de nuestra vida burguesa? ¿ Por medio de un crimen, como Borski, ó por una locura, como la Sra de F... en Quiberón? Estoy seguro de que escaparé á esta vida; pero ¿ cuándo y cómo? ¡ Ah, si fueran verdad los sueños...! Oiga V. la pesadilla que me atormentó la noche última. Estábamos frente al molino, en un cercado de remolachas; los soldados de ingenieros, abriendo un foso de circunvalación, desenterraron un libro enorme, cuyo corte rojo estaba corroído por el moho, lleno de gusanillos blancos y hormigas, y cogiéndolo entre dos, nos lo traían á la mesa donde acababa de comer el estado mayor. Llamábase el volumen « Guía del mundo » y contenía en texto elzeviriano muy compacto la biografía de todos los habitantes presentes del globo, con sus nombres, apellidos y los principales rasgos de su vida desde el primer día hasta el último.

« Primero yo, señores... con permiso de ustedes » decía el coronel, alejándonos con un gesto, y mientras unos veinte estábamos impacientes en torno suyo, ojeaba el enorme libro, muy tranquilo y guiñando su único ojo; pero en vez de correr á su inicial, á su nombre, buscaba los nuestros como si temiera conocer su propio destino. Todos die-

ron después de él la misma prueba de debilidad, no atreviéndose á encontrarse con su página biográfica. Siendo el último de todos, como simple dragón, acabé por decirles con impaciencia : « Ea, señores, busquen en Olmutz... ¿ Á qué edad y cómo moriré? » ; Cómo latía mi corazón al ir pasando las hojas! Al fin el coronel empezó á leer con su voz de mando : « Carlos Alejo de Auvèrnia, príncipe de Olmutz... » y después calló, mientras todos se ponían muy pálidos y salían del salón uno á uno, sin mirarme, dejándome solo con el libro sobre la mesa. Lleno de curiosidad, lo abrí en mi nombre y empecé á leer. Pero las palabras se mezclaban, se enredaban, de manera indescifrable; era una cosa atroz aquella confusión de las líneas y de los rasgos de mi destino, donde todo estaba escrito sin que nada fuera lisible...

Tocan á botasillas, Valongo ; el enemigo se se acerca, y no se le esperaba hasta pasado mañana. Ahí debe haber una borricada del teniente Saltacor. Hasta muy pronto, filósofo.

CARLEJO.

XI

Cinco semanas después de marcharse la Sra. de Fénigan con la prima Elisa, un pequeño ómnibus del camino de hierro, que llegaba de Soisy por la cornisa enteramente blanca y envuelta en una bruma matutina de Noviembre, se paró delante de la quinta de Uzelles. La campana de la verja sonó dos veces, pareciendo atenuar sus vibraciones la niebla : únicamente al segundo llamamiento salieron Rosa Chuchín, su anciano padre y el cochero, que estaban saboreando en el cuarto del jardinero una taza de untuoso café con leche no falsificada, rebosando nata, y con manteca fresca ; en ese mismo momento bajaba del coche la madre de Ricardo, sola, arropada y soñolienta, como después de una noche de largo viaje :

— Rosa, mi cama, estoy muerta de cansancio... dijo el ama al cruzar el patio, sin fijarse en la in-

ron después de él la misma prueba de debilidad, no atreviéndose á encontrarse con su página biográfica. Siendo el último de todos, como simple dragón, acabé por decirles con impaciencia : « Ea, señores, busquen en Olmutz... ¿ Á qué edad y cómo moriré? » ; Cómo latía mi corazón al ir pasando las hojas! Al fin el coronel empezó á leer con su voz de mando : « Carlos Alejo de Auvèrnia, príncipe de Olmutz... » y después calló, mientras todos se ponían muy pálidos y salían del salón uno á uno, sin mirarme, dejándome solo con el libro sobre la mesa. Lleno de curiosidad, lo abrí en mi nombre y empecé á leer. Pero las palabras se mezclaban, se enredaban, de manera indescifrable; era una cosa atroz aquella confusión de las líneas y de los rasgos de mi destino, donde todo estaba escrito sin que nada fuera lisible...

Tocan á botasillas, Valongo ; el enemigo se se acerca, y no se le esperaba hasta pasado mañana. Ahí debe haber una borricada del teniente Saltacor. Hasta muy pronto, filósofo.

CARLEJO.

XI

Cinco semanas después de marcharse la Sra. de Fénigan con la prima Elisa, un pequeño ómnibus del camino de hierro, que llegaba de Soisy por la cornisa enteramente blanca y envuelta en una bruma matutina de Noviembre, se paró delante de la quinta de Uzelles. La campana de la verja sonó dos veces, pareciendo atenuar sus vibraciones la niebla : únicamente al segundo llamamiento salieron Rosa Chuchín, su anciano padre y el cochero, que estaban saboreando en el cuarto del jardinero una taza de untuoso café con leche no falsificada, rebosando nata, y con manteca fresca ; en ese mismo momento bajaba del coche la madre de Ricardo, sola, arropada y soñolienta, como después de una noche de largo viaje :

— Rosa, mi cama, estoy muerta de cansancio... dijo el ama al cruzar el patio, sin fijarse en la in-

quietud de sus servidores ni en las tazas alineadas y humeantes en la mesa del jardinero. Necesitábase que estuviera realmente muerta. Sin embargo, la suave temperatura de su cuarto y el volver á sus costumbres ordinarias devolvieron á la buena señora bastante fuerza y vigor para dirigir varias preguntas á la criada:

— ¿Y D. Ricardo?

— Está durmiendo... ¿quiere la señora que vaya á llamarle?

— No; lo único que deseo saber es si no ha modificado en nada su modo de vivir.

— En nada... No sale; se le sirve la comida en la *isba*, donde pasa sus días escribiendo cartas y tirando á la pistola, siempre tarareando según su costumbre.... Á veces algún paseo con el Sr. Merivet en el jardín y eso es todo.

— El abate Ceres ha debido venir con frecuencia.

— No señora. Poco después de marcharse la señora tuvo una cuestión con el Sr. cura relativamente á los Lucriot y lo llamaron al obispado de Versalles. Desde entonces no ha vuelto.

— Pobre Sr. Ceres,... suspiró la madre con acento de suave angustia, á que se mezclaba la sensación deliciosa de extender sus miembros entre sábanas perfumadas, calientes, y en una cama que conocía. Rosa no volvía en sí al obser-

var la indulgencia de su ama con el vicario de los indigentes y vagabundos.

— ¿De modo que Ricardo no ha salido ni aun en domingo para ir hasta la Pequeña Capilla y dar ese gusto á su anciano amigo?

— Pero, señora, la Pequeña Capilla está cerrada... Desde que se marchó el abate Ceres, el Sr. Merivet no ha consentido que ningún otro cura diga la misa en su iglesia.

— ¡Qué cosa tan singular! murmuraba la anciana señora, cuyo beato rostro contrastaba con el supuesto estupor que le causaban estas noticias. La verdad es que estaba al corriente por las cartas del pequeño Napoleón, y ahora se limitaba á comprobar los hechos.

— Dime Rosa ¿mi hijo no te ha preguntado nunca donde estaba yo?

— Nunca... D. Ricardo sabía lo que la señora nos dijo á todos, que iba á descansar en casa de D^a Elisa, á orillas del mar.

Rosa mentía sin reparo, con sus dos astucias superpuestas de campesina y de criada. Estaba enterada por el Sr. Alejandro del suicidio frustrado de su antigua ama y la presencia en Quiberón de la suegra, que se extrañaba de ver regresar sola, pues su regreso indicaba la curación de Lidia. También sabía las angustias que pasaban en Gran-

burgo, los esfuerzos para interceptar los desafíos continuos de Ricardo; hasta hubiera podido informar á la madre del minucioso espionaje á que Alejandro sometía la correspondencia de su hijo, por orden de la duquesa. Pero hacía un instante ya que la buena señora parecía cansada, distraída, oyendo apenas las noticias que más la apasionaban por costumbre, como las pillerías de los lirones y de su jardinero Clemente. Después de haber tomado una taza de leche caliente, que no se parecía á la excelente que estaban bebiendo los criados un momento antes, despidió á Rosa Chuchín, prefiriendo á sus movimientos continuos y su charla la alegría de sentirse sola en aquel cuarto lleno de recuerdos, meciéndose en la melancolía de los ruidos de otoño que pasaban por el nebuloso camino. « Pielas de conejo... trapos... pedazos de hierro... » Hacía más de treinta años que oía la misma voz de mujer, velada y suave, pasear esta matutina melopea, aunque sólo en los meses fríos, pues la ropavejera campesina se ocupaba durante la primavera y el estío en los trabajos campestres. Y en su somnolencia, aquella voz que se alejaba, mezclada con diversas y muy antiguas épocas de su vida, parecía arrastrar haces de recuerdos y de horas muertas. « Trapos... hierro viejo que vender... »

Dos golpes rápidos y conocidos, que sonaron en la puerta, hicieron dar un vuelco á su corazón y abrirse pestañeando los ojos.

—¿ Eres tú, Ricardo? Entra.

Madre é hijo se habían separado fríamente, sin un beso, sin una palabra. Y en cinco semanas de ausencia, ni una carta. Aun ahora, al ver aquel rostro duro y frío, aquellos ojos iracundos que se apartaban de ella, la madre comprendió que el enfado duraba; pero en vez de entristecerse, sonreía, y cogiéndole de la mano á pesar de su resistencia, lo hizo sentar en la orilla de la cama pues tenía mucho, mucho que decirle.

— Más tarde, madre, más tarde... estás muy cansada.

— No... Ya que estás aquí, prefiero que sepas todo inmediatamente. No te vayas y escucha... »

Suavemente, con gran sencillez, empezó la historia de su viaje á Quiberón, diciendo cómo había tenido aquella idea, después de la espantosa disputa, convencida al fin de que los reproches de su hijo tenían fundamento y de que había tenido, lo mismo con Lidia que con los demás, escasez de indulgencia, de ternura, y resuelta á reparar en lo posible el daño que había causado. Después, su llegada á la pequeña localidad, no lejos de Lorient, donde se ocultaba la joven, algu-

nos días de espera y de vigilancia, y al fin, enternecida por aquella existencia solitaria y digna, por aquel abandono soportado con entereza, fué un día á llamar á la puerta de Lidia; refirió su estupor al encontrarse con la joven moribunda, en las manos inexpertas de un médico rural, cuyos bisturios cortaban temblorosos aquel pecho blanco y rosado para sacar de él una bala de revólver.

Ricardo oía, inmóvil, con la cabeza baja y sin mirar á su madre, para ocultarle sus impresiones, de que ella se daba cuenta sin embargo por la mano que tenía cogida, por aquella mano al principio rebelde y que poco á poco fué soltándose, humanizándose, acabando al fin por abandonarse, por ser de nuevo, como en la infancia, la mano confiada y tierna del niño que pide protección á su madre: « Llévame y no me sueltes. »

... Entregada á aquel oscuro veterinario, Lidia no hubiera sobrevivido de no estar allí afortunadamente la escuadra, y con la escuadra sus cirujanos, hielo, algodones fénicos, todos los antisépticos salvadores, liberalmente puestos al servicio de la herida, gracias á Elisa, que era amiga de todos los oficiales del cuerpo. ¡ Sí, Elisa, la buena muchacha, á quien jamás hubiera creído capaz de caridad continua, de abnegación y discreción: Elisa, que pasó los días y las noches en la caba-

cera de su rival, de su enemiga, para ocultarse cuando Lidia empezó á renacer y á conocer la gente. Y cuando salía apenas de las fantasmáticas apariciones de la calentura, el primer rostro real y vivo que encontró junto á su cama fué el más odiado, el que merecía su rencor y al cual atribuía sus faltas, su suegra. Había sido preciso ir calmando poco á poco aquella alma ulcerada, aún bajo la impresión del último golpe, tan feroz, y luchando contra la ternura y los cuidados que á ella iban. « No, déjeme V., soy indigna..., ni V. ni su hijo olvidarán jamás. Y luego, si ustedes me perdonan, yo no me perdonaré.... Quiero morir... ¿ Con que derecho me impide V. que muera, perversa mujer? » Buscaba á propósito palabras ofensivas, recuerdos trágicos, cenizas que aun ardían sobre sus propias heridas. Por fortuna ya no hablaba á una suegra, sino á una verdadera madre, corazón paciente y sin orgullo ninguno, y que tenía un pensamiento fijo: « Es preciso reparar el daño que he causado. »

¡ Oh, como temblaba ahora la mano de Ricardo, cuán suavemente oprimía la de su madre !...

... De día en día, á fuerza de dulzura y de paciencia, Lidia, tomaba gusto á la vida y se dejaba cuidar, si bien había aun reflejos sombríos en el fondo de sus ojos y seguía llamando « señora »,

á la que siempre la nombraba « hija mía ». Rebelábase sobre todo contra la humillante idea del perdón; y para que terminaran sus resistencias fué preciso el regreso del Sr. Alejandro, encargado por la gente de Granburgo de pagar « los gastos de ruptura ». La enferma oía desde su cuarto el acento altanero, insolente é irritado con que la Sra. de Fénigan despedía al siniestro emisario, encargándole de devolver su dinero á la duquesa. « Pues por rica y avara que sea, nunca tendría bastante de ese innoble dinero para reparar las locuras y los crímenes de su hijo. »

Cuando su suegra volvió al cuarto, Lidia, conmovida al verse protegida y vengada, se echó llorando en sus brazos diciéndole « gracias, madre mía ». Esta palabra de madre que se resolvió por fin á pronunciar, terminó la reconciliación. Todo fué ahora cuestión de tiempo, de atenciones, pues cada día aumentaba la ternura de la Sra. de Fénigan, al convencerse de que la falta de Lidia tenía su origen en el deseo de independencia, en el enloquecimiento de una naturaleza creada para el aire libre y el espacio y que se cree prisionera. Un corazón tan recto, tan afectuoso como el suyo, no podía conservar más que odioso recuerdo de un muchacho tan cruel y frío como Carlejo. Por esta parte no había que temer la recaída, ni

pesar ni reincidencia posible; pero la idea de volver á la vida normal, al hogar, consternaba á la joven. Volver á encontrarse con Ricardo, cuando había sido tan mala para él... ¿Podría olvidar? Su suegra trataba de calmarla: « Tranquilízate, pues te quiere y te compadece, sin haber dejado de amarte un solo día. » Lidia movía la cabeza: « ¿Si estaba V. tan segura de ello por qué le ocultó que venía á buscarme? » Nada hay tan contagioso como el miedo; al ver la timidez de su nuera, la señora dudaba también, y estando ya la enferma bastante bien para quedarse sola, se había resuelto á volver, para decir á su hijo: « Esto he hecho; he dado á tu mujer esperanzas de que podrían todavía ustedes vivir juntos y ser felices. ¿Qué me contestas? »

... Hubo en el cuarto un silencio de muerte. El rostro de Ricardo, siempre invisible, y su mano siempre agarrada, ardiente y temblorosa, á la de su madre. Otra vez la Sra. de Fénigan repitió muy quedo:

— ¿No dices nada? ¿He hecho bien?

Ricardo se arrodilló delante de la cama, sollozando y sin contestar.

Aunque esperaba esta explosión de gratitud, la madre se puso radiante de alegría, considerándose bien recompensada. Pero una cosa la sorprendía y mientras pasaba sus dedos por entre el pelo

corto y poblado de su hijo, se preguntaba : « ¿ Por qué no me pide en seguida que le traiga su mujer? » Sentía una vacilación, que no tardó en comprender cuando Ricardo le preguntó, alzando apenas la mirada :

— ¿ Y el niño?

— No hay ninguno.

— ¿ Ha muerto?

— No vivió.

De un salto se puso en pie y estrechó contra su corazón á su madre.

— ¡ Cuánto bien me has hecho ! Si supieras... ese niño... yo que había deseado uno !... Nunca hubiera sido posible una reconciliación con ese recuerdo perenne entre nosotros. Por esto no he tratado ni un solo momento de saber dónde estaba, á pesar de mi loco deseo de verla... Oh, pensaba en esa criatura más que en ella....

Y refirió á su madre que durante su ausencia, oyó una mañana al amanecer unos terribles aullidos, como de un animal degollado, que lo despertaron y le hicieron precipitarse á la ventana. Salían de la granja inmediata, que sin embargo estaba muy tranquila, despertándose según costumbre en medio del cantar de los gallos, el graznar de los patos en sus corrales y los apagados bramidos de los bueyes en el establo. Pronto, en

medio de aquel doloroso quejido que le daba tanta pena oír, inmenso clamoreo que por instantes llenaba el espacio, otro gemido suave y débil, le hizo adivinar un grito humano, un grito de mujer, y comprendió que estaba pariendo la labradora su vecina. Era grande aquella llegada de una nueva criatura en la rosada bruma del naciente día, aquel lamento de mujer que alumbra, mezclado con los ruidos del corral, con los rumores matutinos de la naturaleza, y que se convertía en grito de animal, menos tal vez, en el esfuerzo de una rueda que trabaja en misteriosa maquinaria. De repente pensó que tal vez su pobre Lidia pasaba á aquella hora por los mismos tormentos y le acometió terrible desesperación. « ¡ Si me hubieras visto llorando en la ventana !... Debía estar ridículo... Pero se acabaron las lágrimas. Y gracias á ti, madre adorada, va á volver mi esposa y podré verla. Me extraña que no la hayas traído. ¿ Por qué? »

— Estaba todavía muy débil.

La madre sentía cierto embarazo, pues no sabía mentir. Su hijo continuó : « Debe ser tan lúgubre, ese pequeño Puerto Haliguen en los comienzos del invierno. Si volviera á tener ideas de suicidio.

— Pero necesitaba volver, mal chico, pues me escribían que sigues pensando en ese desafío, que

en Granburgo pasan la vida acechando tus cartas.

Y estrechándolo en sus brazos con infinita ternura, la madre, que se daba cuenta de su poder en aquella hora, añadió estas palabras suplicantes.

— ¿Cómo es que mi Ricardo, tan leal y tan bueno, no se compadece de ese padre, de ese soldado herido en plena gloria y que recibe en su sillón de tullido todos los ultrajes, todas las ofensas que mandas á su hijo? ¿Puede idearse ruina más completa? Tener que abdicar su papel de jefe de familia, de defensor, verse reducido á las mezquindades, á las habilidades de la mujer que vigila los correos y compra los carteros... ¡Qué infeliz! está muriéndose de no poder batirse y morir por su hijo... ¡No te desarma tanto infortunio!»

Ricardo se apartó de los brazos de su madre y empezó á dar paseos por el cuarto: « Si, exclamaba, ya lo sé, nuestro anciano amigo ha venido á repetirme cien veces esto mismo; pero te diré como á él que esas gentes me han hecho demasiado daño para que pueda tenerles lástima. Todos, el hijo, el padre... ¡ah! cuánto he sufrido...

— Has sufrido sobre todo en tu orgullo. Pero una madre que teme que le maten á su hijo...

— Esos son cuentos del viejo Merivet, replicó suavemente Ricardo... ¿Á quién crees que debo este orgullo que me reprochas?

— ¿Á tu madre, verdad? Pues bien... haz como ella y piérdelo.

— ¿De qué modo?

— Muy sencillo. Entré en la Pequeña Capilla. No te rías... el efecto fué milagroso... Al salir de allí era otra mujer, con una manera de ver y de sentir completamente distinta. ¿Por qué? lo ignoro.

Ricardo contestó en tono ligero, aunque en el fondo estaba más conmovido de lo que quería parecer: « La desgracia es que la capilla está cerrada desde hace un mes. » Ella entonces, sin dejar de mirarlo, añadió: « En efecto, supe esta atroz aventura. ¡Cuán injustos han sido con ese digno sacerdote! Y me alegré mucho al enterarme de que habías intervenido en su favor, yendo á ver al obispo.

— ¿De veras? ¿Pero dices la verdad?»

Su bondadoso rostro resplandecía estupefacto. Sabiendo que su madre era amiga del cura de Draveil, temía que le desagradara su visita al obispo. Pero la calumnia era demasiado infame. Decir que acusaban al abate Ceres de tener por querida á la hija menor de Lueriot cuando la recogió con sus dos hermanas y su madre, mientras su padre estaba en la cárcel... « ¿Te estremeces de indignación? preguntó á su madre. Sí,

esa chicuela sin edad, casi sin sexo, torcida, escrofulosa, epiléptica, he ahí la tentación á que no había podido resistir, según sus detractores, aquel hombre admirable, aquel santo. La única prueba era la residencia bajo el mismo techo durante varias semanas... ¡ Y cuando pienso que esta odiosa campaña ha sido organizada por ese cura mundano y elegantón, ese parásito de las mesas ricas donde hacía convidar á su ama de llaves!... »

La Sra. de Fénigan, que tal vez tenía que reprocharse algunas de estas invitaciones, interrumpió vivamente á su hijo :

— ¿ Y qué te contestó monseñor ?

— Una pastoral de varias páginas, con citas de Tertuliano... El Sr. Cura es un pastor venerable, el Sr. Vicario un niño grande muy bueno... Mientras tanto, nuestro pobre amigo hace una penitencia de tres meses en el convento de trapenses de Aiguebelle, mientras el Sr. Cura lleva de quinta en quinta, una solicitud para que quiten de aquí á ese sacerdote que sólo ama y sólo trata á los mendigos y vagabundos. Sólo falta tu firma, para lo cual espera el cura tu regreso.

— ¡ Que venga y verás como lo recibo !

— ¿ No firmarás ? preguntó Ricardo con transporte... Pues bien, yo te prometo que si esos

canallas de enfrente me dejan en paz, no volveré á ocuparme de ellos.

— Te dejarán en paz, puedes estar seguro de ello. Ahora, dame tu cabeza, para acariciarte una vez más y vete pues tengo que descansar.

— Es que quisiera... Lidia no puede estar sola en Bretaña... comprendes...

Y la madre, sonriendo, añadió :

— Sí, sí... comprendo... hablaremos de eso en la comida. Tengo necesidad de un día de descanso. Vete, hijo mío.

Ricardo consideró insoportable permanecer encerrado en el estudio hasta la tarde, y por primera vez desde hacía mucho tiempo, salió resuelto á no volver en todo el día, y lo hizo por la verja que daba al bosque, por aquella verja testigo de la fuga de Lidia. Sin embargo, entonces ya no estaba hermoso el bosque, pues los grandes vientos y las lluvias del equinoccio lo despojaban de sus últimas hojas, cubriendo el suelo de estiércol amarillento y terroso. Las calles y alamedas perdían todo misterio, las perspectivas se empequeñecían y la interminable verja de las cacerías vedadas de Granburgo, visibles en toda su extensión, daban al pequeño Sénart el aspecto de un bosque de alambres. La decoración al desaparecer había diseminado la orquesta. Acá y acullá,

en las malezas de un matorral, un mirlo, que parecía enorme, cantaba y saltaba como en una jaula; por las copas de los árboles pasaban torbellinos de cuervos, y en las antiguas canteras llenas de agua pluvial se bañaban dos ó tres patos salvajes, cuyas nasales trompetas resonaban en el silencio de las alamedas. Pero Ricardo llevaba aquel día en la cabeza una música sonora que acompañaba al andar con sus bajos acostumbrados: « Pum... pum... pum... », sólo que ahora eran « pum... pum... pum... » alegres y locos, alegres como el motivo todo de canciones apasionadas, cánticos de amor y de renovación que resonaban en torno suyo, mientras se paseaba por un bosque imaginario, lleno de perfumes, de luces y de trinos de pajarillos... De modo que aun podrían amarse, abrazarse; nada parecía irreparable á su corazón enamorado, y ya no sentía la horrible quemadura, ese carbón hecho ascua en el pecho, que le contraía todos los músculos. Sus celos se habían curado, su llaga se había lavado en el llanto y la sangre de Lidia...

¡ Pobre mujer! Cuánto había debido sufrir para llegar al suicidio, ella que tanto amaba la vida. Ya no se trataba de perdonar á quien tan ferozmente expiara su culpa. Volvía á sus brazos con nueva carne, purificada por el sufrimiento;

y cuán bueno sería pasearse por allí con ella, respirar aquel olor de juventud que maduraba, el aroma de los lirios silvestres y de las violetas que exhalan los sitios oscuros del bosque á fines de la primavera...

— Cuidado, D. Ricardo, que se pasea V. temprano... ¿ Tiene V. prisa de ir á almorzar? Pues entre un instante en la Ermita y comerá con nosotros un bocado.

— Pero su nuera no verá con gusto un huésped más, buen Eugenio.

— Sí. Eso la distraerá, el dejar de comer una vez sola con mi antiguo pellejo.

El indio, que volvía de su primera ronda, con el fusil al brazo y un conejo en su morral, hizo entrar á Ricardo por una antigua puerta carretera del convento, de arco poco elegante, de portalones carcomidos y resquebrajados, que daba al fondo de un patio lleno de hierbas donde unos meses antes bailaba y comía la boda de Saltacor hijo. Dos tabernas, desiertas durante la semana, y la habitación del guarda-caza, con su ruidosa y poco aromática perrera al lado, ocupaban en torno de ese prado rústico el sitio de la antigua Ermita. En la aseada y clara salita, cuyas paredes estaban pintadas al temple con sencillas historias de caza, donde se sentaron á tomar un vaso de gine-

bra añeja para abrir el apetito, se presentó al poco tiempo la nuera, bien peinada, casi elegante á pesar de la hora matutina; pero con los ojos encendidos, y aire de somnolencia y de fastidio. Al encontrarse con Ricardo Fénigan, en vez del gendarme ó del leñador que creía hallar con su suogro, brilláronle los ojos, y su carilla enfermiza y poco tímida se encendió con el frenético deseo del ser.

— Cuando se lo decía yo á V., cuchicheaba el indio confidencialmente detrás de su gigantesca mano, mientras que la coqueta nuera se apresuraba á poner el cubierto, rozándolos con el vaivén de su traje y de las curvas de su corpiño... Estaba seguro de que se animaría al ver un señor, un burgués... Figúrese V. que ha estado llorando toda la noche, por causa de unos pendientes que le habían regalado y que yo devolví, porque en ausencia de mi chico...

— ¿Dónde está su hijo Eugenio?

— En el regimiento, prestando un servicio suplementario... Tiene locura por su oficio de soldado, hasta el punto de hacerle daño como empleado y, lo que es peor, en el ánimo de su mujer. Pues bien, ayer, al volver de Granburgo, donde fué para llevar huevos de hormigas para los faisanes, me vuelve con un par de pendientes de

oro en las orejas, en lugar de los de hierro que yo le compré en la feria de Yeres. «¿Quién te ha dado eso? le pregunté. — La duquesa, me dijo. » Yo que sé que nuestra ama no es dadivosa (¿verdad que puede decir uno esto de sus señores porque no deshonra, D. Ricardo?) comprendí en seguida el origen del regalo; y por la tarde, sin que mi nuera lo notara, me fuí al palacio y dije á la duquesa, que estaba hablando en la escalinata con el Sr. Alejandro: «La señora ha regalado á mi hija una preciosa alhaja... » Miróme con aire de entrañeza: «¿Yo una alhaja á su hija de V.? » Ese viejo ladrón de Alejandro hacía muecas para advertirla, y ella acabó por comprender. — «Sí, sí, recuerdo; y qué ¿no son bastante bonitos? — Demasiado para nosotros, le contesté en tono firme, y me ha encargado que se los devuelva, porque una mujer decente que no es rica no tiene derecho á ponerse encima perendenges de tanto coste. » La duquesa me contestó: «Gracias, Eugenio, puede V. marcharse. » Pero esperé al Sr. Alejandro en la esquina del puente, y le advertí que la primera vez que se encargue de diligencias semejantes le haré tomar un baño en el Sena con una bala en medio de la frente. Y lo haré, como me llamo Saltacor.

Los redondos ojuelos del guardacaza tomaron expresión feroz.

— ¿ Pero de dónde venían esos pendientes ? preguntó Ricardo sintiéndose palidecer.

De uno que vale más no nombrar, dijo Saltacor, comprendiendo de pronto su poco tino... Naturalmente, la chica no quedó contenta, y toda la noche la he oído murmurar. Después, esta mañana, nos explicamos clarito. Así le dije : « Casi tienes dos maridos. Si uno es ciego y demasiado bueno, el otro tiene mucha desconfianza y la mano pesada. Hay que andar derecho ó cuidado contigo ».

La joven apareció en esto con un gran delantal blanco y las mangas recogidas, llevando una tortilla con setas, que perfumaba toda la sala, llegando su olor hasta la perrera, donde los hambrientos animales husmeaban por debajo de la puerta. Pero ni el sabor del rústico plato, ni los pilluelos ojos del ama lograron distraer á Ricardo Fénigan de la sombría meditación evocada de pronto por la silueta del joven príncipe, y más de una vez durante el almuerzo, Eugenio, que hablaba con la misma lentitud que comía, en el estilo campesino de los días inacabables y de los grandes espacios, se extrañó de oír que D. Ricardo tarareaba como un hombre malcriado en los momentos más

interesantes de sus cacerías de acecho contra los animales ó contra el hombre.

Mientras su hijo pasaba el tiempo en la Ermita y la creía profundamente adormecida, la Sra. de Fenigan, uno de esos seres activos que no pueden dormir durante el día, pidió el coche y se hizo llevar al hospicio de Soisy. El convento, que se distingue desde lejos gracias á los elevados árboles de la entrada y al campanario dentellado de su capilla, estaba en aquel momento lleno de escaleras, de montones de yeso y de mamposteros, pues estaban renovando la fachada; la toca de alas blancas de Sor Marta la irlandesa vigilaba estos trabajos, pues esa religiosa suplía á la superiora, enferma en cama hacía ya tiempo.

— Estamos haciendo obra, dijo á la Sra. Fénigan adelantándose á saludarla; y más quedo, mientras la conducía á través de los utensilios de trabajo :

— Ha sido un bien... pues los niños y las hermanas tienen prohibición de venir por aquí. El cuarto de Lidia está pues á cubierto de curiosidades é indiscreciones. Cuando su hija llegó esta mañana, no había aquí sino unos cuantos mamposteros y la hermana del torno, que la conoce y que he encargado de subirle la comida y atenderla. He dicho la verdad al médico, que es el

más prudente y reservado de los hombres y que como viene cada dos días á ver á la superiora, entrará al mismo tiempo en el cuarto de Lidia, que está inmediato ; creo que nuestra querida niña no hubiera estado más oculta ni mejor cuidada, aunque fuera en la halconería ó en la Ermita.

— También lo pienso así, Sor Marta, y realmente fué una inspiración de Dios la que me hizo volverme á ustedes, no atreviéndome á llevar mi pobre Lidia directamente á Uzelles. Pero tengo la confianza de que no abusaremos de su hospitalidad.

Al oír esto, Sor Marta agitó grandes brazos, insignificantes y flacos, con su petulancia irlandesa.

— Espera V.... que espera V... Ah, ¿ pero va V. á quitárnosla en seguida? Está aún tan débil, tan pálida... ; un viaje semejante como primera salida!... El médico le ha recomendado que no se levante antes de dos ó tres días. ¿ Quiere V. que vayamos á verla ?

Y después de añadir en alta voz para que todos oyeran : « Vamos á saludar á nuestra querida superiora ; la encontrará V. muy desmejorada... » echó á andar delante por la anchurosa escalera, de paredes blancas como una casa morisca, y de

pasamano recién pintado. Las grandes cuentas de su rosario y el manojó de llaves que nunca se separaba de la Sra. de Fénigan, resonaban en el extenso corredor donde se hallaba el cuarto de Lidia.

Ésta, acostada, muy blanca y con los ojos abiertos, sofocó un grito de alegría al ver entrar á la Sra. de Fénigan.

— ¿ Cómo, mamá, ya está V. aquí ?

— ¿ Qué quieres, hija mía ? No he podido dormir.

— Lo mismo yo, replicó Lidia, haciéndole ver que su cuarto, espacioso y alegre, formaba el ángulo de la casa, dando una de las ventanas á la comarca y la otra al pequeño jardín interior donde estaban las aulas, y en el cual jugaban las huérfanas mientras estaba lleno el patio de instrumentos y materiales... Desde esta mañana oigo á las niñas cantar y bailar en redondo, la voz de las hermanas y la lecciones que recitan. Me parece que aún soy una chícuela y que me va á tocar mi turno. Cuando V. entró, oía todos sus gritos, todo su movimiento.

La Sra. de Fénigan sonrió é inclinándose hacia ella le dijo :

— ¿ No me preguntas por Ricardo ?

— No me atrevía, murmuró la convaleciente, cuyo enflaquecido rostro fué empañado por el

dolor. Pero á medida que la madre le refería la acogida de su hijo, al oír el relato del viaje y de la reconciliación, el estallido de lágrimas finales, el ardoroso deseo, los temblores de las manos del que nunca había dejado de quererla, volvió la vida á aquel lindo rostro, como vuelven los colores en un cuadro que se limpia.

— Tengo la seguridad de que nuestros temores eran ilusorios y de que hubiera debido llevarte desde luego á casa. Esta tarde le diré que estás aquí y vendremos á buscarte mañana temprano.

— No, mañana no, espere V. un poco, exclamó en tono suplicante la joven llena de espanto y recogiendo las ropas del lecho con aire infantil; tengo miedo. Estoy tan flaca, tan fea... y luego esto — señalando á la cicatriz de su herida debajo del seno izquierdo. — El doctor ha dicho que habrán de curarme varias veces. Y si Ricardo al verme dejara de amarme, si no quisiera.

— Pero, hija mía, cuando sepa que estás aquí no habrá manera de contenerlo.

— Hágale V. creer que todavía estoy lejos, que mi salud lo exige... Después de todo, algo hay en esto de verdad.

— ¿Y si quiere ir en busca tuya?

— Encuentre V. alguna mentirilla para disuadirlo... y déjeme V. algunos días en este rincón

de mi juventud, donde él me conoció y me amó, y donde recobraré fuerzas para volver á ponerme hermosa y ser digna de su amor.

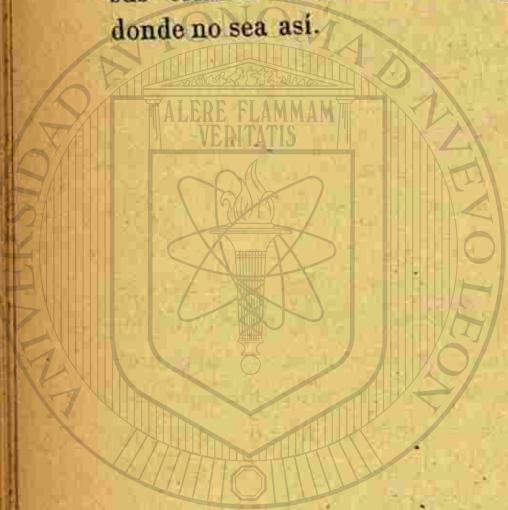
En lo que sus palabras y sus gestos no decían, se adivinaba como una necesidad de purificarse por el retiro y la meditación. Parecíale que entre las blancas paredes del hospicio volvería á ser una niña. Y la Sra. de Fénigan lo comprendió tan perfectamente que, sin insistir más, le dijo :

— Será cuando y como quieras, mi querida hija ; no te aflijas.

Al salir se detuvo algunos minutos en el cuarto de la superiora para poder decir á Ricardo que la había visto y explicar así su visita al hospicio. Sor Marta estaba en la cabecera de la anciana religiosa adormecida, examinando una cuenta de trabajos. La Sra. de Fénigan le dijo al oído : « Pues sí, le dejo nuestra Lidia por unos cuantos días : vendré á verla con frecuencia. » Y al subir al coche, añadió : « Á casa ; pobre superiora ; cuidado que está débil!

Estas palabras, dichas en alta voz para que las oyese su cocherero, le hicieron, sonreír desdeñosamente en su pescante. Sabía en efecto á qué atenerse, pues el empleado del camino de hierro había referido por la mañana en casa de la jardinera que la Sra. de Fénigan había llegado con una

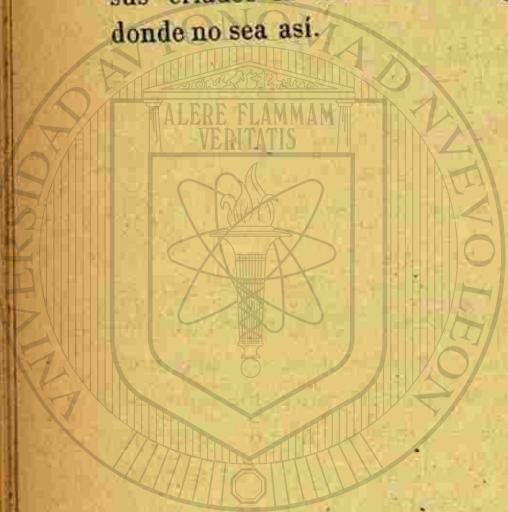
joven señora muy enferma, y que la dejó al paso en el convento de Soisy. Ricardo ignoraba aún la presencia de su mujer en el país cuando todos sus criados la sabían. No hay casa numerosa donde no sea así.



XII

Al regresar á la quinta, tuvo la Sra. de Fénigan la sorpresa de no necesitar defenderse contra el ansia enamorada de su hijo; éste permanecía silencioso y triste, aunque volvió á ser el Ricardo de las veladas en común y de las partidas de ajedrez. Al jugar casi se tocaban sus frentes; pero ¡qué abismo entre sus pensamientos! «¿Qué le ha pasado? pensaba la madre.... Esa arruga entre los ojos, ese agitar de las ventanas de la nariz y luego su eterno tarareo.... Es un acceso de celos, tengo la seguridad de ello...¿ durará esto mucho tiempo? y Ricardo se decía : « Ha hecho bien en no traerla; mi herida está aún sangrando, es preferible esperar un poco. Nada más que el nombre de Carlejo evocado delante de mí y héteme arrebatado de nuevo. Si mi pobre amiga hubiera estado presente, la habría atormentado, sin lástima de su debilidad.

joven señora muy enferma, y que la dejó al paso en el convento de Soisy. Ricardo ignoraba aún la presencia de su mujer en el país cuando todos sus criados la sabían. No hay casa numerosa donde no sea así.



XII

Al regresar á la quinta, tuvo la Sra. de Fénigan la sorpresa de no necesitar defenderse contra el ansia enamorada de su hijo; éste permanecía silencioso y triste, aunque volvió á ser el Ricardo de las veladas en común y de las partidas de ajedrez. Al jugar casi se tocaban sus frentes; pero ¡qué abismo entre sus pensamientos! «¿Qué le ha pasado? pensaba la madre.... Esa arruga entre los ojos, ese agitar de las ventanas de la nariz y luego su eterno tarareo.... Es un acceso de celos, tengo la seguridad de ello...¿durará esto mucho tiempo? y Ricardo se decía: «Ha hecho bien en no traerla; mi herida está aún sangrando, es preferible esperar un poco. Nada más que el nombre de Carlejo evocado delante de mí y héteme arrebatado de nuevo. Si mi pobre amiga hubiera estado presente, la habría atormentado, sin lástima de su debilidad.

Sin embargo, al cabo de una semana de borrascas íntimas y de calmas, dijo un día á su madre que no había dejado de darle noticias de Lidia, como si aun estuviera en Quiberón :

— Ya estoy seguro de mí.... ¿Quieres que vayamos á buscarla ?

La Sra. de Fénigan contestó :

— No tendremos que ir muy lejos...

— ¿Cómo?

— En el coche... apenas media hora.

— ¿Media hora de aquí á Quiberón?.... No comprendo.

— Pero si Lidia está en el hospicio desde mi regreso... No te emociones tanto, niño grande... Engancharán después del almuerzo y esta noche traerás tu mujer al Pabellón. ¿Estás contento? ¿Es eso?

¿Qué palabras, qué gritos hubieran podido describir la alegría inquieta de Ricardo Fénigan sentado junto á su madre en el coche que corría hacia Soisy, entre el bosque y el Sena? Era un hermoso día de frío claro, de viento, sol y nieve al mismo tiempo; y su pecho se henchía al recordar otras tardes semejantes pasadas en el locutorio de blancos revestimientos el invierno en que pretendió á Lidia. Lo mismo que hoy, el sol reverberaba sobre la nieve que el cierzo alzaba en

polvillo fino; como hoy, faltaban palabras á su arrebató, y del cántico que todas las fibras de su ser entonaban, nada salía, nada se dejaba oír, sino los latidos del corazón, que marcaban el compás de su callada emoción. Diez años después, en aquel mismo camino, en aquel mismo paisaje enteramente blanco, su madre trataba de distraerle como entonces, hablando sola en el fondo del carruaje : « He hecho preparar el Pabellón. Comerán, ustedes dos solos en el estudio; me ha parecido esto mejor para la primera vez. Mañana volveremos á la antigua vida, pues Lidia me lo ha rogado.. ; Hay en esta niña tanta delicada bondad ! ; Y tanta finura y distinción ! Empiezo á creer como Sor Marta que en ella existe verdadera nobleza de origen ; nació gran señora... ; Ah, hétenos en el hospicio ! »

El coche fué á colocarse delante de la puerta sin hacer ruido gracias á la capa de nieve que cubría el suelo. Al pie de la escalera esperaba Sor Marta.

— Esto nos remoja diez años, D. Ricardo, dijo la irlandesa con sus palabras y gestos apasionados. ¿ Recuerda V. que yo le llevaba al locutorio ? Esta vez encontrará V. en su cuarto á nuestra querida hija. Su mamá y yo vendremos á verles dentro de un instante, al salir del cuarto de la superiora.

Ricardo, solo en el corredor, vaciló un momento. La emoción paralizaba sus menores movimientos. Desde el cuarto donde sin duda le esperaban, salió una voz que dijo antes de que él llamara : « adentro », una voz suave y dulce, por mucho tiempo no oída.

« Iré á su encuentro con los brazos abiertos y la estrecharé sobre mi corazón antes de decir una palabra ». He ahí lo que se había propuesto. También ella quería colgarse de su cuello y cerrarle la boca con un beso prolongado. Sin embargo, no ocurrió nada de lo proyectado, porque habían contado sin la huésped, como se dice vulgarmente, y aquí la huésped era la carne, la linda, sabrosa y detestable carne. Cuando él entró, estaba Lidia en pie delante de la ventana del fondo, iluminada por la blancura de la nieve. Su cuerpo se destacaba esbelto y armonioso sobre la blanca vidriera, envuelto en un vestido de lana rosada; su linda cabeza, que recibía por detrás la luz, parecía rodeada de finos y anillados rizos, y el gris nacarado de sus ojos se atenuaba. Ricardo se paró, lleno de extrañeza al encontrarla joven y hermosa como en sus más apasionados sueños, pero con una envoltura de gracia voluptuosa que no le conocía antes, adquirida fuera, tal vez en brazos del otro; un sabor perverso que lo atraía

y lo rechazaba al mismo tiempo, lo embriagaba de amor y de rabia loca.

Inmóvil á dos pasos de ella, pareciale que si se acercaba, si la tocaba, sus dedos se anudarian invenciblemente como un garrote vil en torno de aquel cuello de tórtola, para castigarla por las caricias del otro. Al mismo tiempo una atroz herida por debajo del corazón le advertía que el mal pasado le atacaba de nuevo, y experimentaba profundo pesar ante la imposibilidad de volver á empezar la vida común, puesto que el origen de la enfermedad era la misma belleza de su mujer y que al mirarla cada vez se enloquecería de celos. Todas estas sensaciones que cruzaban por él, rápidas y violentas, se resumían en un inmenso deseo de llorar. Así es que bajó la cabeza y dijo con voz sorda, temblándole el labio inferior : « Buenos días, Lidia ».

Y esto fué cuanto pudo encontrar en aquel minuto tan ansiado.

— Buenos días, Ricardo, contestó ella como un eco. Después un silencio, en que se oía el chisporroteo del carbón en la chimenea, la monotonía de un dictado que subía desde la clase de las mayores. De pronto, por el camino, ensordecido, alfombrado de nieve, oyeron un cornetín y un violín que al andar tocaron los primeros pasos

de una cuadrilla, desgarrando la atmósfera de angustia y embarazo que les oprimía.

— Una boda, murmuró Lidia maquinalmente; y Ricardo, acercándose con ella á la ventana, añadió: « ¿ Pero es sábado hoy? » El antiguo camino venía á ayudarles, como en otro tiempo, durante los noviazgos.

— Era sábado cuando mamá y yo volvimos de Bretaña.

La voz mamá, pronunciada cariñosamente por ella, fué muy dulce para Ricardo.

— Y me despertó un crin-crin de boda como ese. ¿ Qué placer tuve!

Ricardo, que contemplaba el desfile, dijo muy quedo, sin volver la cabeza: « ¿ Qué, no has olvidado nuestro camino de Corbeil? »

— Oh, no, contestó ella. Y mirando fuera á su vez, le enseñó á Saltacor el indio, que volvía de la estación con su hijo. Esta era otra de las figuras acostumbradas, el anciano guarda-bosque yendo todos los sábados en busca de su hijo á la estación, y volviendo al bosque, ya por Uzelles, ya por Soisy, según los criaderos que se proponía vigilar. El hijo pasaba el domingo en la Ermita, y el lunes por la mañana lo acompañaba su mujer, pues el guarda iba á dar cuenta del estado de las cosas. Nada más conmovedor que ver á aquellos

dos gigantes, andando uno junto á otro con arrogancia militar, hombro contra hombro y casi sin hablarse.

— ¿ Pero ha vuelto del regimiento el hijo de Saltacor?

Ricardo se llenó de desesperación al oír esta pregunta, que evocaba en sus inquietos pensamientos la imagen del príncipe, soldado en el mismo escuadrón que Eugenio. Apareciósele de pronto, con su talle elegante y su rizada y perversa cabeza; y de nuevo volvió á reinar entre marido y mujer profundo silencio. Por fortuna vino á distraerles otra silueta, la del tío Jorge, con su morral y su garrote, que estaba sentado al sol frente al hospicio, en un guardacantón de que quitó la nieve. Ricardo se extrañaba de que siendo tan viejo hubiera podido llegar hasta allí con un tiempo semejante.

— Parece, contestó Lidia, que ha adivinado mi presencia en la casa... Cada vez que levanto los visillos á estas horas, estoy segura de encontrarle en el mismo sitio.

— Es singular, en efecto, el afecto de buen perro viejo que ese mendigo parece tener por ti. Cuando te marchaste, todas las mañanas lo recogían embriagado delante de nuestra puerta. Me figuré que era de pena, y enternecido por esta idea, lo he

recogido en la casucha de orillas del río.

— ¿Y hacías esto mientras tenías tantos motivos para odiarme?... ¡Oh, Ricardo mío, qué bueno eres!

Conmovidá, cogióle una mano para llevarla á sus labios; pero Ricardo la retiró con gesto brutal, de que se avergonzó en seguida, pidiéndole perdón en un sollozo: « ¡Oh, esposa mía!... » Ella contestó con un desgarrador lamento: « Ya sabía yo que no era posible.

Si, sí... Te le prometo... pero más adelante. »

La Sra. de Fénigan y Sor Marta acababan de entrar. Una mirada bastó para que la madre comprendiese; pero la irlandesa, menos sagaz, exclamó alegremente: « He ahí á ese hombre ruin que viene á llevarse mi hija por segunda vez. » Lidia interrumpió muy de prisa: « No, hermana, no me iré por ahora. Ricardo le pide y yo se lo suplico, que me conserve todavía aquí algún tiempo.

— Mientras quieras, querida hija, contestó Sor Marta, con sus grandes ojos lípidos ensanchados por la sorpresa. Pero habrá dificultad para ocultarte; ya van las huérfanas por toda la casa y he tenido que poner en el secreto á varias hermanas.

— Tranquílcese V. Sor Marta, le dijo Ricardo, dejando percibir el esfuerzo doloroso que cada

palabra le costaba. No le pedimos sino unos cuantos días, lo menos posible... ¿no es cierto, Lidia?

— Sí, amigo mío, contestó vacilando la joven. Abajo una campana tocaba el fin de la clase. Del pequeño jardín salían gritos agudos, argentinas risotadas, que azotaban las vidrieras del cuarto á la vez que las ramas de un pino cargadas de nieve.

— Nuestras niñas van á rezar.... — Sor Marta hablaba á Ricardo y su madre; — si quieren ustedes librarse de las miradas y de las indiscreciones...

— Vámonos, dijo Ricardo con penoso acento. Tuvo un arranque hacia su mujer, el loco deseo de cogerle su cabecita con las manos; y ya ella acercaba su frente, cerraba sus párpados estremecidos, cuando su marido le dió sencillamente en señal de adiós sus calenturientas manos.

Las ventanas del Pabellón despedían resplandores en la extremidad del oscuro pasadizo, con el pálido reflejo de la nieve, en el suelo y en los árboles. Era la pequeña fiesta preparada para la reconciliación de los esposos y desde lejos pudieron verlo el hijo y la madre.

— No vayas allá, dijo la Sra. de Fénigan, sufrirías demasiado, y al mismo tiempo hacía entrar á

su hijo en la sala donde esperaba Napoleón Merivet, que la notaria había convidado aquella noche para no comer sola.

— ¿Bueno, y tu mujer? preguntó al infeliz el vejete, en pie delante de la chimenea donde humeaban sus botas mojadas.

— No he podido... No he podido, contestó Ricardo en voz baja y violentamente, mientras que un gesto de la madre pedía discreción á su vecino. Éste tenía por su parte graves quebraderos de cabeza, de que habló durante la comida. ¿No se habían imaginado el cura de Draveil y los concejales hacerle abrir por fuerza la Pequeña Capilla, que ya no era suya, pues la había regalado al municipio? Á lo cual contestaba el anciano Napoleón que como pagaba el sacristán y el capellán, tenía naturalmente derecho á designarlos. Mientras el abate Ceres fuese vicario de Draveil, ningún otro sacerdote diría misa en la iglesia del camino. Esto dió origen á negociaciones hipócritas del cura, que decía á los concejales: «¿Y se va á dejar Uzelles sin Dios mientras dure la penitencia de mi vicario?» Y los tontos del municipio caían en el lazo, sin ocurrírseles que todo el busilis era llevar algunos cuartos más á la limosnera ya bien provista del mal cura.

— Mas por el glorioso nombre que llevo, decía

Napoleón Merivet blandiendo su cuchillo de postres sobre la cabeza de sus vecinos, he de echarlo de aquí... Aunque tuviera que dirigirme al Soberano Pontífice, que tuvo á bien condecorarme con la orden de San Gregorio.

— Entretanto tiene V. que abrir la iglesia, interrumpió la Sra. de Fénigan, que se divertía al verlo furibundo.

— Se engaña V. Mañana por la mañana vendrá Molín el mampostero con unos cuantos hombres á quitar la nieve del campanario y hacer varias composiciones... La cosa durará, pues el tiempo está malo... y los obreros del campo trabajan poco... No acabarán de seguro antes de que mi querido vicario salga del convento de Trapenses. Y la indignación del vejete acabó con una franca y sonora carcajada.

La madre su fué á su cuarto y una vez solos los dos hombres, empezó entre ellos una de esas largas é íntimas confidencias que desde la conversación en el coto de la iglesia se habían convertido en costumbre. El más joven descubrió al otro su corazón, le refirió su debilidad, las torturas de la primera entrevista.

— Comprendí que si la traía íbamos á empezar una existencia horrorosa... sin embargo, la he perdonado y con todo mi corazón: ¿Qué es lo

que se subleva en mi pecho y no cede? ¡ Ay, amigo mío, usted no me dijo que era tan difícil!

Hablaba dando pasos, con frases violentas y gestos de sembrador. El anciano, también nervioso pero dueño de sí mismo, dispersaba el fuego: « Sé lo que eso es, porque lo he pasado... Cuando me volvió mi Irene, y cuando por la noche descubría en su rostro adormecido, aquí, por debajo de los ojos, en el ángulo de los labios, unas arruguitas pequeñas producidas lejos de mí como por mordidas de besos... si crees que no se me erizaban las carnes. Pero yo era guiado por una palabra robusta, por el guía y el director que tanto hubiera deseado para ti en estos dolorosos instantes. Ceres me hablaba con energía, con dureza, lo mismo que habría hecho contigo: « Sí, ha sido de otro; ya no es la mujer de un solo hombre; pero ¿ quién tiene la culpa? Tú que te quejas ¿ estás seguro de haberle sido siempre fiel, de haber sido el hombre de una sola mujer? »

Una música chillona, seguida por un tumulto de voces desbandadas, pasó en la noche algodonada y sorda.

— Es la boda que va á acostarse, dijo alegremente el viejo... Cuando pienso que á esta hora, tu mujer y tú, si hubieras querido!... Vamos, Ri-

cardo, déjate ser feliz, compra tu dicha en cambio de un poco de orgullo. Trata de calmarte para recobrar tu mujer y volver á hacerla tuya. Es cuestión de un abrazo.

Ricardo trató de seguir el consejo; pero en vano. En las crisis anteriores, cuando desaparecía la causa exterior y determinante, el mal se alejaba con ella. Ahora la belleza de Lidia era como un depósito que alimentaba sin descanso sus coléricos celos, agravándose á cada cita con la tentación continua, con la idea de que otro que no él, de que otros labios distintos de los suyos... « ¡ Ah! ¿ por qué haberme impedido matarlo?... Mientras viva, lo sentiré entre nosotros... » Este era el término de todas sus conversaciones, de las horas terribles que pasaba apoyado en las rodillas de su esposa, atormentándola con quejas, con reproches seguidos de prolongados silencios, en que resonaban las voces de las niñas y los ruidos familiares del camino de invierno, la campana del fabricante de aguardiente, el grito del jorobado: *Medias, medias y zapatos*, y el lento rechinar de las ruedas de una caravana, con sus cortinitas encarnadas y los hilitos de humo que salían de las ambulantes casitas de madera.

Sin embargo, había que resolverse. Lidia no

podía permanecer más tiempo fuera de su casa y tan cerca de ella.

— Voy á darles un consejo, dijo el anciano Merivet. Tengo que ir á pasar dos ó tres meses en Argelia para la liquidación de mis espartos... Lidia vendrá en ese tiempo á vivir con la Sra. de Fénigan, á ocupar de nuevo su puesto en el hogar, mientras yo me llevo á Ricardo. El viaje será un derivativo excelente. Esto es lo que siempre le ha faltado, pues ha vivido metido demasiado en sí mismo. Creo que al regreso estará curado; y en todo caso encontraremos aquí al abate Ceres, abierta la Pequeña Capilla, y si Ricardo quiere entrar en ella, se repetirá el milagro que he presenciado tantas veces.

— ¿Cuándo sale V.?

— Lo más pronto posible, mi querido amigo.

— Pues bien, mañana instalo á mi mujer en el Pabellón y pasaremos juntos un día; este será el supremo esfuerzo. Si no estoy contento de mí mismo, si la hago demasiado desdichada, al día siguiente estaré en su casa al amanecer, dispuesto para el viaje.

XIII

Esta primera velada en el salón principal de la quinta, entre su marido y la que nunca llamaba ya sino su madre, fué para Lidia Fénigan de infinita dulzura. Cuando abrió el piano y sus largas manos blancas, persiguiéndose en el teclado, dieron vuelo á los primeros compases del canto divino de Pergoleso, cuyos bajos había entonado Ricardo con desesperación tantas veces durante su ausencia, la misma emoción les oprimió á todos la garganta; sentíanse unidos y amantes para siempre, convertidas sus almas á la piedad y al perdón. Fuera gemía en la oscuridad el cierzo, yendo á rechinar contra los vidrios paquetes de menuda nieve. Nunca había gustado como esta noche el encanto del hogar aquella cabecilla aventurera y vagabunda de Lidia; pareciale que se despertaba de una pesadilla y que volvía á empezar la vida, una vida feliz y sencilla, refugiada

podía permanecer más tiempo fuera de su casa y tan cerca de ella.

— Voy á darles un consejo, dijo el anciano Merivet. Tengo que ir á pasar dos ó tres meses en Argelia para la liquidación de mis espartos... Lidia vendrá en ese tiempo á vivir con la Sra. de Fénigan, á ocupar de nuevo su puesto en el hogar, mientras yo me llevo á Ricardo. El viaje será un derivativo excelente. Esto es lo que siempre le ha faltado, pues ha vivido metido demasiado en sí mismo. Creo que al regreso estará curado; y en todo caso encontraremos aquí al abate Ceres, abierta la Pequeña Capilla, y si Ricardo quiere entrar en ella, se repetirá el milagro que he presenciado tantas veces.

— ¿Cuándo sale V.?

— Lo más pronto posible, mi querido amigo.

— Pues bien, mañana instalo á mi mujer en el Pabellón y pasaremos juntos un día; este será el supremo esfuerzo. Si no estoy contento de mí mismo, si la hago demasiado desdichada, al día siguiente estaré en su casa al amanecer, dispuesto para el viaje.

XIII

Esta primera velada en el salón principal de la quinta, entre su marido y la que nunca llamaba ya sino su madre, fué para Lidia Fénigan de infinita dulzura. Cuando abrió el piano y sus largas manos blancas, persiguiéndose en el teclado, dieron vuelo á los primeros compases del canto divino de Pergoleso, cuyos bajos había entonado Ricardo con desesperación tantas veces durante su ausencia, la misma emoción les oprimió á todos la garganta; sentíanse unidos y amantes para siempre, convertidas sus almas á la piedad y al perdón. Fuera gemía en la oscuridad el cierzo, yendo á rechinar contra los vidrios paquetes de menuda nieve. Nunca había gustado como esta noche el encanto del hogar aquella cabecilla aventurera y vagabunda de Lidia; pareciale que se despertaba de una pesadilla y que volvía á empezar la vida, una vida feliz y sencilla, refugiada

en los brazos de un compañero valeroso, fiel y bueno. Súbitamente se oyeron abajo cantos y risas. Ricardo preguntó: « ¿ Qué hay esta noche ? »

— Las máscaras, pues es martes de carnaval, » contestó la madre; y como el mismo recuerdo pasara por sus mentes, permanecieron un largo minuto sin mirarse. El año anterior, en aquella misma fecha y á hora idéntica, la campana de la verja había sonado con violencia, y varios coches, parados delante de la escalinata, arrojaron al salón que dormitaba hasta ese momento, toda una juventud enmascarada y disfrazada, que bailó mucho tiempo antes de que se presentara Carlejo, en compañía de la deliciosa judería reunida aquella noche en la quinta de Merogis. ¡ Ah, qué poco oportuno eco de carnaval ! Con él entraron el frío y la oscuridad exterior, disipando el buen calor afectuoso que había dentro. Ricardo se levantó: « Vamos, Lidia, es preciso dejar á mamá que deseará acostarse. » La Sra. de Fénigan quiso llamar para que los acompañaran. « Es inútil, exclamó Ricardo, Lidia conoce muy bien el pasadizo. »

Sí, de seguro lo conocía; pero ¿ qué significaban esas palabras? ¿ Era una perversa ironía, la intención de ofenderla evocando horas de afrenta y de locura? En tal caso, el martirio no hacía más que empezar.

Las mejillas de Lidia y sus manos eran de hielo cuando se acercó á su suegra para darle las buenas noches.

Él le había dicho: « Veamos si se puede... en el caso contrario, me iré ». Y realmente, desde que ella estaba de vuelta, durante su largo paseo de la tarde por el parque y el huerto, durante la velada, nada, ni una palabra, ni una mirada, ni un apretón de manos que hiciera alusión al pasado. Sin embargo, no faltaban ocasiones; pero Ricardo parecía evitarlas con infinita bondad y delicadeza, tanto que, habiendo regresado sin grandes esperanzas, empezaba á creer en que volverían la vida y la dicha común. Y lo iba creyendo más cuando se acercaba la hora nupcial y la intimidad de la alcoba. Persuadida de su belleza y de la sinceridad de sus resoluciones, pensaba: « Que sea mío, que lo posea y tengo la seguridad de que nadie me lo arrebatará. » Sólo que después de aquella maldita evocación del carnaval, veniale el presentimiento de que su dicha, tan próxima ya, iba á huir de ella otra vez. Así es que se acercaba á su marido en la oscura alameda. Á cada instante su pie, que resbalaba sobre el suelo helado, le daba un pretexto para apoyarse; el resoplido de los enormes perros sueltos en el parque y que andaban en torno suyo, el choque de las ramas cubiertas

por un cristal de hielo, la puerta de la *isba* que el viento hacía resonar á lo lejos, eran otros tantos motivos de sobresalto que la arrojaban estremecida contra el pecho de su marido.

— Te he conocido más valiente, le decía él, pero sin corresponder á sus caricia.

— Menos nerviosa quizás. Y luego muy quedo : « ¡ He sufrido tanto ! » Lidia esperaba un movimiento de compasión que no se produjo.

Una vez en su casa, fueron primero al estudio, donde los esperaban, lo mismo que en el piso alto, las luces y la chimenea encendidas. Lidia hubiera preferido ir á su dormitorio inmediatamente; pero Ricardo se empeñaba en verla junto á sí real y viva, en aquella habitación donde con tanta desesperación soñara en ella.

— Aquí es donde más infeliz he sido. Me ponía ahí, en ese sillón y pensaba en tí, mirando al camino y el recodo del río después del puente... ¡ Qué espantosas horas !

Ella se quitó su abrigo cubierto de escarcha y poniéndose delante de él con una mano en cada hombro, le dijo : « Te he hecho mucho daño, mi querido esposo; pero lo repararé á fuerza de abnegación y de ternura. Lee en mis ojos y ten confianza; te debo mucho, pero te pagaré; ya lo verás. » Y muy nerviosa trataba de atraerle hacia

la frente que le presentaba : « Vamos á nuestro cuarto, ven... »

Ricardo la separó sin ira pero con firmeza :

— Sube sola; yo me quedo aquí.

— ¿ De veras ? murmuró ella tan temblorosa que su marido buscó disculpas á su crueldad.

— Es más fuerte que todos los razonamientos. No puedo; temería hacerte demasiado infeliz...

Lidia le dió la mano, resignada á cuanto él quisiera : « Pues buenas noches. »

La escalera de palo rechinó bajo sus pies y encima se oyeron voces de mujeres. Después Rosa bajó y se fué á festejar el carnaval en casa de los jardineros. Ricardo sabía que Lidia estaba sola en su cuarto; y agitado por una tormenta interior, fluctuante entre diversos sentimientos, acabó por echarse sobre el diván para pasar allí la noche, como tantas veces durante la ausencia de la mujer querida. Pero ahora estaba demasiado cerca. ¿ Cómo dormir, con la inquietud de su presencia y de su voluntaria separación? Acusábase de estupidez y de locura, recordando las palabras del vecino : « cuestión de un abrazo. » Dos veces se levantó diciendo : « Voy á ir... » otras tantas se detuvo con lágrimas de rabia. Al fin no pudo más y subió.

La joven estaba en su cama matrimonial, y al lado una lámpara que iluminaba sus brazos, sus hombros, su garganta, desnudos en medio de los encajes de una linda bata de dormir. Al verle, sus hermosos ojos de perla tuvieron una sonrisa de triunfo, pero medió los cerró al punto con prudencia femenina.

— ¿Todavía no te has acostado? le dijo llamándolo graciosamente con la punta de los dedos. Ricardo se acercó lentamente, ocultando el deslumbramiento que le causaba el abandono de aquel hermoso cuerpo que se le ofrecía.

— ¿No tienes miedo de resfriarte? Hablaba bajo, con la boca seca de deseo; pero luego añadió, en tono amargo: « Antes te ponías para dormir camisas subidas, las que yo llamaba tus escafandras.

— Sí, como en el dormitorio del hospicio, contestó ella sonriendo... Pero he querido recordarte nuestra noche de la fonda. Y echando sus brazos en torno del cuello de Ricardo, te dijo: « ¡Qué ruin eres! ¿no ves que te estaba esperando? »

El marido cerró los ojos para resistir mejor, y como en sueños: « Ah, qué noche la de la fonda... Pero ya no puedes producirme la misma embriaguez.

— ¿Por qué?

— Porque todo eso, y señalaba á sus brazos, á sus hombros.... todo eso no es sólo mío, pues lo diste á otro.

Con furioso movimiento quiso apartarse de sus brazos, pero ella le calmó por el desesperado acento con que le dijo: « ¿De modo que no me crees suficientemente castigada, y piensas que la expiación ha sido pequeña? Mira... » Y debajo de la garganta, que seguía estando firme y pura, la herida había arrugado las carnes, formando dos ó tres profundas cicatrices... « Hubo que buscar la bala muy lejos... Aquí tienes la marca que me hicieron, y si supieras cuánto sufrí, á pesar de su cloroformo... »

— ¡Pobre querida mía! dijo Ricardo con lástima. É inclinado sobre sus hermosas carnes martirizadas, sus labios tocaban casi las cicatrices. Pero bruscamente se apartó pensando que la causa del suicidio era otro. Sí, por tu amante, y por rabia, por desesperación de no ser ya amada.

— Te engañas, Ricardo; ya no tenía yo más que odio y desprecio para el individuo de quien hablas. Pregunta á tu madre que me cuidaba y que me oía llamándote en un delirio que no mentía. No pensaba sino en ti, tan bueno, en la suave existencia que me habías proporcionado.

y cuya pérdida lamentaba con desesperación.

— Sí, ya lo sé, tienes buen corazón. Tu deseo sería amarme, proporcionarme esta alegría; pero con todo, si el otro estuviera ahí, si te llamara, bastaría que te hiciera una señal para que me abandonases otra vez.

— Cállate... cállate...

Pero él seguía, subiendo á una ironía feroz. ¿Por qué callarme? La cosa es muy sencilla. Yo soy un tímido, un tartamudo; ni me atrevo ni sé. Y él, sabe tan bien, es tan guapo... Dime ¿te cantó la malagueña? ¿Te hizo cometer pecado de vista y con ese todos los demás?...

— Por piedad, Ricardo.

La joven trataba de cerrarle la boca abrazándolo con sus brazos enlazados, cuando resonó á lo lejos en la sombra un cuerno de caza; al oírlo se puso en pie muy pálido.

De aquella manera se comunicaban en otro tiempo Granburgo y Uzelles. Carlejo avisaba que vendría á comer y Ricardo le contestaba del mismo modo; los alegres sonidos, yendo de una orilla á otra por el trampolín del agua vibrante, hacían fraternizar y reunirse las dos casas.

— Oye, Lidia...

Con la mirada desencajada apretábale las manos como en un torno de fiebre.

— Pero, amigo mío, si es en casa de Clemente... el jardinero...

— No, no... esto sale de Granburgo... ¡Qué bien resuena sobre el agua!... Sabe que has vuelto y te llama como en otro tiempo... ¿Oyes? Y mientras más vibraban en la callada noche los retumbantes acentos de la trompa, más se exaltaba su frenesí. « ¡Cómo se empeña... cómo te desea!... ¿Dormir esta noche con mi mujer? Y como no... sí señor, perfectamente, señor príncipe... Espera, espera que voy á contestarle. »

Y se lanzó á la escalera para volver unos momentos después como si la embriaguez hubiera pasado. Lidia se vestía sollozando. Ricardo se puso de rodillas: « ¿Á donde vas? ¿Qué quieres hacer? »

— No, déjame, no puedo quedarme... Es demasiado terrible para ti y para mí... Pasaré la noche junto á tu madre y mañana me iré, puesto que el perdón es superior á tus fuerzas, pobre amigo mío. »

Á su vez ella lo rechazaba, tratando de defenderse contra el abrazo en que envolvía sus piernas desnudas, los besos insensatos que daba á sus medias húmedas de nieve. Al fin la cogió en sus brazos, la llevó á la cama, se puso á mecerla, á acariciarla con expresiones cariñosas, que por

momentos se inflamaban, convirtiéndose en acentos de ira.

— Debes perdonarme... Me vuelvo loco... ese miserable...

— ¿Para qué hablar siempre de él cuando ha muerto para mí?

— Ah; cuán felices seríamos si hubiera muerto! Pero el monstruo vive y siento que te anda dando vueltas al rededor... Sólo que ¡ay de él si le encuentro! Esta vez nada ni nadie podrá impedirme que lo mate...

— ¿Impedírtelo? Hasta te ayudaría, por el contrario, á causa del mal que me ha hecho... del que todavía me hace privándome de tu amor.

La joven se cogía á su cuello, le hablaba en sus labios y al fin, terminada la frase, cayó extenuada sobre el lecho. Casi sintió Ricardo que no siguiera luchando, persuadido de que todo dependía de ella, del ardor de su deseo y que si sus brazos lo hubieran estrechado con más fuerza, no podría ya rechazarla. Este sentimiento se tradujo en un torrente de frases desesperadas y rencorosas sobre las perfecciones de Carlejo y sus propias inferioridades, un monólogo incoherente, interminable, cuya monotonía y cansancio acabó por sentir...

El cuerno de caza se había callado. En medio del rechinar de la nieve contra las ventanas, el

reloj de la Pequeña Capilla dió las tres. Ricardo se detuvo vivamente delante del lecho hacia el cual doble corriente lo atría y lo rechazaba con fuerza igual; y con voz que tenía la suavidad de una súplica:

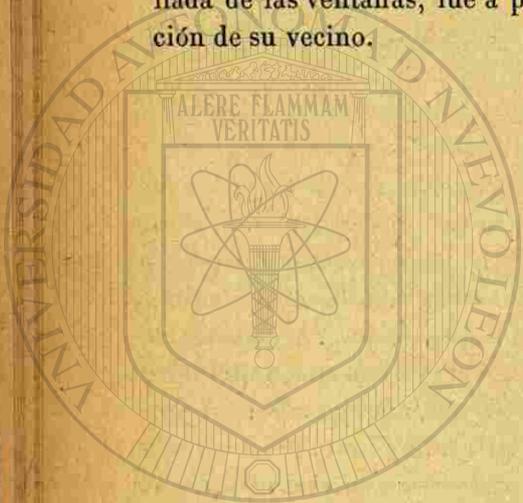
— Esposa, niña mía, te lo suplico, acabemos... Dime que me engaño, que ya no le amas. Júrame para que pueda estrecharte sin temor en mis brazos... ¿Lo ves? no contestas... no quieres prometerme nada. ¿Es que todavía eres suya y que te parece duro mentir?... Lidia, contesta, di algo por piedad...

Inclinóse á examinarla, apretó sus manos, pero las encontró inertes y flojas... Estaba durmiendo... durmiendo con pesado sueño de niña, entrecortado por el suave respirar de su boca entreabierta.

¡Y él que se acusaba de atormentarla con frases perversas!... Habría podido continuar así hasta la mañana y más tiempo aún... ¡Dormía!... Amarga risa le sacudió al principio, que dejó luego el puesto á un sentimiento muy dulce, muy tierno, ante aquella manifiesta debilidad, ante aquella postración después de la lucha. Cubrió con las sábanas los hombros y brazos de la joven, llevóse la lámpara al estudio, y allí estuvo paseándose, paseándose sin descanso, oyendo dar todas las

horas en la iglesia del camino, en el templo de la piedad y del perdón, cuya entrada no hubiera creído nunca tan difícil.

Cuando amaneció detrás de la escarcha estrellada de las ventanas, fué á ponerse á la disposición de su vecino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

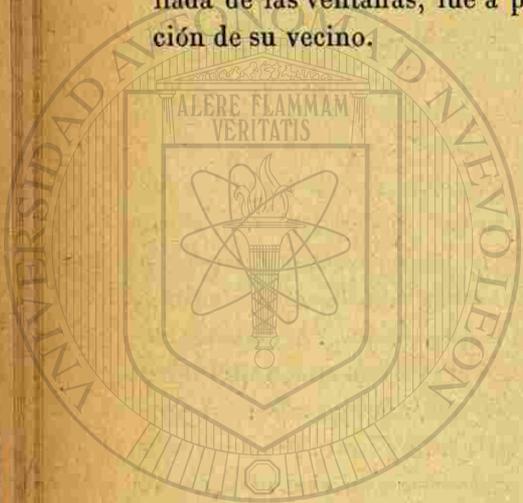
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XIV

Una mañana de Mayo, vaporosa y suave, Chuchín subía por el Sena en su bote de guarda-pesca, provisto de la placa administrativa. Iba de Athis á Evry, buscando á lo largo de la ribera nuevos puntos donde echar las redes en la temporada próxima. Bastaba verle bogar, observar su manera floja de darle al remo, así como sus costumbres actuales de embriaguez y de charlatanería para comprender que el amo estaba ausente y desde hacía mucho tiempo. Todo el río era del guarda-pesca. Los lanchones que bajaban hacia París le daban algún trago que beber y el decía desde lejos cuchufletas á las mujeres de los barberos y á las lavanderas que trabajaban junto al puente, donde se cantaba mucho más que en todas las arboledas inmediatas. Chuchín acababa de charlar con las lavanderas, que le amenazaban con sus paletas de batir la ropa, cuando al levanta-

horas en la iglesia del camino, en el templo de la piedad y del perdón, cuya entrada no hubiera creído nunca tan difícil.

Cuando amaneció detrás de la escarcha estrellada de las ventanas, fué á ponerse á la disposición de su vecino.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XIV

Una mañana de Mayo, vaporosa y suave, Chuchín subía por el Sena en su bote de guarda-pesca, provisto de la placa administrativa. Iba de Athis á Evry, buscando á lo largo de la ribera nuevos puntos donde echar las redes en la temporada próxima. Bastaba verle bogar, observar su manera floja de darle al remo, así como sus costumbres actuales de embriaguez y de charlatanería para comprender que el amo estaba ausente y desde hacía mucho tiempo. Todo el río era del guarda-pesca. Los lanchones que bajaban hacia París le daban algún trago que beber y el decía desde lejos cuchufletas á las mujeres de los barqueros y á las lavanderas que trabajaban junto al puente, donde se cantaba mucho más que en todas las arboledas inmediatas. Chuchín acababa de charlar con las lavanderas, que le amenazaban con sus paletas de batir la ropa, cuando al leván-

tar la cabeza en un movimiento de los remos vió al elegante y siniestro Sr. Alejandro, apoyado contra el pretil del puente.

El padre de Rosa permaneció un instante haciendo que remaba junto al estribo del puente, á la vez que murmuraba, observando al antiguo mozo de comedor. « ¿ Qué busca por ahí ese tunte? La verdad es que no pierde una palabra de las anécdotas del lavadero, donde se hace en grande la lejía de la comarca ; pero el Sr. Alejandro sabe mucho más que esas comadres, á las que podría dar lecciones... No, haciendo que mira al fondo del agua, vigila la estación. De seguro que espera á alguien... »

Dió dos golpes de remo y salió de la sombra, exclamando con su voz cascada y burlona :

— ¿ Está V. echando ya carnada, Sr. Alejandro? Sin embargo, pasará tiempo antes de que se inaugure la pesca.

El otro pareció contrariado, se puso los lentes y ganó así unos segundos en que buscar algo que decir.

— Lo has adivinado, viejo Chuchín ; estoy acechando por aquí un fondo de pececillos que no serán para tus redes... Paróse, oyendo los ruidos de la estación ; pero lo que tomó por el tren ascendente, que iba á París, era el lejano re-

tumbar de la esclusa. Luego continuó, mirando al bote : « ¿ Y en casa de ustedes, qué hay ? ¿ El amo sigue sin volver de su Argelia ?

— Farsante ; como si Rosa no te contara cuanto ocurre en la casa.

El Sr. Alejandro hizo una mueca. Siempre evitaba hablar de Rosa con su padre, por un sentimiento que aquel barbarote no comprendía y quizás también por temor á explicaciones desagradables. « Eh, Chuchín, le gritó para cambiar de conversación ; mira tu inquilino que va á la bogeda. » En efecto, el tío Jorge salía de su casucha, pestañeando al vivo resplandor del día, con las piernas flaqueándole y llevando en la mano una interminable caña de pescar.

— ¡ Sin vergüenza!... gruñó el guarda-pesca con el desprecio rencoroso del campesino hacia el hombre que ya no puede trabajar, cuidado que es idea recoger ese saco de piojos... ¿ Qué quiere hacer con su caña?... pero si no está abierta la pesca...

— ¿ No has visto que lleva una botella atada en la punta? Hace su provisión de agua de Sena... míralo... cuidado que tiene gracia.

Como la orilla estaba muy alta, el viejo había ideado aquel medio de llegar hasta el río. Pero las aguas estaban bajas y tuvo que tenderse, que

alargarse, en el impotente esfuerzo de su antigua armazón. Alejandro y Chuchín se divertían mucho con esta pantomima.

— Va á hacerse reventar el pellejo.

— La verdad es que está cerca de la orilla, su cabeza va á arrastrarlo de seguro... ¡ Eh, tío Jorge, cuidado!... ¡ Ya está!...

Un grito de angustia, desesperado y salvaje, uno de esos roncoclamos en que el ser pone toda su vitalidad, hizo retumbar las dos orillas. El movimiento de los cañaverales indicó el sitio donde el viejo acababa de caerse cabeza abajo, y unos labradores que trabajaban allí cerca lograron sacarlo á tierra no sin dificultad. El guarda-pesca, que se había creído libre ya de su inquilino, no se acercó hasta verle en seco, temblando de frío, chorreando agua y siempre con su garrote, en las manos; Chuchín se presentó ahora hipócritamente á socorrerlo.

Al mismo tiempo salía de la estación el tren que Alejandro esperaba, y poco después se presentaba en la entrada del puente la nuera de Saltacor, vestida con ligero traje veraniego de rayas rosadas, que el viento del Sena le pegaba á las piernas. Venía de acompañar á su marido, y volvía con una señora regordeta y jadeante, que empujaba un coche de niño. — Era la Sra. de Noel.

mujer de un profesor de colegio parisiense, que había alquilado un cuarto en la Ermita para que su hijita respirara el sano olor de los bosques. Apenas divisó el traje azul del antiguo criado, la Saltacor cambió de fisonomía, y rogando á su acompañante que la esperara al pie de la cuesta, se acercó impaciente al Sr. Alejandro, que la veía llegar, inmóvil, siempre apoyado en el pretil del puente. Así se cambiaron en voz rápida y baja algunas palabras.

— El príncipe está en Granburgo... Cita en el bosque... Encina-Priora.

— Imposible... demasiado vigilada.

— ¿ El indio ?

— Sí... ¡ lo que me aburre !

En esto pasaba gente del país, proveedores de las quintas. La panadera saludó á los interlocutores desde el pescante de su carreta; el mozo del carnicero, á caballo y con una cesta de carne cruzando su delantal blanco, se volvía para sonreírles; y el Sr. Alejandro hacía como si describiera el accidente del tío Jorge, señalando con enfático gesto al cañaveral medio deshecho, y á la choza donde habían llevado al pobre viejo. « Creí que iba á ser necesario llamar la carreta de los ahogados. » Y luego muy quedo : « Mañana jueves, en el mercado de Corbeil... á las once... en casa del

joyero del pueblo... escogerán las alhajas juntos.

— No sé... no puedo prometerlo, murmuraba la muchacha, incierta y con la mirada fija en el horizonte donde la esclusa de Evry rugía como un torrente. Y añadió para que oyeran las personas cercanas : « ¡Pobre tío Jorge ! una pulmonía á su edad... Saludo á V., Sr. Alejandro.

— Señora... »

Las lavanderas de al lado que, no obstante la actividad de sus manos, habían seguido con atención todo el misterio de este corto diálogo, aturdieron al pretencioso lacayo con sus invectivas cuando le vieron despedir á la Saltacor con un ligero besito volado. ¡ Ese enamorado de Alejandro ! Ya no tenía bastante con la Chuchín, sino que ahora necesitaba á la Saltacor... Por lo demás era cuestión de familia : el indio pasaba por el más ilustre cabrón de la comarca y su hijo iba á sucederle. Y con esto, sacudían la ropa y reían hasta casi reventarles los corpiños.

La nuera de Saltacor, sin imaginarse que aquella música le estaba destinada, se reunió con su compañera al pie de la colina y á la vez que le ayudaba á empujar el carricoche, le proponía un paseo para el día siguiente al mercado de Corbeil. Engancharían la yegua al carricoche de un vecino.. y ella misma guiaría... un camino

delicioso por el bosque... el aire puro haría mucho provecho á la niña. « Sólo que es preciso que la idea parezca salir de V., para evitar la oposición de mi suegro. Desconfía demasiado de su nuera, como por demás de todas las mujeres, exceptuándola á V. Antes de que V. viniera, ni siquiera me permitía dar un paseo por el bosque sin mi marido... V. le dirá que tiene que hacer compras. Verá como nos divertimos. »

Si el suegro Saltacor desconfiaba demasiado, la Sra. de Noel no lo hacía bastante. Desde un mes atrás la buena mujer se prestaba de la manera más inocente del mundo á las perversas maquinaciones de Carlejo contra la mujer de su teniente. Aquel ancho y honrado rostro de ama de cría, el título de profesor en un colegio que tenía el marido, tranquilizaban al guarda hasta el punto de hacerle perder sus costumbres de sospecha y de espionaje. Las dos amigas salían solas todos los días, se llevaban la niña, unas sillas de tijera, una merienda, é iban á instalarse en el redondel de la Encina Priora, en un criadero que no estaba bajo la vigilancia del indio. Las dos mujeres hablaban, cosían, leían en alta voz el *Petit Journal*, mezclando las noticias con el rumor de los insectos en las copas de los árboles. Al cabo de una hora de inmovilidad, la Saltacor proponía pasear un

poco y acababa por dar sola una vuelta en el bosque, porque su amiga, demasiado gorda, prefería sobre todo no cambiar de sitio.

Hacia las antiguas paredes de los parques, cubiertas de malezas y cortadas acá y acullá por elevadas verjas, que rodean esta parte del pequeño Sénart, se extienden en cuanto la vista alcanza trozos de aterciopelada hierba, que las ramas bajas acarician, cuando al menor soplo del viento se mecen como hamacas bengalesas. En una de esas inmensas y misteriosas praderas, siempre en el mismo sitio y como si lo hubieran olvidado allí, estaba un enorme quitasol de seda cruda, y debajo, enteramente oculto por el objeto abierto, esperaba á la joven el hermoso Carlejo blandamente tendido sobre la alfombra de verdura. Como la entrada de la Ermita le estaba prohibida desde que el guarda lo pescó dándole un beso á su nuera, había improvisado aquel campamento de citas, verdaderamente peligroso y precario, donde sólo podían cambiarse besos furtivos, y caricias sin encanto, en medio de la prisa y del miedo. Sin duda el encuentro en el mercado proporcionaría mejor ocasión.

Cuando el carricoche de la Ermita cruzó el ancho puente de Corbeil, al día siguiente por la mañana, la pequeña ciudad, ordinariamente

silenciosa y desierta, se agitaba en el ruido y el movimiento. Agrupada en torno de su antiguo claustro, en la orilla izquierda del Sena, con los jardines extendidos á manera de terrados frente á ella, y la gradual nivelación de las perspectivas, la indicada población tiene un vago aspecto de Basilea á la altura de Munster; pero de Basilea un día de certamen regional, invadida por todas las aldeas y granjas de sus cercanías. En la plaza del mercado y en las calles inmediatas se mezclaban carros campestres de toda forma, haciendo muy difícil la circulación. La Saltacor llevó el suyo al claustro, tranquilo y solitario en el centro mismo de la ciudad, siempre fresco por el viento que forma una corriente al rededor de la antigua iglesia, y dijo á la Sra. de Noel que la esperara mientras hacía sus compras. « Si la niña se aburre entre V. en la iglesia. Allí verá un jinete de piedra hermosísimo. » Y luego corrió radiante á su cita.

El príncipe, que estaba ya allí, en un rincón del almacén lleno de compradores, elegía unos pendientes en el mostrador, conservando una silla vacía junto á la suya. Sentóse allí la muchacha y muy juntos se hablaban quedito, dando vueltas á las prendas sobre un pedacito de terciopelo negro, mientras que en torno suyo los arrenda-

tarios de Morsang que casaban á sus hijos, y que acudían en banda con todos los parientes y amigos, regateaban las alhajas de la boda con ocurrencias, risas, paraguas y sombrerazos dignos del divertido teatro parisiense del Palacio Real y de las graciosísimas comedias de Labiche. Pero los dos amantes tenían ocupación más interesante que la de oír tantas chuscadas. El indio había recibido orden de presentarse aquella noche con todo el personal del bosque para un servicio nocturno, una gran batida.

— Á las diez estaré en la Ermita. Deja abierta la ventana de tu cuarto.

— Oh, no, tengo miedo; piénselo V. bien.

— ¿Miedo de qué? Tu marido está en París, y el viejo no volverá hasta las seis de la mañana. Se trata de no dormirse, pero ni tú ni yo tenemos gana de eso. Piensa que es una noche entera, toda una noche para nosotros y por primera vez.

Le decía esto junto al cuello, en el pelo, mientras ella se probaba las nuevas alhajas. La boda acababa de marcharse. La tendera y su hermana rostros de la edad media, ásperos y verdosos, productos de una antigua raza agotada, tipo frecuente en la región, se acercaron al príncipe, saludándolo hasta el suelo y preguntándole si monseñor había escogido lo que deseaba.

— Si señora. Este aderezo completo que yo mismo vendré á buscar esta tarde.

La nuera de Saltacor se levantaba ruborosa y se disponía á salir, cuando se paró un coche delante de la tienda, que ya sombría de suyo quedó oscurecida como por la abertura repentina de una ancha vidriera encima de su escaparate. « El carruaje de la Sra. de Fénigan », dijo la joyera con tono respetuoso, aunque menos humilde que al tratarse de Carlejo. ¡ Oh teclado del comerciante, cien veces más sutil y matizado que la escala musical china!... El príncipe no se movió, no volvió el rostro, pero la expresión de su sonrisa cambió, se hizo perversa, á medida que veía adelantarse por la tienda una elegante y larga silueta de mujer.

— ¿ Está arreglado mi reloj?... Lidia no pudo acabar : una tos nerviosa, natural ó no, la sofocaba. No le había vuelto á ver desde la comedia de Monte-Carlo, la ruptura y la huida; y hete que ahora, frente á ella surge aquella hermosa figura de impudencia y mentira en el espejo empañado de un almacén. Fué una impresión rápida y múltiple, repugnancia, espanto, ira; y al mismo tiempo la alegría de no descubrir en estos diversos sentimientos ningún pesar y de saber á qué atenerse respecto de una incertidumbre que sentía

en ocasiones al preguntarse : « ¿ Qué sentiría si volviera á verle ? »

Si acaso le había amado alguna vez, podía asegurarse que todo había concluído. Y aquella Saltacor, con sus ojos como carbones encendidos y su insolencia de barrio bajo, hacía mal en mirarla con furia. Su reloj estaba arreglado; tomólo y salió sin decir una palabra. Pero su suegra le preguntó al observar su rostro descompuesto : « ¿ qué te ha pasado ? »

— ¡ Qué desdichado encuentro! murmuró Lidia al sentarse á su lado. Y en voz baja, por causa del cochero que procuraba oír, nombró á Carlejo... No hubiera debido venir á este mercado.

— Yo tengo la culpa ; pero no sales nunca y he querido hacerte tomar el aire.

— Tenía como el presentimiento de una desgracia.

La mirada de la madre se alarmó : « ¿ Una desgracia ? »

— Nada de lo que podría V. temer, tratándose de una loca como yo.... No, quiero á mi marido, y nunca amaré á nadie sino á él... pero ¿ cómo decirle que he encontrado?...

— Quédese entre nosotras. Cuando todo va tan bien, cuando Merivet nos escribe tan buenas noti-

cias... Quizás retardaríamos su cura y su regreso.

— Entonces tendré que mentir, no decirle todo según le he prometido y hecho siempre desde que está en Argelia.

Mientras hablaban, el coche iba al paso por las calles estrechas y ruidosas llenas de gente, se paraba en casa del boticario, el papelero, el tala-bartero, el fabricante de enrejados, que venían al estribo á recibir órdenes, llenando de paquetes, de botellas el pescante y el cajón del cochero ; aquella era una verdadera conversación de mujeres, profundas y sentimentales confianzas entrecortadas por detalles caseros, paradas y regateos en casa de los proveedores. Delante del pastelero, donde se paró el coche para encargar las cosas del domingo, apareció en la portezuela el juez Delcrús, vestido, enguantado, con la barba y los dientes brillantes. Hacía meses que no lo veían en Uzelles ; y precisamente entraba allí para almorzar de prisa, tomar luego el tren, é ir á ver á las señoras de Fénigan, pues tenía algo muy serio, muy urgente que pedirles.

— Pues suba V. al coche, dijo la madre y venga á almorzar con nosotras ; y mientras él se instalaba muy contento frente á ellas, en medio de los paquetes, Lidia, algo cortada al encontrarse con uno de sus amigos de antaño, miraba las mesitas

dispuestas detrás de la vidriera, en el fondo de la negra y ahumada pastelería, preguntándole con aire de fingido interés : « ¿Aquí es donde V. come? »

— Sí, señora, á dos pasos de mi despacho. El tribunal está en la extremidad de la calle, en aquella plazoleta al lado del molino. »

Lidia continuaba mirando distraídamente, sin figurarse la importancia que estos sitios iban á tener para ella.

— Este rincón le parecerá á ustedes muy triste, dijo el juez. ¿Qué no será para mí?... Por esto, contando con sus simpatías... ante todo ¿qué noticias hay de Argelia? ¿Cuándo regresa Ricardo?

— Muy pronto; pero ya sabe V. que si mi hija y yo podemos servirle durante su ausencia...

El juez se inclinó sonriendo, y prometió explicar su deseo cuando estuvieran lejos del mercado y de la multitud.

Los viajeros abandonaron Corbeil, al trote regular del robusto tronco, dejando detrás de sí las gigantescas chimeneas de los establecimientos harineros, cuya humareda cubría de sombras toda una parte del espléndido cielo. Carretas, peones, bestias, la alegre desbandada de un regreso del mercado, se daban prisa por la elevada cornisa, entre el río que resplandecía en el fondo y los

campos de cebada y trigo, que extendían sus oleadas hasta el límite del horizonte. Un carretón guiado por mujeres, rápido y que daba saltos, rozó las ruedas. Lidia reconoció á la nuera de Saltacor, y siguió largo tiempo con lástima los tumbos del humilde carricoche por los caminos desiguales. ¡Ah, cuánto hubiera deseado prevenirla, advertirle el peligro y la caída irreparable que la esperaba! ¡Pero el cochecillo iba tan de prisa, estaba ya tan lejos, casi en la orilla de los bosques, inmóvil y oscura en el horizonte!

En sentido inverso llegaba galopando un ruido de cascabeles, un remolino de polvo, en medio del cual se descubría un coche enganchado á la Daumont, con postillones que vestían la librea azul de los Alcántara, y las lindas israelitas de la quinta de Merogis en compañía del príncipe de Olmutz, con sus ojos de diamante, su sonrisa implacable de joven rajah que ve llenar los pozos de hermosa carne de mujer rosada y rubia. Así que desapareció el carruaje, las dos Fénigan permanecieron largo rato silenciosas y llenas de angustia. « ¡Qué fortuna que Ricardo no esté con nosotras! » pensaban ambas. Delerús se preguntaba si sería prudente exponer el objeto de su visita después de aquel encuentro. Un incidente cambió por fortuna el curso de las ideas.

Al llegar á la subida de Soisy, se acercaron al coche dos chicuelas, con cabelleras color de salvado, que salieron de una casa rodada de saltimbanquis que se veía en un prado vecino, ofreciendo cestos hechos con juncos y hierbas acuáticas. Aunque la pendiente sea áspera, el cochero, por odio profesional á los mendigos, dió un latigazo á sus caballos en el momento de tender Lidia la mano hacia una de las pequeñas cestas. La madre, que había visto el gesto de su nuera, gritó que pararan, pero en vano; y durante algunos minutos se oyó el resuello jadeante de las muchachas detrás del coche, á la vez que el roce de sus piececillos descalzos contra el polvo del camino. Al fin el cochero tuvo que pararse, pues de nuevo se lo mandó el ama. Lidia dió gracias á su suegra y buscó su portamonedas para pagar la humilde compra; pero ya la anciana había llenado de monedas blancas las manos que le tendían.

— Parece que esto le extraña, dijo hablando al magistrado.

— En efecto, señora, antaño tenía V. hacia los ambulantes una antipatía que por mi parte también siento... Recuerdo haber tenido en este mismo camino de Corbeil una discusión con su hijo...

— Es cierto; Elisa era de los nuestros ese día.

— Precisamente, contestó Delcrús regocijado con el recuerdo de la Caperuza Encarnada. Y señalando sus dientes de lobo, separados y puntia- gudos : « Puesto que ha pronunciado V. el nombre de su encantadora prima... »

El coche rodaba entre bosques y pendientes cubiertas de vides. Los olores de rosales silvestres cubiertos de flores embalsamaban el camino. El juez creyó á propósito sitio y hora para su confidencia. Estaba harto de vivir solo, como las señoras habían visto, en un rincón muy melancólico. Y eso que no conocían Corbeil más que los días de mercado; no es posible figurarse la tristeza de esta pequeña localidad, donde á las ocho de la noche está todo cerrado, apagado, donde el ruido de un coche que pasa por la calle de Nuestra Señora hace exclamar en todos los pisos : « El Sr. presidente vuelve del tribunal... el coche de la fonda va á la estación. » Ni círculos, ni salones, ninguna distracción posible fuera del trabajo. La única ventaja es París á una hora de camino de hierro y la facilidad de ir varias veces por semana al ministerio de la justicia, dándose una vuelta por las oficinas para que no se olviden del ascenso, que un brillante matrimonio facilitaría. Por fin, estaba harto de oír gritar en la pastelería : « La comida del Sr. Juez... » Y desde su encuentro con

la prima de Lorient, aquella linda cara risueña, por la cual habían pasado los pesares sin dejar una arruga, no se le había quitado de la memoria. Habiéndole hablado de sus pretensiones una noche, le prometió contestarle al día siguiente, y en ese precisamente se marchó. Al cabo de varios meses de espera, de vacilaciones, acababa de escribirle una carta muy detallada, muy sincera, exponiéndole su situación y sus perspectivas de porvenir, y deseaba que la Sra. de Fénigan interviniera en su favor.

— Convenido, contestó la notaria... La existencia en Corbeil no es divertida para una mujer joven; pero Elisa también se aburre en Lorient y además aquí estamos nosotras para ayudarle á distraerla...

— Y me permitirá V. añadir unas líneas, agregó Lidia, pues sé lo que vale y quiero á la encantadora Elisa.

— Ah, señoras ¿cómo darles gracias? murmuró el magistrado ruborizándose entre sus pobladas y negras patillas. Y lo que aun quedaba del camino pasó en embellecer el proyecto de matrimonio con los buenos ratos que pasarían juntos en Santa Genoveva de los Bosques, en el Solterón, partidas de pesca y de caza.

Deben casarse ustedes en Santa Irene, exclamó

Lidia con aturdimiento. Paróse cortada; pero Delcrús no era susceptible.

— Como Elisa está divorciada, contestó tranquilamente, no habrá matrimonio religioso y lo siento. Hubiera sido encantador, en esa capillita campestre.

Después, volviéndose hacia la madre añadió:

— Á propósito, he sabido que su amigo de V., el cura de Draveil, acaba de ser reemplazado...

— ¡Mi amigo!... hace mucho tiempo que no lo es. No le he perdonado su persecución contra el abate Ceres, un digno sacerdote...

La buena señora no pudo menos de reirse al ver la cara que puso Delcrús, á quien siempre había hablado del capellán de la Pequeña Parroquia con profundo desprecio.

— ¿Qué quiere V.,? añadió, todas mis ideas se han transformado; ya no soy la misma mujer... ¿Cómo ha ocurrido esto? Tal vez se lo diré algún día, por si pudiere servirle.

Acababan de pasar al salón después del almuerzo, y Lidia tocaba un prelude de Chopin, cuyos armoniosos acentos hacían trinar á una curruca posada en la gran paulownia que daba sombra á toda la entrada, cuando llamaron á la verja. Desde la mesa donde estaba escribiendo á

Elisa, la Sra. de Fénigan veía á los recién llegados en el patio y se levantó de prisa diciendo :

— Lidia, hija mía, cierra el piano. Ahí está el abate Ceres con otro clérigo; sin duda el nuevo cura que viene á hacernos una visita.

— ¿ Ese es el Sr. Ceres de quien cuentan tantas historias? preguntó el magistrado acercándose á la ventana, donde se le reunieron las dos mujeres, discretamente ocultas detrás de los visillos.

Los sacerdotes andaban con lentitud, hablando con aire familiar, algo ficticio, sobre todo el Sr. Cura, pequeño, gordito, á quien sus rosadas mejillas, su doble papada y su esclavina negra daban aire de una de esas viudas gordas, prósperas, como hay muchas. Paróse delante de una de las dos grandes canastas floridas situadas á ambos lados de la escalinata, para hacer admirar un grupo de rosas á su vicario que, sombrero en mano desde la verja é inclinando su blanca cabeza y su robusta estatura, oía con infantil deferencia las palabras de su superior, que tenía contando bien veinte años menos que él. Y aquel era el sacerdote rebelde, el indomable Lucifer cuyo orgullo quisieron reprimir con una penitencia de cinco meses en un convento de trapenses.

— ¡ Diablo! el capellán de la Pequeña Capilla no tiene aire rico...

Esta observación á media voz de Delcrús fué casi involuntaria, y resultó del contraste entre aquellas dos sotanas que cruzaban el patio en plena luz, una tan brillante y de tan firme color negro, como raída y descolorida estaba la otra. Pero las cejas fruncidas de la notaria y el tono con que afirmó : « es un santo », pusieron término á las bromas fáciles del magistrado; y hasta contuvo su gana de reir cuando el vicario, al abrirse la puerta del salón y anunciarlos el criado, se precipitó hacia delante, empujando todo para ser el primero en pasar. Nadie comprendió por el momento aquella entrada tumultuosa; y la mirada iracunda que le lanzó su superior jerárquico acabó de turbar al abate Ceres, tan humilde, tan tímido, tan ignorante de las reglas sociales, que creía que en la sociedad pasa, como en las procesiones, el inferior antes del superior, el monaguillo delante del diácono, el diácono delante del presbítero, el presbítero antes del obispo. Aquí, por desgracia á pesar de toda su prisa, no pudo ser el primero en llegar. « El Sr. cura se ha enfadado, pensaba el pobre hombre al saludar... Tendré cuidado al salir de no cometer la misma falta de cortesía. »

Esta preocupación daba aire de susto á sus claros ojos, dos manchas azules en un rostro cur-

tido, mientras admiraba los finos modales de su cura, su manera de saludar, de sentarse, de felicitar á la Sra. de Fénigan sobre los esplendores de sus rosales, de sus Mariscal-Ney, sus Gloria-de-Dijón, y también de hablar sobre música con Lidia, analizando á Wágner y Schumman como un verdadero inteligente. Del mismo modo, cuando la joven, que en los hoteles cosmopolitas se había convertido en gran lectora de novelas, pronunció los nombres de Tolstoi, de Ibsen, de Meredith y de Dostoiewski, el nuevo cura dió pruebas de que esos autores, sin serle tan familiares como su breviario, no le eran tampoco desconocidos.

— ¡ Qué hombre ! repetían los ojuelos buenos y sencillos del abate Ceres, extasiados ante la carita regordeta y rosada de su superior. Pero éste, poco interesado por aquella muda admiración, creyó poder divertirse á costa del vicario y le preguntó bruscamente su opinión sobre Dostoiewski. De morenas que eran, las mejillas del anciano sacerdote se pusieron coloradas como ladrillos ; su rostro revelaba tal turbación que Delerús se compadeció de él. « El Sr. Ceres no tiene sin duda tiempo para leer, dijo con su tono de estrados y de autoridad, pues le sobran miserias que visitar y socorrer. »

El humilde sacerdote, que padecía verdadero

suplicio ante esos elogios que le parecían empuñecer á su superior, se agitaba en su silla balbuciendo en su áspero acento de montañés que no tenía más mérito que los demás y que también á él le llevaba tiempo la lectura.

— Vamos Ceres ; no quiera V. hacernos creer que ha leído V. á Dostoiewski, insistió el Sr. Cura, cuya risa subía y bajaba la esclavina de viaje.

— Pues bien, sí lo he leído... me lo prestó el Sr. Merivet... y añadiré que le tengo gran antipatía á ese Dostoiewski.

— ¿ Le tiene V. antipatía ? ¿ Por qué ? preguntó el cura, estupefacto como todo el mundo. Bien es verdad que el rústico capellán no parecía apto para comprender al autor de los Karamazoff, ni á conservar le rencor por una antipatía cualquiera.

— Le reprocho que ha puesto de moda la piedad rusa.

— ¿ La piedad rusa ? ¿ Qué entiende V. por esa frase, mi querido vicario ?

— Pues esa piedad injusta que sólo se preocupa de los pillos y de las pérdidas, que nos entenece exclusivamente sobre los desastres del presidio y otros malos sitios, como si el infortunio no mereciera lástima más que en el crimen y la abyección. Esto es lo que yo llamo la piedad rusa. Todos

hemos conocido excelentes mujeres de trabajadores que se agostan en cuidar su casa y sus hijos, sin quejarse de las privaciones y de los golpes; y cuando Dostoiewski arroja su Rodión á los pies de una prostituta, que simboliza á sus ojos toda la miseria humana, me parece que deshonra la miseria y calumnia á la humanidad.

La voz del sacerdote, que ya no vacilaba, iba subiendo, armoniosa y robusta. Y al mismo tiempo su mirada adquiría firmeza como su ademán, aires magníficos de predicador; y Lidia, que no le conocía más que por haber visto desde lejos brillar y encogerse al sol su sotana raída, se explicaba ahora el entusiasmo de su suegra y del anciano Merivet.

— ¿ No sabe V. señor abate, dijo Delcrús, que esta piedad es francesa?

Empezó con el movimiento de 1848, y la observará V. en las novelas de Victor Hugo, de Jorge Sand y de Eugenio Sue. Los rusos se han limitado á tomarla de nosotros, refinándola para su complicado sistema nervioso. Pero la Sonia de Dostoiewski es de la familia de Fantina.

Encantado de probar á las señoras de Fénigan que también él era un hombre leído y elocuente, el juez alzaba la cabeza y subía la voz como en el tribunal; pero el fin de su discurso se perdió en un

empujón. El Sr. cura, creyendo bastante larga la visita, se había puesto en pie para saludar al ama de la casa y se dirigía hacia la puerta cuando el vicario notó su partida. « Ay, Dios mío, se dijo el infortunado, otra distracción... » Pegó un salto á través del salón, tropezó con un taburete, echó unas sillas al suelo, y cogiendo á su regordete curita con ambos brazos, precisamente en el momento de salir : « No, no puedo consentirlo... Sé muy bien lo que debo á mi jefe... » Levantólo y separándolo violentamente se precipitó á la escalinata, á donde llegó primero que el otro con aire de triunfo.

— ¡ Qué viejo singular !... ¿ por qué está siempre tan de prisa? preguntó Delcrús á Lidia y á su madre, que veían marcharse á los dos sacerdotes. La esclavina del cura se agitaba furiosamente por efecto de la violencia de su mímica fulminante, mientras el vicario le escoltaba, consternado, cabeza baja, oyendo una terrible lección de cortesía mundana, que no le aprovechó; pues habiendo encontrado poco después al cartero que bajaba de su velocípedo delante de la verja, se paró, siempre distraído y compasivo, para pedirle noticias de su mujer enferma. Oyóse la voz del cura, agria y nerviosa : « ¡ Cuando V. quiera, abate!... » y luego las protestas del desdichado Ceres, que desaparecía

en el camino detrás de un torbellino de polvo y de duras reprimendas.

— ¡ Pobre vicario nuestro, dijo la Sra. de Fénigan, me parece que tampoco éste le hará muy grata la existencia!

Lidia no contestó, absorta en la lectura de una carta de Ricardo, que le anunciaba su regreso y el de Merivet para el martes siguiente. « Dentro de tres días, mamá... estará aquí dentro de tres días. » El acento de su alegría, el abrazo á su suegra revelaban tanta sinceridad, que el magistrado iba diciéndose al volver á Corbeil cuando caía la tarde: « No cabe duda; el matrimonio es una institución robusta. ¡ Pensar que después de tan terribles sucesos esas gentes podrán entenderse y vivir en paz todavía! »

Así juzga el mundo, que sólo ve las apariencias engañosas de los entes y de las cosas, y no comprende nunca lo que ocultan. Aun en el círculo de los Fénigan, entre los que aprobaban ó censuraban la indulgencia del marido, su perdón generosamente otorgado, muy pocos comprendían que el drama duraba todavía, más agudo y desgarrador; muy pocos sospechaban el motivo del largo viaje de Ricardo y las cartas desoladoras en su cruel monotonía que hacía dos meses se escribían los esposos. Sobre todo en los primeros tiempos, la

ausencia y el alejamiento, aguzaban por el contrario la celosa agitación del marido. La idea de que el príncipe estaba en Granburgo, de que podían encontrarse, volverse á ver, repetía en misivas interminables, de letra agitada casi ilegible, la escena de la noche que precedió á la partida: « ¿ Por qué le has amado?... Júrame que ya no le quieres. » Y ella juraba, llenando páginas enteras de protestas, agotando las fórmulas y los juramentos.

Sin embargo, el adorable y variado aspecto del Sahel argelino, y más que ese aspecto poco á propósito para su imaginación burguesa, las cacerías y las enboscadas, las largas caminatas á caballo seguidas de pesados sueños bajo la tienda, acabaron por calmar á Ricardo Fénigan, arrancándolo á su idea fija. Las cartas mudaron de tono, haciéndose más serenas y firmes, como la voz de un convaleciente. Una vez escribió Merivet: « Está mejor. » Y poco después Ricardo: « Estoy muy bien. » Á estas palabras siguió con escaso intervalo la carta anunciando su regreso para el martes siguiente.

Lidia la leía y la relía sentada en un banco del silencioso y solitario parque, sin cansarse de recorrer aquellas páginas llenas de palabras tiernas, de dichosos proyectos. El día terminaba en una

gran suavidad de tonos y de temperatura; y lo que del cielo se veía á través de las ramas, pasaba del azul á un verde claro: un tiempo á propósito para esperar y creer. Súbitamente, detrás de un grupo de plantas, resonó furiosa una voz de mujer, acento que le fué imposible reconocer por lo mucho que lo cambiaba la pasión: « Váyase V. á su casa, canalla... ¿Se deben conducir así las mujeres casadas?... debería tener V. vergüenza, inmunda criatura! »

Lidia se levantó, llena de espanto, creyendo en un insulto personal, cuando vió detrás de la verja que daba al bosque á Rosa Chuchín, cogida á las barras con ambas manos, vomitando su ira en la dirección de un traje con rayas rosadas y de una sombrilla que huían por el bosque. Las lavanderas le habían referido el largo coloquio del Sr. Alejandro con la nuera Saltacor, y celosa de su antiguo amante, le pareció tanto más verosímil una intriga entre ellos cuanto que había visto varias veces á la Saltacor dando vueltas por el pequeño Sénart, en las cercanías de Uzelles, á donde Alejandro iba constantemente. La presencia de Lidia no la contuvo, sino que tomó á su ama como testigo de tanta impudencia y de infamia: « ¿Comprende V. esta sin vergüenza, señora?... ¡Venir á quitarnos nuestros hombres en la propia casa?

— ¿Acaso estás casada, pobre Rosa?

— No, señora; pero hay cosas demasiado duras... Si cree que le dejaré hacer lo que desea... Y no se lo diré á su papanatas de marido, sino al suegro, al Indio, con quien tendrá que habérselas... ¡Caro lo has de pagar, perdida!

Pero en el camino del bosque, delicioso de tranquilidad aquella tarde, sólo había saltos de conejillos, idas y venidas de faisanes espantados por la gritería. Lidia, asombrada de hallar tanta pasión en aquella criatura que le parecía adormecida, cerrada, una especie de marmota, trató de calmarla: « Sería horrible avisar á Saltacor, que es una bestia feroz... Pero te conozco, no lo harás porque no eres mala. »

Rosa movió la cabeza.

— Mala no; pero celosa sí... ¡Oh! celosa... Un mal como la rabia... mire V. señora, se es mordido y quiere uno morder. Se sufre y se hace sufrir.

Su rostro vulgar se ponía hermoso, convulso y teñido por la pasión: y Lidia Fénigan descubría con terror en aquellas facciones de campesina, á manera de amenaza ó de presagio, la expresión dolorosa que tan bien conocía y que tantas horas amargas le recordaba.

devuelto á mi familia, con un permiso renovable indefinidamente.

Poco divertida, la familia. La duquesa siempre en camino con motivo de la herencia; el general cada vez más inmóvil, parecido á esos personajes mitológicos que Virgilio y Ovidio nos representan perseguidos por la ira de un dios y metamorfoseados en árbol ó en roca. De hora en hora va subiendo la envoltura dolorosa de la piedra, la corteza que le oprime. Pronto no tendrá de vivo sino la cabeza, luego los ojos, esos sombríos ojos indignados en que la luz se refugia como el sol poniente en los vidrios de las más altas ventanas. El pensamiento persiste y también la palabra; pero sólo se sirve de ella para definir su mal en fórmulas que desesperan. Cuanto enuncia es feroz, brilla, pica y corta como un instrumento de cirugía; sin embargo, pretende que sus facultades se embotan y el violoncelo del maestro Juan no le hace en los nervios cosquillas tan agradables como en otro tiempo. La verdad es que al indicado maestro sólo le queda el resuello. Cuando habla con uno es cosa de creerse sordo, y produce la sensación de que se encuentra en una habitación lejana. Quizás su violoncelo se ha puesto tan afono como él.

Ayer por la tarde hablábamos los tres en el terrado que da al río. « Hazme un cigarrillo, » dijo

XV

DIARIO DEL PRÍNCIPE.

Ya sé porque me desterró mi familia durante tanto tiempo de Granburgo. El marido de la Sra. de F..., que había aceptado filosóficamente el raptó de su mujer, se enfadó de firme al tener noticias del abandono. Las amenazas del Sr. Pum-pum impresionaron á mi madre, que me veía ya ahogado, ahorcado, empalado, despellejado, y no se tranquilizó un poco sino al ponerme bajo la salvaguardia de mi primo Boutignan y del invencible regimiento de dragones n.º 50. ¿Qué ha ocurrido en casa de nuestros vecinos de Uzelles mientras hacíamos las grandes maniobras? Me afirman que la señora ha vuelto al domicilio conyugal y que Pum-pum se ha marchado á Argelia sin que nadie haya podido explicarme este doble misterio. Lo esencial es que el coronel me ha

el general con voz chillona. Al dar vueltas al tabaco miré sin duda sus grandes manos inertes, encogidas sobre sus rodillas á modo de hojas secas. El tono de su mal humor se acentuó.

— ¿Qué tienen mis manos? No son tan blancas como las de Lidia F...

Y apenas pronunció este nombre, cuando se puso furioso, me reprochó mi conducta indigna con esta mujer, me acusó de andar otra vez detrás de ella, y con la boca torcida por los celos, me gritó con la voz de mando que tenía para dirigir el desfile de las tropas en Longchamp delante de la tribuna presidencial: « Te lo prohibo ¿me oyes? te lo prohibo. » Al oír esto me sublevé.

— ¿Me lo prohíbe V.? ¿Y con qué derecho?

— Con el de padre... con el de jefe de familia...

Precisamente su última carta, mi querido Valongo, trataba del principio de autoridad y de su universal decadencia. Recordando sus frases muy vibrantes, muy elocuentes, se las planté al general como si hubiesen sido mías.

No puede V. imaginarse la sorpresa, la estupefacción de mi ilustre padre cuando le dije que la familia seguía en sus evoluciones al Estado, y que después de haber sido monárquica á su imagen, monárquica liberal luego, se democratizaba lo

mismo que él; y tampoco puede V. figurarse la desolada cara del maestro Juan.

El fondo del asunto es que el general piensa siempre en nuestra linda vecina y se muere de rabia en su zócalo apenas me ve pasar el puente, persuadido de que ando dándole vueltas á la quinta de Uzelles. Le doy mi palabra de que no había vuelto á encontrarme con la Sra. de Fénigan desde nuestra ruptura, cuando está mañana nos tropezamos en casa de un joyero de Corbeil. Me pareció algo delgada, y conserva su gracia indolente con un poco de palidez que atribuyo al choque del momento. Ni una palabra, apenas una mirada y esto fué todo. Y puedo asegurarle que ahí pararán las cosas, pues si me acusan de volver á Uzelles es porque las citas con mi pequeña Saltacor se efectúan casi siempre en esa parte del bosque que linda con el parque de los Fénigan. Ya le he dicho como la vigilan á la pobrecilla y el miedo cerval que tiene al Indio, gracias al cual estamos todavía en los preliminares. Sin duda por esto mi capricho va volviéndose pasioncilla, y ninguna señora de la sociedad, noble ó burguesa, me ha excitado tanto hasta ahora como ese delicioso melocotoncillo.

¿Bonita? Todo lo más. Boca grande, una naricilla de parisiense, la elegancia desmangallada de

una mandadera de modista. Al entrar el otro día en casa del joyero, donde estábamos eligiendo una cadena de oro, la Sra. F... me lanzó todo su desprecio en una mirada que quería decir: «¿Á ese punto ha llegado V.?... sea enhorabuena.» Desgraciadamente tampoco tenía yo más que una mirada expresiva por toda respuesta, y esto no bastaba para explicarme.

Créame V., Valongo, aunque soy muy joven todavía, he terminado casi mi experimentación femenina, sobre todo en lo relativo á la mujer francesa. Y en primer lugar ¿dónde está la francesa? ¿cuál es su tipo? ¿es la caprichosa, friamente libertina, de que hablan las pequeñas novelas del siglo XVIII? ¿ha rugido y bramado alguna vez como las Malvina de los joven-francia románticos? ¿la descubriremos más bien en el ganado pensativo de los poetas parnasianos, ó entre las instintivas del naturalismo y las místicas neurópatas de los decadentes? Quizás ha sido todo eso ó por lo menos se ha imaginado serlo, maniqué de novelistas, probadora complaciente y blanda de las modas más excéntricas; pero en el fondo sospecho que es una apasionada supuesta, una libertina sin convicción, que es sencillamente y casi siempre la madre, la mamá. Desde hace más de tres años que ando en brazos de mujeres,

ese es el tipo que con mayor frecuencia he encontrado. Tal vez dirá V. que mi edad tiene la culpa. Sin embargo, aquí trato á muchachas muy jóvenes, solteras y casadas, nuestras vecinas de Merogis, en las cuales comprendo que todo es apariencia, costumbre ó moda, todo, exceptuando el instinto tierno y protector de la maternidad. La Saltacor es otra cosa: un ser vibrante, una carilla de locura y deseo, ni la aristocrática belleza de la condesa, ni el tipo de israelita rubia de Rebeca Dollinger, pero estoy seguro de que hacia ella me atrae algo cuya equivalencia no conozco. Mañana le diré, querido amigo, y dejo abierta mi carta con esta intención, si no he cometido un error de diagnóstico.

¿Por qué mañana? por que á fuerza de astucia he podido procurarme una noche, una buena noche completamente nuestra, en una verdadera cama y no al abrigo giratorio de un quitasol, persuadiendo al guarda-general de que debía organizar una gran batida contra los cazadores en vedado, cuya audacia se ha hecho intolerable. Citado para esta noche en la halconería con todo el personal del Sénart grande y del pequeño, el Indio no volverá á la Ermita hasta mañana por la mañana á las seis. Ya puede V. figurarse si aprovecharemos el tiempo...

Le incluyo el bosquejo á dos lápices de mi preciosa crisma que empezó el soldado de caballería Borski, falsario en el regimiento n. 30 de dragones. Según puede V. ver, ya empezaba á parecerse. Sólo que por la ley de subjetividad de que hablábamos un día y que obliga á mi sastre, que es gordo, á hacerme chalecos que bostezan, no obstante mis repetidas observaciones, así ese apasionado de Borski puso en mis ojos el frenético ardor de los suyos y la expresión de mi rostro resulta cambiada por completo. Volví á ver al pobre muchacho en el patio del cuartel, la mañana en que desfiló ante las tropas después de su condena á trabajos forzosos. Aquella siniestra y teatral ceremonia de la degradación, bajo un cielo de lluvia, en el cuadro de lados oscuros, de hombres y caballos chorreando agua, no parecía impresionarle. Cuando pasó junto á mí, con su capote vuelto del revés sobre los hombros y la cabeza erguida, me impresionó el alejamiento de sus miradas y de sus pensamientos. Comprendíase que estaba á mil leguas de todos los presidios, sonriendo con transporte á la que lo hizo criminal. Esa llama de pasión es la que puso en mi retrato, sin ningún motivo por cierto.

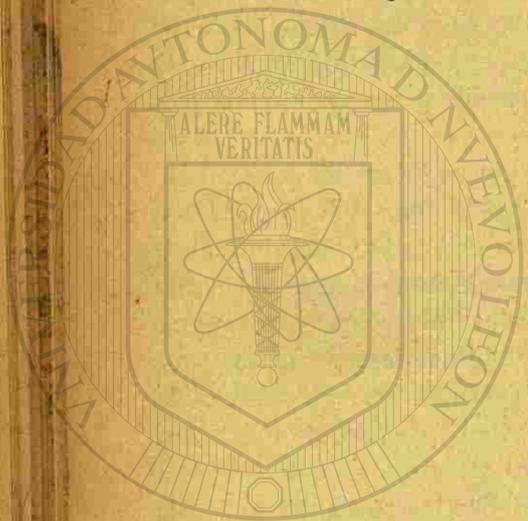
¡ Oh, no, en los ojos de nuestra generación no

hay llamaradas, verdad Valongo ? Nosotros no ardemos ni por el amor ni por la patria : ¿ Quién tiene la culpa ? V., filósofo amigo, pensador, trabajador, devorador de libros, ha extinguido según cree su calor y sus rayos en las nieblas de la metafísica alemana ; y por esto ausará V. á los libros de haberle instruido y agostado demasiado pronto.

Pero entonces nosotros, los malos estudiantes, los que no leemos, hubiéramos debido conservar ese foco de honradas creencias y sucede todo lo contrario. Probablemente no es preciso abrir para conocerlos esos pesados libracos que han causado su desencanto ; las ideas desesperadoras que contenían como en germen se han convertido en fórmulas y se han dispersado, de modo que las respiramos con el aire y con la vida, absorbiéndolas por todos los poros. Ni una sola vez me ha citado V. uno de los hermosos y terribles axiomas de sus filósofos, sin que yo me haya dicho : « Pero si yo sé eso. » Ahí se nota uno de esos inexplicables fenómenos que transmiten en un día, de extremo á extremo del desierto, la noticia de un gran acontecimiento sin que se pueda explicar la manera como se propagó. Por esto nosotros, los de la última remesa, la de la conquista, ignorantes como yo

ó instruídos como V., estamos todos heridos de fastidio y agotamiento, vencidos antes de la acción, todos con almas de anarquistas á quienes ha faltado el valor del gesto.....

CARLEJO.



XVI

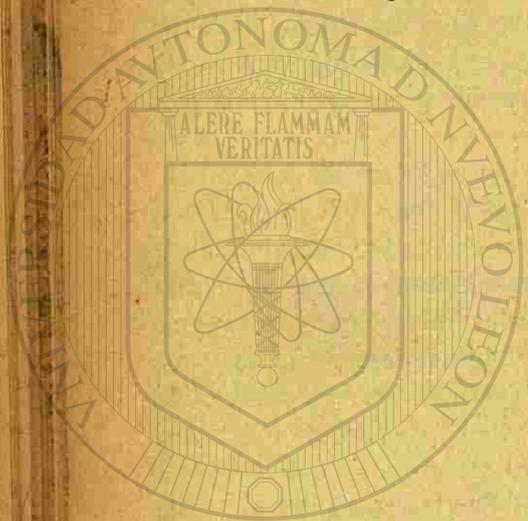
Al desembarcar en Marsella, donde debía detenerse un par de días para la definitiva liquidación de sus negocios, el anciano Merivet oyó con sorpresa que Ricardo manifestaba la intención de separarse de él, siguiendo solo el viaje.

— ¿Para qué? preguntaba Napoleón, mientras acompañaba desde el barco al camino de hierro á su caprichoso compañero... Anunciaste la llegada para el martes ó miércoles, ¿qué ganarás adelantándola un día? Ni habrá coche ni nadie que te espere.

— Esto es precisamente lo que deseo, contestó Ricardo, sonrojándose de su involuntaria confesión. Merivet se alarmó, con un gesto que habría hecho volverse en París á todo el mundo pero que en Marsella pasó desapercibido por haberse mezclado con otros muchos ademanes semejantes.

ó instruídos como V., estamos todos heridos de fastidio y agotamiento, vencidos antes de la acción, todos con almas de anarquistas á quienes ha faltado el valor del gesto.....

CARLEJO.



XVI

Al desembarcar en Marsella, donde debía detenerse un par de días para la definitiva liquidación de sus negocios, el anciano Merivet oyó con sorpresa que Ricardo manifestaba la intención de separarse de él, siguiendo solo el viaje.

— ¿Para qué? preguntaba Napoleón, mientras acompañaba desde el barco al camino de hierro á su caprichoso compañero... Anunciaste la llegada para el martes ó miércoles, ¿qué ganarás adelantándola un día? Ni habrá coche ni nadie que te espere.

— Esto es precisamente lo que deseo, contestó Ricardo, sonrojándose de su involuntaria confesión. Merivet se alarmó, con un gesto que habría hecho volverse en París á todo el mundo pero que en Marsella pasó desapercibido por haberse mezclado con otros muchos ademanes semejantes.

— ¿Cómo, infortunado, le preguntó, todavía estás en esas?... Esconderte para volver á su casa, tratar de sorprender á su esposa... Y yo era tan tonto que te creía curado. Merecerías que al llegar... Pero ante la emoción de Ricardo no tuvo ánimo para terminar la frase. «Ea, buen viaje, niño loco; y puesto que las verás antes que yo, da un buen abrazo á tu madre y á tu mujer de parte de su anciano amigo.»

No sólo los celos impulsaban á Ricardo á precipitar el regreso veinticuatro horas. Tenía prisa de estrechar á Lidia contra su corazón; pero no se atrevía á decirlo á Merivet, confesándole que después de haber soportado un año entero la privación de su mujer le parecía intolerable pasarse de ella un día.

Llegó por la mañana á Villeneuve, y un ómnibus destartado, con su conductor de blusa azul, y un rocín flaco y cojo se encargó de llevarlo á su casa con sus maletas. Iban andando lentamente á paso de tortuga; y como el sol iba subiendo en el horizonte y como los cueros del vetusto carricoche emitían repugnante olor de comida y de tabaco, Ricardo se sentó en el pescante, al lado del cochero, que un vaso de vino blanco tomado en una taberna del camino había vuelto locuaz. Era un antiguo trompeta del 3.^{er} regimiento de cazado-

res, de la época en que el duque de Alcántara lo mandaba. Buen chico, el duque y que por dondequiera que había andado conquistó muchas hembras. No era extraño que se hubiera echado á perder la medula. Parece que su hijo, el pequeño Carlejo se daba gusto de la misma manera. El año antes se había escapado con la mujer de un colono de por aquí; en la última fiesta de la Ermita no se hablaba de otra cosa. El viajero había oído tal vez contar el caso.

Ricardo hizo una señal de negación y ya no habló más en todo el camino. Después de infructuosas tentativas de conversación, el cochero, que le oía tararear entre dientes, se imaginó que su parroquiano era aficionado á la música, y sacando de debajo del pescante un clarín llenó de abolladuras, roído por el cardenillo, se puso á entonar las tocatas del 3.^{er} regimiento. Ricardo se cansó pronto de aquellos sonidos que le desgarraban los oídos y por otra parte al acercarse á su casa encontraba personas conocidas, que se extrañaban de verle en semejante avío. Así fué que una vez pasado Draveil, se bajó y tomó por el bosque, mientras el ómnibus seguía su camino, con música y al sol. En realidad, las anécdotas de su cochero activaban su malsano deseo de dar una sorpresa á horas y por caminos inesperados.

— ¿Qué hace? ¿Pensará en mí?

Este era el ritmo de su rápido andar, que no producía ningún ruido sobre el musgo elástico de un estrecho sendero por donde se iba á la Encina Priora. La campana de la Pequeña Capilla, cuyo tañido reconoció en el calor vibrante de la llanura, daba las doce. Escuchando estaba ese timbre conocido, cuando cerca de él se dejó oír un ruido de ramas, como una huida precipitada; al mismo tiempo, el ruido de un instrumento, de una azada, que vio encima de uno de los grandes hormigueros donde recolectan huevos para la alimentación de los faisanes. Sin duda un merodeador á quien había interrumpido en sus preparativos.

Sin volver á ocuparse de esto, continuó su camino, á paso involuntariamente más acelerado á medida que se acercaba al hogar, y no tardó en llegar al redondel de la Encina Priora, desde donde partían varias alamedas, entre otras una en cuya extremidad se distinguía la verja de su parque. Desde lejos le pareció que esta verja, ordinariamente cerrada, estaba abierta y que varias personas iban y venían. Algunos individuos salían del parque corriendo y daban la vuelta hacia la derecha, donde se distinguía un grupo, que formaba mancha oscura y agitada en la calva luminosa. Ricardo se encaminó allí, muy preocupado por el fantas-

mático silencio de aquella multitud. Toda la comarca estaba presente, Soisy, Draveil, guardias y gendarmes. ¿Qué ocurría, pues? Algo lúgubre seguramente, puesto que al mismo tiempo llegaba la carreta de los ahogados, dando tumbos en los baches del terreno.

— Ahí viene D. Ricardo, dijo uno. En seguida la multitud se separó con respeto, dejando ver un círculo distinto donde estaba en pie el juez Juan Delerús y su escribano, el médico de Soisy y el de Draveil, hablando en voz baja con el Sr. Alejandro, delante de una forma inerte tendida sobre la hierba, y de la cual sólo se veían las piernas cubiertas de grandes polainas, pues el resto del cuerpo estaba oculto debajo de un enorme quitasol amarillo que lo cubría y lo ocultaba.

— Ah, mi querido Fénigan, es horrible, murmuró el magistrado con la fría entonación oficial, dando la mano á Ricardo, sin manifestar la menor sorpresa de verle. Las demás personas del grupo le saludaron, con aire aterrado, pero ninguna le enteró del accidente.

— ¿Qué es? preguntó, asaltado de súbito por una sospecha que puso descoloridos sus labios é hizo brillar sus ojos. Delerús le miró estupefacto:

— ¿Pero no sabe V.?.... Trátase del príncipe de Olmutz, fallecido según se supone hace dos ó

tres días y que acabamos de poner de nuevo en el sitio y posición en que Alejandro le encontró esta mañana.

Por orden del juez leyó el escribano á media voz de modo que Ricardo la oyera, la declaración que estaba redactando conforme á las indicaciones del antiguo mozo de comedor.

... El príncipe salió de Granburgo el viernes por la noche después de comer y el lunes por la mañana no había vuelto; pero nadie se había alarmado por esto en la quinta, sobre todo los dos primeros días, porque esas ausencias eran comunes en él. La inquietud empezó el domingo cuando vieron que no asistía á la comida de su cumpleaños, para la cual se había convidado á los amigos de las cercanías. Sin embargo, con objeto de no asustar á la duquesa, permaneció encendido el salón gran parte de la noche y la juventud bailó un minué ensayado para el caso. El lunes por la mañana á primera hora, el general mandó á buscar al Sr. Alejandro, manifestándole su secreta inquietud. El Sr. Alejandro sonrió desde las primeras palabras, contestando:

— Pero mi general, vi ayer al Señorito Carlejo... y también anteayer.

— ¿Dónde? preguntó el padre alegremente.

— En el bosque, y siempre en el mismo sitio...

Un rincón del pequeño Sénart, en el distrito de la Encina Priora, donde todas las tardes, desde hace un mes, el príncipe espera recostado en los helechos y debajo de un enorme quitasol... ¿á quién?... nunca he tenido la curiosidad de averiguarlo; pero si mi general lo desea...

— De ningún modo. Sin embargo, me extraña que estando tan cerca su campo de maniobras, no venga á Granburgo para tranquilizar á su madre. Si V. le ve hoy, le autorizo para prescindir del incógnito de la cita y darle este recado de parte mía.

El Sr. Alejandro lo prometió así, y sin esperar á la tarde, en el momento de volver á su casa de Uzelles, tuvo la idea de darse una vuelta por el bosque, siguiendo las verjas de los parques. Al llegar á la de los Fénigan, impulsado por un sentimiento inexplicable se inclinó y miró á lo lejos debajo de los árboles hacia el sitio donde el príncipe solía esperar. ¡ Cosa singular! Aunque eran apenas las ocho de la mañana, el quitasol esperaba completamente abierto en el rocío y la hierba, muy abundante allí. También el enamorado estaba allí, sin duda durmiendo, pues el Sr. Alejandro, que lo llamó dos veces, no obtuvo respuesta. Entonces...

Aquí terminaba la declaración y el escribano se volvió hacia Alejandro, que siguió diciendo: «Entonces levanté el quitasol y se me apareció

algo tan espantoso que eché á correr dando gritos. Los jardineros de D. Ricardo salieron y vino gente de todas partes; pero hasta que la justicia llegó de Corbeil no permití que nadie se acercara al cuerpo, ni que lo tocara ó lo moviese.

Hubo un murmullo de aprobación.

— ¿Pero está realmente muerto? preguntó Fénigan, presa de indefinible emoción en que se adivinaba todavía más satisfacción que terror. El magistrado y su escribano se miraron sonriendo de manera fúnebre.

— Ya lo creo... mire V., dijo Delcrús, haciéndole ver al que había sido príncipe de Olmutz, el irresistible joven de la *cavata*, convertido ahora en una forma repugnante, sin nombre, una cabeza de muerto mal despellejada, ya esqueleto en algunos puntos, con fragmentos de huesos limpios, pulimentados y blancos como el marfil, y pedazos de carne desgarrada á manera de sanguinolento encaje. En las órbitas acunajaronadas de los ojos y de la boca, en los antros de las narices y de los oídos, en el contorno de la mandíbula, torcida por un resto de músculos, pululaban innumerables hormigas encarnadas, gusanos y cucarachas. Aquello era lo que tantas mujeres habían amado y acariciado, lo que había vuelto locos de celos á tantos hombres.

La curiosa multitud, que no obstante la resistencia de los gendarmes había seguido á Ricardo cuando se acercó al cadáver, retrocedió de espanto y de horror. Los que vieron el cadáver, referían pormenores á los demás, con exclamaciones de lástima, frases del pueblo que constituyen una verdadera imagen... « la cabeza agujereada como una linterna... » Y además, algunas risas sofocadas, como en los dramas demasiado terribles. De repente volvió el silencio, el silencio, emotivo de las asambleas, envuelto aquí por el zumbar de los mosquitos en la luz, el rumor y hormigueo de todos los insectos en la hierba. Era que al hacer una señal el magistrado se acercó la carreta de los muertos, rozando las ramas bajas; dos guardacazas pusieron en ella el cadáver, y uno de estos hombres tuvo la delicadeza de cubrirle el rostro con un pañuelo. Esos cuantos pasos bastaron para que los guarda-bosques vieran sus vestidos azules llenos de gusanos y de sangre.

— ¿Adónde lo hace V. llevar? preguntó en voz muy baja Ricardo á Delcrús, haciendo un esfuerzo para que el tono de su voz pareciera triste.

— Á Granburgo, por el camino de la orilla del río, á fin de no impresionar demasiado á los padres, que Alejandro tiene encargo de preparar. Los de Alcántara tienen en su quinta una sepul-

tura de familia y el entierro podrá efectuarse en seguida. Cuanto á una autopsia judicial, me parece que los dos Esculapios de sombrero de copa que vienen detrás de nosotros no sabrían hacerla solos. Esta cabeza deshecha los desconcierta. Suponen una muerte súbita, por congestión, enfermedad frecuente en la familia, y que sorprendió al príncipe debajo de su quitasol. Soy casi de su parecer; ó de lo contrario habría que imaginar un asesinato y luego la colocación otra vez del cuerpo en su posición y al abrigo acostumbrados, lo que sería un exceso de ferocidad... ¿ por qué?

Mientras hablaban seguían á la triste carreta que escoltaban el Sr. Alejandro y los gendarmes, por el estrecho camino de piedras y malezas que costea el parque de los Fénigan. La multitud fué disolviéndose poco á poco en grupos locuaces y se dispersaba por todos los senderos del bosque, cuando de pronto la voz de Ricardo, dominando el ruido de los pasos y el rechinar de las ruedas, interpelló con violencia al carretero, que cogía á su caballo por la brida, como para dar la vuelta y entrar en el parque.

— ¿ Eh, adónde va V. ?

Y al contestar el hombre que pasando por su finca se ganaría media hora y que el Sr. Alejandro lo había dicho, Ricardo lanzó un rugido de ira :

— Jamás... por ahí no pasará... ¿ En qué se mete ese inmundo lacayo ?

Delcrús se estremeció al notar lo excitada de la palabra y del ademán, que inmediatamente suscitaron en él mil ideas, casi sospechas, que no tardó en rechazar por esta sencilla reflexión : « Sí, fué el amante de su mujer ; pero ya hace mucho tiempo que eso acabó y que los esposos se han reconciliado. Además, los jueces de instrucción ven asesinos en todas partes. Siendo este el primer sumario de que me encargo, me importa no caer en semejante ridiculez... » Así llegaron á la verja y entonces Delcrús, después de hacer varios encargos á su escribano, saludó á los médicos y cogiendo á Ricardo por el brazo, lo arrastró hacia el parque con familiaridad : « Ahora, le dijo, vamos á ver á esas señoras. Esta mañana les prometí venir á enterarlas así que terminaran las diligencias... Me dijeron que no le esperaban á V. hasta mañana.

— Sí, pero la idea de llegar un día antes por el bosque y de darles la sorpresa me sonreía. Yo he sido quien me la he llevado y realmente espantosa.

El acento era sincero, lo mismo que la turbación de aquel rostro leal y robusto curtido por el siroco. El juez se reprochó la sospecha que le

había pasado por la mente y en su estado de alegre expansión, casi estuvo á punto de disculparse, de acusarse por ella en alta voz. « Ciertamente, mi querido Ricardo, es un terrible accidente; pero debo confesarle que mi propia dicha me hace difícil... ¿Ha tenido V. noticia de mis proyectos respecto de su prima Elisa? Acaba de contestar á su madre aceptando, pero en el desorden de hace un momento, la Sra. de Fénigan no pudo decirme más que unas cuantas palabras... Ah, allí vienen... »

La notaria y Lidia acababan de aparecer en lo lejano de la alameda. Hallándose por casualidad aquella mañana en el jardín cogiendo rosas, llegó la mujer del jardinero completamente fuera de sí á darles cuenta del lúgubre descubrimiento del Sr. Alejandro en el césped. Las pequeñas tijeras de podar que Lidia tenía en la mano siguieron cortando tranquilamente — la madre lo observó — sin la menor interrupción, sin la más ligera sacudida. La joven se contentó con esta reflexión á media voz: « ¡Qué suerte que Ricardo no esté aún de vuelta! » seguida por otra que no expresó. « Después de sus amenazas de matar al príncipe, no habrían dejado de acusarlo... y hasta yo habría creído... » Esta idea no la abandonó ya, y cuando Delerús, llamado de Corbeil, se paró un momento

en la quinta y discutió un instante con su escribano las probabilidades del accidente, estuvo á punto de felicitarle en alta voz de la ausencia de su marido; pero un instinto misterioso le impidió hacerlo. En tales condiciones es fácil comprender el espanto de la joven al ver llegar á eso de las doce la maleta y saco de viaje de Ricardo.

— Viene, le dijo la jardinera, en el ómnibus de Villeneuve... D. Ricardo ha tomado á pie por el bosque.

Lidia se sintió morir, invadida por esta convicción: « Él es quien ha matado á Carlos... »

Y se le aparecía el drama, flagrante y brusco. Su marido que llega un día antes para sorprenderla, el príncipe emboscado cerca de la verja, el encuentro de los dos hombres, un arrebato de cólera y el homicidio. Había pormenores enexplicables; pero ella no se paraba en analizarlos, dominada como estaba por su estupor y su admiración, pues admiraba á su marido por haberse atrevido, él, tan tímido y débil, aquel hombre niño que sólo le parecía capaz de llanto y lamentos; ¡Cuidado si debía estar enamorado y celoso! Y se producía en ella, en la angustia, una ascensión de ternura, de gratitud, una fiebre de amor deliciosa, que aumentó aún cuando apareció Ricardo en la vuelta de una alameda, bronceado, adelgazado

por el hálito de África, con los ojos brillantes de alegría, y ostentando en toda su persona algo de viril y resuelto que antes no tenía.

La madre, que se apoyaba en el brazo de Lidia, estorbando la soltura de su andar, gritó desde lejos á su hijo, dominada por su impaciencia : « ¡Vaya una idea no avisarnos!... ¿Sabes que hemos tenido mucho miedo al ver tu equipaje y que tú no parecías?... Sobre todo después de este horrible suceso...

— Es cierto, queridas mías, he elegido muy mal el día. »

Interrumpióse para dar un abrazo á su madre y en el mismo arranque estrechar contra su corazón á Lidia, cuyo lindo rostro tuvo que ir á buscar debajo de un capuchón rosado. Encontróla helada y temblorosa, tanto que lo hizo observar en alta voz. Ella no contestó y la Sra. de Fénigan, comprendiendo que necesitaban estar solos, echó á andar delante de ellos con Delcrús.

Ricardo, ebrio de alegría, apretaba el brazo de su mujer debajo del suyo como el pobre hace con su pan, como el ahogado se coge á la boya; á cada paso se paraba mirándola é interrogándola hasta en el fondo de sus ojos : « ¿Por qué tiembles, por qué parecen de hielo tus labios y tus manos?... Mi regreso imprevisto ha podido

sorprenderte... pero ya eso pasó... ¿No será el horror, la impresión de esta catástrofe?

— Oh, no, contestó ella sinceramente, de modo que el error era imposible.

Su marido insistió :

— Deberías decírmelo, pues ahora puedo oírlo todo...

— Había muerto para mí hace mucho tiempo, ya lo sabes... No, Ricardo, no es eso.

— ¿Entonces qué es? ¿No te regocijas de verme? Sin embargo, tus cartas rebosaban ternura.

— Más tierna soy yo que ellas, Ricardo mío, y feliz al verme á tu lado. Sí, muy feliz, mucho,... te lo juro.

Y cada vez más temblorosa, acercábase á él con una concentración de todo su ser, con los labios mudos pero que vibraban ante una confidencia ó una pregunta que no se atrevía á hacer. Ricardo buscaba, suponía, á la vez que hablaba de cosas indiferentes, primer lazo de los corazones mucho tiempo separados. Por instantes cruzaban sus grandes ojos bondadosos relámpagos de tormenta, poco acordes con la vulgaridad de la conversación. También á él le asaltaban siniestras sospechas que en vano trataba de rechazar, llegando á acechar los movimientos de su mujer con las mismas miradas

de angustia y miedo que ella tenía para examinar los suyos.

Delante de ellos, dando el brazo á la notaria, el juez Delcrús deliraba de contento al saber que Elisa consentía en el enlace. Veíase ya en vísperas de matrimonio, hablaba de regalar sus gatos y su cotorra, toda su familia de solterón, y consultaba á la madre de Ricardo acerca de su futuro domicilio y de la elección de padrinos... « Sin la lúgubre ocurrencia de esta mañana, habría podido rogar á mi ilustre amigo el duque de Alcántara... » Las cejas fruncidas de la señora le advirtieron que no continuase.

— V. olvida, Sr. Delcrús, que entre Granburgo y Uzelles no puede haber nada común. Dios sabe que los perdono después del golpe que les hiere; pero nosotros hemos sido tan desdichados por culpa de esas gentes...

— « Disimule V. mi torpeza, señora, contestó Delcrús con tono pesaroso; el exceso de mi dicha tiene la culpa... » Las ásperas cejas siguieron fruncidas. La palabra *dicha* le pareció inconveniente frente á la otra madre que recibía el cuerpo de su hijo en la carreta de los ahogados. Por fortuna la conversación terminó al anunciar un criado que en Granburgo reclamaban la presencia del juez de instrucción; Alejandro, que había venido

á buscarle en tilbury, esperaba en el camino. La emoción de Lidia aumentó visiblemente al oír el recado, y mientras el magistrado se despedía, Ricardo se preguntaba si no iba su mujer á desmayársele en los brazos.

Apenas se sentó al lado de Alejandro, Delcrús, cautivado de nuevo por el interés y el misterio del drama que estaba encargado de poner en claro, se informó acerca del estado moral del palacio.

— Creo, contestó el servidor en tono reservado, que la Sra. duquesa no adivina lo que pasa... En cuanto al general, ha aceptado su infortunio con gran valor; nos mandó depositar el cuerpo en un pequeño edificio que llaman el Fantasma y al cual se puede ir sin pasar por la casa...

— ¿Y la gente qué dice? ¿qué piensa? ¿Está acorde con la opinión pública el dictamen de los médicos?

El antiguo criado hizo un gesto dudoso: « Lo que la gente del campo dice, puede saberse, Sr. juez; pero lo que piensan es otra cosa.

— ¿Y V.?

— ¡Oh, yo!... »

Para evitar la contestación fingió enderezar al caballo que había dado un mal paso... Así llegaron á los chopos del puente. Desde el lavadero subían voces aflautadas, á la vez que la ropa tendida se

mecía en las cuerdas impulsada por el aire del río.

— Si el escribano hubiera podido apuntar lo que se dice aquí desde esta mañana, siguió diciendo el pretensioso solterón á la vez que se ponía muy erguido para que le vieran con el juez de instrucción en un coche de los Alcántara, sabría tal vez V. lo que se dice del asunto. Sin eso...

Al ver que aquellos labios informes se cerraban herméticamente, el magistrado comprendió que no sacaría nada del lacayo con ribetes de campesino, cuyos ojuelos parecían sin embargo bien enterados; no se alteró por esto, persuadido como estaba de que en su despacho de Corbeil, aquel mismo Alejandro tan reservado é impenetrable se extendería en explicaciones al mandárselo la justicia, ese espantajo de las gentes del campo.

Delcrús se apeó en el andén desierto, junto á una de las puertas pequeñas de Granburgo, y se encontró en el terrado que daba al río con la duquesa que parecía dispuesta á salir y que sostenía viva discusión con su marido y el maestro Juan, sentados ambos en el banco que tenía como espaldar la cerca de árboles del juego de tennis. El rostro prolongado del general se alzó al verle y desde lejos le gritó mientras que los ojos del profesor se entregaban á una mímica exagerada detrás de sus anteojos: « Venga V. en mi auxilio,

querido... ayúdenos á tranquilizar á esta pobre duquesa, que se empeña en que le ocultamos algo. » Delcrús contestó en el tono que convenía: « ¿ De modo, general, que sigue V. sin tener noticias? »

— Lo mismo, y esta es la razón porque he mandado á buscarle, pues confieso que empiezo á estar intranquilo.

— Y hay de qué, contestó el juez acariciando sus patillas con aire confuso. La duquesa que escarbaba impacientemente la arena del jardín con el regatón de su sombrilla, envolvió á los tres hombres en la misma mirada de sospecha. Sus mejillas plomizas, su color de ictericia que tiraba á negro, la habían convertido en dos días en una vieja. Comprendiendo que todos se unían contra ella en la misma mentira, y que estaban resueltos á no decirle lo que ella no se atrevía á adivinar, exclamó dirigiéndose al profesor por ser el más tímido: « Maestro Juan, quiero la llave del Fantasma, la quiero, ¿ me oye V. ? »

— Sí, señora duquesa... pero no sé... tartamudeaba el pobre diablo. El príncipe en persona lo cerró... porque las pelotas del tennis entraban allí al rodar... y sin duda se metió la llave en el bolsillo.

— Busque V. otra vez; le repito que ha de entregármela hoy mismo.

Mientras se alejaba, el general dijo en voz muy alta, para que su mujer pudiera oírle : « ¡ Cuidado con estas imaginaciones de mujeres !... La duquesa soñó anoche que habían encontrado á su hijo ahogado en este antiguo pabellón de música llamado el Fantasma, no sé porqué, y en el cual nunca ha habido una gota de agua. » Hizo señal á Delcrús para que se acercara, señalando con su bastón al pequeño edificio de ladrillos encarnados ocultos por el follaje : « ¿ Sabe V. que está allí y es preciso que se haga la autopsia durante la velada ? Quiero ponerlo en el ataúd inmediatamente, pues su madre se volvería loca al verle como está... ¡ Ah, mi querido Delcrús, he asistido en mi carrera de soldado á matanzas atroces ; pero cuando vi lo que me traían de mi hijo, de ese lindo rubito, á este mismo sitio donde hace menos de ocho días jugaba !... »

Detúvose ante la radiosa visión de Carlejo, tan presente todavía en su memoria, que se figuraban oír sus risotadas y sus gritos en el césped... « Juegue V... », en el zumbir de las abejas alrededor de las flores. Después de largo silencio, el magistrado fué el primero en hablar, siempre en baja voz : « Queda convenido, mi general. Los médicos estarán aquí antes de que acabe el día ; pero á menos de cambiar de parecer, creo que de-

clararán inútil la autopsia, pensando como yo que el príncipe ha muerto de una congestión.

— Soy de parecer enteramente opuesto, contestó el duque de Alcántara sin que se moviera un músculo de su pálido rostro.... Pero ante todo quisiera hacerle á V. una pregunta : ¿ Cómo es que se ha encargado V. de las primeras diligencias en este siniestro negocio ?

Delcrús se turbó un tanto : « Por la buena razón, Sr. Duque, de que nuestro juez de instrucción está con licencia por causa de salud y que el fiscal hace su viaje de boda... »

— ¿ Y. V. no piensa en preparar el suyo ?

— ¡ Yo un viaje de bodas !... exclamó el magistrado, sorprendido al ver que conocían sus proyectos en esfera tan elevada.

— ¿ No se propone V. casarse con una prima de los Fénigan, divorciada, bonita y rica ?

Desde el banco donde estaban sentados veíase extenderse sobre la colina de enfrente la quinta de Uzelles y el largo pasadizo que terminaba en la fachada principal. Por discreto y reservado que fuera, el magistrado no se atrevió á renegar de sus esperanzas ante aquellas piedras y árboles que eran sus confidentes y testigos ; en consecuencia manifestó que faltaban por convenir ciertos puntos, pero que el enlace le parecía resuelto en principio.

— Entonces, amigo mío.... y la voz del general, lo mismo que sus apagados ojos, tomaron una intensidad de vida penetrante y vibrante..., entonces es de absoluta necesidad que entregue V. á uno de sus colegas la causa, por que mi hijo ha sido víctima de un asesinato y el asesino es su futuro pariente y deudo Ricardo Fénigan.

Delerús se puso en pie con un arranque de indignación casi natural : « ¿ Qué dice V., señor duque ?

— Nada que no pueda probar.... Maestro Juan ¿ quiere V. dar á leer al señor ?...

Los dedos asustados y temblorosos del profesor sacaron de una cartera de cordobán abierta sobre sus rodillas y enseñaron al juez las pobres cartas delirantes en que Ricardo, furioso de no encontrar á nadie frente á él, repetía en todos los tonos, variando su frase al infinito : « ¿ No quiere batirse ? Pues lo mataré, lo mataré. » Y á una señal del duque, Maestro Juan añadió con su voz enferma, que apenas se oía : « Y esas amenazas no sólo han sido escritas, sino que por dos veces me las ha dicho á mí mismo el Sr. Fénigan, jurando que esperaría al príncipe en una encrucijada del bosque para hacer á taconazos unas papillas con su linda cabeza, según había hecho con su retrato.

— ¿ Qué le parece á V. ? preguntó el general.

— Confieso, contestó Delcrús, que mis sospechas se fijaron al principio en Ricardo ; pero hay imposibilidades flagrantes. El regreso del marido, á la verdad repentino, se efectuó esta mañana, y el crimen data de varios días atrás, sin lo cual los gusanos del bosque...

No se atrevía á terminar su frase delante del padre, que continuó con la mayor tranquilidad : « Quizás no ha cometido personalmente el crimen... aunque á la verdad sus amenazas al hermoso rostro que le irritaba se han realizado con demasiada exactitud en el sentido de sus celos y de su ira, para que su intervención sea dudosa. Créame V. Delcrús, no sé como ha ocurrido este horrible suceso, pero observo en todo el sello, la garra de la pasión... Es Ricardo, le digo á V. que es Ricardo... Y si V. le deja escaparse, si no lo reduce V. á prisión y de prisa, le acusarán de hacerlo por razones de familia y podría costarle caro.

Delerús se estremeció : « ¡ Cómo, señor duque !....

— Es muy sencillo. Telegrafíe V. á Versalles para que le envíen un suplente. »

El magistrado, que examinaba el pro y el contra meditó unos cuantos segundos y después añadió con énfasis : « Mi general, este es un caso de conciencia ; le pido á V. hasta la noche para resolverme ».

Mientras se efectúa este lúgubre debate en las alamedas de Granburgo, al otro lado del río, en las pendientes desnudas donde el huerto de los Fénigan extiende sus espaldares zumbantes de abejas, sus latadas que forman arco, sus alamedas marcadas por árboles frutales encogidos y delgados como plantas chinas, Ricardo se pasea con su madre, que enternece por el modo como resguarda con su ansiosa sombrilla, como si se tratara de un niño de pecho, al robusto viajero que anda y habla con ella. Lidia se quedó en el salón, pues el lunes es día de recibo de las Señoras de Fénigan, y el drama de aquella mañana les vale un aumento de visitas, ansiosas de saber pormenores, y sobre todo de observar el rostro y las actitudes de la joven ante la catástrofe.

No obstante su turbación, no obstante el deseo de estar con su marido, Lidia comprendió que

debía á la seguridad de Ricardo, á la dignidad de su casa, afrontar la malévola intrusión de toda aquella gente. ¿Qué será ese pequeño sacrificio de amor propio comparado con lo que él se ha atrevido á hacer por ella? Y mientras los campanillazos menudean en la verja de la quinta, la madre, que ve llegar á sus conocidos desde el fondo del huerto, las va nombrando: «Ese es el break de las Frayé... ahí llegan las judías de Merogis... Tu mujer ha hecho perfectamente recibíendolas, mi querido hijo... Si hubieran visto que se sustraía á las visitas hoy, sabe Dios lo que toda esa gente habría dicho y supuesto.

— ¿Qué podrían creer? le preguntó en baja voz Ricardo. Para estar solos se han refugiado en la última alameda, entre unos plantíos de claveles y violas matronales de colores múltiples y olor de pimienta é incienso.

— ¿Quién lo sabe? contestó la madre... Que la muerte del príncipe afecta mucho á Lidia, que se oculta para no dejar ver sus sentimientos... Es tan mala la gente.

Ricardo respira, aliviado de un peso, como si esperara suposiciones mucho más terribles. La madre continúa: «Por cruel y prematuro que sea este fin, sería no conocer á nuestra querida Lidia suponer que le haya costado ni una sola

lágrima... En primer lugar jamás le quiso... á ese Carlejo.. y tanta cobardía, tanta ferocidad acabaron por inspirarle odio y deseo de venganza... Me acuerdo que en Quiberón, cuando deliraba, profería hasta amenazas de muerte...

— Cállate, cállate, murmuró con vivacidad el hijo ante un mozo de jardinero que pasa llevando unas armaduras de vidrio; y cuando el criado se aleja: « ¿ Sabías acaso, añadió con esfuerzo, que... el otro... en fin... Carlejo.... andaba dando vueltas por aquí hace tiempo? »

— Lo supe esta mañana y tu mujer lo ignoraba también... Por lo menos me lo ha asegurado y nunca dudo de su palabra, pues la conozco perfectamente ahora.

Ricardo se paró muy conmovido en medio de la alameda y preguntó: « Puesto que la conoces ¿ puedes decirme qué significa la turbación, el embarazo que noto desde mi llegada? Siento que tiene una confesión que hacerme y que no se atreve. Por un momento pensé que esta aparición repugnante debajo de los árboles... »

— Pero si ella no ha visto nada.

— Sí, lo sé, y por esto busco otra cosa... Oh, no temas... no son mis antiguas angustias que me persiguen... estoy curado y para siempre. Sólo que ese Carlejo, doble y complicado como su

nombre, tenía un alma infernal y me pregunto si, furioso al ver que Lidia no le amaba, habrá querido dominarla mediante alguna maldad. Supón que conservara cartas, una fotografía demasiado íntima, y que durante mi ausencia se haya servido de esto como de un cebo, de una amenaza para obtener, primero una cita...

— Ah, Dios mío, es verdad, ahora recuerdo...

La madre se vió interrumpida por dos fuertes campanillazos procedentes del patio interior. « Lidia me llama.. El salón debe estar lleno de gente... » Pero comprendiendo el gesto de su hijo, añade: « Acabaré antes mi cuento... Pues bien, el viernes pasado, día de feria en Corbeil, llevé conmigo á Lidia, que desde tu partida no había salido... »

La madre va andando con prudencia por ese relato del encuentro del príncipe en casa del joyero, insiste sobre la palidez de la joven al salir de la tienda, la agitación que prueba lo inesperado de la aventura; y temiendo siempre alguna explosión del pobre celoso, agrega: « Si Lidia no te ha hablado de esto en sus cartas, es porque yo se lo rogué... ¿ Me oyes?... No le guardes rencor, pues la culpa es mía, solamente mía... »

Pero Ricardo no duda ni por un instante de la veracidad de su madre, de la honradez de su mujer. Sólo que recuerda la terrible y tan distinta

escena de que fué testigo ese mismo huerto hace pocos meses. ¿ Cuántas cosas desde entonces y qué metamorfosis de sus sentimientos! Así fué que tomando gravemente en las suyas las manos maternales, cubiertas por sus guantes de jardín, las llevó con fervor á sus labios. « No temas nada, madre querida. Ahora creo á Lidia tanto como á ti... pero lo que me refieres confirma todas mis aprensiones. Ya veo claro, ya adivino... »

— ¿ Qué ? ¿ Qué hay ? ¿ Qué supones ?... Me das miedo.

En esto resonó otra campanada y casi en seguida llegó un criado que buscaba á la Sra. de Fénigan. Era lo que ésta creía ; su presencia en el salón se hacía indispensable. Y con tono de fingida alegría, pues empezaba á invadirla la ansiedad de sus hijos, dijo á Ricardo en el momento de alejarse : « Voy á mandarte tu mujer ; trata de confesarla. »

Echado de codos sobre la pared baja, coronada de ladrillos que separa el huerto de un extenso campo de avena, descendente en dirección del Sena, Ricardo permanece inmóvil y pensativo...

¿ Confesar á Lidia ? ¿ Para qué ? Su convicción es absoluta. Entre ella y el antiguo amante subsistía algún lazo, ofensivo, deshonoroso. Así se explican los paseos alrededor del parque, el encuentro en

Corbeil. Cogida, apretada entre la audacia de aquel miserable y el regreso del marido, fué valerosamente á una cita última para arrancarle la prenda, carta ó retrato que conservaban unas manos perwersas. Ante condiciones demasiado infames, la pobre joven se había defendido y vengado, como una noche en Quiberón ; pero con un arma más segura y esta vez no contra sí misma... Muerto el hombre, calmada la indignación, quedóse estupefacta, espantada de su crimen, con la necesidad tan humana de confesar, sobre todo al marido, único capaz de excusarla y de comprenderla. He ahí por qué se apretaba contra él, mirándole sin pestañear como para decirle : « tengo miedo... me avergüenzo... escóndeme... sálvame. »

¿ Qué hacer ? ¿ Cómo acoger esa terrible confesión, sino es abriéndole su corazón y sus brazos por entero ? ¿ No es acaso él también responsable de lo que ocurre ? No le había dicho muchísimas veces con acento desesperado : « Mientras ese hombre viva no podremos ser felices... siempre pensaré que te ha poseído... siempre temeré que vuelva á poseerte. » ¿ Podía reprochar á su mujer que lo hubiera quitado de enmedio ? Y si en aquel mismo instante sentía ensanchársele el alma, elevada por incomprensible alegría, si las ondulaciones agitadas del trigo y de la avena, si aquel

ángulo del río, resplandeciente en el fondo de la inmensa llanura, y aquel cielo, y aquellos árboles, si todo aquel horizonte familiar le parecía más hermoso que nunca, ¿no lo debía al sentimiento de ser ahora el único que podía desear y poseer aquella adorable criatura ?...

Oyéronse pasos rápidos y precipitados, á la vez que el rozar de un traje de muselina. Ya está á su lado ansiosa y tan pálida... « Ahí está Delcrús, murmuró á Ricardo, sin mirarle, puesta también de codos en la pared junto á él... Parece que todo ha cambiado... ahora creen en un crimen... y hablan de una nueva pista... » ¡ Oh y qué de prisa habría devuelto Ricardo el calor y la vida á aquellos labios descoloridos que se esfuerzan para sonreír, si hubieran estado solos en el jardín! Pero en todas las alamedas se oye el ruido de los rastrillos y las regaderas suenan contra las piedras de los pozos.

— ¿ Qué pista ?... ¿ se sabe algo ?... preguntó Ricardo con aire indiferente que trataba de tranquilizarla.

— No, el juez no quiere decir nada. He dejado todo el salón ansioso y haciéndole preguntas.

— ¿ Qué nos importa, después de todo ? exclamó Ricardo con tierna vehemencia. Y cogiendo debajo de la ligera muselina un brazo joven y

redondeado que oprimió contra su pecho : « Se está tan bien aquí... »

En torno suyo, á medida que el sol va bajando, se evapora el incienso de los alelíes, amarillos, purpurinos, de color de malva; los claveles embalsaman con frenesí y en esta reverberación de olores y colores vivos, buscan la frescura de los riegos nubes de mariposas microscópicas revoloteando á manera de chispas azules junto á las flores. « ¡ Oh, sí se está bien ! » suspiró Lidia dejando caer la cabeza sobre el hombro de su marido con infantil coquetería, pero rebosándole angustia el corazón. Sorprendida al verle tan tranquilo ante lo que les amenaza, se pregunta : « ¿ Qué espera ? ¿ De dónde saca ese valor ?... Si por lo menos estuviéramos seguros de no separarnos, de sufrir y expiar juntos. ¡ Ay, pobre y querido esposo ! » Por su parte, Ricardo, libre gracias á la muerte de Carlejo del peso que durante tanto tiempo agobiara su corazón, saborea la radiosa belleza de su mujer, como se embriaga con el esplendor del cielo y del horizonte; pero la angustia de aquellos hermosos ojos grises que le miran, lo llena de desolación : « ¡ Oh, no suspires de ese modo.. Veamos Lidia ¿ qué tienes ?... Ahora que estamos solos, uno junto á otro...

— No estamos bastante solos, Ricardo mío, ni

bastante cerca uno de otro para lo que tenemos que decirnos.

— ¿Dónde entonces? ¿Cuándo? ¿Esta tarde, esta noche?

— Si, esta noche nos contaremos todo.

Sus alientos y sus manos se buscan y se que- man. Y Ricardo suavemente: « ¿No temes que sea duro como la otra vez, la noche de mi partida, recuerdas? »

— Ya no temo eso, contestó ella con firmeza.

— ¿Por qué?

De un salto se puso en pie: « Porque ahora hay entre nosotros una cosa... »

Fingiendo no comprender, Ricardo preguntó en voz baja: « ¿Qué cosa? »

Míranse estremecidos, como si tuvieran el mismo ataque de fiebre, como si les quemara el mismo deseo. Lidia tiene detrás de su figura todo el cielo rojizo que da una aureola á su fina cabellera; los ojos de Ricardo son salpicados de chispas por el sol poniente. Nunca se han contemplado tan hermosos, nunca se han deseado con igual ardor. Y lo que los transfigura, haciéndolos como nuevos y magníficos uno para otro no es aquella luz de apoteosis; sino la *cosa*, la siniestra *cosa* que ambos sospechan del otro y que más fuerte que la piedad y que el perdón, es la única capaz de de-

volver la vida á sus caricias y hacerle olvidar el pasado.

— ¡Fénigan, Fénigan!...

La voz, autoritaria y terminante, salía de la parte alta del huerto. « Es Delcrús », exclamó la joven con un movimiento de espanto. Ricardo refunfuñó entre dientes: « ¿Por qué viene hasta aquí á molestarnos? » Al mismo tiempo, su ademán, instintivo y protector, envolvía á Lidia y parecía decirles: « Estoy aquí; nada temas. »

Y ella pensaba al verle tranquilo: « ¡Cuán valiente es y cómo le quiero! » Ricardo la encontraba también muy enternecedora, verdaderamente mujer, con esos miedos nerviosos que las trastornan después de la acción.

— Dispéñeme V., mi querido Ricardo, dijo Delcrús acercándose á pástos cortos; quisiera estar en Corbeil antes que mi escribano ¿podría V. hacer que me llevaran? » Fénigan contestó: « Nada más fácil. » Y Lidia, saltando de alegría: « Voy á decir que enganchen. » Delcrús se iba; ya no había nada que temer por aquel día. El marido añadió riendo: « Vamos todos á decir que enganchen. »

Mientras subían por el jardín, cruzado de chirridos de golondrinas y por largos rayos dorados diagonales, el juez, que iba al lado de Fénigan, le dijo

al oído : « Acompáñeme V. un instante, los dos solos, pues tengo que preguntarle algo. » Era evidente que trataba de interrogarle acerca de Lidia ; esta era la pista á que aludían. Ricardo tuvo que llamar en su auxilio cuanta sangre fría y firmeza tenía.

— Entendido, contestó en el mismo misterioso tono.

Cuando Lidia vió acercarse el coche abierto al patio donde esperaban los carruajes de las visitas delante del paulownia, y que Ricardo subía á él con Delcrús, su delicioso rostro se puso descolorido, pues un secreto instinto le advertía de repente que le quitaban su marido y que no volvería á verle en algún tiempo. Sin embargo, dominó su emoción y dijo sonriendo : « Si Vds. fueran amables me llevarían ; voy á ponerme un sombrero. »

Ricardo comprendió la significativa presión del brazo del magistrado. « No vale la pena, le contestó, iré apenas hasta la entrada de la comarca. » Y añadió, inclinándose hacia ella á la vez que le mandaba un besito volado : « Vuelve un poco al salón, le harás un favor á mamá. » Por las ventanas cubiertas del piso bajo salía un trino de voces mujeriles, una charla muy animada. De pie en lo alto de la escalinata, Lidia presenció

antes de volver al salón la salida de los briosos caballos y oyó á su marido que volviéndose le gritaba : « Hasta luego. »

... Con el corazón hecho pedazos — aunque hablando de él sea quizás excesiva la imagen — sacrificó Delcrús Uzelles á Granburgo, y el amor al ascenso. Había ido de una quinta á la otra siguiendo la orilla del Sena y en mitad del puente duraba aun su vacilación ; y si hubiera estado allí la Caperucita Encarnada, no cabe duda de que el sortilegio de su risa, y la fuerza de la presencia real, habrían triunfado de los deseos de ascenso rápido y del prestigio de las elevadas influencias. Pero abandonado á sus propios instintos, el juez era incapaz de llegar á casa de sus futuros parientes sin haber tomado el partido que le aconsejaban su ambición y lo seco de su alma. Haría « su deber como magistrado », y con tal fin obtendría una confianza íntima de su querido Fénigan antes del interrogatorio definitivo de la instrucción, de modo que las declaraciones francas del amigo sirvieran de prueba á las confesiones del acusado. Así es que apenas estuvieron lejos del pueblo, cuando los caballos hacían resonar el suelo apisonado del camino nacional, empezó su información el juez.

Fénigan debía comprender el motivo que les

había impedido llevar á su joven esposa en el coche; ¿cómo hablar delante de ella de la muerte del príncipe de Olmutz, sin duda alguna violenta y trágica, y no puramente accidental según afirmaron los médicos?

— ¿Tiene V. pruebas del caso? preguntó con ansiedad Ricardo. Y Delcrús, con un movimiento de cabeza:

— Absolutas.

El marido no dudó más. Se trataba de Lidia; pero qué locura creer qué iba á entregar su mujer á aquellos curiales, y dudar de que preferiría cien veces entregarse él mismo. Aunque Delcrús era poco sagaz, lo sintió conmoverse debajo de su cutis curtido y continuó satisfecho: « Una primera prueba y en que no nos habíamos fijado... Como la mayor parte de los hombres amigos de mujeres, sobre todo los jóvenes, el príncipe llevaba encima cartas de mujeres, retratos, recuerdos que enseñaba fácilmente. Un pequeño porta-tarjetas de concha, lleno de ex-votos de esa clase no le abandonaba nunca. Pues bien, cuando se descubrió el cadáver, estaban vacíos los bolsillos, y esto es lo que ha dirigido y confirmado nuestras sospechas.

Era exactamente el drama imaginado por Ricardo: Lidia deseando recobrar á toda costa el

recuerdo que Carlos se negaba á devolverle. Sin embargo, se contuvo y halló fuerzas para hacer objeciones al magistrado, cuyos argumentos le apretaban como tenazas: « Pero si los bolsillos han sido registrados hasta tal punto, es que lo han matado para robarle; ni más ni menos.

— No, puesto que tenía aún su cartera, su reloj y sus anillos. Lo que buscaban eran sus cartas y su rostro de lindo tenorio. Es la forma del crimen pasional. »

El marido no contestaba. Delcrús temió haber ido demasiado lejos y no obtener ya nada más; para recobrar la posición perdida, efectuó una diversión: « ¿Sabe V., Ricardo, en qué he pensado? En una venganza de mujer... » Vióle estremecerse y creyendo bueno el cebo: « Tuve esa idea ante ese cuerpo cuidadosamente extendido que daba la ilusión de la vida, en una posición y bajo un abrigo acostumbrado. ¿No le parece á V. que esta instalación de museo de figuras de cera indica un refinamiento, una coquetería de vendetta completamente femenina? »

Ricardo comprendió que su mujer estaba perdida y se puso delante: « La venganza no tiene sexo, amigo mío, como tampoco los celos. Un marido engañado que se venga puede poner en

escena su crimen con sutileza idéntica á la de la mujer más perversa.

— ¿De modo que V. no ve ahí una mano de mujer?

— Juraría lo contrario.

— Vd. debe saberlo, » exclamó el juez con una gran carcajada que le pareció muy chistosa. Y luego, bruscamente, por una de esas sorpresas que forman parte de las malicias de la instrucción, preguntó, entre confidencial y serio : « Me han asegurado que es V. de temperamento muy celoso.

— Así es, efectivamente.

Y hasta parece que, impulsado por esta pasión, ha escrito V. cartas de una violencia...

— ¿Acaso sabe uno lo que hace en semejantes transportes?... »

En esto hubo una de esas notas de órgano seguida por varios compases de silencio en que los ánimos se calman y rehacen. Por el camino, que iba volviéndose blanco á medida de aumentar la oscuridad, pasaban trabajadores numerosos, mudos y cansados, con todo el peso de la jornada en los riñones, é iban dos á dos, tres á tres, con el morral y la azada al hombro. Un carretero, adormecido por los cascabeles de sus bestias, saltaba de su animal dando un brinco para dejar sitio al coche, que el vagabundo sentado á orillas

de un foso, y ocupado en desatarse las vendas de sus pies llenos de sangre, miró pasar con envidia. Al pie de los viñedos inclinados corría el Sena, y los tonos purpurinos que le daba el sol poniente, hacían parecer más oscuros los bosques agrupados en frente, á lo largo de la cornisa. De distancia en distancia silbaban en el río las barcazas de la *cadena*(1), y en lo alto les contestaba el bosque con sus ruiseñores una lluvia de alegres y enamoradas notas, con aromas de lirios silvestres que invadían el carruaje al pasar, evocando ante Ricardo la adorable imagen de Lidia y ante Delcrús la risa y la brillante dentadura de Elisa. ¡Oh música de Mayo, olorosas frescuras de los linderos, con qué fluidos misteriosos envolvéis á las almas más reacias! El juez, muy impresionado, casi resolvió telegrafiar á Versalles para reclamar un suplente; pero esta debilidad no duró.

De pronto, hacia la entrada de Soisy, surgió de un pequeño camino que subía hacia los viñedos una larga silueta, completamente negra sobre el polvo blanco del camino. « Buenos días, señor Ceres, » gritó Ricardo, dando orden al cochero de pararse. La primera pregunta del vicario fué para

(1) En el fondo de algunos ríos hay una cadena que ciertos barcos aprovechan para dirigirse, recogéndola por la proa y soltándola por la popa á medida que andan.

preguntar sencillamente si también estaba de vuelta el propietario de la Pequeña Capilla. Ricardo contestó que había dejado al Sr. Merivet en Marsella, pero por poco tiempo. « Y V., mi querido abate, ¿qué es lo que le hace andar tan tarde por los caminos? ¿Hay algún infortunio que aliviar por aquí? » El anciano sacerdote se enjugó el sudor de su blanca cabellera, que formaba corona bajo su sombrero de anchas alas, y dijo con mucha naturalidad: « Vengo de su casita de pesca... El tío Jorge, ese viejo mendigo que V. recogió, me ha hecho llamar.

— ¿Sigue todavía enfermo?

— ¡Oh, no tardará en morir! Esta noche le llevaré la extremaunción.

— ¡Pobre tío Jorge! Lidia va á tener un disgusto. » Ricardo añadió, á medida que la sotana se perdía en el crepúsculo: « Todos los gastos de sepultura corren por mi cuenta, señor abate.

— Gracias, buen corazón, » contestó ya lejos la robusta voz del sacerdote.

La sombra de los árboles se retiraba de las praderas. Todo se ponía negro, como bajo el ala de la muerte que había cruzado el camino. Mientras el cochero encendía sus faroles, Delcrús volvió al drama de por la mañana y al sumario, y preguntó

al amigo Fénigan: « ¿Cuándo se separó V. del Sr. Merivet?

— Ayer por la mañana... » Pero pronto, pensando que descubriría á su mujer, añadió de prisa: « No ¿qué digo?... Fué anteayer... hace dos días. Nadie se imagina hasta qué punto hace perder el tiempo una noche de viaje. »

— « Está perdiéndose, el desdichado, » pensó el juez; y por una especie de lástima, tal vez por un dilettantismo profesional, se esforzaba, al ver su escasa resistencia, en abrirle los ojos sobre su torpeza: « Sin embargo, cuando nos encontramos esta mañana en el bosque me dijo V. que acababa de llegar. Debía ser así, pues no es posible admitir que por espacio de dos días anduviera V. por el país sin poner los pies en su casa.

— Es evidente, » murmuró Ricardo sin saber ya qué decir. Esta vez el juez pensó: « Hace el tonto... » Y después de un momento de reflexión: « Veamos Fénigan, dicho sea entre nosotros, Vd. sabe que desgraciadamente las relaciones del príncipe de Olmutz y de una persona que á V. le es querida no son ignoradas en la comarca? »

— Lo sé, contestó Ricardo impasible.

— Pues bien ¿no pensó V. que al hallar el cadáver del príncipe casi delante de su puerta, la

justicia pensaría desde luego en una venganza, si no de V., por lo menos de su casa?

— No he tenido esta idea porque la suposición era demasiado fácil, y porque quizás era más acertado pensar que, muerto en otro sitio, el príncipe fué transportado á aquel con un fin muy comprensible.

Delerús se sintió á su vez desarmado y dijo en alta voz con mirada franca: « Esto me parece razonable. Sin embargo, quiero hacerle otra pregunta á que puede V. no contestar. Siendo V. tan celoso como es, supongo que llegara V. misteriosamente á su casa por la verja del bosque, y que se encontrara frente á frente con el joven príncipe al salir de su parque en las horas del amanecer. ¿Qué habría ocurrido? ¿No cree V. que?... »

— ¿Qué lo hubiera matado? De seguro y, lo que es peor, con autorización de la ley.

— Pero no, desdichado... La ley, sí... lo admito, pero sólo en el caso de delito flagrante.

— Mi querido Delerús, para una imaginación de celoso siempre hay flagrante delito.

Estas palabras fueron dichas con vehemencia que hizo dar un salto al magistrado sobre los cojines del coche y le pareció la confesión más decisiva que era posible obtener en esas amistosas confidencias. Ahora correspondía la palabra al de

instrucción. El marido, muy inquieto por su parte, se preguntaba: « ¿Qué va á hacer? ¿Qué se propone decirme para que me haya traído hasta aquí? »

Llegaban efectivamente á Corbeil, cuando los primeros faroles se agitaban temblorosos sobre las aguas del Sena en los últimos reflejos del poniente. Aun salía un poco de humo de las gigantescas chimeneas de las fábricas de harina y de las papeerías, cuyos obreros iban en bandas silenciosas á lo largo de las aceras llevando todos, hombres y mujeres, siniestras cestas de paja color de hollín, sin duda por causa de las emanaciones del taller. Fuera de esta salida de ganados cansados, no había nadie en la calle de Nuestra Señora ni en la plaza Galignani, estrecha y sombría, en uno de cuyos ángulos se alzaba, junto á los techos enharinados y como espolvoreados con nieve por el enorme molino de Essonne, el antiguo Palacio de Justicia, que comunicaba con la cárcel.

— El coche del presidente está ahí todavía, dijo Delerús viendo abierto el portal; y como el cochero vacilaba, le gritó: « Entre V., entre... »

Bajó primero en el patio escasamente iluminado por un resto de claridad y dos antiguos faroles y rogó á Ricardo que le siguiera hasta su despacho: « Para una comunicación urgente » añadió, con voz diferente, muy dura ahora.

Ricardo no contestó y fué detrás de él hasta un cuarto, en el fondo del corredor, donde una lámpara medio bajada esperaba encima de una mesa-escritorio. Grandes golpes sordos, procedentes del molino y de su máquina hidráulica servían de ritmo al silencio del lugar. Delcrús subió la mecha de la lámpara y llamó á su escribano, que trabajaba en la pieza inmediata. Mientras cuchicheaban y escribían, Ricardo se entretuvo en mirar por una elevada ventana de reja, á otro pequeño patio, donde encima de una puerta amarilla leyó con trabajo, por lo escaso de la claridad, estas palabras: PRISIÓN CELULAR... ¡Oh, aquella puerta livida y baja! Y qué bien simbolizaba la miseria cautiva el murciélago que se veía dando vueltas en la estrechez de cuatro paredes negras, durante esta pesada tarde de estío.

— Mi querido Sr. Fénigan... al oír la voz punzante del juez se volvió Ricardo hacia la mesa... lo siento infinito; pero me veo obligado á mantenerlo á disposición de la justicia.

Ricardo Fénigan pareció aterrado; pero debía esperar alguna sorpresa de este género por cuanto al bajar del coche dió con disimulo al cochero, impasible en su pescante, dos palabras para Lidia: « Huye en seguida... No importa á donde vayas, antes de ocho días estaré contigo. »

XVIII

Dejando seguir su camino al coche de Ricardo, el abate Ceres cruzó la calle de Soisy donde salían de cada puerta chisporroteos de leña verde con un fuerte olor de sopa de ajos y llamó á la puerta del hospicio.

— Nuestra querida madre superiora continúa enferma, le contestó la tornera; pero si el Sr. abate quiere ver á Sor Marta, la encontrará en el primer patio.

La irlandesa, en torno de la cual saltaba y jugueteaba un racimo de chicuelas de todos tamaños, sacudió su traje con ambas manos para acercarse al anciano sacerdote, jadeante aun á fuerza de hacer como las muchachas. Desde las primeras palabras del vicario se agitaron con grata sorpresa las grandes alas de la toca, tan blancas en la negrura del patio: « Venga V. por aquí, Sr. abate,

Ricardo no contestó y fué detrás de él hasta un cuarto, en el fondo del corredor, donde una lámpara medio bajada esperaba encima de una mesa-escritorio. Grandes golpes sordos, procedentes del molino y de su máquina hidráulica servían de ritmo al silencio del lugar. Delcrús subió la mecha de la lámpara y llamó á su escribano, que trabajaba en la pieza inmediata. Mientras cuchicheaban y escribían, Ricardo se entretuvo en mirar por una elevada ventana de reja, á otro pequeño patio, donde encima de una puerta amarilla leyó con trabajo, por lo escaso de la claridad, estas palabras: PRISIÓN CELULAR... ¡Oh, aquella puerta livida y baja! Y qué bien simbolizaba la miseria cautiva el murciélago que se veía dando vueltas en la estrechez de cuatro paredes negras, durante esta pesada tarde de estío.

— Mi querido Sr. Fénigan... al oír la voz punzante del juez se volvió Ricardo hacia la mesa... lo siento infinito; pero me veo obligado á mantenerlo á disposición de la justicia.

Ricardo Fénigan pareció aterrado; pero debía esperar alguna sorpresa de este género por cuanto al bajar del coche dió con disimulo al cochero, impasible en su pescante, dos palabras para Lidia: « Huye en seguida... No importa á donde vayas, antes de ocho días estaré contigo. »

XVIII

Dejando seguir su camino al coche de Ricardo, el abate Ceres cruzó la calle de Soisy donde salían de cada puerta chisporroteos de leña verde con un fuerte olor de sopa de ajos y llamó á la puerta del hospicio.

— Nuestra querida madre superiora continúa enferma, le contestó la tornera; pero si el Sr. abate quiere ver á Sor Marta, la encontrará en el primer patio.

La irlandesa, en torno de la cual saltaba y jugueteaba un racimo de chicuelas de todos tamaños, sacudió su traje con ambas manos para acercarse al anciano sacerdote, jadeante aun á fuerza de hacer como las muchachas. Desde las primeras palabras del vicario se agitaron con grata sorpresa las grandes alas de la toca, tan blancas en la negrura del patio: « Venga V. por aquí, Sr. abate,

nadie podría enterarle mejor que yo. » Y en el locutorio suavemente iluminado y perfumado por el altar de rosas, levantado con motivo del mes de Mayo delante de la imagen de la Virgen de largo rosario colgante, Sor Marta, con uno de sus bruscos movimientos de lego, sacó de la biblioteca un voluminoso registro de lomo verde y después de ojearlo rápidamente, dijo :

— He aquí la fecha exacta de la entrada de nuestra pequeña Lidia en el hospicio... 28 de octubre de 1860. Hará pronto veintinueve años, el primero de mi noviciado y sin duda por esto tengo presentes los menores detalles de esta adopción... Las ocho, oración de la noche. María de Betania, la hermana tornera, que precisamente acaba de abrirle la puerta, se acercó á la superiora haciendo ademanes de susto. Acababa de recoger en su torno una niña de diez y ocho meses á dos años, dormida, medio desnuda, y envuelta en una manta donde estaba clavado con un alfiler, á manera de mariposa, un papel blanco con el nombre de Lidia en letra grande y fea.

— Efectivamente, es lo mismo, repetía el vicario inclinado sobre el volumen. La irlandesa preguntó regocijada : « ¿ Ha encontrado V. su familia?... Estaba persuadida... gentes del país...

— No, hermana.

— ¿ De elevada alcornia sin duda ?

— ¡ Oh, muy lejos de eso !

— Sin embargo, recuerdo que en la manta, una enorme manta de caballo, estaban impresas una corona y escudo de armas. También lo dice el registro ; lea V.

— Me temo mucho que esa manta fuera robada dijo el vicario de la Pequeña Capilla sonriendo con indulgencia. La irlandesa exclamó con indignación : « ¡ Robada ! ¿ pero de dónde sale la pobreniña ? »

El vicario manifestó que no podía revelar sino á la mujer de Ricardo en persona el misterio de sus orígenes. Era un compromiso adquirido con un anciano abuelo que, hallándose cerca de la tumba, quería ver á su pequeña Lidia. « Si he empezado por venir aquí, hermana, es para comprobar ciertos pormenores, ciertas fechas de un relato muy confuso, balbuciado por una boca sin dientes, que la edad y la enfermedad deforman ; pero que sin embargo ha dicho la verdad según veo. » Púsose en pie y Sor Marta hizo lo mismo, sin insistir, aprobando esta reserva tanto más cuanto que, según decía, todo el mundo en casa de los Fénigan y en el hospicio tenía la ilusión de que Lidia era de elevada alcornia.

— ¡ Cuidado si hay diferencia ! contestó el abate con gran llaneza...

Ya era muy tarde aquella velada cuando el abate Ceres acompañaba á Lidia por la orilla del Sena que tantas veces reconociera antes la joven cuando acompañaba á su marido para echar ó recoger las redes de pescar. Envuelta en un gran velo de encaje, precedía al sacerdote y le indicaba acá un bache, acullá la argolla en que amarraban una barca, pues él andaba muy despacio, llevando en sus manos el viático. No obstante la claridad de la noche, una densa neblina salía del agua y confundía las dos riberas, extendiéndose en capas ligeras hasta la mitad de la colina. Cuando se acercaban á la caleta donde estaban amarrados los botes de Ricardo, vieron una luz á través de las puertas mal unidas de la casucha. Al mismo tiempo se precipitó á su encuentro una sombra flacucha.

— ¿Es V., tía Lucriot?

— Si, señor abate : nos trae V. muy tarde la comunión, pues el tío Jorge acaba de morir.

La pequeña sombra, agitándose en la bruma, con gestos de títere detrás de un papel untado de aceite, remedaba y refería los supremos momentos del pobre anciano.... Toda la velada había estado mascullando cosas incomprensibles, acechando la puerta con sus ojos de gato. Después, al llegar el médico, se enderezó en la cama, y no viendo llegar

lo que esperaba se había desplomado con la boca abierta sin volver á respirar. Por fortuna, la tía Lucriot tenía una botella de agua bendita y desde hacía una hora velaba al muerto.

— Gracias, buena mujer, dijo el vicario... Ahora espérenos V. aquí; ya la llamaré.

Y suavemente empujó á Lidia delante de sí; la infeliz temblaba. Dos candeleros de plata sobre una silla cubierta con un blanco mantel preparado para el viático formaban un rincón de luz y de claridad en la cabecera del moribundo, en medio de una masa húmeda de remos, anzuelos, redes, boyas y cañas de pescar. Las manos, los brazos y todo el cuerpo del anciano mendigo se perdían á partir desde el cuello en la sombra informe, con los andrajos de que estaba cargado el colchón; únicamente surgía la cabeza, tranquila y magnífica, y no avinada y rojiza como antaño, sino de color blanco de cera en que se condensaban las facciones limpias de contorsiones y de arrugas. Aun la barba, peinada, desenredada, se extendía majestuosa y hacía pensar en un anciano rey Lear de camino real, herido por la muerte mientras su Cordelia llegaba.

Sofocada al principio por este indefinible olor de hormiga que exhalan los vestidos y los cuchitriles de verdadera miseria, el *olor de pobre*,

Lidia fué impresionada de pronto por la belleza, la distinción de aquella efigie de viejo mendigo ; y ante la niveladora muerte, la vergüenza que la dominaba desde que tuvo noticia de ser nieta de un vagabundo, dejó libre el puesto á tierna y respetuosa piedad. El sacerdote la había arrastrado casi á pesar suyo, indignada, furiosa, dispuesta á protestar contra el origen infamante, á gritarle al viejo : « Mientes... » Ahora, inclinada sobre el demacrado rostro que tal vez le revelaba algún parecido, sus ojos se llenaron de llanto al recordar la vida de abnegación y de miseria que Ceres le acababa de referir.

... El camino de Corbeil, una tarde de otoño. Un carro de saltimbanqui que pasa, cargado con sus bohemios, vendedores de cestos, afiladores de hoces y autores de sortilegios. El pan que falta, las ruedas que rechinan por no haber aceite. Y he ahí que, á la entrada de Soisy, el hermoso hospicio de techado nuevo, de cortinillas claras, da á los vagabundos la idea de dejar allí uno de sus pequeñuelos, el más joven, la niñita lindísima, angelical, que al caer el día abandonan debajo del pórtico que la cruz corona. La madre lloró la primera noche ; pero habiendo otros muchos que alimentar, se consuela pensando que por lo menos aquella escapará á las privaciones. Unas cuantas

vueltas de las ruedas y ya nadie de la caravana piensa en la chicuela, nadie exceptuando al anciano abuelo que se queda para mendigar su pan en torno del convento de Soisy y ver si acogen á la niña abandonada, y que, durante treinta años, hasta su muerte, no se ha movido de la comarca, viendo pasar, crecer, convertirse en joven y en mujer á la linda bohemia, sin haber revelado nunca el secreto de su humillante paternidad.

Y Lidia recuerda... Los jueves de paseo el anciano mendigo sigue desde lejos á las huérfanas por el ardoroso camino. « Lidia, tu pobre... » gritan las pequeñas. « Lidia, tu enamorado » ... cuchichean las grandes, á la vez que todas señalan riendo al vagabundo de cabeza calva cruzada por una gruesa vena azul que el sol entumece... Otros días, la tierra está inundada, grandes vendabales siembran la lluvia de otoño y extienden por el horizonte la inmensa red gris de mallas compactas y agitadas, entre las cuales aparece, sentado en un guardacantón la silueta del tío Jorge que levanta en dirección del locutorio del hospicio su barba y sus ojos chorreando agua... Y aquella mañana del invierno último, durante su convalecencia en el convento, cuando recogían al anciano debajo de sus ventanas, sepulto en la nieve donde había pasado la noche... Y aquella otra mañana de

hace dos años, siniestra no obstante el claro sol de Julio, cuando al evadirse Lidia por la verja del bosque encontró al tío Jorge que de pronto se alzó frente á ella en el camino, como si hubiera adivinado su locura y tratado de oponerse á ella. Oh, sí, sabía que su niña se iba, tal vez perdida para siempre, y el sollozo desesperado que le lanzó como adiós hubiera debido advertir á Lidia que debajo de aquel montón de andrajos latta heroica y tierna abnegación... ¡ Pobre tío Jorge ! ¡ Y decir que al cabo de tantos sufrimientos no había podido tener la suprema alegría de ver y de abrazar una vez, una sola vez á su hija, antes de exhalar el postrer aliento ! Su Cordelia había llegado demasiado tarde y frente al antepasado dormido para siempre, se preguntaba cómo pagar tanto sacrificio y tanto amor.

— Ciérrele V. los ojos, señora ; es cuanto deseaba.

Lidia se estremeció al oír estas palabras del sacerdote, é inclinándose sobre la frente del muerto, ya frío y duro como un guijarro, puso allí la caricia de su boca, y bajó los párpados inertes sobre la vidriosa mirada, para siempre ausente. « Esto es también todo lo que yo podía darle, » murmuró, y dirigiéndose al vicario : « Le ruego á V., señor vicario, que no me tome por la mujer orgullosa y sin corazón que voy á parecerle al

pedirle que reservemos por completo lo ocurrido aquí esta noche.

— Iba á proponérselo á V., contestó friamente el sacerdote. Comprendo las consideraciones de familia...

Pero ella le interrumpió :

— No, V. no sabe... V. no puede saber... Las consideraciones de que me habla no me habrían impedido confesar mi origen y hacer á mi anciano abuelo funerales dignos de su valor, yendo yo en persona al frente del séquito. Bien lo merecía... Pero terribles é imprevistas circunstancias... Acaban de prender á mi marido, Sr. Ceres, esta misma noche, por la muerte del príncipe de Olmutz... Ha habido asesinato y acusan á Ricardo. Esto le explicará la turbación en que estábamos todos en la quinta, y como ha podido pasar desapercibida mi ausencia. Cuando V. llegó, acabábamos de recibir la noticia y ya puede V. figurarse el estupor, la desolación de mi suegra. ¡ Su hijo acusado de asesinato, un Fénigan en la cárcel... y por mí, por causa de su mujer ! La infeliz no me acusa ; pero adivino su pensamiento. ¿ Y ve V. que á todos esos justos motivos de queja se agregue el de mi origen, la mancha que arrojó sobre el nombre de los Fénigan, parientes del tío Jorge también por mí ! No, no tendré el valor de

decirlo, ni á ella ni á su hijo... Aun por la opinión pública y el parecer del juez, si se supiera que Ricardo ha ido á buscar su mujer en una casucha de saltimbanquí, en una familia de vagabundos, echadores de cartas, la fisonomía de mi marido perdería parte de su integridad, por una apariencia de decadencia y degradación que podría comprometerle más.

El abate Ceres, cuyas móviles y enérgicas facciones hacían visibles todos sus sentimientos, pareció al principio estupefacto; pero conmovido luego por la confesión de la joven, le cogió las manos con gesto de familiar bondad:

— Tiene V. razón mil veces, mi querida hija; pero puede estar tranquila. Esto es como un secreto de confesión. Nadie la ha visto entrar aquí más que la tía Lucriot de quien respondo; por otra parte, sabíase que V. era buena para los pobres y sobre todo con éste. Su presencia en la cabaña donde le daba V. albergue parecería natural, puesto que su marido se ha encargado de pagar el entierro.

Como Lidia mostrara extrañeza, el sacerdote le refirió su encuentro en el camino con Ricardo y el juez de instrucción.

« Querido Ricardo... » suspiró ella, enternecida hasta verter llanto considerando que en medio de

su propio drama, en plena lucha por la vida había pensado en el pobre de Lidia. El sacerdote añadió: « Pienso hacer el entierro mañana, muy digno pero muy sencillo. Le pido que esté de intención conmigo, lo mismo que el domingo próximo, en la misa de la Pequeña Capilla, que será de difuntos y cuya dedicatoria solos V. y yo conoceremos. En el cementerio de Draveil no lo pondremos en la fosa común. Puesto que D. Ricardo me autorizó, compraré un pequeño terreno, lo más cercano que se pueda al camino donde este nómada ha vivido siempre y cargaré una ancha lápida negra donde grabarán las dos fechas de su nacimiento y de su muerte, con el nombre que he descubierto en este cuerno.

Al decir esto tomó en la cabecera de la cama un librito mohoso, grasiento, impregnado del terrible olor, lo que llaman un certificado de identidad, en el cual se leían en medio de sellos de alcaldías y marcas de dedos sucios:

Jorge Mendelsohn, llamado el tío Jorge. ®

Rougegoutte (Alsacia), 1802.

Esto era cuanto se le había encontrado encima, á más de la llave de su cabaña, según decía; una

enorme llave que colgaba de su pescuezo, sobre la carne, cuidadosamente sujeta con una cadena. El pobre hombre era tan viejo, estaba tan enfermo, su memoria era tan incierta respecto de todo lo que no se refería á la *niña*, que el sacerdote no había podido averiguar nada exacto acerca de su país, nombre y familia. Para él empezaba y acababa el universo en Lidia; lo demás era polvo ó niebla del camino. Sin embargo, como el certificado tenía la fecha de su llegada á Soisy antes de la debilidad que produjeron los años y las enfermedades, la cifra 1802 y el nombre de Mendelsohn debían ser exactos.

— Un nombre ilustre en las artes, según creo, señora, preguntó el vicario, sin duda para atenuar la herida de orgullo que suponía en ella, más de lo que dejaba ver. Lidia aprobó suave y tranquila, teniendo en la mano su librito de miseria, en que aquel gran nombre, que bien podía ser el suyo, contrastaba con la página manchada y arrugada, como toda su elegante persona con el suelo terroso de la casucha y con las paredes negruscas y alquitranadas... El prolongado silbido de un remolcador, que pedía la apertura de la esclusa, sacó á Lidia de su ensueño. La llama de las bujías se ahumaba; grandes sombras pasaban por la descolorida faz del muerto, mientras el sacer-

dote de rodillas rezaba. La joven no tuvo ánimo para imitarlo. Dentro de su pecho resonaban demasiadas cosas, y estando más agitada que realmente conmovida, sentía ante todo necesidad de recogerse, de reflexionar. Una mirada más á su pobre, cuyo profundo sueño le dió envidia, y salió...

— ¿Quiere la señora que la acompañe? cuchicheó la tía Lucriot, adormecida, con la cabeza en sus rodillas, detrás de una balsa.

— Gracias...

Y Lidia desapareció, con el ansia de estar sola, en la espesa niebla, más oscura que antes. Á lo lejos la esclusa cerraba todo el horizonte con sordo y continuo retumbar de trueno, en que se perdía el grito desolado del remolcador. Parecíale que era ella, su vida que naufragaba y pedía socorro. ¡Hacia tanta oscuridad, había tal confusión en su pobre alma, después de la tempestad de tan largo día! Por la mañana aquel muerto en el césped, después la prisión de Ricardo y, mientras trataba de comprender la singular misiva que le mandaba de la cárcel, el abate Ceres llevándola á la cabecera del tío Jorge!... He ahí pues, lo que había debajo de aquella corona y de aquel escudo de armas, ilusiones doradas de su infancia, en que se envolvía durante las horas dolorosas, donde refu-

giaba sus arrogancias y sus rebeliones inconscientes. Ya conocía la nobleza de su origen y el por qué de sus instintos nómadas y aventureros. Tristes vagabundos que parabais en la fuente de la esquina, caravanas viajeras cuyas humaredas seguía hasta perderlas de vista, por eso os amaba tanto. Erais su país, su tribu ambulante. ¡ Por qué no haber vivido entre vosotras !... Y pensando en Ricardo y en su madre, en aquellas existencias rectas y tranquilas que su sangre de bohemia había trastornado y enloquecido, Lidia lamentaba sinceramente que no la dejaran morir allá á lo lejos, en Quiberón. Hubo un momento en que la proximidad del río, la ribera cortada á pico, el agua profunda que azotaba los estribos del puente y se mezclaba con largas hierbas, cabellera esparcida del abismo, renovaron su tentación de suicidio. Veíase subiendo la colina al día siguiente en la carreta de los ahogados... Pero de pronto, el recuerdo de Ricardo, tan amante, tan generoso, el pensamiento de lo que había hecho por ella, la iluminaron sobre sus reales deberes. No, ya no podía disponer de su vida. Aunque no hubiera sentido hacia su marido el sentimiento profundo y suave que le llenaba el pecho, considerábase obligada á seguirle y ayudarle hasta el fin del sendero desesperado donde se había lanzado por

su amor. Y mientras su ardiente y romántica cabecita se consagraba á todas las abnegaciones, á todos los sacrificios, creyéndose deportada con él á un cielo de fuego, y rodeada de presidiarios, el lejano silbido del remolcador que pasaba por Corbeil fué á despertar á Ricardo Fénigan, dichoso con verse en la cárcel reemplazando á su mujer.

XIX

En una mañana de luz azul inmóvil, sin una nube, sin un soplo de aire, estaban segando los céspedes de Granburgo. Á lo largo de las balaustradas de mármol blanco, adornadas con vasos y estatuas, se encorvaban dos hileras de segadores, levantándose de vez en cuando sin que acompañara ese trabajo ni un cantar, ni una palabra, ni siquiera el metálico rechinar de la hoz. Hubiérase dicho una colonia penitenciaria sin el suntuoso marco que la rodeaba.

De pronto resonó un grito agudo, desgarrador, uno de esos bramidos huecos y sombríos como salen á veces de los jardines de manicomios, y ese grito corrió, vibró de extremo á extremo de la inmensa posesión, desde los ferrados de la orilla del río hasta la entrada del rey, la verja monumental en que unos haces de lictores, dorados y emblemáticos, recuerdan las antiguas funciones

de gran maestro de la caballería imperial. Aquel lamento sin esperanza no hizo levantar ni una cabeza al pasar por el césped y dejó á los trabajadores tan tranquilos como si hubieran sido estatuas. Hubiérase dicho que era uno de esos ruidos de la casa, que los habitantes acaban por no oír. Sin embargo, en el pequeño salón de cortinajes amarillos, donde hablaban el duque de Alcántara y el juez Delcrús, cesó de pronto la conversación cuando penetró el grito por las elevadas persianas entreabiertas.

— Oígala V., amigo mío ¿le parece horrible?... Desde la mañana en que á pesar de nuestra resistencia hizo abrir el *Fantasma*; en que su hijo le apareció sobre un tablado con el rostro roído por los gusanos, la duquesa no ha vuelto á decir nada, y cuanto queda vivo en ella es el grito siniestro que de tiempo en tiempo lanza. Aquí me ve V. ahora entree se muerto y esta loca. ¿Y me habla V. de soltar al asesino, de no saborear mi venganza?

Los ojos del paralítico, foco de su vida nerviosa, brillaban de furor, mientras que el juez, muy perplejo, se explicaba confusamente. El Sr. duque no podía dudar de su buena voluntad... prisión la misma noche... incomunicado desde hacía tres días... resultado nulo...

— Se burla de V... No es V. bastante sagaz, mascullaba el general.

— Al contrario, mi querido duque... Parece acusarse de intento; es una cosa inexplicable. Tengo prueba incontestable de que no llegó hasta el lunes por la mañana, dos días después del asesinato... Y á medida que esta pista se desvanece, descubro otra mucho más segura, en que coincide todo, la hora, el día, los motivos, las investigaciones de mis agentes, las cartas anónimas que recibo. »

Delcrús se paró, viendo aparecer en el umbral de la puerta-ventana un criado. « ¿Quién anda ahí? He dicho que nadie venga » gritó el general con su voz de mando. El lacayo desapareció aterro- rizado, y en lugar suyo vióse una sombra gigan- tesca que interceptó la entrada : « Dispense el Sr. Duque.

— ¡ Ah ! ¿ Eres tú, Saltacor?

Delcrús se acercó al general de prisa y sin hacer ruido le dijo : « Ruego á V. que reciba á este hombre; continuaremos la conversación cuando le haya visto. »

El general alzó los hombros é indicándole la puerta, oculta por una cortina, que daba á las salas de recibo : « Entre V. allí, le dijo, ya le llamaré. » Y volviéndose hacia la escalinata : « Adentro, Eugenio. »

Enflaquecido, encorvado, con las piernas flojas, parecía que el Indio se levantaba de una enfer- medad. También su voz había perdido vigor, aun- que se esforzaba en hablar con firmeza y en andar con paso seguro, pues vestía en traje de gala, y estaba bajo las armas y delante de su señor.

— Señor Duque, dijo, en pie y con la vista en la alfombra; vengo á rogarle que acepte mi dimi- sión.

— ¿ Por qué ?

— Mi hijo se marcha á América con su mujer. Ambos me piden que les acompañe; pero única- mente cuando haya... cuando haya liquidado mis cuentas con la justicia.

El duque se agitó en su asiento : « ¿ La justicia? ¿ Qué te pasa ?

— Un mal negocio.

— Expícate.

— ... No sé si podré, » dijo el guarda-bosque muy quedo. Apoyóse en la chimenea, temblando de tal modo que el cañón del fusil colgado de su hombro daba golpecitos contra el mármol. Tuvo que volver á ponerse en pie para contar su historia. Un relato verdaderamente sencillo y siniestro. Llamado en la noche del viernes para una batida contra los cazadores en vedado, volvía á eso de las dos de la mañana, cuando saltó de la ventana

de su casa un hombre al patio de la Ermita. La noche estaba lóbrega. Cree que es un ladrón, tira sin apuntar, lo alcanza, y cuando se acerca para ver quien es...

Una voz brutal le interrumpió :

— Mientes.

El guarda se irguió ante el insulto :

— ¡ Mi general !

— Te digo que mientes. No es de esa manera cómo mataste al príncipe. Lo sé, sé lo que has hecho, lo mismo que si fuera tu conciencia ; sólo que quiero oírlo de tu boca. Vamos, habla... pero no, espera. » Y pegó un grito : « ¡ Delcrús ! »

Cuando el indio vió entrar, grave y ceremonioso, al juez de instrucción en el tribunal de Corbeil, que conocía por haber declarado muchas veces ante él en delitos de caza, sintió doblársele las rodillas, como si el verdugo le hubiera puesto ya la mano en el hombro diciéndole : « andando. » Las carnes irregulares de sus anchas mejillas palidieron y se ahondaron. No creía que la cosa ocurriera tan pronto.

— Pues bien, señor juez de instrucción, dijo el duque con aire de triunfo, me parece que tenía alguna razón para creer que el miserable de quien hablábamos podía no haber dado el golpe en persona. He ahí el instrumento y la explicación

de todas las coartadas que le extravían... Ea, Saltacor, si quieres que seamos buenos contigo, dinos como ocurrió el suceso. Y nada de mentiras. » Creyó que su guardia vacilaba, y para evitarse la afrenta de la confesión, le ayudaba, indicándole las palabras. « ¿ Qué te prometieron ? ¿ Cuánto te han dado ? ¿ Pues no has trabajado por tu cuenta ? »

Saltacor se enderezó con los pómulos encendidos, las venas de la frente tensas por el esfuerzo que hacía para contenerse : « Es posible que esas cosas se hagan por dinero ; pero que al cabo de veinte y ocho años de excelentes servicios, trece en el Puesto de las Liebres y quince en la Ermita pueda mi amo creerme capaz... ¡ No !

— ¿ No pretenderás hacernos creer que tu cuento anterior es cierto ? añadió el general algo turbado.

— Antes, Señor Duque, mentí por la estupidez de un orgullo que ya no tengo derecho á conservar. El brazo ha entrado en el engranaje y es preciso que todo el cuerpo pase... ¡ Pues bien, que pase, voto al demonio !... no me será tan duro decir la verdad como oír lo que su excelencia me ha dicho. » Y plantándose, con los puños apretados, empezó : « Hace diez días, en ausencia de mi hijo me llegó á la Ermita una pequeña carta anónima,

anunciándome que á la noche siguiente, entre tres y cinco, podría ver desde la puerta Pacomo un hombre que saldría del cuarto de mi nuera, por la ventana. Hay que decir que en otro tiempo tuve infortunios matrimoniales. ¡ Una mujer que yo amaba y que me hizo padecer! Finalmente, huyó con un gendarme y nos dejó solos, al niño y á mí en nuestro desierto del Puesto de las Liebres... una perdida. De esta aventura me ha quedado mala voluntad contra todas las mujeres, y cuando se casó mi hijo, me prometí poner la vista en su costilla, resuelto si llegaba el caso á vengar de un golpe su desgracia y la mía. Esto se sabía en el país y los que me escribieron estaban enterados de lo que hacían. »

Delerús preguntó : « ¿ Tiene V. esa carta anónima ?

— Déjele V. acabar, exclamó con impaciencia el duque.

— Precisamente ese viernes estábamos todos en pie para coger á varios beduinos de Mainville, que nos mataban las mejores corzas... La carta decía de tres á cinco. Á eso de las tres, abandoné mi puesto en la alameda de la Encina Grande y fui á emboscarme en la puerta Pacomo. Tan cierto como que tengo este fusil en la mano es que ignoraba á quien recibía en su cuarto mi perdida

de nuera. Había sabido que el príncipe le andaba detrás, pero después de una chillería con la chica, me figuré que eso estaba terminado por esta vez, y ustedes verán, señores, que la carta me indicaba otro nombre. Llevaba media hora remojándome hasta los huesos en un aguacero que no acababa cuando oí el ruido de una ventana y uno saltó á diez pasos de mi escondite, echando á correr. No se veía claro y probablemente habría errado el tiro de seguir el individuo andando. Por desdicha se paró para abrir una especie de paraguas que llevaba y solté el tiro. El hombre dió unos cuantos pasos muy de prisa, y después cayó al foso sin movimiento como un animal que no necesita más. Entonces corri á casa. La chica hacía que dormía, con las sábanas hasta por encima de los ojos. « Levántate y coge la linterna sorda, le dije, pues he matado á tu amante; ven á ayudarme á enterrarlo. » Tuvo miedo y no se lo hizo repetir, se lo aseguro á los señores. En ese momento no me figuraba todavía á quien iba á encontrar en el foso, y la prueba es que una vez los dos en él, dije á mi nuera : — « ¿ Quién es ? — Mire V. » me contestó muy quedo bajando la linterna... Ahí, señor duque, cuando vi lo que había hecho. » Y se limpiaba el sudor que corría de su frente con la manga de su levita de gala. El

duque, que espiaba el efecto del relato sobre Delerús, dijo á su guarda en tono muy tranquilo:

« ¿ Con qué tiraste ?

— Con perdigones.

— ¿ Dónde le alcanzaste ?

— No dió toda la carga en el blanco... Sólo un agujero aquí, en la sien.

Hubo una pausa de horrible silencio, en que volvió á oirse el grito de la madre, como si acabara de ver el agujero en la sien. Después continuó el interrogatorio : « Dices que cayó cerca de la Ermita. Sin embargo, no fué ahí donde se le encontró.

— Primero lo colocamos en un hoyo de los tantos que hay en esa parte del bosque, con malezas y hojas encima. Cuando volvimos á casa mojados por la lluvia, nos vino la idea de sacarlo del hoyo y de llevarlo al césped, cerca del parque Fénigan. La nuera llevaba la linterna ; yo el muerto en brazos como un niño, pues tengo muchas fuerzas. Todo pasó como lo estoy diciendo.

El juez tomó en su rincón aire de malicia y preguntó : ¿ Por qué ese quitasol abierto y resguardándolo ?

— Me acordé de una mujer que encontraron muerta debajo de su sombrilla en el bosque de

Fontainebleau, y que permaneció ocho días en el mismo sitio sin que nadie la tocara.

— ¿ Y por qué cerca del parque Fénigan ?

Saltacor balbuceó alargando la nuca :

— Un mal pensamiento, Sr. juez, ... un pensamiento de cobarde que castigo confesándolo. Después de las historias entre el príncipe y D. Ricardo, había probabilidades de que acusaran al marido... Pero esta idea no la hubiéramos tenido sin una carta que el príncipe llevaba encima...

— ¡ Ya estamos ahí ! gritó el duque con feroz impetu... Confiesa que le has registrado los bolsillos para coger los papeles que el marido deseaba... Confíésalo y te dejaremos en paz.

El guarda sacó de su bolsillo una carta y un cuaderno sin contestar, y dijo gravemente : « El príncipe de Olmutz llevaba encima, á más de los objetos que han sido entregados al Sr. duque, un portatarjetas que ahora presento, con esta carta no cerrada que estaba escribiendo á uno de sus amigos, Esperaba para mandarla á saber si la noche sería buena... Es cierto que no hubiera debido leerla... pero tenía tan perdida la cabeza, y mi nuera me repetía siempre : « Tal vez hay ahí lo bastante para ahorcarnos ». La verdad es que esta carta prueba cuanto acabo de decir. Verán ustedes al leerla que no he mentado y que el desdichado

joven armó con sus propias manos el lazo en que halló la muerte. »

Y colocó cerca del sillón, en el pupitre que estaba al lado, dispuesto para servicio del tullido, la última carta á Valongo con un pequeño cuaderno de concha.

— ¿Dónde está la carta anónima que V. recibió? dijo Delcrús mientras el duque leía.

— Aquí está... Si quiere leerla el Sr. juez.

— Veamos... Letra de mujer y de mujer ordinaria... ¡ Ah diantre!... Estremeciósse y hablando al guarda á media voz como si temiera que el padre oyera: « ¿ Creyó V. tirar sobre Alejandro? »

— Sí, contestó el guarda con un movimiento de cabeza. El general, que retorcía sus bigotes con furor, alzó los ojos de la carta á Valongo: « De todos modos, hay cosas que no me explico... ¿conqué objeto das este paso?... ¿ Y por qué no lo has dado antes? »

— Ah, Sr. duque, las mujeres... Cedi á los ruegos de mi nuera que teme á su marido como al fuego y que deseaba ocultarle su falta. Así es que el pobre muchacho ha vivido todos estos días con nosotros sin figurarse nada. Iba á su almacén, hablaba del asunto en el tren con todo el mundo... y yo, puede V. pensar si me ponía viejo. La idea de que un inocente estaba en la cárcel por culpa

mía, y de que tal vez sería condenado... Por fin, ayer, cuando comíamos los tres, mi hijo me vió rechazar mi plato sin tocarlo, como me sucedía desde el suceso. « Dime que te pasa, padre. » No pude contenerme, pues aquello me sofocaba demasiado y le dije la verdad. ¡ Pobre niño! creí que iba á caerse muerto del golpe. Su mujer se echó de rodillas delante de él, pero ni siquiera la miró. Olvidaba su desdicha: « No, no... ocupémonos primero del padre. Ha faltado y es preciso que repare el daño. » ¡ Ah, qué momentos esos en las casas! « Nos abrazamos sollozando, y le juré venir hoy á ver al señor duque, como he hecho. »

— Todo esto respira verdad, murmuró Delcrús.

— Y concuerda con lo que acabo de leer, añadió el general como pesaroso. Lo único que no me explico es esa herida de perdigones que los médicos no han podido encontrar bajo la descomposición del rostro... sin embargo el cuerpo no ha estado más que dos días en el bosque.

— Una treta de cazador en vedado, Sr. duque, contestó Saltacor estremeciéndose; pero preferiría arrancarme la lengua á...

Á contar al padre que, para que fuera imposible reconocer á su hijo, lo habían dejado una noche entera colgando de un abedul con los pies hacia

arriba y la cabeza metida hasta los hombros en el montecillo de un hormiguero.

Con la carta del príncipe en la mano, el juez decía junto al oído del general : « Estaba seguro de que la pista era mala... No cabe duda de que este hombre es el asesino ; si quiere V. vengarse...

— ¿ Vengarme de ese patán ?... no, amigo mío... á quien le tenía ganas era á Fénigan... pero á ese...

— Tanto más cuanto que con esta carta en los autos sería difícil su condena.

El duque reflexionó, acabando por decir : « Me parece lo mismo. La buena fama del príncipe y de nuestra casa no ganaría nada con que se supieran la verdad y las cínicas confidencias de mi hijo y de Valongo... Esta es una de las buenas ocasiones para esos propicios sobreseimientos...

Delcrús, el magistrado de dientes de lobo y pastillas arquitectónicas, lo interrumpió vivamente y dirigiéndose á Saltacor, inmóvil y erguido con la gorra en la mano : « ¿ Ha oído V. ? le dijo. El Sr. duque no quiere llevar más lejos las cosas. Márchese V. de la comarca lo antes posible sin contar nada á nadie ; de su prudencia depende que no le suceda ningún contratiempo. »

El guarda saludó : « Gracias, señores. » Desde la puerta, antes de salir, preguntó con vacilación : « ¿ Y D. Ricardo ? »

— Váyase V. tranquilo... D. Ricardo volverá á su casa antes de terminar el día.

Al oír esto, el general lo interpeló con mal humor : « ¿ Antes de la noche ? ¿ por qué ?... Tiene V. acaso prisa de que ese bruto vuelva á tomar posesión de su mujer ? »

Era el grito de su odio, de sus celos de tullido, que salía de su pecho sin advertirlo, aun á través de penas terribles y del tormento de su desesperación paternal.

Aquella velada, la Sra. de Fénigan y el anciano Merivet sentados debajo del gran pawlonia de la entrada de Uzelles, hacían algunas reflexiones melancólicas, entrecortadas por largos silencios y por esas interjecciones parecidas á las chispas de un fuego que se apaga, mientras que los jardineros y criados tomaban el fresco en el camino iluminado por la luna, delante de la puerta abierta. Hacía mucho rato que había sonado la hora inmutable del cubre fuego, sin que nadie lo advirtiera, ya por la excepcional belleza de la noche, ya porque el desastre de la casa, su trastorno, escapaban á las minucias de la disciplina. ¡ Pero qué contraste entre el silencio de aquel extenso piso bajo alumbrado y desierto con la ruidosa charla de los servidores, entre aquellas risotadas indiferentes y el acento desolado de las dos voces

que cuchicheaban en la sombra del árbol dormido.

— ¡Qué sonoro está el aire esta noche! Se oyen los pasos que dan en el puente de Ris, decía el propietario de la Pequeña Capilla, quien desde su regreso no se separaba de la madre y de la mujer de Ricardo.

— Sin duda es alguno que ha vuelto de Corbeil por el último tren, y alguno que tiene prisa... contestó la Sra. de Fénigan, escuchando también aquel andar rápido insólito. El anciano Merivet añadió : « Lidia está muy triste esta noche, todavía más que de costumbre. La muerte de ese mendigo me parece haberla impresionado mucho.

— Cuando el corazón está henchido de pena, todo es pretexto para llanto, suspiró la madre. Piense V., amigo mío, que desde hace tres días, desde la prisión, no ha tenido más noticias de su marido que la misteriosa misiva...

— Que prueba la convicción en que está de su pronta libertad. Un error, señora, le repito que es una equivocación... Lo comprendí en seguida al verme cara á cara con ese Delcrús y verlo sin saber donde meterse, desolado... Créame V., no tardará en ver á su querido hijo... Pero mire... mire V. pronto... gritó Napoleón Merivet en pie y con voz de trueno.

Por el camino blanco y azulado, frente á la puerta principal abierta, se daba prisa una silueta muy conocida. Sin fuerza para moverse, la madre llamó desde la sombra : « ¡Ricardo!

— ¿ Están Vds. ahí? contestó una voz que se hacía animosa y que terminó en un sollozo. Después, apenas pudo hablar : « ¿ Y Lidia? ¿ hay noticias tuyas?

— Lidia, está en tu cuarto, en el Pabellón. »

Ricardo, estupefacto, sin oír las explicaciones de su madre, se lanzó por la bóveda del pasadizo, que susurraba con su negro follaje y que exhalaba aroma de tilo en flor, y al fin de la que veía una luz que le llamaba.

Lidia escribía en la pieza inferior, sentada delante de la mesa de su marido, vestida con un peinador, y teniendo ya su cabellera recogida en un sencillo rodete, según hacía al acostarse. Ni siquiera se volvió creyendo que era Rosa, y sólo alzó la vista al acercarse Ricardo. Aquello fué una explosión de sorpresa de loca alegría, en que las palabras salían entrecortadas por besos y abrazos : « ¡ Libre... estás libre! »

— Sí, han descubierto al verdadero culpable. Ella le miró, anonadada : « ¿ Cómo... el verdadero culpable? »

La emoción, la expresión de su mirada arran-

caron á Ricardo este grito : « ¿Pero tú creías que fui yo? »

— Sí, contestó muy quedo, sin hallar fuerzas para mentir. Y su marido, tan turbado cómo ella : « ¡La misma idea tuve yo de ti! »

Lidia exclamó : « ¿De veras? » Y súbitamente iluminada su mente : « Ah, ya comprendo porque me decías que huyera... porque dejabas creer á ese juez... querías que te condenaran en lugar mío... ¡Mi marido... mi querido esposo !

Arrojóse en sus brazos sollozando. Ricardo deslumbrado sentía el vaivén de los senos, la emoción del hermoso cuerpo debajo del peinador de encaje. « Ven á decirme que me quieres y me creeré pagado por todo », murmuró impulsándola suavemente.

XX

— Lidia.... Ricardo... Ea, perezosos... han dado el último toque para la misa.

La prima Elisa, que hace dos días está en la quinta, llamaba y revoloteaba debajo de las ventanas del Pabellón, mientras la campana de la Pequeña Capilla derramaba sus notas claras en el silencio de un domingo por la mañana, y mientras la Sra. de Fénigan aparecía en el fondo del pasadizo, con su andar majestuoso de señora rica, llevando en la mano un devocionario dorado, y en la otra su ridículo, donde resonaban las llaves y los anillos.

— ¿Y Ricardo? preguntó la madre, viendo presentarse á Lidia sola, elegantemente vestida de negro, en contraste con los colores vivos y chillones de la pequeña Caperucita Encarnada.

— Leimos hasta muy tarde y no he querido despertarlo, contestó la joven ruborizándose por

caron á Ricardo este grito : « ¿Pero tú creías que fui yo? »

— Sí, contestó muy quedo, sin hallar fuerzas para mentir. Y su marido, tan turbado cómo ella : « ¡La misma idea tuve yo de ti! »

Lidia exclamó : « ¿De veras? » Y súbitamente iluminada su mente : « Ah, ya comprendo porque me decías que huyera... porque dejabas creer á ese juez... querías que te condenaran en lugar mío... ¡Mi marido... mi querido esposo !

Arrojóse en sus brazos sollozando. Ricardo deslumbrado sentía el vaivén de los senos, la emoción del hermoso cuerpo debajo del peinador de encaje. « Ven á decirme que me quieres y me creeré pagado por todo », murmuró impulsándola suavemente.

XX

— Lidia.... Ricardo... Ea, perezosos... han dado el último toque para la misa.

La prima Elisa, que hace dos días está en la quinta, llamaba y revoloteaba debajo de las ventanas del Pabellón, mientras la campana de la Pequeña Capilla derramaba sus notas claras en el silencio de un domingo por la mañana, y mientras la Sra. de Fénigan aparecía en el fondo del pasadizo, con su andar majestuoso de señora rica, llevando en la mano un devocionario dorado, y en la otra su ridículo, donde resonaban las llaves y los anillos.

— ¿Y Ricardo? preguntó la madre, viendo presentarse á Lidia sola, elegantemente vestida de negro, en contraste con los colores vivos y chillones de la pequeña Caperucita Encarnada.

— Leimos hasta muy tarde y no he querido despertarlo, contestó la joven ruborizándose por

su mentira y dándose prisa por llegar á la capilla mientras acababa de ponerse los guantes.

Ricardo no dormía, sino que extendido en la cama, con los párpados cargados de delicioso cansancio, se debaja mecer á flor de sueño por el repique de Santa Irene, que penetraba por la ventana, con el correr de la fuente de la esquina y los choques de su vaso... ¿Cómo es que no había acompañado á su familia? Sin duda el temor de parecer ridículo, la molestia de entrar allí, de dejarse ver después de los recientes sucesos. Y sin embargo, en aquella humilde iglesia del camino había sentido su madre la gracia, la piedad humana; y desde allí salió para ir en busca de la fugitiva. Sí, debía gratitud á la Pequeña Capilla: y aunque su orgullo sufriera... uno de los próximos domingos...

... La campana daba sus últimos tañidos. En la torpeza de la somnolencia llegó hasta Ricardo la voz cascada de Chuchín el guarda-pesca, quien le recordaba que tenían que echar las redes hacia la isla de los Gorriones antes de que subiera demasiado el sol. Echóse rápidamente fuera de la cama y al salir tropezó en la puerta con una vieja muy decrepita que se marchaba de prisa, llevándose un magnífico ramo de flores, que acababa de entregarle Rosa Chuchín. Hacía ya tiempo que el aire

misterioso y cortado de la criada llamaba su atención. Volvió atrás y le preguntó receloso.

— ¿Quién es esta mujer?

— La tía Lucriot, de Draveil.

— ¿Y esas flores? ¿Con qué objeto?

Rosa lo ignoraba. La señora le había dicho que entregara un ramo á la tía Lucriot todas las mañanas, sin decirle otra cosa. Ricardo no preguntó nada más, pareciéndole más digno hablar del caso á Lidia; sólo que volvió á sentirse muy triste. Al volver la esquina tropezó con la gente que salía de misa, mucho taconazo y ruido de sedas. En el grupo de las Fénigan, la Caperucita Encarnada hablaba con agitación, sacudiendo su sombrilla y sus cintas: «Lo que V. quiera, prima. No me gusta rezar por gentes que no conozco... Y además, si hubiera sabido que era una misa de difuntos, me habría puesto un traje menos llamativo, negro como el de Lidia.

— Pero yo... yo no lo sabía, murmuró Lidia que la mirada de su marido al traje negro inquietaba. Ricardo preguntó: «¿Y por quién esta misa de difuntos?

— Nadie lo sabe, ni el Sr. Merivet tampoco, contestó Elisa, mientras Fénigan, llamando á parte á su mujer, le preguntó, de prisa y muy bajo:

— ¿Y tú lo sabes?

— Sí.

— ¿ Es la misma persona á quien mandas flores ?

Lidia se estremeció de sorpresa y con resolución : « La misma... sí... el tío Jorge... » Y esto fué todo.

Eran tan dichosos desde hacía unos días, la ola que los mecía agitaba tanto sol con suave movimiento, cantaba una música tan embriagadora, que la joven había tenido miedo de introducir en esa felicidad su lamentable y humillante aventura. ¡ Si al saber que era hija de aquellos vagabundos, de una raza nómada y enemiga fuera á dejar de amarla ! Ante todo temía la explicación con su suegra, muy distinta de lo que era sin embargo, muy tierna y maternal, pero de orgullo más altivo aun que el de su hijo. Y dejaba para más adelante esta inevitable explicación, contando con la influencia del abate Ceres. Por desgracia, las palabras y el aire preocupado de su marido le advirtieron que no podría guardar mucho tiempo su secreto.

En vez de bajar á la pesquería, Ricardo siguió andando por el camino : ya sus redes no le interesaban. Iba pensando en aquella misa, en aquellas flores, sobre todo en aquel traje negro, demostración realmente excesiva por el anciano

mendigo. No, era inverosímil que se tratara del tío Jorge; no habría puesto en ello tanto misterio.

... ¿ Entonces de quién ? ¿ Del otro, del que dormía en el fondo del parque de Granburgo, en el orgulloso mausoleo de familia ? ¿ Sería posible que todavía pensara en él ? Para convencerse, bastábale entrar en casa de los Lucriot, que se alojaban en montón, en una antigua garita de peón caminero, detrás de Draveil. Se lo preguntaría á la vieja... Y mientras sus pasos lo llevaban casi inconscientemente hacia ese punto, el camino desarrollaba ante su vista la tranquila apariencia del domingo. Napoléon Merivet, que acababa de cerrar su iglesia, lo amenazaba desde lejos con la llave, y Ricardo furioso pensaba... ¡ no, nunca pondría los pies en aquella iglesia del perdón sin condiciones, donde se ora por los que hacen daño !... Después fué el saludo obsequioso y astuto del Sr. Alejandro, que pasaba, equipado y vestido de cazador, no obstante hallarse cerrada la caza. Volvía de estar matando conejos toda la mañana en los terrenos reservados de Granburgo; y su morral, su fusil, sus altas polainas, todo era nuevo, todo brillaba y chillaba. Hasta el perro que le seguía, tímidamente acurrucado contra su amo, parecía después de cinco horas de batida un perro de cartón, acabado de sacar de una caja. « ¿ Buena

caza, Sr. Alejandro ? » gritaban las muchachas de las granjas. La panadera, inclinándose debajo del alero de su coche, preguntaba también al pasar : « ¿ Ha sido buena la caza, Sr. Alejandro ? » Á todos y á todas contestaba el antiguo lacayo con tono suelto y negligente, parecido al que usaban en el palacio de los Alcántara : « No, no he visto nada. » Tampoco había visto nada el perro. Pero ambos habían dado sin duda tantas veces la misma contestación, que habiendo preguntado desde lejos una de las hijas del caminero, que servía el almuerzo á su padre sobre la carretilla volcada : « ¿ Ha cazado V. mucho, Sr. Alejandro ? ¿ Tiene V. algo para mí ? », el antiguo lacayo se volvió como si le hubiera mordido una víbora y chilló con aire conquistador y rabiosillo : « ¿ Algo para ti ? Siempre lo tengo. » El tono era tan divertido que Ricardo no pudo menos de reír ; sin embargo, el encuentro que tuvo poco después volvió á sumirlo en sus pensamientos sombríos y sus angustias.

En la esquina de la pendiente que baja hacia el puente de Ris, vió parado un carro lleno de muebles, dos gigantes se movían al rededor, y apretando los frenos, volviendo á poner en su sitio las correas, y luego la voz de la nuera Saltacor gritó : « ¡ Arre ! » La carreta empezó á andar

lentamente, siguiendo los dos hombres que iban uno junto á otro sin hablar. Ricardo se apartó para no encontrarse con los infelices y les vió alejarse por la pendiente llena de baches, sacudiendo sus robustos hombros con estremecimientos que parecían sollozos. ¡ Qué dolor para el anciano guarda esa partida ! Su bosque, su Ermita, toda su vida arrasada, perdida, por un capricho de señorito. Pero esta vez el miserable había pagado caro su capricho... Tan joven, un gran nombre, el mayorazgo más rico de Francia ; daba lástima tal fin ! y en resumen la compasión de Lidia, sus ramos y sus oraciones no tenían nada de culpable. ¿ Merecía eso la degradante investigación en casa de los Lucriot, junto á la calumnia y los andrajos ? Tanto más cuanto que el pequeño cementerio estaba cerca y que buscando la sepultura del tío Jorge, no tardaría en saber si su mujer había mentido. Al echar en esta dirección, la banda de música de Draveil, que daba su paseo de los domingos, pasó junto á él con la bandera desplegada. Iban á cuatro en fondo hacia el campo, soplando en el cobre de sus trompetas con sus buenas mejillas de aldeanos, afeitadas y negruscas que doraba el galón de las gorras, marcando el paso con un ritmo heroico que hacía levantarse en los trigos las perdices.

Ya Ricardo veía detrás de una elevada pared á la entrada del pueblo los lejos y las tumbas blancas, cuando, acometido de nuevo por sus vacilaciones, se sentó en un banco de piedra á orillas del camino. Pues bien, no, resueltamente no, ese paso tenía algo de miserable después de su reconciliación con Lidia y no lo daría. ¿ Por qué no decir sencillamente á su esposa : « me creía curado y no lo estoy; pensaba concluído todo con la muerte y estoy celoso hasta de la muerte. Te suplico que renuncies á esta piedad póstuma en tu corazón, que me desgarrá el alma... Soy muy desdichado. » Al pensar esto, se calmaba, se tranquilizaba y poco á poco la gran tranquilidad del domingo que le rodeaba, las sombras inmóviles, las llanuras inmensas y desiertas, campos de colza y de alforfón cuya oleada plateada y de color de oro se movía hasta el lindero de los bosques, acabaron por derramar en su espíritu refrescante dulzura, como si se tratara de herido á quien hacen beber después de quitarle su pesada coraza.

¿ Cuánto tiempo permaneció allí? La música del pueblo había pasado y vuelto á pasar, haciendo brillar al sol sus instrumentos y sus medallas; después el ganado de las granjas, algunos caminantes, el cartero. « Trapos y hierro viejo que comprar », y su grito melancólico, el jorobadito

vendedor de calzado, todas las figuras del conocido juego. De pronto resonó el toque de las doce en veinte pequeñas iglesias que se contestaban unas á otras, y las campanas de las quintas vibraron en los patios llamando al almuerzo. Sólo entonces, y al levantarse, notó Ricardo que estaba sentado en el pedestal de una elevada cruz de hierro puesta en el sitio donde cayó herido por la congestión su propio padre. Un recuerdo, más superticioso que tierno, evocó la imagen lejana, atenuada, de ese padre que apenas conociera. ¿ Acaso le venía de él aquella quemadura interior, el horrible mal de los celos que había penetrado en su carne y en su sangre? ¿ Era hereditario en los Fénigan como el orgullo? ¿ una de esas mandas misteriosas que los testamentos no mencionan?.. « Ah padre, padre... suspiraba el pobre Pum pum volviendo á su casa con el tararear de los días tristes, menos molinos, menos haciendas y praderas, con tal de no sentir esta horrible herida de que nunca me curaré completamente... »

Hasta la noche pesó sobre la quinta cierto malestar no obstante las alegres risotadas de la Capercita Encarnada. En efecto, Elisa acudió á casa de sus parientes apenas supo la catástrofe, precipitándose en seguida á casa del juez de instrucción, y Ricardo le debía su rápida libertad. En

Draveil, en Soisy no dejó de decirse : « Esos Fé-nigan son tan ricos... no hay miedo de que la justicia se meta con ellos... » La verdad es que Delcrús comprendía que había faltado con sus amigos. No importa, á impulsos del amor y con una buena dosis de impudencia, anunció su visita para aquel domingo por la noche ; y ya puede pensarse si fué comentada en la cocina y en casa del jardinero. Cuanto á Rosa Chuchín — causa de todo el drama con su carta anónima, — así que oyó por la noche la campanilla de la verja, corrió á encerrarse y no se movió. En el salón, abierto en el oloroso silencio del parque, el hombre de duras patillas negras halló la frase que á cada cual convenía. Sus dientes de lobo relumbraban ante las carnes aterciopeladas y regordetas de Elisa y á la vez que invitaba á Lidia para que les tocara algo en el piano, hacía leer á Ricardo y á su madre un artículo ditirámico en favor de los Fé-nigan, que había visto la luz aquella misma mañana en el *Diario de Corbeil*. Lo firmaba *Verax* y tenía redondeos de frases hueras é insignificantes, con grandes gestos y llamativos, cuyo autor no era difícil adivinar. Por desgracia, el mismo número contenía las líneas siguientes :

Esta mañana se ha celebrado en la capilla de Granburgo, así como en las principales iglesias de la comarca, Draveil,

Soisy, Ris, Athis y Morangis, una misa por el eterno descanso del príncipe de Olmutz. Al terminar el servicio divino, los Sres. Duques de Alcántara, ambos muy enfermos, salieron para la Engadina, con el Dr. Juan Metzger.

Ricardo pasó largo rato mirando este suelto, como si lo deletreara ó lo tradujera, y después se acercó al piano y puso en el pupitre, sobre el papel de música, el periódico doblado y marcado con la uña, para que lo viera Lidia. « Ya estoy enterado... He ahí por quien rezabas esta mañana, dijo en voz baja... ¿ También eran para él las flores ? »

La joven alzó sus hermosos ojos llenos de angustia : « ¡ Oh Ricardo !.. » y sin dejar de tocar, sus lágrimas caían en grandes gotas sobre las teclas y sus manos. Al pronto, con gesto arrebatado, contestó levantándose : « Ven... voy á contártelo todo. »

— ¿ Adónde van ustedes ? preguntó la madre sorprendida ; pero ya estaban fuera del salón.

El domingo siguiente á la hora de la misa, Napoleón Merivet, caballero de la orden de San Gregorio, que estaba de pie en el umbral de su iglesia, recibiendo con sus cortesías graduadas y medidas á todo el mundo, tuvo la sorpresa y la alegría de ver llegar á Ricardo Fé-nigan con su mujer del brazo, su querida Mendelsohn, enteramente vestida de azul, como la santa de la

vidriera de colores. Mientras entraban, las palomas se arrullaban dando vueltas en torno del campanario, y el excelente anciano, risueño y contento, se inclinaba esta vez algo más que las otras, en ademán de tierna y satisfecha bienvenida.

FIN.

ÍNDICE (1).

| | |
|--|-----|
| I. — Una campana en el campo..... | 1 |
| II. — Diario del príncipe..... | 10 |
| III. — Ricardo y Lidia. — El camino de Corbeil.. | 15 |
| IV. — Celos..... | 63 |
| V. — Conversación en el patio de la Pequeña Capilla..... | 86 |
| VI. — Diario del príncipe..... | 108 |
| VII. — Intermezzo..... | 129 |
| VIII. — El milagro de la Capilla..... | 167 |
| IX. — La abandonada..... | 187 |
| X. — Diario del príncipe..... | 215 |
| XI. — En el hospicio..... | 231 |
| XII. — Pum-pum..... | 237 |
| XIII. — El perdón imposible..... | 271 |
| XIV. — Día de mercado..... | 283 |
| XV. — Diario del príncipe..... | 312 |
| XVI. — En el bosque..... | 321 |
| XVII. — Doble equivocación..... | 344 |
| XVIII. — El pobre de Lidia..... | 365 |
| XIX. — El acecho nocturno..... | 380 |
| XX. — El camino de Corbeil..... | 397 |

(1) Al publicarse la novela por capítulos en la *Ilustración francesa*, llevaron éstos los epígrafes que reunimos en el presente índice.

vidriera de colores. Mientras entraban, las palomas se arrullaban dando vueltas en torno del campanario, y el excelente anciano, risueño y contento, se inclinaba esta vez algo más que las otras, en ademán de tierna y satisfecha bienvenida.

FIN.

ÍNDICE (1)

| | |
|--|-----|
| I. — Una campana en el campo..... | 1 |
| II. — Diario del príncipe..... | 10 |
| III. — Ricardo y Lidia. — El camino de Corbeil.. | 15 |
| IV. — Celos..... | 63 |
| V. — Conversación en el patio de la Pequeña Capilla..... | 86 |
| VI. — Diario del príncipe..... | 108 |
| VII. — Intermezzo..... | 129 |
| VIII. — El milagro de la Capilla..... | 167 |
| IX. — La abandonada..... | 187 |
| X. — Diario del príncipe..... | 215 |
| XI. — En el hospicio..... | 231 |
| XII. — Pum-pum..... | 237 |
| XIII. — El perdón imposible..... | 271 |
| XIV. — Día de mercado..... | 283 |
| XV. — Diario del príncipe..... | 312 |
| XVI. — En el bosque..... | 321 |
| XVII. — Doble equivocación..... | 344 |
| XVIII. — El pobre de Lidia..... | 365 |
| XIX. — El acecho nocturno..... | 380 |
| XX. — El camino de Corbeil..... | 397 |

(1) Al publicarse la novela por capítulos en la *Ilustración francesa*, llevaron éstos los epígrafes que reunimos en el presente índice.

